

# Páginas en conflicto: debate racial en la prensa cubana (1912-1930)

ALEJANDRO LEONARDO FERNÁNDEZ CALDERÓN



EDITORIAL



Los atletas del "Antilla Sport Club"

mejorar sus performances, hasta que se demuestre como un jugador superior. Muchos muchos los muchachos dividen la tarde, especialmente Alfonso, ganador de la carrera de caballos.

Los atletas del "Antilla Sport Club"

mejorar sus performances, hasta que se demuestre como un jugador superior. Muchos muchos los muchachos dividen la tarde, especialmente Alfonso, ganador de la carrera de caballos.



DR. MANUEL CAPERTANY ABREU  
Sub-Secretario de Justicia



Gustavo E. Urcula

**- LOOR AL SOCIALISMO -  
POR DOLORES JUNCO.**

Descendental al fondo del socialismo, y le veréis aparecer como el *substitutum* del ideal más elevado, y como el lazo más fuerte que atará a los pueblos á las útiles tareas de la paz.

Es una entidad que siente y piensa, sostenida por el alma de la democracia, si no es admirable de leavadas aspiraciones; el socialista odia la guerra; su meno laboriosa no es hecha á esgrimir armas, sino para ofrecerse fraterna al que quiera estrecharla; no son enemigos para él los hombres que hablan idioma distinto del

**5 BLANCOS Y A LOS  
A Y EN LOS NEGROS  
STADO EN EL NA**

NOTICIA DE CELEBRACIONES  
COLOR DE LA REPUBLICA  
OMENAJE A SU O...

ro Nacional a la ton con el esfuerzo que se hizo, como un ex-cinco años de República y de la del vigor del martirio, los resultados por el color de Cuba, puesto por nosotros con propio en los palcos, cimientos sobre el nivel so danos, señoras grupo étnico que con nosotros en, como la voz parte la natalidad y su aporte a aquel so y patriota de la República.

**UNA IMPRESION INTERESANTE**

señalarse como, la raza oprimida ha reaccion; decora-limo en nuestra historia, p a. Números de la la rectificación de n... i sus fuerzadas, auita, del pliego an Roberto Orta- neta y Virchilio defraudados del oz esquinita de vez, en el aria s premiando el tirica, que sigue iste de Reynold... y sobre los

**NOBLE DIGNIDAD Y GRAN ENTUSIASMO EN LA NOCHE DEL HOMENAJE QUE LAS SOCIEDADES OFRECIDO AL SEÑOR PRESIDENTE**

...to ochenta y seis Sociedades de toda la República, vaciaron color rendía al f... oche en el conjunto de una re- pública Gral. Ma... ción impresionante sobre la... teres insólitos, d... ística del Teatro Nacional a... a tono con el esfi... tos comensales, como un ex- cinco años de Rej... de la civilidad, del vigor, de... cinto, ha rea... ra de la raza de color de Cu- mente por elevars... aban también en los palcos, cimientos sobre... s y gentiles damas, señoras grupo étnico que... tas, que llevaban, como la voz parte la natalidad... hogares, su aporte a aquel so y patriota de l

**UNA IMPRESION INTERESANTE**

...ete que puede señalarse como, la raza oprimida ha reaccion...



Páginas en conflicto: debate racial en la prensa cubana  
(1912-1930)



# Páginas en conflicto: debate racial en la prensa cubana (1912-1930)

---

ALEJANDRO LEONARDO FERNÁNDEZ CALDERÓN



972.910

**Fer** Fernández Calderón, Alejandro Leonardo, 1977  
**P** Páginas en conflicto: debate racial en la prensa cubana (1912-1930) / Alejandro Leonardo Fernández Calderón; prólogo María del Carmen Barcia Zequeira.- La Habana: Editorial UH, 2014.  
224 p.; 23 cm

1. CUBA - HISTORIA
2. DISCRIMINACIÓN RACIAL - CUBA - HISTORIA
3. PERIODISMO - CUBA - HISTORIA

I. Barcia Zequeira, María del Carmen, 1939 - pról.  
II. t.

ISBN: - 978-959-7211-47-1

**EDICIÓN** Jacqueline García Suárez  
**DISEÑO DE PERFIL DE LA COLECCIÓN** Alexis Manuel Rodríguez Diezcabezas de Armada / Claudio Sotolongo  
**DISEÑO** Jennifer Jiménez Rico  
**CORRECCIÓN** Ibrahim Hernández Oramas  
**COMPOSICIÓN** Ileana Caridad Veloso Guzmán  
**CONTROL DE LA CALIDAD** Boris Abel Badía Díaz / Haydée Arango Milián

**SOBRE LA PRESENTE EDICIÓN** © Alejandro Leonardo Fernández Calderón, 2014  
© Editorial UH, 2014

**ISBN** 978-959-7211-47-1

**EDITORIAL UH** Facultad de Artes y Letras, Universidad de La Habana  
Edificio Dihigo, Zapata y G, Plaza de la Revolución,  
La Habana, Cuba. CP 10400.  
Correo electrónico: editorialuh@fayl.uh.cu  
Facebook: editorial.uh.98

# Índice

Problematizando el debate racial desde la prensa negra	7
MARÍA DEL CARMEN BARCIA	

## PÁGINAS EN CONFLICTO: DEBATE RACIAL EN LA PRENSA CUBANA (1912-1930)

Palabras preliminares	19
Igualdad y racismo: una conflictiva relación a inicios de la República	25
El debate racial en la prensa hasta la masacre del doce	29
El impacto político de la guerrita del doce en el debate racial	33
Negros con clase	49
El voto negro como estrategia de participación política	57
Los debates intergeneracionales en la prensa	65
Sociedades negras en la movilización social	77
Voces femeninas por la igualdad racial	91
El deporte en las estrategias de movilización de la raza negra	99
La violencia antinegra: un mecanismo de control social	111
«Una inmigración indeseable»	123

Una tesis «científicamente» racista	131
Entre el hampa afrocubana y los personajes costumbristas del folclor	137
Del discurso de «cosas de negros» a los «motivos de negros»	149
«Todos los “negros finos” nos hemos reunido y hemos decidido...»	164
La prensa: una estrategia efectiva por la igualdad racial	173

## ANEXOS

Anexo 1. Proclama del Club Atenas con motivo de los linchamientos de 1919	185
Anexo 2. Carta de los estudiantes miembros del Club Atenas por los sucesos del parque Vidal de Santa Clara en 1925	187
Anexo 3. Polémica sobre el caso de Mamá Inés	191
Bibliografía	195
Fuentes periódicas (1912-1930)	205
Fuentes documentales	206
Archivo Nacional de Cuba (ANC)	206
Archivo Provincial de Santa Clara (APSC)	207
Índice onomástico	209
Sobre el autor	223



## Problematizando el debate racial desde la prensa negra

Resulta evidente, para quien se haya mantenido al tanto de los análisis y discusiones más recientes en el ámbito de las ciencias sociales cubanas, que las reflexiones orales y/o escritas en torno al racismo y sus consecuencias han ocupado un primer plano en los últimos tiempos. Dos importantes conmemoraciones, el bicentenario de la ejecución de Aponte y el centenario de la masacre de los independientes de color, han servido de «pretexto» para abordar un asunto que, por su trascendencia y actualidad, preocupa a historiadores, sociólogos, antropólogos, juristas, cineastas, literatos y, por supuesto, a los políticos.

Por ello, no es de extrañar que, desde su época de estudiante de la licenciatura en Historia, Alejandro L. Fernández Calderón estuviese interesado en el estudio de la problemática racial. Tras años de apasionada y ardua investigación, surge *Páginas en conflicto: debate racial en la prensa cubana (1912-1930)*, que es el resultado de una búsqueda acuciosa en documentos de archivo y publicaciones periódicas, muchas veces desconocidos u olvidados por autores versados en el tema y que Fernández Calderón, cual Diógenes contemporáneo, se dio a la firme tarea de hallar y «resucitar».

Sabido es que ni la cultura ni la sociedad cubanas pueden concebirse sin los aportes africanos o españoles, componentes esenciales de nuestro mestizaje. Pero esta aseveración, asumida sin muchos prejuicios con respecto a los referentes culturales, es menos tolerada cuando se trata de las relaciones sociales. Por esto, entre otras razones, puede afirmarse que el lector se encuentra ante un libro peculiar, que no por académico persigue demostrar una verdad prediseñada, sino indagar en las contradicciones privadas y públicas de un sector determinado de la población cubana durante una etapa plagada de discrepancias.

*Páginas en conflicto...* abarca un período convulso que, en el plano internacional, antecede al estallido de la Primera Guerra Mundial y

concluye en los marcos de una gran crisis económica del capitalismo. Para Cuba, la opción temporal es tal vez más contundente: comienza con la masacre de los independientes de color y se cierra antes de la revolución de los años treinta. En ese corto pero complejo lapso la economía cubana transitó de las «vacas gordas» a las «flacas», la sociedad comenzó a «modernizarse» aceleradamente, los inmigrantes españoles disputaban puestos de trabajo a los negros y mulatos cubanos, en tanto las élites –siempre las élites– proyectaban en la prensa plana sus particulares intenciones e intereses como si fuesen los de toda la sociedad.

No en vano el papel desempeñado por estas élites –concepto cuya utilización ha sido muy heterogénea– resulta fundamental para el autor, quien parece remitirse a la definición de Vilfredo Pareto que califica a los integrantes de este sector como «los mejores dentro de su clase».<sup>1</sup> Esta idea le permite transitar con cierto desenfado por clases, capas, grupos, sectores y también por los estamentos, mostrando a los representantes más sobresalientes de cada uno, además de facultar la selección de un grupo de negros y mulatos destacados, capaces de exponer sus intenciones, logros y descontentos en diarios y revistas.

El relato de *Páginas en conflicto...* se inicia en 1912, aunque en ocasiones se repliega hacia acontecimientos anteriores. Intenta abordar las relaciones interraciales en el marco de una nación que pretendía una cubanía «blanca». La Isla ofrecía entonces un escenario marcado por las fracturas raciales, debido a que la independencia no había colmado las aspiraciones de igualdad social y política de los negros con vistas a la construcción de un Estado cubano que, en la práctica, se les escamoteaba. Mucho se habían sacrificado los negros durante la guerra de 1895, y si bien es cierto que en el campo insurrecto se habían desdibujado las desigualdades sociales, incluyendo las raciales, también los mambises negros habían adquirido un mayor nivel de conciencia sobre su pertenencia a esa nación por la cual luchaban: todos eran cubanos y esperaban algún reconocimiento que diese al

<sup>1</sup> En opinión de Pareto, la élite está formada por aquellos individuos que manifiestan cualidades o aptitudes excepcionales que les proporcionan poder y prestigio y les garantizan una movilidad ascendente (cfr. A. Zuckerman: «The Concept “Political Elite”: Lessons from Mosca and Pareto», *The Journal of Politics*, vol. 39, n.º 2, Chicago, mayo, 1977, pp. 324-344).

traste con su subalternidad tradicional. Mas todas esas conquistas y aspiraciones comenzaron a diluirse al concluir el conflicto bélico.

La Constitución de 1901 había otorgado a los negros, como ciudadanos de la República, la igualdad de derechos ante la ley, pero existía una clara diferencia entre la teoría jurídica y la vida real. También la libertad de prensa era consustancial a todos los ciudadanos, pero ¿acaso todos podían expresarse a través de los periódicos? Es cierto que algunos negros ocupaban escaños en la Cámara y el Senado, pero en 1905 solo el 6,3 % de los representantes eran «de color».

Inconformes y descontentos con su precaria y manipulada participación, fomentaron en 1908 la idea de fundar un partido político alternativo, que representara sus intereses, pero esta intención se malogró igualmente. En semejante contexto crearon el periódico *Previsión* con el propósito de dar a conocer un discurso político y social que les permitiese construir sus propias clientelas. Y claro está que, en este escenario, igualdad y racismo constituían una relación sumamente conflictiva.

Fernández Calderón insiste en el concepto de «igualdad racial establecida o creada», referido al modelo que sirvió para subordinar la labor movilizadora de los negros y mestizos y aceptar, sobre la base de una presunta cordialidad racial, la sumisión de los cubanos negros. Pero lo cierto es que las sociedades se movilizan a través de la existencia de grupos de interés, de presión y de poder, y que, excluidos de esta última participación, esencialmente política, los negros y mulatos trataron de conquistarla, y para ello se valieron de estrategias diversas, discursivas y prácticas, con desigual efectividad. Tomaron parte en las agrupaciones políticas tradicionales con escasos resultados, idearon un partido independiente que fracasó e intentaron un movimiento insurreccional que concluyó con la masacre de 1912. Esta última experiencia, devastadora para los negros, marcó un hito en sus formas de proyectarse, en tanto proporcionó a las élites «blancas» una nueva manera de utilizar el «miedo al negro» que, desde finales del siglo XVIII y a lo largo del XIX, había sido empleado como conciencia represora.

A partir de las nuevas circunstancias, la prensa devino un espacio importante y a la vez viable para que las élites negras divulgasen sus estrategias. Formar una opinión alternativa era su principal propósito y tales tendencias se hicieron públicas. Juan Gualberto Gómez y sus seguidores formularon la tesis de la cordialidad racial como antítesis de la guerra de razas. En su opinión, el progreso de la

nación cubana requería unidad y concordia, y por esta vía apostaban para buscar alianzas con los políticos blancos. Cabe destacar que las diferencias entre las élites negras y su masa crítica constituyen una arista relevante para el análisis de la cuestión racial, no menos puede decirse del tema generacional.

El uso de las clientelas negras en los procesos electorales se hizo evidente, pero debe repararse en el hecho de que, aunque entre 1912 y los años finales de la década de 1920 los límites formales de la igualdad social de los negros se distendieron, las condiciones de su vida cotidiana apenas mejoraron. Sin embargo, la élite negra ocupó un espacio apreciable en la «alta» política, como lo demuestra la condecoración de Juan Gualberto Gómez, su líder histórico, con la Gran Cruz de Carlos Manuel de Céspedes.

La mirada de Fernández Calderón sobre la postura de estas élites durante el gobierno de Gerardo Machado es interesante y valiente. No deja de tener en cuenta para su análisis que el discurso político de una «igualdad cordial» sustentaba el proyecto de las élites negras para obtener una mayor participación en la esfera gubernamental. Pero ¿hasta qué punto y de qué maneras este supuesto empoderamiento se revertía en beneficio de los ciudadanos negros comunes? Pues suele ocurrir que las élites disponen de espacios para manifestar sus proyecciones e intereses, en tanto los debates del pueblo subyacen, y sacarlos a la luz es mucho más difícil.

Llama la atención el conjunto de cuestiones que se despliegan en *Páginas en conflicto...*, su selección es intencionada, reflexiva e inteligente. El autor abre caminos, propone temas y aborda asuntos que pudieran considerarse polémicos, como el liderazgo «histórico» de los negros, el problema generacional, las mujeres y su particular situación dentro del espacio público, la utilización política de las clientelas «de color» y el uso de la violencia como un instrumento de control social. Pero también aparecen tópicos más conocidos como las asociaciones y su proyección pública, la inmigración de antillanos y el racismo «científico», en los cuales el autor se adentra de manera novedosa, utilizando una perspectiva antropológica que lo sumerge en la época y en el protagonismo de sus actores. También la comentada representatividad de las élites en tanto paradigmas raciales capaces de asumir los problemas de las mayorías y sus posibles soluciones, el uso que hacían de sus clientelas para sustentar los programas políticos, la reproducción de los valores de la cultura hegemónica, la desvalorización de los elementos populares, las

frecuentes denuncias contra la violencia racial y la presunta incapacidad de los negros, son asuntos claves que Fernández Calderón expone con criterios propios.

Muy interesante resulta su análisis del debate intergeneracional entre un liderazgo histórico, que procedía de las luchas independentistas, y los profesionales e intelectuales jóvenes. Aquí se aprecian dos discursos portadores de posiciones antagónicas: el de quienes consideraban que la juventud negra carecía de la experiencia necesaria para asumir los retos de la lucha social y política, y el de aquellos para quienes la vieja generación debía ceder el paso a una nueva, cuya proyección política y social concordaba con los nuevos tiempos. En ese contexto, educación y derechos ciudadanos eran esgrimidos como variables significativas para la movilidad social.

Otro asunto, tal vez menos novedoso pero al que la proyección crítica del autor otorga un gran atractivo, es el referido al desempeño de las asociaciones negras en calidad de agentes movilizados de los diversos intereses socio-clasistas del sector. El Club Atenas, la Unión Fraternal y el Centro de Cocheros fueron sociedades paradigmáticas entre muchas otras que dieron cabida a toda clase de debates, fundamentalmente al racial, que matizaban tanto la participación política ciudadana como las expresiones culturales en sus diversos campos y sentidos.

La práctica deportiva aparece en *Páginas en conflicto...* como una estrategia más de movilización, cuestión interesante. Si bien el criterio higienista de la época propugnaba la denominada «cultura física» para toda la sociedad, los ciudadanos blancos la desarrollaban en espacios de uso exclusivo. Ello hace pensar al autor que los negros asumieron las actividades deportivas como un aspecto inherente a su vinculación ciudadana y, a la vez, como una oportunidad de ascenso y de realización social.

Poco analizadas han sido las voces femeninas negras. Resulta evidente que sus espacios periodísticos, a excepción de *Minerva*, fueron escasos y limitados. La prensa era esencialmente masculina y, por lo general, reproducía el discurso tradicional sobre la «inadecuada» participación de las mujeres en la vida pública, a fin de encerrar su actuación en los esquemas de la esfera privada. Temas como el «blanqueamiento» –tendencia defendida por muchas mujeres durante esos años– solían ser abordados prejuiciosamente; algo similar ocurría con la prostitución y el amancebamiento. Estos eran asuntos de primer orden entre

las capas populares, donde negras e inmigrantes constituían los elementos más frágiles.

Fernández Calderón también dedica un espacio a la mirada de los negros sobre los inmigrantes antillanos. Este tipo de desplazamiento temático también se consideraba «nocivo» para la prensa negra, pues hacía más complejo el debate racial, y depreciaba, además, la compleja situación del mercado laboral.

La supuesta inferioridad de los negros, abordada en el presente libro, fue otro tema debatido con ardor en esos años por médicos y juristas a razón de que formaba parte del diseño hegemónico de la sociedad. El debate se basaba en una percepción preestablecida, según la cual los delincuentes –hampones, ladrones e incluso asesinos– eran negros en su mayoría, como si la marginalidad fuese un rasgo vinculado genéticamente a las «razas» y no el resultado de condiciones sociales deprimidas o particulares. Este criterio servía también, de cierta manera, para justificar la violencia como una forma de control social.

Pero entre los propios negros, según refiere el autor, el mayor debate fue cultural y esencialmente se manifestó a través de dos posiciones: la que deseaba preservar la tradición procedente de África, y la defensora de la modernidad occidental. En esa dirección, el discurso de la prensa, que era el de las élites, apoyaba la tendencia «asimilista» y contribuyó a fomentar la imagen peyorativa de la cultura popular negra, presente en los estamentos más humildes.

Considera el autor, con razón, y es su tesis central, que el uso de la prensa por parte de las élites negras fue una estrategia positiva y eficaz para contrarrestar las acciones racistas, y que las élites manipularon con habilidad ese recurso, lo que les permitió crear su propia opinión pública e incidir en el desarrollo social y político de ese importante sector de la población cubana. Sus argumentos en este sentido son consistentes y están llamados a abrir un nuevo debate, complejo como toda acción discursiva, pero enriquecedor. Es acertado calificar de «conflictivo» el escenario en cuestión, no solo por las condiciones objetivas del período, sino porque además entraña una subjetividad difícil y diversa.

La comunidad académica agradecerá sin dudas la información que brinda *Páginas en conflicto...*, así como la sagacidad de su autor para delimitar asuntos y espacios. Confíemos entonces en que no se hará esperar una nueva obra, que contraponga las élites a su masa crítica,

de forma que podamos completar la percepción popular que de esas cuestiones consustanciales tuvieron los artesanos, campesinos y obreros negros, y conocer su participación discursiva y práctica en la solución de tantos y tan serios problemas. Sé que la tarea es muy ardua, pero sería un gran placer que Fernández Calderón asumiese ese reto.

DRA. MARÍA DEL CARMEN BARCIA  
Premio Nacional de Ciencias Sociales.  
Casa de Altos Estudios D. Fernando Ortiz,  
Universidad de La Habana





Páginas en conflicto: debate racial  
en la prensa cubana  
(1912-1930)



*A los caminos de la Historia, por los que he desandado  
los senderos del debate racial.  
A mi familia negra, por enseñarme a no olvidar de dónde vengo,  
quién soy y hacia dónde voy.*



## Palabras preliminares

Las relaciones interraciales constituyen un tema vital para el estudio de la nación cubana, por lo que necesitan de un análisis más profundo dentro de las ciencias históricas y sociales. El impacto del denominado, durante décadas, «problema negro»<sup>1</sup> se reflejó en diversos órdenes –como la política, la economía, la sociedad y la cultura– a lo largo del período 1912-1930. En líneas generales, esta primera etapa republicana ha sido la menos investigada, pues el tema racial solo se ha trabajado en ella casuísticamente, sin atender a su sistematicidad.

Puede afirmarse que la problemática racial tuvo una gran influencia en la construcción del Estado nacional a partir de 1902, y que contó con importantes antecedentes, como las tres guerras de independencia (1868-1898), en las que se logró una participación multirracial; el proceso de emancipación de los esclavos y su transición al trabajo libre; y la intervención militar norteamericana (1899-1902). Este último hecho agudizó la mentalidad prejuiciada sobre la población negra,

<sup>1</sup> La denominación «problema negro» agrupó, entre finales del siglo XIX y la mayor parte del XX, diversos estudios y valoraciones sobre la situación social y el papel de la población negra dentro del contexto histórico cubano, por lo que la utilizaron distintas figuras negras, mestizas y blancas del periodismo y la vida pública, como Gustavo Urrutia, Ángel C. Pinto, Jorge Mañach y Juan Marinello (cfr. Jorge Mañach: «El problema negro»). En la historiografía cubana posterior a 1959 se empleó también este término (cfr. Pedro Serviat: *El problema negro en Cuba y su solución definitiva*). Otros autores lo han llamado «tema negro» (cfr. María del Carmen Barcia: «El tema negro en la historiografía cubana del siglo XX»). Actualmente, algunos estudiosos cubanos lo denominan «problemática racial» o «relaciones interraciales». Estas últimas definiciones resultan más acertadas en tanto ponen de manifiesto que el tema racial atañe a toda la sociedad cubana y no a un grupo social específico (cfr. Esteban Morales Domínguez: *La problemática racial en Cuba. Algunos de sus desafíos*; y VV. AA.: *Las relaciones raciales en Cuba. Estudios contemporáneos*).

así como las discrepancias venidas de las filas independentistas y autonomistas, que habían impulsado la formación del proyecto republicano.<sup>2</sup>

La creación de una joven república permitió que se generaran expectativas de mejoramiento en la población negra,<sup>3</sup> pues sus derechos ciudadanos fueron reconocidos en el artículo 11 de la Constitución de 1901, que declaraba a todos los cubanos iguales ante la ley.<sup>4</sup> Sin embargo, el proyecto de una nación inclusiva quedó en letra muerta por la influencia de la herencia colonial esclavista y la práctica del racismo.<sup>5</sup>

El discurso de la nación sobre el tema racial representó una zona de conflictividad y de variadas interpretaciones, pues, de manera contradictoria, se pretendió que si la población negra no había ascendido en la escala social, ello era el resultado de su tardía incorporación a la sociedad y su escasa preparación, y no de la falta de oportunidades —además de que se necesitaba cierto nivel educacional para

<sup>2</sup> Para un mejor entendimiento del influjo de la intervención norteamericana en la variable racial, véase Marial Iglesias Utset: *Las metáforas del cambio en la vida cotidiana. Cuba. 1898-1902*; y Oilda Hevia Lanier: «1898-1902: la frustración de los negros cubanos después de la independencia».

<sup>3</sup> De las diferentes denominaciones con que suelen clasificarse a los descendientes de África, se emplearán indistintamente las de «negros y mulatos», «negros y mestizos» y «raza de color». No se manejarán los términos «afrocubanos» y «no blancos», utilizados generalmente por la historiografía norteamericana. Aunque el primero de estos últimos ha ganado espacio dentro del debate académico cubano, su utilización minimiza la complejidad del proceso histórico y cultural de las distintas clasificaciones existentes para un grupo racial en nuestra historia y su funcionalidad en el contexto colonial-republicano; también resta importancia al proceso de mestizaje como elemento clave de la conformación de la identidad nacional (cfr. Daisy Rubiera e Inés M. Martiatu: *Afrocubanas. Historia, pensamiento y prácticas culturales*). Sobre los usos y problemas asociados al término «afrocubano», véase Ada Ferrer: *Cuba insurgente. Raza, nación y revolución (1868-1898)*, pp. 18-20.

<sup>4</sup> Cfr. Julio A. Carreras: *Esclavitud, abolición y racismo*, p. 78.

<sup>5</sup> Aunque la historiografía cubana y la extranjera no han definido claramente el concepto de «tema racial», esta particularidad no la han compartido otros términos como «raza», «racismo» y «discriminación racial». Para el presente texto, el tema racial es la problemática histórica resultante de las relaciones interraciales en el contexto colonial-republicano, mediado, a su vez, por las diversas formulaciones socio-políticas de distintos sectores y grupos sociales sobre la práctica de la igualdad y el racismo en Cuba. Para una profundización en el tema del racismo, véase Rebecca J. Scott: «Relaciones de clase e ideologías raciales: acción rural colectiva en Louisiana y Cuba».

poder y saber aprovecharlas—.<sup>6</sup> Los negros y mestizos demandaron la igualdad de derechos para acceder a los espacios socio-políticos de la república naciente. Sin embargo, chocaron de continuo con distintas barreras discriminatorias (como la prohibición de acceso a restaurantes, parques públicos y escuelas), mediante las cuales se les segregaba por el color de su piel, y que padecieron con frecuencia en sus lugares de trabajo.

Por otra parte, los partidos políticos Liberal y Conservador manipularon el voto negro en su beneficio e hicieron posible que algunas figuras negras como Pedro Díaz, Rafael Serra y Generoso Campos Marquetti obtuvieran cargos públicos. En 1905, solo 4 miembros a la Cámara de Representantes eran negros y mestizos, de un total de 63 integrantes. Al año siguiente, ante el descontento de la raza negra, muchos hombres de color se unieron al alzamiento liberal contra el gobierno de Tomás Estrada Palma. La igualdad de derechos propugnada para todos los ciudadanos no aseguraba la igualdad real, por lo que aquellos negros y mestizos vinculados a las fuerzas políticas demandaron el ejercicio de sus potestades.

En 1907, dada la inoperancia del precepto constitucional, un sector negro del mambisado inició una movilización política alternativa que se concretó hacia 1908 con la creación, por Evaristo Estenoz, del Partido Independiente de Color (PIC).<sup>7</sup> Sus integrantes utilizaron el diario *Previsión*, órgano del partido, para difundir un discurso político-social que atrajese a las clientelas electorales negras. La fundación de esta fuerza política encontró resistencia en miembros blancos y negros de los partidos tradicionales. Ante la actitud desafiante del PIC, el gobierno liberal de José Miguel Gómez debió tomar cartas en el asunto y, en 1910, el intelectual mestizo Martín Morúa Delgado, presidente del Senado, propuso una enmienda electoral para prohibir la participación política del PIC, que fue aprobada en medio de una causa judicial

<sup>6</sup> Algunos especialistas han demostrado la relación contradictoria entre el modelo de nación inclusiva y la práctica del racismo en los primeros años de la República (cfr. Aline Helg: *Lo que nos corresponde. La lucha de los negros y mulatos por la igualdad en Cuba. 1886-1912*; y Alejandro de la Fuente: *Una nación para todos. Raza, desigualdad y política en Cuba. 1900-2000*).

<sup>7</sup> En lo adelante, se hará referencia a los integrantes del PIC como «independientes de color». Para un análisis del partido y su labor, véase Serafín Portuondo Linares: *Los independientes de color. Historia del Partido Independiente de Color*; Aline Helg: Ob. cit.; y Alejandro de la Fuente: Ob. cit.

por rebelión contra los independientes de color.<sup>8</sup> La Enmienda Morúa limitó la acción del partido al colocarlo en la ilegalidad y provocó un proceso que culminó con la maniobra política del levantamiento del PIC en mayo de 1912, cuando se arremetió contra toda persona negra que levantase sospechas de conspiración. El saldo de la masacre se estima entre 3 000 y 6 000 víctimas.<sup>9</sup>

Tras la masacre del doce<sup>10</sup> el debate generado por las manifestaciones de racismo se hizo más complejo. La propaganda contra la raza negra halló fundamento en tesis «científicas» excluyentes, a la vez que agudizó las tensiones interraciales en los espacios públicos y avivó la manipulación durante los procesos eleccionarios. El racismo, en sus

<sup>8</sup> La Enmienda Morúa quedó comprendida en el artículo 17 de la Constitución, referido a la participación electoral, y estipulaba: «No se considerará en ningún caso como partido político o grupo independiente, ninguna agrupación constituida por individuos de una sola raza o color, ni por individuos de una clase con motivo de nacimiento, la riqueza o el título profesional» (citado por Serafín Portuondo Linares: Ob. cit., p. 54).

<sup>9</sup> En sus estudios sobre el tema racial en las primeras décadas de la República los investigadores han privilegiado los procesos de creación, desarrollo y represión del PIC. La cifra de 3 000 muertos es la más manejada por las historiografías cubana y extranjera. Para una mayor comprensión de estos hechos, véase Serafín Portuondo Linares: Ob. cit.; Rafael Fermoselle: *Política y color en Cuba. La guerrita de 1912*; Tomás Fernández Robaina: *El negro en Cuba. 1902-1958. Apuntes para la historia de la lucha contra la discriminación racial*; Aline Helg: Ob. cit.; y Alejandro de la Fuente: Ob. cit. También pueden consultarse las interesantes propuestas de Louis A. Pérez Jr.: «Política, campesinos y gente de color: la guerra de razas de 1912 en Cuba revisitada»; y Silvio Castro: *La masacre de los independientes de color en 1912*. En la última década se ha profundizado en el tema desde nuevas aristas (cfr. María de los Ángeles Meriño Fuentes: *Una vuelta necesaria a mayo de 1912*; Ricardo R. Riquenes Herrera: *Guantánamo en el vórtice de los independientes de color*; Alejandro de la Fuente: «La historiografía del futuro. Raza, política y nación en la historiografía cubana contemporánea»; Tomás Fernández Robaina: «Hacia el centenario de la fundación del Partido Independiente de Color»; y Rolando Rodríguez: *La conspiración de los iguales. La protesta de los independientes de color en 1912*). Con motivo del centenario de la masacre en 2012 se publicaron nuevos acercamientos (cfr. Sandra Estévez Rivero, Pedro Castro Monterrey y Olga Portuondo Zúñiga: *Por la identidad del negro cubano*; y Oilda Hevia Lanier: «Acerca de la vigencia del Partido Independiente de Color»).

<sup>10</sup> Por la importancia de este acontecimiento, se aludirá indistintamente a los hechos del alzamiento del PIC como «masacre del doce», «guerrita del doce», «guerrita de los negros» y «guerra de razas». Estas fueron las denominaciones que emplearon tradicionalmente los diarios y revistas para su identificación dentro del debate racial posterior a 1912, así como la historiografía cubana, debido a lo cual aparecerán de una u otra forma según el momento y el contexto en cuestión.

diversas expresiones, se mantuvo como código social y fue, junto con la problemática de la igualdad, una parte importante del «debate racial»<sup>11</sup> en las publicaciones seriadas.

Las actitudes segregacionistas posteriores a la guerrita del doce condicionaron la consolidación y reorganización de la élite negra. Durante los años siguientes, este sector ilustrado reevaluó las formas de enfrentamiento al racismo y la lucha por sus derechos ciudadanos. Participar en el circuito periodístico a través de los diarios, al igual que había ocurrido a finales del siglo XIX, fue parte central de su estrategia para impactar en la opinión pública con un discurso propio, reflejo de sus alianzas y debates internos. La conflictividad de sus formulaciones radicó en que los sectores negros y mestizos aspiraban a la igualdad en la práctica ciudadana, escamoteada o negada dentro de un proyecto republicano que excluía al cubano negro, como expresión de una sociedad históricamente racista.



<sup>11</sup> Por «debate racial» se entienden aquellas manifestaciones discursivas divulgadas en el espacio público como escenario de legitimidad social desde finales del siglo XIX, y que analizaban el papel de la raza dentro de la nación. Estas constituyeron un canal de expresión sobre el tema, mediado por la política y la posición social de los protagonistas, que dio espacio sistemático a las construcciones sobre los temas del racismo y la igualdad.



# Igualdad y racismo: una conflictiva relación a inicios de la República

El racismo constituyó un precepto ideológico consustancial al colonialismo, condicionado por la evolución esclavista y plantacionista de la sociedad cubana. Su impacto económico, político y social influyó en el desarrollo de un lento y complicado proyecto de inclusión del negro. La lucha contra España creó nuevas expectativas y posibilitó que los negros y mestizos concientizaran aún más su pertenencia a aquella nación cubana por la que habían luchado. Comprendieron que, en primer lugar, debían considerar su condición de cubanos y, luego, el estamento, el color de la piel. Una vez que se obtuvo la independencia de España, estos grupos sociales reclamaron sus derechos ciudadanos. La aprobación del sufragio universal masculino en 1901 marcó un precedente para el Estado nacional y se convirtió en punto de partida de los discursos sobre la ciudadanía. Por este motivo, se produjeron procesos de consensos y disensos alrededor de las construcciones raciales de la nación.

El problema de la participación ciudadana de blancos, negros y mestizos se veía desde una igualdad jurídica inclusiva. Los argumentos se centraban en el ejercicio civil ciudadano defendido por la tradición independentista. Este postulado se canalizó en dos apropiaciones fundamentales: la primera concebía la igualdad más allá del racismo histórico, a través de los mecanismos de participación socio-política que habían sido creados; en la segunda, se presentaba la igualdad establecida constitucionalmente como condición para demandar el reconocimiento social del ciudadano negro.

Ambas proyecciones solían modificarse de acuerdo al contexto. La «igualdad racial establecida o creada»,<sup>1</sup> que gozaba de legitimidad

<sup>1</sup> Con esta denominación se alude al diseño socio-político de la República Neocolonial que estableció jurídicamente a partir de 1902 un modelo de igualdad social entre negros, blancos y mestizos. Sus postulados y funcionalidad fueron utilizados por grupos y actores sociales de forma diversa, compleja y contradictoria. Tuvo

jurídica, resultó obstaculizada cuando negros y mestizos enfrentaron su principal problema: el racismo. Este escenario condicionó la limitada participación del ciudadano negro. Oficialmente se alegó que en la joven república se garantizaban los espacios para el común ejercicio de la ciudadanía y que el empleo de cualquier otra alternativa atentaba contra la igualdad. Luego, el grupo excluido, con vistas a lograr mayor movilidad y reconocimiento, aprovechó los resquicios de participación que se le ofrecían dentro de este orden de cosas con el propósito de reevaluar y negociar el espacio otorgado.

Para hacer efectivas sus demandas y estrategias en la lucha contra el racismo, los activistas negros y mestizos se pronunciaron en calidad de ciudadanos cubanos, y elaboraron diferentes discursos a partir de las experiencias inclusivas de finales del siglo XIX.<sup>2</sup> Así, construyeron una efectiva plataforma político-social para presionar por el cumplimiento de los derechos que les asistían. Los debates sobre la ausencia o presencia de la igualdad real y/o jurídica demuestran las complejidades de la sociedad republicana. Se produjeron permanentes polémicas en el seno de los sectores marcados por el color de su piel. Cuando la práctica ciudadana de los negros y mestizos traspasó los límites impuestos a su participación en una sociedad segregacionista, el racismo operó como resultante histórico e impuso nuevas formas de negociación. Al respecto, René F. González García reconoce:

La primera hipótesis a descartar es la de la igualdad. Ella es la plataforma para entender el proceso. La ausencia de la igualdad dará sentido de paradojas a las diferencias. Habrá que determinar a los actores, a los sujetos de la igualdad [...]. El planteamiento de la igualdad tiene un punto de arrancada: la condición jurídica del sujeto.<sup>3</sup>

---

su base ideológica en el discurso nacionalista de las guerras de independencia, y se empleó tanto para subordinar la labor movilizativa de los negros y mestizos en los espacios de participación diseñados, como para demandar la aplicación de la igualdad real por los representantes de la población negra, en calidad de «cubanos negros». En la práctica compartió espacio con el racismo resultante del modelo colonial, como código social.

<sup>2</sup> Para profundizar en las estrategias de inclusión de la población negra a finales del siglo XIX, véase Oilda Hevia Lanier: *El Directorio Central de las Sociedades Negras de Cuba. 1886-1894*.

<sup>3</sup> René F. González García: «El ciudadano negro: aprendiendo a ser cubano», pp. 59-60.

En el centro de las relaciones interraciales se encontraba el vínculo entre clase e ideología, surgido a partir de la elaboración de la identidad ficticia y excluyente del ciudadano cubano, generalmente blanco y civilizado, como unidad imaginaria y/o real contra otras unidades posibles.<sup>4</sup> Los estudios teóricos sobre la dominación explican que este proceso es parte de un sistema histórico de exclusiones y dominaciones complementarias, cuya estructura se cohesiona en una red de prejuicios, discursos y comportamientos vinculados al nacionalismo. En Cuba, de esta combinación de discursos y representaciones sociales resultó un código común que hizo efectiva la dominación.<sup>5</sup>

La conflictiva interrelación de ambas variables –racismo e igualdad– signó el ejercicio de la ciudadanía, que, por su intrínseca contradicción, reformuló sistemáticamente el tema racial como parte de la agenda nacional. Las fronteras de la igualdad indicaron hasta dónde fue permisible traspasar la «línea del color», un precepto construido y practicado generalmente por las clases dominantes, pero del que también se sirvió el grupo excluido para presionar por la obtención de un reconocimiento real. Con la experiencia del PIC se estableció claramente en 1912 el grado de participación política que correspondía a negros y mestizos. Por otra parte, la masacre convirtió el ejercicio del racismo, expresado en la violenta represión contra la población negra, en una actitud de «control social». Ello recuerda la aclaración de Teun A. Van Dijk sobre las prácticas discriminatorias, que presuponen representaciones mentales, socialmente compartidas y negativamente orientadas respecto de *nosotros* sobre *ellos*.<sup>6</sup> Siempre las élites sociales han desempeñado un papel esencial en la reproducción del racismo, pues cuentan con un mayor acceso a los medios más influyentes en el discurso público –espacios de comunicación masiva, difusión política, educación e investigación– y al control que, por tanto, ejercen sobre este. Como grupo, establecen metas y preocupaciones afines, y legitiman actitudes basadas en el «sentido común»<sup>7</sup> y el consenso. En esta

<sup>4</sup> Para una definición más completa de «clases sociales», véase Vladimir Ilich Lenin: *Obras escogidas*, pp. 612-613; y Karl Marx: «Carta de Karl Marx a Joseph Weydemeyer desde Nueva York», p. 542. Véanse también las formulaciones al respecto en VV. AA.: *Los cambios en la estructura socioclasista en Cuba*, pp. 67-68.

<sup>5</sup> Cfr. Etienne Balibar e Immanuel Wallerstein: *Raza, clase y nación*, pp. 32-82.

<sup>6</sup> Cfr. Teun A. Van Dijk: «Discurso y racismo».

<sup>7</sup> El doctor Antonio Álvarez Pitaluga llama «sentido común» a la reproducción de la conciencia cotidiana a través de principios y conductas propios del hombre

dirección, su discurso reviste vital importancia para la dimensión cognitiva del racismo, pues los prejuicios y la ideología étnica se adquieren y aprenden al reproducirse a través de la comunicación dentro del grupo dominante. Así pues, el vínculo discurso-cognición explica cómo estas concepciones se expresan, comparten y reproducen en la sociedad.

Todo discurso se dirige a conformar ciertos estados de opinión que legitiman significados públicamente compartidos. Para el caso de la sociedad política, dividida en dos escenarios según el modelo teórico de Jürgen Habermas –entiéndase, el informal no público y el institucional, autorizado y formal–, los principales canales de comunicación se articulan a través de la prensa. Esta deviene lugar común donde se elaboran narrativas e imágenes, de cuya realidad objetiva se apropia cada uno de los grupos sociales.<sup>8</sup>

Alain Basail denomina «comunidad de interpretación» al ámbito en que la realidad se convierte en información.<sup>9</sup> Los productos culturales que se desarrollan en su interior tienen símbolos que circulan a su vez en el marco de la sociedad civil.<sup>10</sup> Por estos canales de la letra impresa, lo mismo que se dictan las postulaciones del poder, también pueden los grupos subordinados divulgar sus propias alternativas y visiones, no siempre contrapuestas a las de los dominantes. El suministro y la elaboración selectiva de la información, atendiendo al conocimiento social, están mediados por el diseño de los códigos a compartir entre los grupos a través de determinadas prácticas y valores. Su asimilación permite el desarrollo de un catálogo de parámetros «aceptables» dentro del mapa de la realidad social y le-

---

para la dominación de clases. En este proceso se expresan relaciones formales de poder, pero, fuera de lo estatuido por las disposiciones jurídicas, también se encuentra la oficial capacidad de liderazgo intelectual y moral de la clase dominante para dirigir y conducir conductas más que para obligar (cfr. Antonio Álvarez Pitaluga: *Revolución, hegemonía y poder*, pp. 27-32; y Antonio Gramsci: *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, p. 63).

<sup>8</sup> Cfr. Jürgen Habermas: *Historia crítica de la opinión pública*, p. 209.

<sup>9</sup> Cfr. Alain Basail Rodríguez: «Estilos de época y cultura impresa. Prensa, procesos culturales y cambios sociales en Cuba. 1878-1898», pp. 30-58.

<sup>10</sup> La sociedad civil se define como «expresión de las iniciativas particulares que desarrollan los actores sociales mediante asociaciones voluntarias y el recurso a la comunicación pública, desde fuera de las relaciones de poder, pero en interrelación con el Estado, pues entre sus finalidades pueden figurar la intervención en los asuntos públicos, la legitimación del poder o la conquista de este» (José Antonio Piqueras: «Sociedad civil, opinión pública y disenso colonial», pp. 54-63). Para profundizar en el concepto de sociedad civil, véase Jorge Luis Acanda: *Sociedad civil y hegemonía*, pp. 11-28.

gitima un sentido a tono con el argumento de «lo que se ha de pensar». Se construyen identidades personales y grupales, que designan un sistema de creencias por medio de valoraciones que trazan modelos de conducta y justifican la realidad psicosocial. La prensa se convierte en el transmisor de estos mensajes, pues socializa las imágenes parciales de la realidad que forman el consenso social.<sup>11</sup>

En el caso cubano, las distintas apropiaciones de la igualdad se hicieron manifiestas en diversos artículos que circularon en la prensa. Como espacio de divulgación, esta expresó el frágil equilibrio racial existente, a partir de numerosos debates en torno a la operatividad del contrato social en las relaciones interraciales. Con el impacto que tuvo en la opinión pública la masacre del doce se demostró el papel efectivo de los diarios como mecanismos de dominación sobre el grupo subordinado.

Los estudiosos coinciden en que, luego de los acontecimientos de 1912, las prácticas discriminatorias no solo pervivieron sino que se agudizaron, pero no hacen énfasis en el papel de la prensa como espacio común de actuación y reflejo de sus manifestaciones.<sup>12</sup> Dado que las publicaciones periódicas constituían un recurso decisivo para la formación de la opinión pública sobre diversas inquietudes sociales, era natural que la problemática racial representase uno de los tópicos centrales de sus agendas.

## El debate racial en la prensa hasta la masacre del doce

Los orígenes del debate racial en la prensa pueden ubicarse a finales del siglo XIX, cuando la Ley de Imprenta (1887) propició el desarrollo de una prensa variada y sistemática, que ya se encontraba en auge desde el último cuarto de siglo. Con el advenimiento de la República comenzó un proceso de reconfiguración gradual e introducción de novedosas técnicas en materia de impresión y reproducción de textos e imágenes, que influyó en la libertad de prensa, facilitada por el artículo 25 de la Constitución de 1901.<sup>13</sup> Se estimuló la organización

<sup>11</sup> Cfr. Alain Basail Rodríguez: Ob. cit., p. 60.

<sup>12</sup> Cfr. Tomás Fernández Robaina: *El negro en Cuba. 1902-1958. Apuntes para la historia de la lucha contra la discriminación racial*; y Alejandro de la Fuente: *Una nación para todos. Raza, desigualdad y política en Cuba. 1900-2000*.

<sup>13</sup> Este artículo expresaba: «Toda persona podrá libremente, sin sujeción a censura previa, emitir su pensamiento, de palabra o por escrito, por medio de la imprenta o por cualquier procedimiento, sin perjuicio alguno de la responsabilidad que impongan las leyes cuando por alguno de aquellos medios se atente contra el honor, el orden social o la estabilidad de la República» (citado por Janny Amaya

de la prensa según el modelo de la teoría informativa liberal, regida por los principios de la «libertad de expresión y empresa».

El desarrollo de la infraestructura fue esencial en la evolución de las publicaciones seriadas. Los cimientos para su explotación comercial se crearon mediante adelantos tecnológicos que facilitaron las tiradas masivas, la exploración de nuevos ámbitos informativos por el desarrollo de las vías de comunicación a distancia y el acceso a públicos más amplios. Las modernas técnicas de impresión siguieron, en líneas generales, los patrones de las publicaciones estadounidenses. Se evidenció el culto a la inmediatez y la información en detrimento del editorialismo: titulares sensacionalistas ocupaban las primeras planas y se empleaba un lenguaje accesible y ágil. Las revistas de interés general adoptaron el modelo del *magazine* americano, caracterizado por la desconcentración de temas y géneros, el tratamiento de contenidos ligeros y amenos y el empleo de la gráfica y la fotografía.<sup>14</sup>

Como mecanismo de expresión social, la prensa permitió a negros y mestizos el despliegue de una producción periodística en medio de sus luchas civiles. La labor de Juan Gualberto Gómez en el Directorio Central de las Sociedades de Color se vio favorecida por su trabajo al frente de órganos como *La Fraternidad* (1878-1880 y 1890) y *La Igualdad* (1892-1895). También otras destacadas figuras condujeron importantes proyectos periodísticos, tal fue el caso de Rafael Serra, quien presidió *La Armonía* (1879) y *La Doctrina de Martí* (1896-1898), y de Martín Morúa Delgado, director de *El Pueblo* (1879) y *La Nueva Era* (1892).<sup>15</sup>

Durante las primeras décadas de la República se estimuló el desarrollo de numerosas publicaciones seriadas en cuyas páginas se dieron a conocer diversas concepciones sobre la temática racial. Entre 1902 y 1912, los diarios tradicionales desempeñaron un papel activo en la divulgación de un prolífico imaginario acerca de la peligrosidad e inferioridad de la raza de color y su incapacidad para asumir sus derechos civiles. Esta tradición informativa databa de finales del siglo anterior.

---

Trujillo: «La comunicación en Cuba. 1921-1925. Una aproximación al sistema de comunicación institucional», s. p.).

<sup>14</sup> Cfr. Jorge G. Ricardo: *La imprenta en Cuba*.

<sup>15</sup> Cfr. Aline Helg: *Lo que nos corresponde. La lucha de los negros y mulatos por la igualdad en Cuba. 1886-1912*, pp. 29-123; Oilda Hevia Lanier: Ob. cit., pp. 11-20; y Pedro Deschamps Chapeaux: *Rafael Serra y Montalvo, obrero incansable por nuestra independencia*, p. 22.

Junto a las noticias de los periódicos, una serie de obras y folletines cumplieron la tarea de legitimar la discriminación como norma del diseño racial. Artículos y comentarios de esta índole desataron la campaña del «peligro negro», basada en presuntas acciones ilegales cometidas por negros y mulatos, que «testimoniaban» su violencia y criminalidad y permitían catalogarlos como un obstáculo para el progreso. Ante la marcada intencionalidad de los diarios oficiales, el sector negro que escribía en la prensa tomó parte en el debate desde sus órganos propios. Tanto en los nuevos proyectos de Juan Gualberto Gómez, *La República Cubana* (1902) y *El Liberal* (1907), como en *El Nuevo Criollo* (1905-1906), de Rafael Serra, y *Previsión* (1908-1910), de Evaristo Estenoz, se denunció el racismo periodístico y se reclamó el cumplimiento del artículo constitucional referido a la igualdad.

La actitud desafiante con que los independientes de color se sirvieron de la prensa, por su cuestionamiento al orden segregacionista, provocó la reacción de los grandes medios, que recurrieron al argumento de que los negros soslayaban los logros de la independencia y deseaban acabar con la igualdad creada. En 1912, el alzamiento de Evaristo Estenoz y Pedro Ivonet convirtió esta afirmación en una poderosa propaganda que persuadió a los actores sociales, más allá del color de su piel, a asirse al criterio de que era necesario reprimir las expresiones de «racismo negro». La utilización tendenciosa de una buena parte de la prensa logró cierto consenso frente al alzamiento y legitimó la masacre en función de la «integridad nacional».

Si antes de la guerrita del doce el debate racial se había dividido entre el imaginario del peligro negro y las demandas ciudadanas del cubano de color en pos de su representatividad dentro del sistema republicano, después de aquel año se manifestó no solo la profundización del racismo, sino también su justificación. Tales complejidades se observaron más tarde en los temarios de las publicaciones.

La funcionalidad y manipulación de la prensa en cuanto concierne a la masacre del doce tuvo diversos efectos: en primer lugar, presentó la muerte de miles de personas como un acto necesario para la unidad cubana ante la división social; y en segundo, signó la vida de las familias y comunidades afectadas, que sufrieron la acumulación de la incomprensión social, unida a la violación del derecho de igualdad. Ello supuso, además de la afectación al grupo discriminado por el color de su piel, un perjuicio colectivo para la imagen de Cuba como nación, en tanto retardó el proceso de relación interracial, ya que en el

plano político se destruyó la intencionalidad con que se promulgaba el ejercicio de la ciudadanía personal y colectiva.

En el orden cultural, se produjo la pérdida de valores, sistemas y patrones de vida, que legitimaban costumbres y prácticas tradicionales. Por último, implicó severos daños económicos, pues la mayor parte de los individuos y sus familias resultó descapitalizada. De todo ello se desprende la importancia de la violencia política, que desarticuló las redes del tejido social, puesto que la marginación y la exclusión suelen ir acompañadas del aniquilamiento de la dignidad moral de las víctimas.

No debe pasarse por alto la ausencia permanente de una reparación para aquellos hombres y mujeres afectados tras la masacre del doce, quienes, luego de ser atemorizados, padecieron el escarnio social. Restringir sus derechos, oportunidades y calidad de vida, por el efecto de la violencia política, tuvo un peso esencial en la naturalización y aceptación del racismo. Que ni siquiera se pensase en una actitud reparatoria –simbólica, jurídica y/o pecuniaria– explica la necesidad colectiva de enterrar lo que entonces se consideró un bochorno para la república. Esto convirtió el silencio en un mecanismo de evasión por parte de las víctimas, pues comprendieron que nunca serían resarcidas y que se las continuaría segregando. Así pues, el tema racial después de la masacre estuvo marcado por la consecuente agudización de las contradicciones interracialistas.<sup>16</sup> Su divulgación en los diarios contribuyó al reforzamiento de conocidos mecanismos de exclusión. Los periódicos, en nombre de la «civilización» y la «patria», llamaban al conglomerado negro a aceptar su lugar dentro de la hegemonía racial blanca. Esto significaba reconocer una posición social instaurada en esquemas de inferioridad y subordinación para consolidar la jerarquía tradicional de las relaciones interracialistas y el ejercicio discriminatorio.

Negros, blancos y mestizos participaron de forma constante en el debate. Muchas de las noticias circuladas en los diarios tuvieron

<sup>16</sup> La evolución de la sociedad y sus consecuencias en la dinámica intersectorial se encontraban sujetas a los vaivenes de las administraciones políticas. El mandato liberal de José Miguel Gómez (1909-1913) fue sucedido por el predominio conservador de Mario García Menocal (1913-1921); luego, en la década de 1920, siguieron los gobiernos de Alfredo Zayas (1921-1925) y Gerardo Machado (1925-1933). Los recursos del Estado fueron la principal fuente de enriquecimiento para los políticos, como se evidenció en diversos escándalos de corrupción y transacciones de poder mediadas por la injerencia norteamericana. Esto generó una revolución político-social que tuvo su expresión más decisiva a comienzos de la década de 1930.

un impacto directo dentro del campo político, pues en algunos de los discursos divulgados se advertían las secuelas de la denominada «guerra de razas». Después de este acontecimiento, se acentuó la creencia de que cualquier acción movilizativa de la raza de color era expresión del racismo negro.

### **El impacto político de la guerrita del doce en el debate racial**

Tanto la Enmienda Morúa como la masacre fueron parte central del discurso político posterior a 1912. Las páginas de los periódicos y revistas se hicieron eco –como había sucedido durante la campaña contra Evaristo Estenoz y su alzamiento– de noticias sobre supuestas conspiraciones raciales, manipulaciones electorales y propagandas para captar el voto negro. Por su papel activo en el proceso, la prensa devino un espacio importante para las interpretaciones de las estrategias políticas de los negros y mestizos.

Los periodistas negros que tenían acceso a los diarios intervinieron en el debate racial a fin de exigir sus derechos. Dado que la recuperación de los reprimidos no fue inmediata, las movilizaciones del sector se caracterizaron por el empleo de los mecanismos tradicionales y ganaron en reorganización. Los prohombres negros debieron esperar aproximadamente una década para conseguir cierta visibilidad dentro de la administración republicana. Durante estos años, por el impacto político de la masacre, sus actividades se circunscribieron al interior de los partidos. El testimonio histórico revela que no se produjeron nuevos intentos alternativos, a pesar de las falsas campañas divulgadas en los medios de prensa. Las lecturas sobre la guerrita del doce fueron aleccionadoras para los líderes negros y, de cierto modo, ayudaron en su capacidad de recuperación. Por la complejidad de operar dentro de los límites políticos creados, a finales de los años veinte, su labor integracionista se enfocó en asociaciones federativas de carácter nacional. La experiencia del PIC había servido para discernir otras posibles formas de movilización dentro de la igualdad establecida.

Durante toda esta etapa, el estigma de la guerrita de los negros no desapareció de la memoria colectiva ni de las formulaciones dirigidas a la opinión pública. En 1912, una de las versiones que circuló, meses después de concluida la represión, fue la tesis de Rafael Conte y José M. Capmany de que se había tratado de un conflicto de razas. Los autores reivindicaban la superioridad blanca y advertían: «Los blancos, vencedores a muy poca costa, podremos olvidar, pero los negros,

vencidos [...], ni olvidarán el afrentoso castigo ni perdonarán nunca a sus implacables ejecutores. Tardará [...] tiempo en surgir un nuevo Estenoz [...] y las consecuencias serán funestas».<sup>17</sup> Tal planteamiento constituía un recordatorio que conminaba a la raza de color a asumir su posición social subordinada.

Ante semejante evocación de la masacre, y debido a la inmediata exacerbación de la violencia contra los alzados, el líder Juan Gualberto Gómez se pronunció con vistas a buscar una conciliación entre los grupos sociales. Propuso, a finales de 1912, que se crease la Asociación Fraternal Cubana, para el establecimiento de la cordialidad frente a la tesis de la guerra de razas, y llamó a laborar por el bienestar de la nación y la concordia. Esta institución propiciaría un acercamiento entre todos los elementos de la sociedad y estaría constituida por altas representaciones de ambos grupos raciales. Su emblema lo conformarían una mano blanca y otra negra entrelazadas en torno a la bandera cubana.<sup>18</sup>

Al parecer, el proyecto no fructificó, pues en 1928 Gustavo Urrutia retomaría la idea. La falta de apoyo para su ejecución pudo deberse a las tensiones generadas luego de 1912 y a la activa segregación de los años inmediatos, sumado a que, como se ha dicho, la propaganda sistemática y prolongada de los diarios influyó en el reforzamiento de las jerarquías raciales y el recelo hacia las actividades movilizativas y fraternales de la raza de color.

En el marco de las reflexiones publicadas por aquellos años, en 1916 Ramón Vasconcelos brindó una versión diferente de la tesis de guerra racista:

Cualquier suceso policíaco [...] sirve de pretexto para exteriorizar los prejuicios raciales y envolvernos a todos [negros y mestizos] en generalizaciones ofensivas [...]. Ya que no tenemos [...] periódicos propios, tengamos decoro y cuando se nos aluda en forma incorrecta en una publicación [...] recordemos que somos también público que lee, siente [...] y paga.<sup>19</sup>

<sup>17</sup> Rafael Conte y José M. Capmany: *Guerra de razas (negros y blancos en Cuba)*, pp. 7-9.

<sup>18</sup> Cfr. «Juan Gualberto Gómez», en «Ideales de una raza», *Diario de la Marina*, n.º 336, La Habana, 2 de diciembre de 1928, p. 6; y Archivo Nacional de Cuba (ANC), Fondo Adquisiciones, caja 75, n.º 4309.

<sup>19</sup> Ramón Vasconcelos: *El general Gómez y la sedición de mayo*, pp. 3-4.

Ramón Vasconcelos había pertenecido a las filas del Partido Liberal y en 1912 se vio involucrado en la represión del gobierno contra el PIC. Durante esos meses estuvo encarcelado bajo la acusación de ser el lugarteniente del general negro Juan Eligio Ducasse y de haber actuado como segundo jefe de los conspiradores en La Habana. En un folletín publicado por él en 1916 analizó la actitud de José Miguel Gómez de atraer a las clientelas negras, pues a su juicio el alzamiento había constituido una maniobra política gubernamental a fin de asegurar la reelección.<sup>20</sup> La tesis de Vasconcelos fue retomada por Basilio Valle en 1920, y publicada en un folleto sobre los asesinatos y manejos reeleccionistas fraguados contra los independientes de color.<sup>21</sup>

Como puede apreciarse, en el escenario político la influencia de la masacre se convirtió en instrumento de los partidos con vistas a las elecciones. El discurso de estos sobre el tema racial sirvió invariablemente al propósito eleccionario, por lo que no es de extrañar que en la propaganda informativa de los periódicos por el voto negro, el tema de los independientes de color se tornara frecuente.<sup>22</sup> Los diarios manipulaban la masacre para captar al electorado negro, y modificaban sus discursos según la utilidad de las noticias.<sup>23</sup> Hacia 1912 José Miguel Gómez, candidato del Partido Liberal, afirmaba que el cubano negro no era racista y que le asistía el derecho de pedir justicia; entonces, en su opinión, era el blanco quien, por egoísmo y maldad, lo segregaba al negarle toda posibilidad de reconocimiento. Pero en las campañas electorales de 1916 y 1920, la imagen de «benefactor» y «salvador» pretendida por el presidente Gómez en 1912 se trastocó por la del verdugo de la población negra, argumento esgrimido por el Partido Conservador y que favoreció notablemente su propaganda.<sup>24</sup>

<sup>20</sup> Cfr. *ibídem.*

<sup>21</sup> Cfr. Basilio Valle: *El general José Miguel Gómez y sus obras (debate para la historia de Cuba)*.

<sup>22</sup> Cfr. «El humito de Estenoz», *La Política Cómica*, n.º 510, La Habana, 19 de septiembre de 1915, p. 9; «El fantasma del racismo», *Diario de la Marina*, n.º 246, La Habana, 19 de octubre de 1915, p. 1; y Archivo Provincial de Santa Clara (APSC), Fondo Ayuntamiento de Santa Clara, caja 3, exp. 1.

<sup>23</sup> Cfr. Alejandro de la Fuente: *Una nación para todos. Raza, desigualdad y política en Cuba. 1900-2000*, pp. 128-129.

<sup>24</sup> Cfr. «El general José Miguel Gómez y la raza de color», *La Voz de la Razón*, n.º 374, La Habana, 5 de mayo de 1916, p. 1; «Tiburón en Oriente», *La Política Cómica*, n.º 564, La Habana, 1.º de octubre de 1916, p. 4; e Hilario Martínez: «No, general, no lo queremos más», *La Lucha*, n.º 26, La Habana, 26 de enero de 1920, p. 8.

A lo largo de la década, no obstante el apoyo de algunas clientelas negras, el Partido Liberal fue derrotado en las elecciones de 1912, 1916 y 1920.<sup>25</sup> Sin embargo, su plataforma política no perdió el atractivo que revestía para la población negra, pues en sus filas continuaron militando importantes líderes de color.

En la prensa los contrapunteos siguieron la fórmula de la «conspiración racista». Algunos políticos negros, como se ha visto, reaccionaron ante la fuerza de estos comentarios desde sus órganos. En 1913 se publicó en la revista *Minerva* una carta de Generoso Campos Marquetti a José del C. Povea, presidente de la sociedad Unión Fraternal, en la que se mostraba preocupado por los rumores sobre una conspiración negra: «No pasa un día sin que se lea que tramamos horribles planes contra los otros componentes de la sociedad y se dan públicamente inequívocos que se duda de nuestra conducta [...]. No es posible consentir que en nuestras manos se pierdan las grandes conquistas de la libertad».<sup>26</sup>

Estos temores estaban justificados por la fuerza con que los comentarios periodísticos impactaban en la opinión pública, mediante su propaganda constante sobre las conspiraciones de los exmiembros del partido de Evaristo Estenoz. Mas, durante este tiempo casi no circularon noticias con respecto a las malas condiciones en que se hallaban los presos, que por entonces gestionaban su liberación. El proceso de amnistía para los involucrados atravesó numerosas dificultades legales. En 1913 se solicitó la libertad de los prisioneros, sin éxito, durante una sesión de la Cámara celebrada el 10 de noviembre, en la que se designó una comisión para conciliar las distintas opiniones sobre el proyecto, finalmente vetado en mensaje del Ejecutivo. Esta situación, agravada por las malas condiciones de la cárcel donde se hallaban y las contradictorias noticias que salían a la luz, detonó la protesta de los encarcelados. A inicios de ese mismo año, en una carta publicada en *La Prensa*, Isidoro Santos Carreros, líder y exjefe del Estado Mayor de Estenoz, había solicitado desde la prisión: «En mi nombre y en el de todos los demás presos [...] se haga pública nuestra protesta contra todo intento de conspiración o alteración de la paz pública o revolución que en lo más mínimo pueda alterar a nuestra patria».<sup>27</sup>

<sup>25</sup> Cfr. Alejandro de la Fuente: Ob. cit., pp. 134-135.

<sup>26</sup> «Una carta de Campos Marquetti», *Minerva*, n.º 1, t. V, La Habana, enero de 1913, pp. 8-9.

<sup>27</sup> «Alzado que se vuelve pacificador», *La Prensa*, n.º 3, La Habana, 3 de enero de 1913, p. 2.

No obstante, la ley de amnistía para los delitos políticos debió esperar dos años más. El representante por La Habana Antonio Pardo Suárez presentó ante la Cámara un proyecto de ley de amnistía por delitos electorales. Campos Marquetti y González Lanuza defendieron otra propuesta en febrero de 1915, a sugerencia del representante Miguel Ángel Céspedes. La Comisión Mixta del Congreso redactó la ley final para que fuese aprobada en la Cámara el 3 de mayo de 1915. Después de muchas gestiones, el 8 de marzo el Senado dio su aprobación y tres días después apareció publicada en la *Gaceta Oficial*.<sup>28</sup>

La liberación de los presos avivó en la prensa los rumores sobre sus supuestos intentos de organización con fines políticos, a tono con el imaginario de la guerra racista. En 1915 el tema reapareció con motivo de la reunión de algunos exmiembros del PIC en Santiago de Cuba para apoyar la reelección de Mario García Menocal. El mitin tuvo lugar hacia el mes de septiembre, en casa de Eugenio Lacoste, figura influyente de la zona oriental, y fue descrito en *El Día* como un «estertor racista». <sup>29</sup> Los implicados se hallaban vinculados al partido Amigos del Pueblo. La revisión de la prensa indica que Eugenio Lacoste, residente en Guantánamo, fue el adalid del partido, creado en 1915 y que comenzó a perder arraigo tras la muerte natural de Lacoste. Al parecer, esta agrupación servía directamente a la propaganda electoral del Partido Conservador, interesado en el mantenimiento de sus redes con las clientelas negras. Pero la existencia de un partido que aunaba a personas negras y exindependientes de color, como Abelardo Pacheco y Ramón Apesteguía, desató una intensa campaña en los órganos de prensa que manifestó, una vez más, la mentalidad imperante contra estos movimientos y el papel de los diarios en la opinión pública.<sup>30</sup>

Los comentarios a tenor en la prensa tuvieron carácter diverso. El periódico *La Lucha*, en su editorial, consideró que a los encartados les asistía «un perfectísimo derecho garantizado por la constitución» para

<sup>28</sup> El tema de las diligencias para la liberación de los complotados también recibió escasa atención en la prensa de la época (cfr. *La Lucha*, n.º 69, La Habana, 10 de marzo de 1915, p. 1; ANC, Fondo Diario de Sesiones, 1911-1919, ts. III y IV, p. 24; y Aline Helg: Ob. cit., p. 331).

<sup>29</sup> Cfr. «Latidos de racismo», *El Día*, n.º 1528, La Habana, 11 de septiembre de 1915, pp. 1-2.

<sup>30</sup> Después de una ardua búsqueda, no se hallaron noticias de este movimiento en el Registro de Asociaciones del Archivo Nacional. Tal ausencia puede deberse al motivo específico de su creación, la reelección presidencial de Mario García Menocal.

manifestarse.<sup>31</sup> Por el contrario, *La Discusión* apuntó que el partido era una estratagema a fin de aglutinar a los dispersos seguidores de Ivonet y Estenoz y obrar con mayor cautela en la consecución de la igualdad racial.<sup>32</sup> Noticias de esta índole aparecían entre las informaciones diarias, lo que permitió revivir las experiencias del racismo y ponerlas de nuevo en la palestra pública. El estereotipo del peligro negro se encontraba en la mira de los periódicos dedicados a exacerbar las pasiones racistas.<sup>33</sup> Esta propaganda periodística provocó las declaraciones del coronel Aurelio Hevia, quien negó la existencia de los citados peligros conspiratorios. Asimismo, una comisión del movimiento de Eugenio Lacoste denunció la intencionalidad con que se extraviaba a la opinión pública mediante alarmas injustificadas sobre brotes racistas, y recordó que entre los seguidores de Evaristo Estenoz también podía encontrarse a personas blancas, al igual que en su organización, simpatizantes de Menocal.<sup>34</sup>

Las figuras negras de los partidos tradicionales también se opusieron a la nueva agrupación política y la prensa fue un vehículo para mostrar sus posiciones encontradas. En el órgano *La Voz de la Razón*, que dirigía el representante a la Cámara por el Partido Liberal Saturnino Escoto y Carrión, se hacía constar «la indignación de los elementos sensatos, incluso los de color», y se afirmaba: «Si un grupo de ilusos o de díscolos [...] piensan todavía en lo que deberían haber olvidado por siempre, en cambio los Juan Gualberto [...], los Risquet [...] laboran por el mejoramiento sólido y por el progreso positivo de sus hermanos».<sup>35</sup> El general negro Jesús Rabí condenó, junto a los líderes Miguel Ángel Céspedes y Juan Gualberto Gómez, la actitud de los oradores que habían intervenido en el mitin celebrado en casa de Lacoste. Céspedes consideró que el hecho se homologaba a lo sucedido con Ivonet y Estenoz y calificó

<sup>31</sup> Cfr. «Están en su derecho», *La Lucha*, n.º 256, La Habana, 13 de septiembre de 1915, p. 2.

<sup>32</sup> Cfr. «Latido racista», *La Discusión*, n.º 254, La Habana, 11 de septiembre de 1915, pp. 1 y 8.

<sup>33</sup> Cfr. *El Día*, n.º 1545, La Habana, 28 de septiembre de 1915, p. 1.

<sup>34</sup> Cfr. «¿El centro de la conspiración racista está en la capital de la república?», *La Lucha*, n.º 255, La Habana, 12 de septiembre de 1915, p. 2; *El Día*, n.º 1531, La Habana, 14 de septiembre de 1915, pp. 1-2; *La Prensa*, n.º 258, La Habana, 15 de septiembre de 1915, p. 1; y *El Día*, n.º 1548, La Habana, 1.º de octubre de 1915, pp. 1 y 11.

<sup>35</sup> «El fantasma de color», *La Voz de la Razón*, n.º 166, La Habana, 30 de septiembre de 1915, p. 1.

a los miembros de Amigos del Pueblo como «apóstoles del racismo»; Juan Gualberto Gómez apoyó las palabras del señor Céspedes. Los seguidores de Eugenio Lacoste respondieron a tales pronunciamientos cuestionando la labor de Céspedes y Gómez en el gobierno a favor de su grupo racial. En sus declaraciones, aseguraron no ser un mero rebaño de figuras políticas desgastadas. Finalmente, Lacoste emitió un telegrama a la Secretaría de Gobernación donde denunció la falsedad de la campaña respecto a la reunión producida y reafirmó su adhesión al gobierno.<sup>36</sup>

Detrás de estos desencuentros se escondía la lucha por las clientelas negras, un factor fundamental para las aspiraciones de los políticos. Tanto Céspedes como Gómez militaban dentro de las fuerzas liberales e intentaban ganar escaños desde su posición, además de oponerse a cualquier acción política alternativa. A esta discrepancia estratégica se sumaban las divisiones entre los liberales y los conservadores, a los últimos de los cuales, como se ha visto, servía Amigos del Pueblo.

Los comentarios sobre las conspiraciones de los negros, no obstante, continuaron en la prensa y solo excepcionalmente se reconoció durante la campaña la intencionalidad de los hechos publicitados. José Manuel Valdés, periodista de *La Lucha*, refirió que las publicaciones de la capital daban crédito a aquellos corresponsales de provincia que, en lugar de prestarles servicios a las autoridades, las desorientaban con la idea de que había «algo» abogando por una red de falsas y peligrosas creencias entre los pobladores.<sup>37</sup> Uno de los efectos de la propaganda consistió en acrecentar el impacto de los rumores en la colectividad, pues el imaginario preestablecido, junto con los diarios y conversaciones cotidianas, hicieron las veces de fuentes de información fidedignas, lo que alentó la credibilidad de una posible conspiración.

Ante las proporciones que alcanzó la especulación, las autoridades debieron volver a pronunciarse. En el *Diario de la Marina* se comunicó que el secretario de Gobernación, Aurelio Hevia, se había reunido con los representantes de la prensa y confirmado la ausencia de motivos para preocuparse, ya que los negros «tenían mucho que

<sup>36</sup> Cfr. *La Lucha*, n.º 259, La Habana, 16 de septiembre de 1915, p. 1; y *El Día*, n.º 1534, La Habana, 17 de septiembre de 1915, pp. 1-2.

<sup>37</sup> Cfr. José Manuel Valdés: «Ni alzados ni racistas», *La Lucha*, n.º 279, La Habana, 4 de octubre de 1915, pp. 1-2.

agradecer al gobierno». <sup>38</sup> Sus declaraciones resultaban correctas, pues el partido de Lacoste mantenía una visible conexión con el gobierno, que había ignorado las noticias. Los miembros de la organización, desde su surgimiento, destacaron en los diarios sus propósitos de contribuir a la reelección de Menocal. Así, en una entrevista realizada a Manuel Balsinde, vicepresidente del partido, quedó claro que el objetivo de este era exclusivamente electoral y que Abelardo Pacheco y Juan Bell, miembros de Amigos del Pueblo descritos como racistas, recibían un salario del gobierno, que ascendía a sesenta pesos, por su labor con las clientelas negras. Tales afirmaciones fueron confirmadas por el secretario del Partido Conservador en Santiago de Cuba. La propaganda en la prensa disminuyó tras el fallecimiento de Eugenio Lacoste, dos días después del cual apareció en el *Diario de la Marina* un manifiesto póstumo de su puño y letra donde se declaraba partidario de la reelección, que contaba con el apoyo de su organización en nombre de los elementos de color. <sup>39</sup> En la siguiente jornada, el jefe de la policía aseguró que en la provincia de Oriente reinaba una completa tranquilidad.

Ello da cuentas de cómo las acciones alternativas de los negros y mestizos coadyuvaron a generar e incentivar diversos imaginarios políticos. De hecho, los líderes de Amigos del Pueblo se esforzaron por enarbolar la bandera del reeleccionismo para contrarrestar los artículos de la prensa. Por esta razón, se enfocaron en operar dentro de los límites creados aunque no satisficieran sus expectativas; buscaban opciones que no desataran los rumores del racismo negro, un tema delicado y marcado por la experiencia de 1912.

El apoyo de los partidos a los políticos negros se limitó generalmente a determinadas figuras de la élite que optaban por una participación tradicional y se oponían a otras alternativas. En 1918 Juan Gualberto Gómez, ante las aseveraciones de *El Comercio* de que los negros se

<sup>38</sup> «Lo de la revolución racista es pura fantasía», *Diario de la Marina*, n.º 274, La Habana, 1.º de octubre de 1915, pp. 1 y 6; y *Diario de la Marina*, n.º 275, La Habana, 2 de octubre de 1915, p. 1.

<sup>39</sup> Cfr. *La Lucha*, n.º 277, La Habana, 2 de octubre de 1915, p. 1; «No racismo, reelección», *Diario de la Marina*, n.º 275, La Habana, 2 de octubre de 1915, p. 1; *Diario de la Marina*, n.º 276, La Habana, 3 de octubre de 1915, pp. 1 y 10; *Diario de la Marina*, n.º 277, La Habana, 4 de octubre de 1915, p. 1; y *La Lucha*, n.º 280, La Habana, 5 de octubre de 1915, p. 1. No obstante, Aline Helg considera esta agrupación como el último intento de mulatos y negros de formar un partido político independiente (cfr. Aline Helg: Ob. cit., pp. 331-332).

agrupaban en el Partido Independiente Radical, expresó que él combatía «por patriotismo todas las tendencias de dividir a la raza blanca de la raza de color» y añadía: «Resucitar la causa estenocista es un mal que cae sobre Cuba, especialmente sobre la misma raza de color, que saldría mal parada de la batalla».<sup>40</sup> El Partido Independiente Radical, al parecer, fue una propuesta de Juan Tranquilino Latapier, figura que había combatido en la Guerra del 95, y su objetivo consistía en obtener una mayor representatividad del estamento negro en los cargos públicos. Todo indica que el proyecto fue rebatido desde un inicio por Juan Gualberto Gómez, y que en definitiva no llegó a consumarse.

Aunque los líderes negros defendieron sistemáticamente en los periódicos la práctica de sus derechos dentro de los límites políticos de la igualdad establecida, tales mecanismos no le permitieron a la élite negra adquirir una mejor posición para conquistar su reconocimiento. Debido a la situación desventajosa que enfrentaron los políticos de la raza de color en el acceso a los puestos públicos, solo pudieron favorecer a sus clientelas, pero no a la mayoría negra. Hacia 1919, Francisco Duany reconocía en *La Antorcha*: «La república se ha hecho solo para sustituir el dominio de unos hombres por otros [...]. Debemos exigir a los gobiernos el cumplimiento del artículo 11 [...], somos iguales a los blancos [...], presentemos pues soluciones terminantes a los partidos políticos y a sus hombres de color».<sup>41</sup>

La incapacidad de las fuerzas liberales y conservadoras para responder a las expectativas de la población negra se hizo evidente en las contradicciones de sus discursos acerca de la igualdad, por cuanto nació la necesidad de buscar otras estrategias de lucha. El surgimiento de nuevas organizaciones en la década de 1920 amplió, en cierta medida, las posibilidades de participación de algunos políticos negros, pues la escasa legitimidad de los partidos tradicionales, signada por sus escándalos, divisiones y corrupción, había afectado la imagen democrática. Los liberales, por su parte, se hallaban divididos, y los conservadores habían perdido terreno debido al impacto de la crisis suscitada tras la Primera Guerra Mundial. Así pues, para las elecciones de 1921 la raza de color continuaba siendo un elemento importante, cuyas movilizaciones respetaban los límites establecidos.

<sup>40</sup> Juan Gualberto Gómez Ferrer: «La raza de color cubana», *La Voz de la Razón*, n.º 410, La Habana, 10 de noviembre de 1918, p. 1.

<sup>41</sup> Francisco Duany: «La democracia de nuestros gobiernos y el sueño de los negros», *La Antorcha*, n.º 57, La Habana, 20 de abril de 1919, p. 1.

Resultado de la alianza entre Alfredo Zayas y los conservadores, la creación de la Liga Nacional en 1920 ofreció una nueva oportunidad a los ciudadanos negros, que fueron convocados por su plataforma para unirse a la naciente fuerza política. Se argumentó en la propaganda al efecto que se trataba de una agrupación sin antecedentes de criminalidad y donde se medía el valor de los hombres sin importar su color de piel. La campaña estuvo apoyada por el órgano *La Voz de la Razón*, en cuyas páginas podía leerse que Zayas era «un defensor de la raza de Maceo y Moncada».<sup>42</sup>

Por otra parte, en La Habana se creó la Vanguardia Nacional Popular, que agrupaba a los opositores de José Miguel Gómez. Se alistaron por la población negra figuras prominentes como Pantaleón Julián Valdés, Francisco Barada, Oscar Edreira y Jacinto Poey. En 1921 figuraron en la candidatura para representantes los nombres de Juan Tranquilino Latapier, Saturnino Escoto y Carrión y Mamerto González; para consejero, el de Sixto Ayón; y para concejales, los de Alejandro Sorís, Desiderio Cárdenas y Rafael Cepeda.<sup>43</sup> El apoyo de la élite a la campaña liberal zayista fue significativo para su triunfo, pues la credibilidad de esta última no solo se sustentaba en los años de militancia partidista, sino también en sus conexiones con los líderes negros.

Un año más tarde, cuando ocupó la presidencia, algunas figuras negras se cuestionaron la lealtad de Zayas. En 1922 un diario señaló el «olvido» por parte del gobernante de la designación de los seguidores para los puestos prometidos. El periodista mestizo Francisco Camaño de Cárdenas salió al paso a tales declaraciones, las calificó de «antipatrióticas» y llamó a los hombres negros a luchar por sus cargos. Otras figuras de reconocida militancia como Jacinto Sigarroa, camarada de Juan Gualberto Gómez en las luchas políticas, también se quejaron de la ingratitud del presidente. Hacia 1922, en una carta a Gómez, Sigarroa confesó sentirse desalentado por la frialdad de Zayas ante su petición de salir del país para atender su salud en calidad de ministro

<sup>42</sup> Cfr. «La raza de color cubana y los partidos», *La Voz de la Razón*, n.º 513, La Habana, 3 de abril de 1920, p. 1; Alejandro de la Fuente: Ob. cit., pp. 132-135; y «El Dr. Zayas y la raza de color», *La Voz de la Razón*, n.º 455, La Habana, 25 de junio de 1920, p. 1.

<sup>43</sup> Cfr. *La Voz de la Razón*, n.º 588, La Habana, 10 de junio de 1921, p. 1; «La raza negra y el Dr. Zayas», *La Voz de la Razón*, n.º 589, La Habana, 15 de junio de 1921, p. 1; «Candidatos populares», *La Voz de la Razón*, n.º 609, La Habana, 15 de octubre de 1921, p. 3; y ANC, Fondo Adquisiciones, caja 63, n.º 4182.

plenipotenciario; explicó que le había solicitado una audiencia pero el presidente ignoró su reclamo, y su sueldo, en cambio, fue reducido.<sup>44</sup> Mas, tras los conflictos personales se hallaban siempre los acuerdos políticos. Los partidos solían negociar candidatos y prebendas, y con frecuencia ocurría que sus posibilidades reales de responder a las expectativas de las clientelas resultaban escasas, aunque los sectores negros y mestizos tampoco estaban ajenos a tales componendas.

Dos décadas después de proclamada la república se observaron algunos frutos dentro del liberalismo. Luego de las elecciones de 1925, el gobierno de Gerardo Machado facilitó a negros y mestizos cargos claves en su administración. El general de las guerras de independencia Manuel de Juan Delgado ocupó tres secretarías –del Interior, de Agricultura y de Comunicaciones–, Manuel Capestany fue nombrado subsecretario de Justicia, a Ramón Vasconcelos y Raúl Navarrete se les designó para el servicio exterior, y Benjamín Muñoz Ginarte ocupó el cargo de jefe de sección de la Secretaría de Agricultura y fue secretario de la delegación cubana a la Conferencia Panamericana de Agricultura e Industria Animal en 1929. También ascendieron a la Cámara y el Senado Félix Ayón, por La Habana; Aquilino Lombard y Prisciliano Piedra, por Matanzas; y Américo Portuondo, por Oriente. La agenda racial gozó de cierta atención con la escalada de estas figuras de la élite negra, que habían apoyado la campaña electoral de Machado, en atención a diversos pactos y concesiones. Ello determinó su definida postura machadista durante aquel período de gobierno.<sup>45</sup>

La burguesía negra agradeció la revitalización de las relaciones políticas. Así pues, en septiembre de 1928, en acto reseñado por el conservador *Diario de la Marina*, las sociedades negras ofrecieron en el Teatro Nacional un homenaje al jefe de Estado por su labor democrática (figura 1). A la velada asistieron 189 asociaciones de color, para un total de 500 comensales, y las más relevantes personalidades del mundo negro, que disfrutaron de las interpretaciones musicales de Zoila Gálvez y Zenaida de la Cuesta. El Club Atenas patrocinó el evento, encabezado por su presidente Aquilino Lombard y apoyado por la iniciativa de la comisión organizadora, al frente de la cual estaban Américo Portuondo, Miguel Ángel Céspedes y Alberto Capestany.

<sup>44</sup> Cfr. ANC, Fondo Adquisiciones, caja 63, n.º 4182 y caja 47, n.º 3733.

<sup>45</sup> Cfr. Alejandro de la Fuente: Ob. cit., pp. 138-140.



**Figura 1.** Presidencia del banquete homenaje ofrecido por las sociedades negras a Gerardo Machado. (De izquierda a derecha: J. M. Barranqué, secretario de Justicia; Manuel de J. Delgado, secretario de Gobernación; Rafael Guas Inclán, presidente de la Cámara; Carlos de la Rosa, vicepresidente de la República; Gerardo Machado, presidente de la República; Aquilino Lombard, representante a la Cámara; Miguel Mariano Gómez, alcalde municipal; y el general Herrera, jefe del Estado Mayor.)

**Fuente:** *Diario de la Marina*, n.º 249, La Habana, 6 de septiembre de 1928.

Durante la velada se agradecieron los nombramientos del general Manuel de Juan Delgado como secretario de Gobernación y los antes mencionados de Félix Ayón, Aquilino Lombard, Raúl Navarrete, Ramón Vasconcelos y Benjamín Muñoz. Los discursos de Miguel Ángel Céspedes y Gerardo Machado tuvieron similar consigna: «La igualdad que nos une es la de la civilización».<sup>46</sup> La exclusividad de este evento, en semejante expresión de capital social, demostró las habilidades de la élite para conseguir prebendas políticas, así como su capacidad de negociación. Por otro lado, la reseña del acto en uno de los periódicos más prestigiosos de la época, el *Diario de la Marina*, tradicional divulgador del racismo, significó una importante victoria en el contexto noticioso de la gran prensa, que empleaba generalmente un discurso denostador sobre el ciudadano negro.

Los altos cargos gubernamentales a que entonces pudieron aspirar algunos cubanos de color conllevaban una reevaluación del discurso político sobre la igualdad racial como parte de la democracia republicana, con el claro propósito de recuperar al electorado negro y aprovechar los avances alcanzados por su élite en el campo de la política. En

<sup>46</sup> Cfr. «El homenaje de esta noche al jefe de Estado», *Diario de la Marina*, n.º 248, La Habana, 5 de septiembre de 1928, p. 1; y «El homenaje de las sociedades de color de Cuba al jefe del Poder Ejecutivo», *Diario de la Marina*, n.º 249, La Habana, 6 de septiembre de 1928, p. 12.

mayo de 1931 este afianzamiento del sector negro tuvo resonancias en la revista *Atenas*, con motivo de un banquete realizado en honor del doctor Manuel Capestany Abreu, para celebrar su nombramiento como subsecretario de Justicia (figura 2). Por aquellos días también el doctor Raúl Navarrete había sido nombrado jefe de los Servicios Sanitarios Municipales. En la crónica de *Atenas* se advertía el regocijo: «¡Qué expedita manera de proveer a las necesidades de un conglomerado social, dejando en libre juego las actividades del ciudadano para que este llegue a las posiciones importantes, sin la impiedad de torpes prejuicios, sin la alcahuetería cómplice del paisaje epidérmico!».<sup>47</sup>



**Figura 2.** Reseña del homenaje a Manuel Capestany aparecida en la revista *Atenas*.  
Fuente: *Atenas*, n.º 14, febrero-junio, La Habana, 1931.

Esta pujanza de la élite negra se consolidó en otro acto sin precedentes: la condecoración de Juan Gualberto Gómez con la Gran Cruz de Carlos Manuel de Céspedes. Integraron la comisión organizadora reconocidas figuras como Cornelio Elizalde, Alberto Scull Montalvo y Antonio Sama, presidentes de los clubes *Atenas*, *Unión Fraternal* y *Maceo*, respectivamente (figura 3).<sup>48</sup> Que se entregara la más alta distinción de la época al decano de la lucha por los derechos de la población negra tuvo dos consecuencias fundamentales: avaló la labor que durante décadas había llevado a cabo su principal líder en pro de las causas independentista y

<sup>47</sup> Laureano López Garrido: «Homenaje a Capestany», *Atenas*, n.º 14, febrero-junio, La Habana, 1931, pp. 12-14.

<sup>48</sup> Cfr. *Atenas*, n.º 11, La Habana, 20 de noviembre de 1930, p. 3; y ANC, Fondo Adquisiciones, caja 7, n.º 134.



Los límites de la igualdad social se habían ampliado de pronto, después de trece años de reorganización, luego de la masacre del doce. El ascenso de los negros a la alta política, que permitió valorar su capacidad de actuación en la vida pública, también capitalizó las acciones de una minoría negra y machadista, que apoyaba el proyecto liberal, en franca crisis de legitimidad. Pero mientras este grupo se fortalecía social y públicamente, la inmensa mayoría continuó siendo víctima del racismo y la escasez de oportunidades para el reconocimiento. Por esta razón, destacados opositores negros, como Abelardo Pacheco, se pronunciaron contra el gobierno. En 1927, Pacheco se encontró a cargo de una sección dedicada a la gente de color en el recién creado periódico *Unión Nacionalista*. En el partido de igual nombre, fundado en aquel mismo año, militaron figuras negras como Tranquilino Maza Cobián y Juan Gualberto Gómez, este último en calidad de Presidente de Honor. Pacheco, que ocupaba el cargo de vocal, denunció desde su sección que Machado, cuatro años antes, había garantizado para su campaña una representación de la raza negra en el gobierno y que, obtenida la presidencia, había incumplido sus promesas. Concluía sus declaraciones con una solicitud de empleos para los negros en el tranvía eléctrico y en las tiendas. Debido a la propaganda antimachadista que llevó a cabo, Pacheco fue perseguido y ultimado en una confrontación con fuerzas policiales.<sup>49</sup>

Por su parte, otras organizaciones de carácter obrero y revolucionario como el Partido Comunista de Cuba (PCC) y la Confederación Nacional Obrera de Cuba (CNOC) fueron ganando conciencia de los vínculos entre el racismo y la lucha antimachadista después de 1930. Sus voces se manifestaron en el ámbito de la actividad social y tuvieron una participación menos visible en las publicaciones seriadas que promovían por entonces el debate racial. Esta situación estuvo condicionada por el carácter ilegal del PCC y la hostilidad del entorno para legitimar su discurso dentro de la opinión pública.<sup>50</sup>

<sup>49</sup> Cfr. *Unión Nacionalista*, n.º 39, La Habana, 21 de junio de 1927, p. 1; «La situación del elemento de color (I)», *Unión Nacionalista*, n.º 4, La Habana, 10 de septiembre de 1928, p. 11; «La situación del elemento de color (II)», *Unión Nacionalista*, n.º 5, La Habana, 11 de septiembre de 1928, p. 10; «Enérgica protesta del Cnel. Mendieta» y «Traidores y leales», *La Voz del Pueblo*, n.º 318, La Habana, 30 de noviembre de 1929, p. 1; ANC, Fondo Adquisiciones, caja 67, n.º 4221; y ANC, Fondo Asociaciones, leg. 374, exp. 11321.

<sup>50</sup> No se ha podido localizar en la prensa ningún pronunciamiento del movimiento obrero y el PCC sobre el tema racial, lo que no niega que hayan tomado

La discriminación siguió marcando las relaciones interraciales en los distintos destinos y espacios republicanos. El campo político constituyó uno de los escenarios más complejos del debate racial en la prensa por sus diversas apropiaciones, pues si bien un pequeño grupo había ascendido a los escaños del poder para finales de la década de 1920, la igualdad creada no benefició a la mayoría negra. Sin embargo, paradójicamente, la élite negra concentraba a una parte importante de los principales activistas en la lucha contra el racismo, a fin de obtener el reconocimiento del ciudadano negro.



---

acciones en favor de la población negra. Estas se hicieron más visibles en la década de 1930, como se constató durante los sucesos de la Franja Negra de Oriente hacia 1933 (cfr. Alejandro de la Fuente: Ob. cit., pp. 185 y 264-269).

## Negros con clase

La élite negra estaba constituida en los primeros años de la República por un importante grupo de intelectuales, profesionales, políticos y veteranos de la guerra de independencia. Desde entonces, estos habían tomado parte en la política, escenario de divisiones entre las militancias conservadora y liberal, lo que incidió en sus estrategias intrarraciales. Una muestra temprana de su organización fue la Asociación de Veteranos y Sociedades de la Raza de Color, creada por iniciativa de Generoso Campos Marquetti, con apoyo de Juan Gualberto Gómez, y que luego sería asimilada por la Asociación Nacional de Veteranos, lo que limitó sus potencialidades.

El discurso de la élite negra partía del modelo de «cubanos negros», que databa de su participación en las gestas de independencia y de su labor socio-política a lo largo del siglo XIX. Durante la primera década republicana (1902-1912) se hizo evidente que su plataforma se caracterizaba por la ausencia de una posición política unívoca, no obstante la similitud en sus demandas sociales, pues sus representantes apelaban a vías diferentes para lograrlas. Por este motivo, se plantearon crear alianzas sólidas –no siempre concebidas de manera exitosa– y pusieron en marcha diversos mecanismos políticos y de participación social, que les permitieron articular las denominadas «redes de clientelas».<sup>1</sup>

Aunque la labor de la élite negra generalmente se enfocaba en los problemas de la mayoría de color y sus posibles soluciones, las propuestas formuladas por esta no siempre tuvieron una contestación efectiva, lo que dificultó en gran medida su accionar. El incumplimiento de las

<sup>1</sup> Para profundizar en la formación de la élite negra habanera, véase Alejandro Leonardo Fernández Calderón: «Negros con clase: apuntes para un estudio de la élite de color habanera (1902-1930)».

promesas de inclusión ciudadana provocó descontentos e hizo necesario el diseño de nuevas estrategias.

Cuando en 1908 las concepciones de un grupo de negros llevaron a la fundación del PIC, ello provocó la polarización de las fuerzas alrededor de la élite. La oposición definida de ciertas figuras de prestigio sentó un frente común en contra de esta iniciativa. Martín Morúa y Juan Gualberto Gómez se rehusaron a la creación de organizaciones cuyos miembros fueran únicamente negros y mestizos, principio que ya había sido promulgado en sus luchas reivindicativas a finales del siglo XIX. La polémica, intensa y hartamente compleja, puso de relieve quiénes estaban a favor de la acción dentro de los límites de la igualdad creada y quiénes apoyaban a Evaristo Estenoz. Aquellos que hacían causa en las filas de los partidos tradicionales se opusieron a las acciones de los independientes de color. Ante la brutal represión desatada en 1912, los representantes negros criticaron el alzamiento de Estenoz e Ivonet en el documento «A nuestro pueblo», redactado por el propio Juan Gualberto Gómez.<sup>2</sup>

A partir de la masacre del doce, la élite negra desarrolló un proceso de reorganización y consolidación en pos de reafirmar su prestigio y reconocimiento social. En 1917 se dio un paso importante en tal sentido con la creación del Club Atenas, institución que abogaba por los principales intereses del sector. Atenas se caracterizó por aglutinar en su seno a figuras de un elevado estatus profesional y cultural, cuestión que dotaba al club de un gran protagonismo en pro de los derechos ciudadanos del grupo, así como en la lucha contra el racismo. Pero la élite negra no llegó a ser económicamente poderosa ni desarrolló a cabalidad su anhelado proyecto, dada la desventaja que suponían su

<sup>2</sup> Los suscriptores fueron: Nicolás Guillén, senador por Camagüey; Francisco Audivert, Alberto Castellanos, Lino D'ou Ayllón y Agustín Cebreco, representantes por Oriente; Generoso Campos Marquetti, representante por La Habana; Ramiro Cuesta y Juan Felipe Risquet, representantes por Matanzas; Manuel de Juan Delgado y Hermenegildo Ponvert, representantes por Santa Clara; y Juan Gualberto Gómez. Algunos autores plantean que los líderes negros redactaron el manifiesto con el objetivo de salvaguardar sus ventajas políticas y sociales, alcanzadas dentro de los partidos Liberal y Conservador. Para profundizar en otros detalles relacionados con el documento y las reacciones de la élite negra, véase Aline Helg: *Lo que nos corresponde. La lucha de los negros y mulatos por la igualdad de Cuba*, pp. 193-314; Serafín Portuondo Linares: *Los independientes de color. Historia del Partido Independiente de Color*, pp. 239-241; y Pedro A. Cubas Hernández: «Posición de los parlamentarios negros y mulatos ante los sucesos de 1912».

origen y su posición dentro de una sociedad jerarquizada por el color de la piel. Aunque hubo algunos miembros del club que adquirieron cierto nivel de bienestar económico mediante sus negocios y profesiones, no llegaron a consolidarse socialmente.<sup>3</sup> La ausencia de una base económica estable influyó en sus escasas posibilidades para patrocinar órganos de prensa y otras entidades asociativas.

Un elemento importante en la organización de esta élite lo constituyó el liderazgo. El líder del movimiento negro tradicional continuó siendo el periodista Juan Gualberto Gómez (figura 1). Su legitimidad se hallaba avalada por su doble condición de colaborador activo en la Guerra del 95 junto a José Martí, lo que lo había llevado a cumplir condena en el presidio de Ceuta, y de activista principal de los derechos civiles de negros y mestizos desde 1890, cuando presidió el Directorio Central de las Sociedades de Color. Este activismo social, que ya lo había consagrado a finales del siglo XIX, unido a su oratoria y patriotismo, lo convirtió en la figura de mayor autoridad en su estamento. A su trayectoria se sumaban su intachable moral ciudadana y su discurso a favor de la unidad social, todo lo cual hacía de él un símbolo de la lucha por la igualdad racial, y no dudaba en apelar a su nombre y relaciones en pro de blancos, negros y mestizos.

El ascenso político de Juan Gualberto Gómez garantizó, durante estos primeros años, mejores condiciones para sus clientelas.<sup>4</sup> Al mismo tiempo, se afianzaron los lazos entre el líder y la élite negra,

<sup>3</sup> La población negra, si bien siempre se encontró entre los sectores más desfavorecidos de la sociedad, alcanzó cierto espacio y prestigio en la época colonial. Su proceso de capitalización se vio afectado en 1844 por la represión de La Escalera. Investigadores han demostrado que el sector negro liberto se desarrolló en actividades económicas propias de sus oficios con pequeños negocios. Sin embargo, para la primera década de la República el comercio se hallaba controlado por los intereses españoles y la guerrita del doce fue aprovechada para la expansión del latifundio en Oriente (cfr. Pedro Deschamps Chapeaux y Juan Pérez de la Riva: *Contribución a la historia de la gente sin historia*; María del Carmen Barcia: *Los ilustres apellidos: negros en La Habana colonial*; y Louis A. Pérez Jr.: «Política, campesinos y gente de color: la guerra de razas de 1912 en Cuba revisitada»). Para indagar más a fondo en las profesiones de los negros y mestizos durante la etapa, véase Oficina Nacional de Estadísticas: *Los censos de población y viviendas en Cuba, 1907-1953*, pp. 237, 273-274 y 311.

<sup>4</sup> En 1914 Gómez fue representante por la provincia de La Habana, y gracias a su prestigio se le designó presidente del Comité Parlamentario Liberal. Tres años después fue reelegido senador por La Habana y en 1920 se convirtió en uno de los principales líderes del Partido Popular, dirigido por Alfredo Zayas. Años más tarde se opuso a la prórroga de poderes de Gerardo Machado (cfr. Sergio

pues algunos miembros de esta se habían formado bajo su tutela y alcanzado ciertos escaños y oportunidades en la administración pública gracias a sus gestiones. Este liderazgo histórico posibilitó el desarrollo de actividades estratégicas de movilización social.



Figura 1. Juan Gualberto Gómez.

Fuente: *Arenas*, n.º 14, La Habana, junio de 1931.

El poder de Juan Gualberto Gómez fue real y efectivo entre los miembros del sector y probablemente no existió otra figura de su talla después de su muerte en 1933. En torno a su nombre se aglutinaron los intereses de una generación que recurría a su experiencia para trazar estrategias en el reclamo de sus derechos. Esta red se hallaba integrada a su vez por los círculos personales de hombres de la independencia, como los coroneles Lino D'ou Ayllón, José Gálvez y los oficiales Generoso Campos Marquetti y Juan Tranquilino Latapier;

---

Aguirre: *Un gran olvidado. Juan Gualberto Gómez*, pp. 75-154; y Leopoldo Horrego Estuch: *Juan Gualberto Gómez. Un gran inconforme*, pp. 146-177).

además de profesionales como Miguel Ángel Céspedes y Casado, Aquilino Lombard, Gustavo Urrutia y Saturnino Escoto y Carrión. La relación élite-líder estableció un canal de acción que desafiaba el orden racista cada vez que la igualdad creada afectaba los intereses del grupo, cuestión que mantenía alertas a las personalidades del Club Atenas.<sup>5</sup>

Desde esta perspectiva puede considerarse que la élite negra, a pesar de sus limitaciones clasistas y otras divergencias políticas, devino, desde finales del siglo XIX y las primeras décadas del XX, paradigma de su grupo racial a partir de los siguientes argumentos:

1. Fue la principal vocera en el espacio público de los intereses de la población negra, discriminada y afectada por los mecanismos de exclusión social. Sus líderes se involucraron sistemáticamente en la lucha contra el racismo y demandaron la aplicación de sus derechos civiles. Las experiencias movilizativas de figuras como Juan Gualberto Gómez, Rafael Serra y Martín Morúa Delgado se enfocaron en diversas estrategias –educativas, culturales, asociativas y políticas– a favor de la inserción de la mayoría negra, labor que fue continuada por los ya mencionados Miguel Ángel Céspedes, Lino D'ou Ayllón, y Generoso Campos Marquetti, además de Gustavo Urrutia y Ramón Vasconcelos. De esta manera, se logró enfrentar la propaganda de los diarios y las tensiones raciales luego de 1912.
2. Sus activistas, guiados por la oratoria y la prédica de Juan Gualberto Gómez, defendieron el argumento de que existía una nación integrada, ganada a través de las guerras de independencia y garantizada jurídicamente en la nueva república. La concepción de su propuesta de «cubanos negros», divulgada a través de la prensa, sentó un modelo de participación democrática para la raza de color, heredera de una tradición colonial estratificada. Esto generó la necesidad de una mejor educación ciudadana a fin de poner al grupo en condiciones de ejercer sus derechos y situarlo, además, en mejor posición para luchar contra el

<sup>5</sup> Juan Gualberto Gómez fungió como socio de honor del Club Atenas y asistió a muchas actividades de la sociedad en calidad de invitado especial, aunque no figuró en su directiva, lo que puede deberse a su posible desinterés en asociarse a alguna institución exclusivamente negra, reflejo de sus ideales sobre la inclusión social de la raza de color.

racismo. Durante la represión de los independientes de color y gran parte de la población negra en 1912, la élite reafirmó su definición de «cubanos negros» por sobre la pertenencia del grupo a un estamento social determinado. Tal proyección fue definitoria en su estrategia. El ascenso de una serie de figuras negras al gobierno de Machado demostró, a muy largo plazo y tras complejas negociaciones y debates, que su formulación había sido acertada. Si bien la situación de este sector difería de la de la mayoría, las redes clientelares y personales continuaron operando para favorecer a los de su misma condición racial.

3. La élite negra logró sentar un patrón de comportamiento y civilidad que se fue ensanchando a través de sus sociedades, conferencias culturales, actividades y relaciones políticas, y propuso un modelo de «ciudadano negro», representativo de su grupo, alejado de la propaganda periodística que divulgaba la imagen de un sector incapacitado para ejercer sus derechos. En el marco de sus debates internos puede apreciarse esta constante reconfiguración del negro cubano. Sus discursos al respecto demuestran que consiguió madurar una concepción afín a los requisitos de la vida moderna y republicana. Al reproducir los valores de la cultura dominante, toda vez que los miembros de la élite tomaron distancia de sus referentes espirituales, demostraron su habilidad –polémica en ocasiones– para cumplir con las normas de la época.
4. El sector, siempre que pudo ser creativo, sorprendió con formulaciones que deconstruían el sistema de la sociedad racista. Sus denuncias ante la violencia interracial cuestionaban el progreso y la civilidad de quienes promulgaban la tesis de la incapacidad del negro. De esta manera, reinterpretaron la norma establecida en función de sus intereses de grupo.
5. La presencia constante de hombres y mujeres de la raza negra en el mundo periodístico, con distintas voces y estrategias, muestra una toma de conciencia sobre el papel de los medios en la divulgación de una opinión pública alternativa. Este período fue quizás el más prolífero en cuanto al fomento de revistas y empresas periodísticas como un frente común dentro del circuito informativo. La convergencia generacional de destacadas figuras –Lino D’ou Ayllón, Juan Gualberto Gómez, Francisco Camaño, Ramón Vasconcelos, Ramiro Neyra Lanza

y Armando Pla— reforzó sus conexiones internas, lo que se evidenció en un discurso coherente e ilustrado. Otra gran conquista, sin precedentes, fue la participación de la élite negra en publicaciones patrocinadas por blancos. Así, destacadas figuras de color trascendieron el universo impreso del mundo negro y llegaron, desde los predios tradicionales del racismo periodístico, a proyectar una imagen alternativa de su grupo racial.

6. Sus concepciones obtuvieron ciertas prebendas y transitron por distintos eventos políticos, culturales y sociales, que les dieron ocasión para divulgar interpretaciones propias en torno al discurso raza-nación en un contexto históricamente racista, que el debate público continuaba analizando a través de sus brechas e incoherencias como sistema de participación. En este sentido, la élite intentaba preservar los derechos del negro cubano dentro de una república segregacionista.

La diversa composición de las redes no impidió que las figuras negras tomaran parte en el debate racial. Deben mencionarse en tal sentido los proyectos periodísticos *Labor Nueva* (1916), *La Antorcha* (1918-1920), *Boletín Oficial del Club Atenas* (1917-1920 y 1931) y la página dominical del *Diario de la Marina* «Ideales de una raza» (1928-1931), dirigida por Gustavo Urrutia. A estos se unieron las revistas *Juvenil* (1912-1913 y 1918), *Minerva* (1910-1915), *Aurora* (1914) y la columna de Ramón Vasconcelos «Palpitaciones de la raza de color» (1915-1916), en el diario *La Voz de la Razón*. Los análisis vertidos en sus páginas evidenciaron la calidad del activismo negro y la madurez de sus periodistas. Si bien la proyección de la élite negra como estamento reflejaba los problemas de su grupo, ello se debía a la necesidad de representar los intereses del ciudadano negro instruido y culto.

El discurso que partía de su consideración como cubanos negros se basó, a su vez, en las siguientes ideas:

1. La participación del ciudadano negro se legitimaba dentro de los espacios socio-políticos tradicionales del diseño racial.
2. El racismo antinegro afectaba a todos los actores de la sociedad republicana, ya que el desequilibrio social generado entre negros y blancos atentaba contra la estabilidad de la nación.

3. El negro cubano contaba con la aptitud necesaria (social, cultural y política) para su efectiva inclusión.
4. Por lo general, el racismo era un fenómeno propio de los sectores mayoritariamente blancos, que iba en detrimento de la relación entre todos los componentes sociales; por lo que el sector blanco debía ganar en sensibilidad hacia los problemas del hermano negro, siempre dispuesto a la unidad interracial por el bien del modelo republicano.
5. Solo mediante el debate racial, como problema de toda la sociedad, podría solucionarse el problema del negro como ciudadano cubano.

Este discurso ofrecía tres ventajas fundamentales. En primer lugar, se potenciaba el espacio de la inclusión para una verdadera participación interracial. Luego, construía un poderoso argumento contra la propaganda periódica del racismo negro posterior a la masacre del doce que evitaba así la profundización de las divisiones discriminatorias. Y, por último, se erigía en pivote para la acción ciudadana al demandar, en calidad de cubanos, una participación real y el reconocimiento de sus derechos.

Dentro de sus estrategias con vistas a hacer más efectiva su lucha en pro del ejercicio democrático, la élite continuó viendo en la política una esfera de máximo interés para presionar por la igualdad racial.



## El voto negro como estrategia de participación política

Los políticos negros, como se ha visto, pugnaban con frecuencia entre sí por el apoyo electoral de sus clientelas, elemento clave de las relaciones entre los principales líderes en el orden político y público. Figuras negras prominentes como Lino D'ou Ayllón, Generoso Campos Marquetti y Juan Gualberto Gómez velaron por la constancia de sus conexiones. El hecho de que, no obstante el acceso a determinados cargos públicos, sus propuestas no mejoraran la situación de la mayoría negra y mestiza, trajo un evidente descontento ante sus tentativas para reelegirse. Algunos periodistas declararon en los órganos de prensa tales inconformidades y criticaron a sus presuntos representantes. *Tristán*, seudónimo de Vasconcelos, comentaba en su columna: «[en períodos electorales] los mentores de la raza de color vienen con sus propuestas gastadas».<sup>1</sup> Reconocía la labor de Juan Gualberto Gómez y de Campos Marquetti, pero su opinión era otra en los casos de Escoto y Carrión, Mamerto González y Ramírez Ross, a quienes acusaba de haber vivido durante cuatro años del salario y de su aureola de personajes famosos. Sin embargo, la situación no era tan generosa para los políticos negros, pues estaba mediada por las escasas posibilidades reales de promover acciones directas en favor de su grupo. Lino D'ou Ayllón ya había hecho una advertencia sobre estas cuestiones en 1915, ante la dificultad de incluir los asuntos raciales en la agenda de su fuerza política.<sup>2</sup>

Al parecer, existía una posición contraria a establecer una agenda racial por acuerdo expreso de los partidos políticos, pues los negros y mulatos que militaban en estos creían que la solución era abogar

<sup>1</sup> Ramón Vasconcelos (*Tristán*): «Palpitaciones de la raza de color», *La Prensa*, n.º 82, La Habana, 22 de marzo de 1916, p. 4.

<sup>2</sup> Cfr. *La Prensa*, n.º 237, La Habana, 25 de agosto de 1915, p. 8.

como cubanos por la armonía y el enfrentamiento a la situación de inferioridad en que se hallaba el sector. Los políticos negros debieron soportar circunstancias muy tensas para conseguir ciertos favores en respuesta a sus demandas raciales sin ser tildados de racistas o divisionistas. Su prédica estaba condicionada por la existencia de la igualdad jurídica ciudadana, la estrategia electoral de cada partido y el mantenimiento de sus clientelas. Este complejo sistema de participación minimizó muchas veces la importancia del análisis del racismo como obstáculo en el ascenso social de la raza de color.

Después de 1912, periódicos y revistas creados por la élite denunciaron reiteradamente la ausencia de oportunidades políticas a que se hallaba sujeta la población negra. La revista *Labor Nueva* comentaba en 1916 que las candidaturas de los representantes negros se encontraban en desventaja por el desconocimiento de sus figuras dentro de las filas liberales. En Oriente solo se tenía noticias del coronel Manduley, mientras Camagüey contaba con la postulación de Emilio Céspedes, y en el resto de la Isla –Santa Clara, La Habana y Pinar del Río– no se había presentado ninguna candidatura. Para 1919 Francisco Duany denunciaba en *La Antorcha* que la representatividad negra se comportaba pobremente porque Menocal se rodeaba de colaboradores que torpedeaban a Lino D'ou Ayllón y a Juan Felipe Risquet, no obstante violar con ello el artículo 11 de la Constitución.<sup>3</sup>

Ante las dificultades con que tropezaba la mayoría negra para avanzar, la idea de votar por sus candidatos era una necesidad y se convirtió en parte del debate racial. Así lo hizo constar un cronista de Las Villas en *La Antorcha*, donde declaraba: «Nada de partidos políticos, nada de agrupaciones: los negros partidistas debemos dar un cuartelazo por la justicia [...]. En esta campaña no debe haber rivalidades [...], consultar la opinión [...] y votar todos en *black*».<sup>4</sup>

La idea del voto negro unido resultaba similar a la planteada por Estenoz en 1908 y apuntaba a la participación directa para que las propuestas del grupo contaran con mejor acogida en los partidos. Si bien los representantes desestimaron la importancia de que existiese

<sup>3</sup> Cfr. *La Voz de la Razón*, n.º 199, La Habana, 3 de febrero de 1916, p. 1; «Charla semanal», *Labor Nueva*, n.º 17, La Habana, 11 de junio de 1916, p. 3; y Francisco Duany: «La democracia de nuestros gobiernos y el sueño del negro», *La Antorcha*, n.º 57, La Habana, 20 de abril de 1919, p. 1.

<sup>4</sup> «Un negro de Las Villas», *La Antorcha*, n.º 71, La Habana, 7 de septiembre de 1919, p. 2.

un partido negro, esta consideración no perdió su carácter opcional. En 1918 el joven José Armando Pla (figura 1) indicó que la única solución era el surgimiento de otro partido para la raza de color, enfocado en la educación y el avance en el mercado laboral, así como en evitar la amenaza de la violencia.<sup>5</sup> Pero la élite negra fue incapaz de conectar con una estrategia efectiva para mejorar su acción política en pro de la mayoría. Las ventajas que obtuvieron, en cambio, redujeron el influjo de sus acciones para beneficiar al pueblo negro.



**Figura 1.** Armando Pla.

**Fuente:** *Labor Nueva*, n.º 31, La Habana, 24 de septiembre de 1916.

El avance del grupo de color dentro de una sociedad racista debía desarrollarse, por fuerza, a un ritmo muy lento. Hacia finales de la década de 1910, el destaque de los negros y mestizos no era notorio,

<sup>5</sup> Cfr. Aline Helg: *Lo que nos corresponde. La lucha de los negros y mulatos por la igualdad en Cuba. 1886-1912*, p. 332.

a pesar de su representatividad electoral. En 1919, constituían un total de 800 957 habitantes (el 27,7 % de la población de la Isla). Para la década de 1930, esta cifra se elevó a 1 105 388 (27,89 %). La población de color, calificación que agrupaba a negros, mestizos y chinos, entonces representaba poco más de la cuarta parte del total. Sus índices demográficos fueron estables durante esta etapa, tanto los negros (11,2 % en 1919 y 11 % en 1931) como los mestizos (16 % en 1919 y 16,2 % en 1931) y los «amarillos» (0,5 % en 1919 y 0,7 % en 1931) sufrieron pocas variaciones en sus registros de crecimiento. Hacia 1919, la presencia de la población negra resultaba significativa en las provincias de Matanzas (30,5 %) y Oriente (43,3 %); Camagüey (18,6 %) era la región con menos habitantes negros.<sup>6</sup>

En cuanto a la educación, sabían leer el 53 % de las personas mayores, y para 1930 la población instruida alcanzaba el 48,12 %. A pesar de sus esfuerzos sistemáticos en esta esfera, el sector negro siguió teniendo mayor representatividad laboral en el área de los servicios domésticos y manuales. El 17 % se empleaba en la agricultura, la pesca y la minería, cifra que en 1930 aumentó al 19,47 %. Los profesionales eran los menos: contaban en 1919 con un discreto número de 3 916 (0,49 %); doce años después lograron un ligero incremento para alcanzar el 1,37 %.<sup>7</sup> En 1919 había 38 abogados negros de un total de 1 578 y 85 médicos de 1 771; en los destinos públicos constituían el 10 % de los 11 004 funcionarios; y representaban el 25 % de los 16 638 policías y soldados de la Isla. Algunos negros y mestizos aparecieron en el censo en los puestos de banqueros y corredores de finanzas, y se apreciaron algunos avances desde 1907 en cuanto a los empleos del comercio minorista, la banca y el transporte. Sin embargo, aunque los graduados universitarios alcanzaban el 11,7 %, la población negra continuaba representada mayormente en los oficios tradicionales de carpinteros, panaderos, zapateros, sastres y tabaqueros, entre otros.<sup>8</sup>

Lo mismo ocurría en las altas esferas políticas. En 1912 entraron al Congreso los conservadores Primitivo Ramírez Ross y Luis Valdés

<sup>6</sup> Cfr. Dirección Nacional del Censo: *Censo de la República de Cuba. 1919*, p. 307; y Oficina Nacional de Estadísticas: *Los censos de población y viviendas en Cuba. 1907-1953*, p. 39.

<sup>7</sup> Cfr. Dirección Nacional del Censo: Ob. cit., pp. 662-663; y Oficina Nacional de Estadísticas: Ob. cit., pp. 308-311.

<sup>8</sup> Cfr. Oficina Nacional de Estadísticas: Ob. cit., pp. 273-274; y Dirección Nacional del Censo: Ob. cit., pp. 623-624.

Carrero y los liberales Saturnino Escoto y Carrión y Miguel Ángel Céspedes. También resultaron reelegidos Campos Marquetti, Manuel de Juan Delgado, Hermenegildo Ponvert y Agustín Cebreco, a los que en 1915 se sumaría Juan Gualberto Gómez. Aunque en 1916 este último obtuvo un escaño en el Senado, Céspedes y Valdés Carrero no corrieron con igual suerte en la Cámara; Juan Bell fue derrotado, y Ramírez Ross, nominado por Matanzas, tampoco logró los votos necesarios para permanecer en el Congreso. Por los liberales, solo Aquilino Lombard Thorndike fue elegido.

Entre las figuras que habían logrado ascender en la esfera política hacia 1912 también estuvieron el doctor José María Beltrán, de Pinar de Río, y Emilio Céspedes, de Camagüey. Ponvert y Manuel de Juan Delgado, de Las Villas, no pudieron conservar sus posiciones. Para 1920 la situación empeoró, puesto que Campos Marquetti, Félix Ayón y el general Delgado no resultaron elegidos. Mejor representación consiguieron los negros en los cargos de la administración pública y los consejos provinciales. En 1916 promovieron cinco candidatos para el Consejo de La Habana; Miguel Ángel Céspedes fue nombrado notario público, y José Gálvez, jefe de departamento en el Ministerio de Obras Públicas.<sup>9</sup>

Ante tales dificultades políticas, las conexiones y redes del sector desempeñaron un papel significativo para concertar alianzas. En septiembre de 1921 el abogado Oscar Edreira Rodríguez apeló a Juan Gualberto Gómez para que no se efectuase el anunciado traslado del teniente Fabián Martínez, pues este podía ser útil a la candidatura de Edreira como representante. Gómez en aquellos años se hallaba beneficiado por sus relaciones con Alfredo Zayas, presidente de la República, razón por la que en 1922 el entonces directivo del Club Atenas, Miguel Ángel Céspedes, también solicitó su apoyo a fin de obtener un nombramiento favorecido por su recomendación moral.<sup>10</sup>

Como puede verse, no pocos políticos negros ascendieron durante esta primera etapa de la República bajo la protección de Juan Gualberto Gómez. Saturnino Escoto y Carrión ya se mostraba agradecido de tales

<sup>9</sup> Cfr. Aline Helg: Ob. cit., p. 337; Alejandro de la Fuente: *Una nación para todos. Raza, desigualdad y política en Cuba. 1900-2000*, pp. 136-138; y Oficina Nacional del Censo: *Movimiento de población en la República. Desde el 16 de septiembre de 1919 al 31 de diciembre de 1923*, y *Apéndice anual a la memoria del censo decenal*.

<sup>10</sup> Cfr. ANC, Fondo Adquisiciones, caja 53, n.º 4075, y caja 19, n.º 1222.

relaciones en 1901, año en que remitió una carta a Gómez donde lo trataba de «respetable amigo» y le pedía su ayuda para la publicación de un «trabajito» que mostraba su labor como miembro del Partido Republicano. Años más tarde, en 1915, Escoto y Carrión dirigía el diario *La Voz de la Razón* y fungía como representante a la Cámara. Hacia 1921, al parecer, su situación era delicada, ya que se quejaba con su mentor de haber sido despojado de sus prebendas en la colecturía y de que Zayas no le hubiese otorgado un destino acorde a su capacidad. Esperaba la opinión de Gómez para saber cómo debería actuar al respecto. Todo indica que la gestión de este último resultó efectiva, pues Escoto y Carrión comenzó a desempeñarse como inspector de fábricas.<sup>11</sup> Durante décadas las alianzas alrededor de Juan Gualberto fueron definitivas para aquellas figuras que aspiraban a cargos administrativos, y siempre que tuvo oportunidad de hacerlo, el patriarca de la población negra apoyó a sus clientelas.

Frecuentemente, las redes se transmitían de una generación a otra, y Gómez, desde finales del siglo XIX, era reconocido como una destacada figura pública dentro de su estamento. En una sociedad de franca desventaja para los negros y mestizos debía asegurarse el papel de la juventud. Hacia 1920, Luis Ayala Blanco le escribió a Juan Gualberto desde Santa Clara pidiéndole protección para Nicolás Guillén, hijo del fallecido exsenador Guillén, otrora colaborador suyo. Ayala le solicitaba un empleo para el joven a fin de que pudiese solventar sus perentorias necesidades, ya que los gastos de libros y matrícula debían correr por su cuenta; así pues, apelaba a las buenas relaciones de Gómez con el finado padre y a su espíritu protector.<sup>12</sup>

Estas redes ganaron en consolidación luego de la experiencia política del PIC. Los efectos de la masacre condicionaron las acciones de las figuras representativas de la raza de color en pro de su sector social, así como sus estrategias de reorganización dentro de la igualdad creada. La tesis del peligro negro, manipulada dentro del debate racial de la prensa, había tenido un efecto considerable en la política. Cuando en 1920 se evaluaron las acciones de Campos Marquetti en el gobierno, se le criticó por privilegiar a los negros según la tesis de que el odio de razas, a pesar de las diferencias e injusticias aún presentes, no existía. En opinión de algunos, Estenez había sido el culpable del retroceso en

<sup>11</sup> Cfr. ANC, Fondo Adquisiciones, caja 19, n.º 1238.

<sup>12</sup> Cfr. ANC, Fondo Adquisiciones, caja 19, n.º 1238, y caja 11, n.º 416.

la solución de los problemas de su grupo ya que, luego de la masacre, los negros y mestizos quedaron desarmados como ciudadanos, al arbitrio de su progreso y capacidad propios como individuos aislados. Hacia 1925, cuando Eladio Florencio, administrador de *La República Democrática*, solicitó a Juan Gualberto Gómez desde Santiago de Cuba su opinión sobre las condiciones para establecer un congreso nacional de la raza de color, le aclaraba que este no tendría carácter político. Cuatro años más tarde Enrique Andreu también manifestó en «Ideales de una raza» su apoyo a la idea de crear una federación de sociedades de la raza de color. Sin embargo, a algunos les seguía preocupando la legitimación de un mundo exclusivamente negro.<sup>13</sup>

El efecto en la opinión pública de la actividad periodística de la gran prensa, con sus rumores conspirativos de carácter racista, dificultó las acciones de los políticos negros, que denunciaban a su vez desde las revistas la manipulación del voto y lo arduo que les resultaba obtener puestos dentro de las fuerzas tradicionales. En la década de 1930, la esfera política comenzó a ofrecer mayores potencialidades, a medida que el tema racial era incluido en las agendas de otras organizaciones y partidos –como el movimiento obrero y el PCC– que desarrollaban métodos de trabajo más inclusivos para los ciudadanos, con independencia del color de su piel.

Las propuestas de la élite negra se centraron en desarrollar acciones conjuntas con los partidos tradicionales y en ejercer presión a través del voto, lo que fue un reflejo de sus debilidades y de su incapacidad para establecer otras alianzas. Los límites de esta política en la lucha contra el racismo llevaron al sector negro a repensar las estrategias de su práctica ciudadana. Como resultado de este cuestionamiento se desataron numerosas polémicas. En sus periódicos y revistas se analizaban y evaluaban las experiencias movilizativas del sector, y se advertían las contradicciones inherentes a los viejos métodos para obtener la representación social a que aspiraba, así como la necesidad de diseñar formas nuevas.

Importantes, en tal sentido, fueron los conflictos generacionales: la nueva generación de jóvenes, sin relación directa con las guerras de independencia ni la esclavitud, promovió propuestas que generaron

<sup>13</sup> Cfr. ANC, «Armas de dos filos», Fondo Adquisiciones, caja 85, n.º 4387, y caja 22, n.º 1579; *Diario de la Marina*, n.º 336, La Habana, 2 de diciembre de 1928, p. 11; y *Diario de la Marina*, n.º 34, La Habana, 3 de febrero de 1929, p. 6.

consensos, disensos y negociaciones. La labor de los líderes negros tradicionales fue sometida a cuestionamientos y críticas, que enrarecieron las relaciones internas de la élite negra. No obstante, debe apuntarse que las principales figuras mantuvieron sus códigos de excelencia sectorial, pues las polémicas entre las generaciones enriquecieron sus estrategias movilizativas.



## Los debates intergeneracionales en la prensa

Los conflictos intergeneracionales avivaron el debate intrarracial en diarios y revistas. Podían apreciarse dos posiciones fundamentales en los artículos: la primera consideraba que la juventud negra no tenía preparación suficiente para asumir los retos de la lucha social; la segunda planteaba que las viejas generaciones de luchadores (representadas por Lino D'ou Ayllón, Generoso Campos Marquetti y Juan Gualberto Gómez) debían dar paso a las nuevas concepciones de trabajo defendidas por la juventud en las figuras de Ramón Vasconcelos, Francisco Camaño y Manuel González Jiménez, más acordes a los nuevos tiempos. Si bien tales conflictos influyeron en el debate racial, algunos jóvenes con mayor experiencia y madurez política, como Miguel Ángel Céspedes y Saturnino Escoto y Carrión, propusieron una acción basada en el liderazgo mancomunado junto a las figuras de más experiencia.

Quienes promovían el protagonismo de los jóvenes partían de la necesidad de una adecuada educación. Como en el pasado lo habían hecho los líderes tradicionales, también ahora se exigía a la juventud preparación y profesionalidad. Hacia 1913, en carta a Ramón Vasconcelos, quien fungía como director de la revista *Juvenil*, se lamentaba un colaborador: «Vive la juventud [...] sin derroteros fijos por donde encaminar sus plantas y sus sueños [...], si continuamos como hasta el presente iremos con más rapidez al abismo».<sup>1</sup> Estas preocupaciones eran compartidas por hombres como Epifanio Calá, cuyos comentarios en la revista *Minerva* resultaban más directos. Calá planteaba que los jóvenes se dedicaban a ganar dinero en la oficina y el taller para luego dilapidarlo en cafés, bailes y orgías,<sup>2</sup> opinión de la que se hacía eco el

<sup>1</sup> «Epístola», *Juvenil*, n.º 19, La Habana, 1.º de marzo de 1913, p. 2.

<sup>2</sup> Cfr. Epifanio Calá: «Reflexiones útiles», *Minerva*, n.º V, La Habana, mayo-junio, 1912, pp. 11-12.

doctor Tranquilino Maza Cobián (figura 1), quien en 1916 sostenía en *Labor Nueva*: «La juventud, dueña del porvenir, nada realiza a su favor. Por tal motivo nadie aprecia la existencia de una generación nueva de profesionales negros, sin señales de vida en la causa reivindicativa».<sup>3</sup> Marcel Levargie, tres años después, desde *La Antorcha*, aconsejaba el estudio a la juventud con vistas a conservar en tiempos de paz las conquistas de la guerra.<sup>4</sup>



**Figura 1.** Tranquilino Maza Cobián.

**Fuente:** *Labor Nueva*, n.º 21, La Habana, 16 de julio de 1916.

<sup>3</sup> Tranquilino Maza Cobián: «Triste realidad», *Labor Nueva*, n.º 28, La Habana, 3 de septiembre de 1916, p. 7.

<sup>4</sup> Cfr. Marcel Levargie: «Avanti», *La Antorcha*, n.º 54, La Habana, 23 de marzo de 1919, p. 2.

La actitud de los jóvenes fue criticada sistemáticamente en los órganos de prensa por considerarse que las nuevas generaciones no estaban prevenidas contra el imaginario racista y que se caracterizaban por la inactividad social. Los argumentos de tal índole se remitían a la importancia de proyectos educativos e instructivos como los que habían sido implementados desde 1902 y que permitieron a negros y mestizos aprovechar los espacios de la igualdad creada para superarse. Educación y derechos ciudadanos se mencionaban en diarios y revistas como variables significativas para la movilidad social, hechos que el relevo generacional debía tener en cuenta a fin de lograr sus aspiraciones.

A pesar de las críticas, se patentizaba en la prensa que los jóvenes sí compartían estas concepciones y que no pocos de ellos aprovechaban sus estudios. Así pues, las discrepancias no radicaban en la necesaria adquisición de conocimientos, sino en la forma en que influía en las proyecciones reivindicativas de los negros y mestizos cubanos. Las propuestas de la nueva generación en este sentido chocaron con criterios más conservadores provenientes de los líderes tradicionales. En 1914 la Sociedad de Estudios Literarios de La Habana convocó a un grupo de jóvenes interesados en la superación intelectual a través de un llamado en su revista *Aurora*: «Los que van al frente de nosotros [...], qué papel es el que representan en el estadio social [...]. En frente de ese rebaño de tartufos [los políticos negros tradicionales] que aplaude con automatismo medieval [...] hay una juventud viril dispuesta».<sup>5</sup>

Los logros de los activistas negros en la lucha social no se encontraban, en opinión de los jóvenes, a la altura del momento. Antiguos métodos, como las actitudes conservadoras del viejo liderazgo y las formas de proceder de las asociaciones, se consideraron caducos y propios del estatismo social. Arturo González Dorticós decía claramente en *La Prensa*: «No creo [...] que nuestra extrema gratitud [...] debe llegar al extremo de delegar en aquellos símbolos vivientes del pasado la consolidación [...] de los problemas presentes [...], cada generación tiene sus dotes».<sup>6</sup> Los desencuentros generacionales tuvieron su momento clímax en 1915 con la propuesta de crear una ultrasociedad

<sup>5</sup> «Verbo de juventud», *Aurora*, n.º 10, La Habana, 15 de diciembre de 1914, pp. 3-4. Véase además «Con los brazos abiertos», *Aurora*, n.º 11, La Habana, enero de 1915, pp. 3-4.

<sup>6</sup> Arturo González Dorticós: «Premisas», en «Palpitaciones de la raza de color», *La Prensa*, n.º 6, La Habana, 6 de enero de 1916, p. 5.

habanera que agrupara a las asociaciones más distinguidas y selectas.<sup>7</sup> El proyecto era ambicioso, pues contemplaba además la fundación de un colegio, una casa de salud, una biblioteca popular y un centro de enseñanza superior para los obreros. Miguel Ángel Céspedes promovió la creación de una universidad popular y obrera en la que se impartirían conferencias nocturnas sobre historia natural, mecánica y agricultura, entre otras materias. Al mismo tiempo, esta contaría con una escuela de enseñanza elemental para adultos analfabetos, una academia, una agencia de colocación, salones de lectura y un teatro como complemento de la formación cultural, con un repertorio de obras clásicas y música selecta. Sus actividades se difundirían en la *Revista de Vulgarización Científica*, cuya creación era parte del proyecto. Se aclaraba que los profesores y alumnos no serían seleccionados por criterios raciales. Conformarían la junta directiva del centro Juan Gualberto Gómez (como posible presidente), Francisco Carreras Jústiz, Ramón Rivera, Eduardo González Valdés, Fernando Ortiz, Generoso Campos Marquetti y Manuel Delfín, entre otros. La sociedad Liceo Popular –así debía llamarse– se construiría en las afueras de la ciudad, cerca de barriadas pobres como Pan con Timba, para propiciar la confraternización entre las clases sociales y darles oportunidad a los obreros de servirse de la ciencia con miras a conquistar los poderes públicos.<sup>8</sup>

Algunas sociedades se motivaron con el proyecto. En marzo de ese mismo año, la directiva de La Gloria, de Santiago de las Vegas, envió una misiva a Miguel Ángel Céspedes, secretario de la Comisión Gestora, en la que se exponía la necesidad de fusionar todas las sociedades de La Habana, a la vez que se indagaba por los criterios seguidos para determinar los fines, bases y organización de la ultrasociedad. Los

<sup>7</sup> La estrategia de aglutinar organizacionalmente a la población de color en la lucha por sus derechos provenía del siglo XIX. De 1887 a 1893 la mayoría de las sociedades negras se unieron en torno al Directorio Central de las Sociedades de Color. Esta alternativa prevaleció en la República entre 1906 y 1907 dentro de las concepciones de Lorenzo Depradel. Por las diversas implicaciones de la represión del PIC, fue necesario reformular el papel de estas sociedades en años posteriores. Alejandro de la Fuente sostiene que tras estos conflictos intergeneracionales se hallaba la lucha por el control de los clubes, criterio que minimiza los esfuerzos en la búsqueda de nuevas estrategias (cfr. Alejandro de la Fuente: *Una nación para todos. Raza, desigualdad y política en Cuba. 1900-2000*, p. 235).

<sup>8</sup> Cfr. «Entrevista con el señor Céspedes», *La Voz de la Razón*, n.º 117, La Habana, 24 de marzo de 1915, p. 2.

ejecutivos de La Gloria consideraban que, dado el bajo nivel educacional prevaleciente, aquellos que contaran con mayor instrucción y cultura debían ostentar el título de directores del movimiento. La iniciativa venía gestándose desde hacía algunos años. Céspedes, en entrevista publicada por *La Voz de la Razón*, órgano vocero de la campaña, comentó que «la idea no era nueva siendo deseada hace tiempo por los elementos de color» y aclaró que antes no estaban creadas las condiciones para llevarla a efecto, a causa de los antagonismos personales y las diferencias políticas existentes.<sup>9</sup> El tema promovió muchos criterios y expectativas entre negros y mestizos. Victoriano Torres apostaba por la fusión, por la necesidad de reunir en las sociedades, para su constitución, elementos suficientes que servirían al progreso y la cultura. Por su parte, Aquilino Zequeira Téllez, en carta a Juan Gualberto Gómez, destacaba la presencia de un proletariado que aportaría fuerza a la causa.<sup>10</sup>

La creación de una sociedad habanera de esta clase ocupó a importantes miembros de la élite negra como Saturnino Escoto y Carrión (director de *La Voz de la Razón*), Miguel Ángel Céspedes (secretario de la Comisión Gestora) y Juan Gualberto Gómez (asesor). De esta manera, se afianzaron las redes entre figuras de prestigio social y probada profesionalidad, lo que también facilitó la divulgación en la prensa de sus actividades, fundamentalmente en las páginas del diario de Escoto y Carrión.

Por su parte, algunos jóvenes discreparon sobre la necesidad de la fusión, pues dudaban de las intenciones reales de sus promotores. La distancia social con respecto a los líderes negros, dado su estatus privilegiado, causó cierta desconfianza, debido a que, para la opinión general, sus logros habían sido escasos desde 1902. No pocos pensaban que en el trasfondo del proyecto alentaba el deseo de la élite de aglutinar a los negros para asegurar su representatividad. Esta idea no parece del todo desacertada, si se piensa que luego de 1912 una serie de figuras conectadas con Juan Gualberto Gómez tuvieron acceso a puestos en la administración pública, lo que les proveyó de una mejor posición con relación a su grupo. El proyecto de unirse en una sociedad única permitiría canalizar las expectativas sociales de sus promotores, toda vez que les aseguraba el control de las clientelas negras.

<sup>9</sup> Ídem. Véase también *El Día*, n.º 1547, La Habana, 30 de septiembre de 1915, pp. 1 y 10.

<sup>10</sup> Cfr. «De Pogolotti», *La Voz de la Razón*, n.º 143, La Habana, 30 de junio de 1915, p. 2.

Pero las personalidades del comité organizador ya habían sido objeto de críticas semejantes en otras ocasiones. Hacia 1912, Juan Bravo apuntó en la revista *Juvenil*: «[los representantes Miguel Ángel Céspedes, Ramírez Ross, Valdés Carrero y Escoto y Carrión] alardean sino de una vanidad desmedida y de una presunción sin límites [...]. Nada hay tan triste como tener que recurrir a un negro de los que están arriba, en demanda de un favor».<sup>11</sup>

A todas luces, los ascensos políticos abrigaban ambiciones personales y, a la postre, denotaban la falta de compromiso con el pueblo negro. Ramón Vasconcelos (figura 2) recordaba desde su columna que los representantes negros una vez que ascendían hasta lo más alto comenzaban a mirar hacia abajo con desdén, por lo que aconsejaba alejarse de los «apóstoles», que ignoraban los problemas de la población negra. Calificaba a estos de «ineptos» en su desempeño desde el compadrazgo y la benevolencia. Además, llamaba a la educación de una juventud seria, inactiva hasta el momento no por falta de deseos, sino por la gritería de la murga política y la mano despótica de falsos paladines.<sup>12</sup>

Ramón Vasconcelos desató una ardiente campaña contra la unificación de las sociedades habaneras, aunque sus desacuerdos con el funcionamiento de estas en pro de la efectiva inclusión del negro cubano no eran nuevos.<sup>13</sup> Las críticas, al parecer, tuvieron impacto entre los lectores, pues algunos miembros de la comisión intentaron inclinar la propaganda del joven a su favor. El doctor Céspedes en una misiva le explicaba a Vasconcelos que la unión de todos los elementos, sin distinción partidista, era el camino para conseguir la victoria.

<sup>11</sup> Juan Bravo: «Sensaciones», *Juvenil*, s. n., La Habana, 9 de diciembre de 1912, pp. 10-11.

<sup>12</sup> Al parecer, las discrepancias de Ramón Vasconcelos con la labor de Céspedes, a quien se dirigían en primer término sus críticas, databan de la represión de 1912, en la que Vasconcelos, como se ha dicho, resultó encarcelado. Miguel Ángel Céspedes, a quien este solicitó ayuda en calidad de abogado defensor para los prisioneros, contestó negativamente a su petición y declaró que no asistiría a ningún implicado hasta que no finalizara el conflicto (cfr. Ramón Vasconcelos: «Ocaso», *Juvenil*, s. n., La Habana, 29 de diciembre de 1912, pp. 5-6; y «Palpitaciones de la raza de color», *La Prensa*, n.º 132, La Habana, 11 de mayo de 1916, p. 4).

<sup>13</sup> Cfr. «Palpitaciones de la raza de color», *La Prensa*, n.º 246, La Habana, 3 de septiembre de 1915, p. 8.



Figura 2. Imagen de Ramón Vasconcelos en la cubierta de la revista *Juvenil*.  
Fuente: *Juvenil*, s. n., La Habana, diciembre de 1912.

Otros jóvenes se declararon contrarios a la unificación, entre ellos, Ramiro Neyra y José Manuel Poveda; este último sentenció en el diario *La Prensa*: «la empresa de la unificación significa la última campaña del viejo directorismo [...]. La unificación es como un llamamiento a turbas compactas».<sup>14</sup> Poveda apeló también al esfuerzo personal y al ejercicio de la plena libertad y la igualdad moral.

La campaña de Vasconcelos no debilitó los trabajos por la unificación. En una reunión celebrada en el Centro de Cocheros quedó oficialmente constituida la Comisión Gestora, a la que se concedieron plenos poderes. Desde Pogolotti, en Marianao, Aquilino Zequeira se interesó por el proyecto y apoyó las gestiones en pos de la unidad de su grupo ante la despreocupación social. La comisión sostuvo varios encuentros durante los meses siguientes y en julio Unión Fraternal fue sede de una importante cita a la que asistieron 58 delegados en representación de 18 asociaciones. Inauguró la sesión Juan Gualberto Gómez, tras lo cual el doctor Céspedes leyó las bases para el régimen interior de la asamblea. Al parecer, existieron criterios divergentes en cuanto a las características básicas de la futura sociedad, pues el 11 de agosto la comisión debió efectuar una nueva asamblea general de delegados, esta vez en el Club Benéfico, con objeto de discutir las bases del Liceo.<sup>15</sup>

Estos sucesos estimularon otras iniciativas en pro de la fusión durante aquellos meses en La Habana. Con motivo de la celebración por el 10 de Octubre, en Marianao se unificaron las sociedades Redención de Pogolotti y Azucena, cuyos líderes emplazaron simbólicamente la primera piedra del edificio que fungiría como sede de la asociación. Acto seguido, Manuela Gutiérrez colocó sobre la bóveda de la piedra veinte pesos, y el periodista Escoto y Carrión pronunció el discurso de clausura del acto. Un párroco ofició las ceremonias correspondientes a su sagrado ministerio y en una caja de metal se guardaron más tarde ejemplares de los diarios que habían reseñado el suceso.<sup>16</sup>

<sup>14</sup> José Manuel Poveda: «Voces nuevas», en «Palpitaciones de la raza de color», *La Prensa*, n.º 248, La Habana, 5 de septiembre de 1915, p. 4. Para profundizar en la figura de José Manuel Poveda, véase Instituto de Literatura y Lingüística: *Diccionario de la literatura cubana*, pp. 824-827.

<sup>15</sup> Cfr. «Palpitaciones de la raza de color», *La Prensa*, n.º 223, La Habana, 11 de agosto de 1915, p. 8; y *La Voz de la Razón*, n.º 162, La Habana, 4 de septiembre de 1915, p. 1.

<sup>16</sup> Cfr. *La Voz de la Razón*, n.º 128, La Habana, 3 de mayo de 1915, p. 1.

Fuera de La Habana, otras asociaciones también se hicieron eco de esta iniciativa, lo que demuestra el impacto que tuvo entre las sociedades negras. En marzo del año siguiente la sección «Palpitaciones de la raza de color» cubrió el proceso de unificación de los centros Victoria, Maceo y El Fénix en Camagüey, a los que ya se había referido la revista local *Albores*. A diferencia de la aguda crítica que la fusión recibió en La Habana, *Tristán* elogiaba a las sociedades de provincia por su colectividad. Sugería que figuras cimeras de Camagüey, como Alberto Agüero, Nicolás Guillén y Emilio Céspedes, podían aportar su experiencia a la Comisión Gestora. Un halago similar hizo a la Asociación de Jóvenes Cristianos, centro moderno que contaba con piscina, salas de armas, billares y bibliotecas.<sup>17</sup>

Los contrapunteos en torno al proyecto de unificación continuaron en la capital. El debate periodístico reflejó la pugna entre mentalidades diferentes sobre un problema común. Al referirse a estos conflictos en 1916 el propio Vasconcelos apuntaba: «El problema social del elemento de color [...] representa la tragedia violenta de dos épocas en lucha. Las ideas del pasado en su limitadísima esfera de acción, no pueden trascender los límites [...] de aquellos tiempos».<sup>18</sup>

La polémica puso de manifiesto, una vez más, distintas interpretaciones sobre la unificación de los negros y mestizos, estrategia que había dado resultados a finales del siglo XIX con el surgimiento del Directorio Central de las Sociedades de Color. Aunque las opiniones seguían divididas y algunos jóvenes, como Idelfonso Morúa y Gustavo Urrutia, apoyaban la fusión, las divergencias en torno a los métodos adecuados para su desenvolvimiento agudizaron las discrepancias intrarraciales.

Pero a pesar del ritmo acelerado con que se trabajó para llevarla a cabo, la unificación no llegó a hacerse realidad debido, fundamentalmente, a las dificultades económicas que debió enfrentar. Se esperaba que las sociedades involucradas cedieran parte de sus caudales al fondo común, y esto provocó algunas reservas. Ramiro Cuesta y Julián González propusieron recaudar una suma de 300 000 pesos para solicitar una parcela al Estado donde se pudiese construir el edificio sede,

<sup>17</sup> Cfr. «Palpitaciones de la raza de color», *La Prensa*, n.º 85, La Habana, 25 de marzo de 1916, p. 4; y «Palpitaciones de la raza de color», *La Prensa*, n.º 260, La Habana, 16 de septiembre de 1916, p. 6.

<sup>18</sup> Ramón Vasconcelos: «Dos épocas en lucha», en «Palpitaciones de la raza de color», *La Prensa*, n.º 16, La Habana, 16 de enero de 1916, p. 4.

pero esta idea no llegó muy lejos. Dadas las limitaciones para recabar los fondos y la falta de consenso, avivada por la campaña de Vasconcelos, hacia el segundo semestre de 1915 los esfuerzos de la comisión fueron palideciendo. Todo parece indicar que también algunas sociedades comenzaron a perder interés en la unificación hasta disentir por completo del proyecto, como aconteció en el mes de septiembre con el Centro de Cocheros.<sup>19</sup> La idea de la fusión quedó desestimada a finales de 1916, pero los acontecimientos relacionados con esta permitieron valorar el alcance de la prensa en el diseño de la acción conjunta. No obstante, los gestores no renunciaron a su afán unificador y fue entonces que decidieron fundar en el año siguiente el Club Atenas, la sociedad más exclusiva del mundo habanero para la élite negra.

También en las distintas sociedades acechaban las contradicciones intergeneracionales. Eran frecuentes las pugnas en las juntas directivas, reflejadas en sus órganos de prensa, entre los nuevos y los viejos miembros por el control de las instituciones. Alejandro Sorís, secretario contador de La Divina Caridad, declaraba en *Juvenil* que, aunque los elementos más jóvenes habían reformado el reglamento de la asociación, tales modificaciones fueron criticadas por la mayoría de las figuras honorarias, que, por demás, no contribuían a su sostenimiento económico. Y esta no fue la única institución con un dilema semejante, pues Enrique Andreu llamaba en *La Prensa* a renovar la directiva del Centro de Cocheros para elevar el nivel educativo de sus miembros. Al parecer, las críticas a los líderes de esta sociedad tenían antecedentes, pues tres años antes *Juvenil* había sugerido la necesidad de colocar personas más cultas y sensatas en su dirección. Para marzo de 1916, el Centro de Cocheros cambió su nombre por el de Centro Maceo e inició una etapa de importantes reformas.<sup>20</sup>

Otras sociedades de la capital reflejaron en sus órganos de prensa similares luchas intergeneracionales. Unión Fraternal dio a conocer

<sup>19</sup> Cfr. «La proposición del Dr. Cuesta», en «Palpitaciones de la raza de color», *La Prensa*, n.º 219, La Habana, 7 de agosto de 1915, p. 4; «Unas cuantas verdades», en «Palpitaciones de la raza de color», *La Prensa*, n.º 226, La Habana, 14 de agosto de 1915, p. 8; y *La Voz de la Razón*, n.º 159, La Habana, 3 de septiembre de 1915, p. 3.

<sup>20</sup> Cfr. José Leal Morejón: «Puntualicemos», *Juvenil*, n.º 25, La Habana, 9 de agosto de 1913; Enrique Andreu: «Un grito de alarma», en «Palpitaciones de la raza de color», *La Prensa*, n.º 353, La Habana, 19 de diciembre de 1915, p. 7; y «Palpitaciones de la raza de color», *La Prensa*, n.º 71, La Habana, 11 de marzo de 1916, p. 4.

una circular en la que solicitaba el apoyo de los miembros más jóvenes con vistas a «modernizar» y «civilizar» la institución. El proyecto pretendía incluir entre las actividades de la sociedad la práctica de billar, esgrima, natación y otros deportes necesarios para el fortalecimiento del cuerpo. Sin embargo, la idea no resultó tan gratificante para los socios como cabría esperarse.

En 1917, los nuevos miembros de las distintas sociedades alegaron que la presunta inactividad de la que los acusaban los mayores se debía a que el campo de acción en que se veían obligados a desenvolverse no era el más apropiado. Así pues, en las elecciones de 1921 para conformar la nueva directiva de Unión Fraternal, el joven Regino Campos se retiró de la lucha comicial y solicitó de sus partidarios el voto por Gregorio Casais, vicepresidente en el período anterior. Siete años después, el panorama eleccionario no había cambiado mucho, pues el columnista Gustavo Urrutia comentaba en el *Diario de la Marina* que las elecciones de 1928 se centraban en la pugna entre Juanito Martínez, por el Partido Juventud Laborista, que congregaba a las nuevas generaciones, y el experimentado José Irene Álvarez, candidato de Unión y Progreso. Ese año, en las palabras resumen del 7 de diciembre, pronunciadas por Juan Gualberto Gómez en la sociedad Unión Fraternal, al referirse al conflicto entre las generaciones, el líder reconoció que pertenecía a una generación en camino de extinción pero con derecho a que se la escuchase, y exhortó a la juventud a colocar la lucha «en el próximo escalón».<sup>21</sup>

Muchas de las contradicciones internas sobre el control de los centros de instrucción y recreo estaban mediadas por la imagen social que de ellos se divulgaba en diarios y revistas. En esto incidían, lógicamente, los debates intergeneracionales, que continuaron en la mira de los periodistas negros. Para finales de la década de 1920, Urrutia, en el *Diario de la Marina*, invitó a la juventud a tomar el lugar de los «viejos astros», que poco a poco iban cediendo su espacio a quienes enarbolaban la bandera del porvenir. Enrique Andreu, por su parte, llamó a la cooperación mutua, puesto que en su opinión, salvo algunas excepciones, las figuras aisladas perdían sus méritos en el vacío. Hacia 1929, Nicolás Guillén citaba en «Ideales de una raza» las reflexiones

<sup>21</sup> Cfr. «Crónica social», *La Voz de la Razón*, n.º 312, La Habana, 20 de junio de 1917, p. 3; *La Voz de la Razón*, n.º 573, La Habana, 25 de marzo de 1921, p. 2; y ANC, Fondo Adquisiciones, caja 52, n.º 4064, y caja 5, n.º 117.

del veterano D'ou Ayllón cuando decía: «los viejos hemos hecho ya todo lo que debíamos por la raza de color [...]. Ahora les toca a ustedes, a los jóvenes. Ustedes tienen que ver hoy cómo vimos nosotros ayer, cuál es la arista que más puede herirnos y limarla con la misma paciencia y entusiasmo que nosotros».<sup>22</sup> En la edición de aquel día se consideraba la propuesta de realizar una encuesta especial, en colaboración con el Club Atenas, sobre las motivaciones de la juventud.

Pero las contradicciones intergeneracionales eran a la postre otro de los muchos aspectos de la polémica en torno al desempeño social del negro, que también se reflejaba en sus asociaciones como espacios públicos para la reunión, el ocio y el debate intelectual, y donde los grupos pugnaban por su reconocimiento. Así, las reevaluaciones sobre el papel de estos centros, aparecidas en la prensa, les permitieron un paulatino desarrollo en función del progreso y la necesaria divulgación de sus actividades a fin de que fuesen conocidos por la opinión pública. Las asociaciones devinieron plataforma de trabajo para ello, como en años anteriores. De esta manera, consolidaron la «sociabilidad negra» a fin de legitimar sus valores ciudadanos, y tuvieron la habilidad necesaria para adaptarse a los códigos imperantes y dar una imagen del negro diferente a la que se proyectaba.



<sup>22</sup> Lino D'ou Ayllón citado por Nicolás Guillén: «El camino de Harlem», en «Ideales de una raza», *Diario de la Marina*, n.º 111, La Habana, 21 de abril de 1929, p. 10. Véase además «Vanity-Case», en «Ideales de una raza», *Diario de la Marina*, n.º 62, La Habana, 3 de febrero de 1929, p. 6; Enrique Martel: «La juventud y el porvenir», en «Ideales de una raza», *Diario de la Marina*, n.º 357, La Habana, 23 de diciembre de 1928, p. 6; y Enrique Andreu: «La Federación de las Sociedades de Color», en «Ideales de una raza», *Diario de la Marina*, n.º 315, La Habana, 11 de noviembre de 1928, p. 6.

## Sociedades negras en la movilización social

Las sociedades de color, constituidas como agrupaciones estamentales que habían comenzado a estructurarse en los años ochenta del siglo XIX para generar modelos de comportamiento y civilidad, fueron durante la República centros aglutinadores en el reclamo, desde el espacio público y mediante diversas estrategias, del derecho ciudadano de la raza de color.<sup>1</sup> Con el surgimiento de estas asociaciones de reconocido liderazgo en las primeras décadas republicanas, comenzaron a trascenderse los límites que, en la esfera política, había establecido el discurso sobre la igualdad racial. En tanto ofrecían diversas actividades culturales y de ocio, como parte de su lucha social, estos centros eran también espacios de relación interclasista dentro del sector, y las instituciones más prestigiosas dictaban modelos y estilos de vida para todo el grupo.

Los diarios y revistas de las sociedades desempeñaron un papel de primer orden como incentivo a esta dinámica asociativa. La promoción de las instituciones en el circuito periodístico abría otras posibilidades al discurso ciudadano. Pero quizás lo más significativo era que la combinación de ambos escenarios —las sociedades y la prensa— en el espacio público permitía crear un importante frente de movilización y, así, cada vez que el racismo rompiera los límites de la igualdad, sociedades y diarios defenderían el ejercicio de sus derechos.

No obstante, las sociedades fueron criticadas por quienes consideraron que habían perdido de vista su principal objetivo: aumentar la visibilidad del ciudadano negro en la República. Los diarios se convirtieron en canales sistemáticos a través de los cuales se debatían las formas idóneas para el funcionamiento de las instituciones

<sup>1</sup> Para un estudio más profundo de las sociedades negras, véase Carmen V. Montejo: *Sociedades negras en Cuba. 1878-1961*; y Oilda Hevia Lanier: *El Directorio Central de las Sociedades Negras de Cuba. 1886-1894*.

negras. Hacia 1912 Saturnino Escoto y Carrión, en *Minerva*, refería que las sociedades no potenciaban actividades propias de la vida civilizada y llamaba a crear verdaderos «centros educativos para la regeneración del negro».<sup>2</sup> Un año después, en *Juvenil*, Luis Zequeira señalaba que la biblioteca de Unión Fraternal solo era utilizada por escasos miembros. Vasconcelos fue más directo al calificar a las sociedades habaneras de «cabildos congos barnizados a la moda», a lo cual agregaba: «Los hombres representativos de color no actúan para cambiar la situación».<sup>3</sup> En 1917, Victoriano Torres, quien dirigía la «Crónica social» de *La Voz de la Razón*, advertía que en algunas de estas sociedades las personas no eran recatadas en su modo de hablar y proferían palabras obscenas.<sup>4</sup>

En el interior de la Isla los conflictos intrarraciales, agudizados por las divisiones asociadas al color de la piel, afectaban la relación entre las asociaciones. Un diario santiaguero censuró en 1915 las pugnas entre el Club Aponte y la sociedad Luz de Oriente por semejantes motivos. El cronista Guillermo Calderón consideró en tal contexto que las fracturas entre la población de color eran harto dañinas, pues en Cuba solo había negros y blancos. Su colega Jamier González pensaba de igual manera y añadía que el énfasis en el color de la piel retardaría el camino de la Isla hacia el progreso.<sup>5</sup>

Contradicciones de este tipo limitaban las aspiraciones negras de reconocimiento, pues el consenso ético en las relaciones entre los miembros de las sociedades era un indicador de su valía social. Los debates en la prensa sobre el comportamiento observado en estos espacios y los señalamientos al respecto pusieron en evidencia las conductas inadecuadas de algunos miembros y el descuido en la formación de un modelo de ciudadano. Por tanto, no era de extrañar que los periodistas negros criticasen severamente estas faltas como actos de incivilidad

<sup>2</sup> Saturnino Escoto y Carrión: «Por la confraternidad cubana», *Minerva*, n.º V, La Habana, mayo-junio, 1912, pp. 10-11.

<sup>3</sup> Ramón Vasconcelos: «Palpitaciones de la raza de color», *La Prensa*, n.º 278, La Habana, 5 de octubre de 1915, p. 7.

<sup>4</sup> Cfr. «La Unión Fraternal», *Minerva*, n.º 2, La Habana, enero de 1913, pp. 15 y 23-28; *Juvenil*, n.º 17, La Habana, enero de 1913, pp. 8-9; y Victoriano Torres: «Por la moralidad social», en «Crónica social», *La Voz de la Razón*, n.º 326, La Habana, 30 de agosto de 1917, p. 3.

<sup>5</sup> Cfr. Guillermo Calderón: «Notas marginales», en «Palpitaciones de la raza de color», *La Prensa*, n.º 349, La Habana, 15 de diciembre de 1915, p. 6; y Jamier González: «Mi parecer como cubano», en «Palpitaciones de la raza de color», *La Prensa*, n.º 358, La Habana, 24 de diciembre de 1915, p. 6.

dentro de la vida pública, incompatibles con la inclusión efectiva del ciudadano negro.

Un elemento clave en la política de las sociedades fue la necesidad de contar con un fondo económico para financiar actividades afines a los parámetros del desarrollo civilizatorio. La relación entre las instituciones permitió crear alianzas que ayudaron a solventar estos requerimientos. Cuando en 1925 la sociedad El Progreso, de Guana-bacoa, no se halló en condiciones de reparar su inmueble, que databa de 1879 y se había utilizado desde entonces de manera sistemática, solicitó el apoyo de otras sociedades para la compra de un edificio nuevo, mediante la venta de bonos de préstamos con valor de dos pesos. También en la localidad de Regla, en 1930, el Centro Juan Gualberto Gómez y la Juventud Progresista se unieron en la Sociedad Progresista Juan Gualberto Gómez para llevar a la práctica una obra de cooperación económica.<sup>6</sup>

Pero las sociedades no siempre contaron con suficientes recursos para desarrollar una política social efectiva, aunque se esforzaron por ofrecer una imagen exitosa de sus eventos. Otra situación que comúnmente atentaba contra su estabilidad era la carencia de un edificio propio, ya fuera comprado o construido con el dinero de los socios. En la práctica, muchas instituciones se vieron obligadas a fungir en casas alquiladas, que debían pagar mensualmente. Los gastos por concepto de alquiler, mantenimiento y otras actividades se consideraban prioritarios para su funcionamiento básico. Muchas veces los fondos provenían de las cuotas que pagaban los socios y de las asignaciones que generaban algunas conexiones entre clientelas, miembros y líderes políticos.

Todo indica que determinadas sociedades recibieron asistencia económica para ser remozadas por mediación del patriarca Juan Gualberto Gómez, cuyo ascenso político facilitó grandemente estos trámites. En 1917 el líder promovió un proyecto para beneficiar a algunas de las asociaciones más destacadas. Armando Sandoval, presidente del otrora Centro de Cocheros, que ya entonces se nombraba Maceo, solicitó que se incluyese a este entre los favorecidos por el programa, dada su labor por casi cuarenta años, con vistas a

<sup>6</sup> Cfr. *Fraternidad y Amor*, n.º 20, La Habana, 1.º de mayo de 1925, pp. 2325-2327; e «Ideales de una raza», *Diario de la Marina*, n.º 26, La Habana, 26 de enero de 1930, p. 6.

colocarlo a la altura de la modernidad. También la directiva de Unión Fraternal escribió a Gómez para solicitar su apoyo en la adquisición de una parcela donde se pudiese erigir el inmueble de la sociedad. Al año siguiente, el 2 de diciembre de 1918, tuvo lugar la inauguración de la nueva sede de Unión Fraternal, situada en Revillagigedo n.º 54. En el acto destacaron los discursos de Pedro Calderón, su presidente, Francisco Domenech y Miguel Ángel Céspedes. Juan Gualberto Gómez, en las palabras de cierre, alabó el trabajo y la dedicación de estos hombres entregados a la causa de la raza de color. Un mes antes, el Club Atenas también había inaugurado su edificio. Ambos actos fueron reseñados por la revista *Juvenil*, que contrastó los logros de las dos sociedades, frutos de la labor de humildísimos trabajadores, por una parte, de la coronación de unos pocos privilegiados, por otra, y testimonio, en definitiva, «del realce espiritual del pueblo negro».<sup>7</sup>

Además de la labor de Juan Gualberto, fueron de gran importancia las gestiones de las figuras negras pertenecientes al recién fundado Club Atenas, a quienes había unido la represión de 1912. Así, el desenvolvimiento social de la raza de color, impulsado por los individuos y las redes de la élite, aumentó el poderío de sus asociaciones en la lucha contra el racismo. El sector podía ahora conducirse bajo el halo de una vanguardia intelectual, profesional y públicamente activa.

El Club Atenas, como se ha dicho, estaba considerado como la sociedad negra de mayor prestigio entonces. Había sido fundado el 21 de septiembre de 1917 por 68 personalidades, relacionadas en su mayoría con el mundo de la política y el periodismo, y entre las cuales se eligió una directiva de lujo, como se muestra en la figura 1. Su presidente, Pantaleón Julián Valdés, pronunció las palabras de apertura el día de la inauguración junto a Juan Gualberto Gómez, quien figuró en el plantel como miembro de honor. En agosto de aquel año, el comité gestor de la institución comenzó a publicar el *Boletín Oficial del Club Atenas*, luego llamado *Atenas* (figura 2), una revista dedicada a la divulgación de las actividades del club y a comentar los sucesos rela-

<sup>7</sup> ANC, Fondo Adquisiciones, caja 53, n.º 4077, y caja 54, n.º 4088. Véase también «Crónica social», *La Voz de la Razón*, n.º 414, La Habana, 5 de diciembre de 1918, p. 3. La sociedad Unión Fraternal fue creada en 1890 en el barrio de Jesús María y había desempeñado un importante papel en los espacios de sociabilidad negra. Para un mayor acercamiento a su labor, véase ANC, Fondo Asociaciones, leg. 427, exp. 13447; y *Juvenil*, n.º 28, La Habana, 25 de diciembre de 1918, pp. 2-3.

cionados con la élite y el grupo en general. Desde 1918 se hizo constar en sus páginas que la sociedad tenía el objetivo de promover modelos de conducta refinados, desde los que pudieran discutirse con mayor propiedad todos los problemas que afectaban la vida pública.



**Figura 1.** Primera directiva del Club Atenas (1917-1918): Pantaleón J. Valdés, presidente; Juan Canales Carazo, primer vicepresidente; Leoncio Morúa Delgado, segundo vicepresidente; Ramón María Valdés, secretario; Ludovico S. Barceló y Joaquín López, vicesecretarios; Laureano Zuazo, tesorero; Hermenegildo Ponvert D' Lisle, vicetesorero; Genaro Laza Laza, José Gálvez, Policarpo Madrigal, Lino D'ou Ayllón, Ramiro N. Cuesta Rendón, José Carlos Valdés, Belisario Hereaux, Antero Valdés Espada, Juan M. Herrera, Pablo Herrera y Ramón M. Edreira, vocales. Presidentes de las secciones permanentes: Agustín Izquierdo Martí y Rafael A. Rodríguez Valdés, de Recreo; Benjamín Muñoz Ginarte, de Ciencias; Agapito Rodríguez Pozo, de Intereses Morales; y Primitivo Ramírez Ross, de Letras.

**Fuente:** *Atenas*, s. n., La Habana, 20 de septiembre de 1930.

La labor de Atenas tuvo un positivo impacto en las estrategias de la élite, por su capacidad para asimilar los códigos culturales tradicionales al ámbito de los ciudadanos negros que deseaban el reconocimiento de su grupo racial. En este sentido, Atenas no solo se convirtió en el referente simbólico más ilustre del mundo negro habanero, sino que

además consiguió reunir a las sociedades de La Habana y el resto de la Isla. Una década más tarde, el club y su revista continuaron liderando las acciones de los centros de color, con efectivos resultados en la promoción de sus métodos educativos y de la alta cultura, pues la sociedad, lejos del discurso racista de la gran prensa, había devenido espacio de legitimidad y autoestima para negros y mestizos. La calidad publicitaria de *Atenas* demostró la excelencia de sus promotores a tal efecto y los colocó en una posición de prestigio dentro del debate racial.<sup>8</sup> Especialistas señalan que el 32 % de sus socios eran profesionales; el 26 %, empleados públicos; el 19 %, industriales y comerciantes; y el 10 %, estudiantes relacionados con la industria y el comercio.<sup>9</sup> Por demás, sus directivos eran personalidades que gozaban de gran reconocimiento político-social.



**Figura 2.** Facsímil de la cubierta de la revista *Atenas*.

**Fuente:** *Atenas*, s. n., La Habana, julio de 1931.

<sup>8</sup> Cfr. «El Club Atenas», *La Voz de la Razón*, n.º 414, La Habana, 30 de noviembre de 1918, p. 1; ANC, Fondo Adquisiciones, caja 53, n.º 4075; e «Ideales de una raza», *Diario de la Marina*, n.º 271, La Habana, 27 de septiembre de 1929, p. 6.

<sup>9</sup> Cfr. María del Carmen Barcia: *Capas populares y modernidad en Cuba (1878-1930)*, pp. 133-134.

Otras sociedades, con similares niveles de prestigio y autoridad, se unieron a la labor de Atenas, y aunque no todas exhibían tan altos índices de profesionalidad ni contaban con iguales recursos económicos, algunas tuvieron una larga tradición y mostraron gran adaptabilidad a las nuevas circunstancias. Unión Fraternal puede considerarse un ejemplo ilustrativo de ello, pues no tardó en adoptar una política interna de regeneración y educación de sus miembros. Amparo Loy Hierro, que vivió en el barrio de Jesús María, recordaba esta sociedad como un faro de civilización para los trabajadores negros y advertía que el ingreso a su nómina pasaba por inviolables criterios selectivos: las personas debían asistir a sus actividades de estricta etiqueta; no se les permitía frecuentar las instalaciones sin medias, ni fumar en la calle, ni acudir a otras sociedades de dudosa moralidad. Algunas de estas normas quedaban recogidas en los siguientes versos:

*Oye, negrito rumbero,  
cintura de torniquete  
no vayas a mover el siete  
que te van a sonar el cuero.  
[...]  
Yo te suplico y espero  
que pongas en tu rumba coto  
y si quieres tener voto  
no bailes conga ni santo,  
y ve buscando otro campo  
decente y sin alboroto.<sup>10</sup>*

Toda vez que los sujetos tradicionalmente discriminados se acercaban en sus códigos de conducta a los valores sociales promulgados por la cultura hegemónica blanca, elitista y racista, evidenciaban sus deseos de cumplir con los requisitos establecidos para ser aceptados. Esta actitud, definida como «imitación a la vida», se convirtió en un modelo habitual de comportamiento de la élite negra en pos de legitimarse.<sup>11</sup> Pero los patrones de conducta social no constituían el

<sup>10</sup> Jorge Calderón González: *Amparo: millo y azucenas*, pp. 133 y 135.

<sup>11</sup> Con «imitación a la vida» se alude a esa parte del imaginario popular que incluía las conductas de escapismo –entre las que figuraba el «blanqueamiento»– y la incorporación de los códigos de la cultura dominante. Aquellos sujetos marcados por el color de su piel –cualquiera que fuese– y una condición

único elemento importante con vistas a la inclusión. Como ya se ha mencionado, la instrucción desempeñaba un papel de primer orden en la consecución de tales objetivos, por lo que gran parte de las actividades y los esfuerzos de las sociedades se dirigían a fomentar la educación de sus miembros. Los resultados en este campo se divulgaban continuamente en las secciones sociales de las revistas. La Sociedad de Estudios Literarios y su revista *Aurora* (figura 3), por ejemplo, se declararon adalides de la regeneración de la raza de color en La Habana.<sup>12</sup>

Esta sociedad ofreció en los salones del Club Benéfico, ubicado en San Nicolás y Reina, un ciclo de conferencias hacia 1914 sobre diversas temáticas (los poetas de color, la enseñanza en la República y los estudios etnológicos). Las sesiones iniciaron puntualmente los lunes a las ocho de la noche, desde el 20 de mayo. Pero la letra impresa no solo estuvo llamada a resaltar los logros educativos de las sociedades, sino también a denunciar los actos de exclusión y los numerosos obstáculos que dificultaban el acceso de la población negra a los centros de enseñanza.

En 1913, Felipe Alloga le escribió a Juan Gualberto Gómez sobre el conflicto creado en la Junta de Educación, donde los puestos de maestras sustitutas solían reservarse en su totalidad a las mujeres de color. Alloga había sabido por boca de Melania Acosta, una profesora negra, sobre esta tácita separación entre las docentes blancas y las de color, pues la directora de la junta se oponía a que se solicitaran maestras negras o mestizas. Iguales problemas podían encontrarse con frecuencia en los centros privados.

---

social desventajosa muchas veces asumían las costumbres de la alta sociedad, generalmente blanca, como referentes de su propio desempeño social.

<sup>12</sup> Esta sociedad fue fundada en la capital a inicios de 1912 por los miembros más jóvenes de las Hijas de María de la Caridad y el Círculo Progresista. Este último, dirigido por Juan Gualberto Gómez, patrocinaba sus actividades y conferencias, la primera de las cuales fue impartida por José Manuel Poveda el 8 de marzo de 1912. En la revista *Minerva* aparecieron fragmentos de este conversatorio. *Aurora* estuvo estrechamente unida a la sociedad y se encargó de promover sus ciclos de conferencias (cfr. Instituto de Literatura y Lingüística: *Diccionario de la literatura cubana*, pp. 977-978). En opinión de la doctora María del Carmen Barcia, se trata de una de las sociedades de negros y mestizos con mayor trascendencia en las primeras dos décadas republicanas (cfr. María del Carmen Barcia: Ob. cit., p. 131; y, para más información, *Aurora*, n.º 4, La Habana, 1.º de junio de 1914, pp. 3-4; y José Velasco: «La brega de *Aurora*», *Aurora*, n.º 14, La Habana, 15 de abril de 1915, pp. 4-7).



Figura 3. Facsímil de la cubierta de la revista *Aurora*, con una imagen de Antonio Maceo. Fuente: *Aurora*, n.º 9, La Habana, 1.º de diciembre de 1914.

Hacia 1916, *La Voz de la Razón* denunció el reglamento clandestino que prohibía aceptar a niñas de color en el colegio Sagrado Corazón de Jesús.<sup>13</sup> La crítica a la segregación en las escuelas fue parte del discurso de los activistas negros en la prensa, que se dieron a la tarea de poner en evidencia la violación de los derechos establecidos dentro de la igualdad creada. El acceso a la educación constituía una facultad ciudadana, y su incumplimiento por parte de algunos centros educativos debía considerarse una agresión a la igualdad interracial.

Ante tales desmanes, las sociedades de mayor prestigio y tradición redoblaron sus esfuerzos en pro de la labor educativa. Instituciones como Atenas se vincularon a proyectos de patrocinio que favorecían la instrucción de los jóvenes con menos recursos. Así, cuando en 1926 Armando M. Arencibia escribió desde el seminario de París al club, a fin de solicitar los recursos prometidos por este para llevar a término sus estudios, las distinguidas señoras Carmela Nieto y Michelena Torres, junto a la esposa de Oscar Edreira, constituyeron un comité que recaudó los fondos necesarios para ser enviados a la capital francesa. Arencibia, quien varias décadas después se convirtió en uno de los primeros párrocos negros de La Habana, había estudiado en Roma desde 1923 gracias a las gestiones de Juan Gualberto Gómez, pues el seminario de La Habana se había negado a acoger al joven «por razones sociales».<sup>14</sup>

Unión Fraternal, por su parte, era una de las sociedades de mayor renombre en este empeño por desarrollar las dotes de los jóvenes. En enero de 1918 *La Voz de la Razón* convocó a un certamen sobre la historia de esta asociación, con el objetivo de estimular a la juventud interesada por la literatura. Reconocidas personalidades de la élite negra integraron el jurado.<sup>15</sup> La resonancia de esta sociedad en diversas áreas de la cultura trascendió las fronteras del universo negro. En 1920 el *Diario de la Marina* dio a conocer que a Unión Fraternal le serían otorgados el Primer Premio y una Mención Honorífica en la Convención Filantrópica Nacional, auspiciada por la International Sunshine Society de Estados Unidos. El presidente de aquella, Alberto

<sup>13</sup> Cfr. ANC, Fondo Adquisiciones, caja 9, n.º 250; «No se admiten niñas de color», *La Voz de la Razón*, n.º 261, La Habana, 18 de octubre de 1916, p. 1; y «Del Cerro», *La Voz de la Razón*, n.º 354, La Habana, 20 de enero de 1918, p. 2.

<sup>14</sup> Cfr. ANC, Fondo Adquisiciones, caja 75, n.º 4317.

<sup>15</sup> Este estuvo constituido por Miguel Á. Céspedes, Juan Gualberto Gómez, Luis Padilla, Domingo Mesa y Juan T. Risquet (cfr. «Concurso literario», en «Crónica social», *La Voz de la Razón*, n.º 353, La Habana, 15 de enero de 1918, p. 2).

Scull, vio el triunfo como una expresión del nacionalismo cubano. En 1928 Pastor Albear, entonces directivo de Unión Fraternal, alabó durante la graduación de sus alumnos los esfuerzos de los que egresaban de las academias nocturnas, por la senda del pueblo negro, en busca de oportunidades. Alertó sobre las dificultades de aquel camino, y recordó que debía primar la perseverancia ante los obstáculos interpuestos al progreso de su raza.<sup>16</sup>

Otro lugar importante en el discurso de la élite negra para contrarrestar la imagen tradicionalmente difundida del negro bruto, brujo o criminal, fue la divulgación de su memoria histórica a partir del reconocimiento de distinguidas personalidades negras que habían marcado hitos en la historia de Cuba. En 1923 se anunciaba en los salones de Unión Fraternal el ciclo «Conferencias de vulgarización social». La primera sesión estuvo a cargo de Arturo Dorticós, quien se refirió a la figura de Rafael Serra Montalvo, y en el mes de septiembre, Juan Canales ofreció una disertación sobre el literato puertorriqueño Tomás Carrión Maduro.<sup>17</sup> De esta manera, las revistas y sociedades trabajaban por potenciar aquellos referentes de orgullo para la raza de color con el objetivo de elevar su autoestima ciudadana.

Asimismo, se realizaron homenajes a destacadas figuras del estamento negro. En 1922 algunas asociaciones decidieron reunirse para rendir tributo a Martín Morúa Delgado, acto que contó con la presencia de Elvira Granados de Morúa, Sorea Morúa y otros familiares del prócer. Hacia 1927, Atenas distinguió a Francisca Moncada, hija del general Guillermon Moncada, quien fue recibida en el club por su vicepresidente Miguel Ángel Céspedes y Casado.<sup>18</sup> El acto formó parte del programa de atención a los caídos, promulgado por la sociedad y dedicado a honrar la memoria de los próceres, con lo que se contribuía a la dignificación de los elementos negros. Otra actividad de gran impacto local se llevó a cabo en 1929, cuando en el barrio de Pogolotti se celebró una procesión en honor a Santa Bárbara

<sup>16</sup> Cfr. Pastor Albear: «Mensaje optimista», *Progreso*, n.º 2, La Habana, 1.º de noviembre de 1928, pp. 1 y 5.

<sup>17</sup> Cfr. «Conferencias de vulgarización social», en «Crónica social», *La Voz de la Razón*, n.º 684, La Habana, julio de 1923, p. 3; y «Sociales», *La Voz de la Razón*, n.º 692, La Habana, septiembre de 1923, p. 2.

<sup>18</sup> Cfr. «La velada a Morúa», en «Crónica social», *La Voz de la Razón*, n.º 639, La Habana, 6 de mayo de 1922, p. 3; y *Unión Nacionalista*, n.º 14, La Habana, 27 de mayo de 1927, p. 9.

para cumplir la promesa de la anciana Florentina Aldama y Aldama, capitana durante la Guerra de Independencia que había rogado por la vida del lugarteniente Antonio Maceo durante la invasión.<sup>19</sup>

Por su parte, el «Directorio profesional», sección frecuente en los diarios de la época, desarrolló una ardua campaña de promoción de aquellos profesionales negros que se cotizaban y ofrecían sus servicios en el mercado laboral. La prensa de 1913 dio espacio a anuncios de comadronas como Martina Morejón y Mercedes Flor de Doras, así como de los doctores Pantaleón Valdés, Juan T. Latapier y el propio Miguel Ángel Céspedes. También se promocionaron empresas prestigiosas y toda clase de negocios. Hacia 1919 *La Antorcha*, en su espacio de «Propaganda», anunciaba los trabajos de Las Mercedes, taller de hojalatería y fábrica de envases de José Navarrete, y de El Oriente, propiedad de Domingo Caballero, dedicado a la confección y restauración de joyas, grabados y trabajos de platería.<sup>20</sup> La difusión de la vida profesional, cultural y social de la raza de color puso de manifiesto, una vez más, su civilidad en cuanto al cumplimiento de las normas y los comportamientos establecidos.

La propaganda sobre el ambiente de prosperidad y éxito en el que se desenvolvía la población negra, manifiesto además en la elevada capacidad para convocar a toda clase de eventos festivos y homenajes –de lo que dan testimonios las figuras 4 y 5–, validó el capital social del grupo. En 1913, los clubes Benéfico de Cocheros, Unión Fraternal, Maine Club, Unión del Vedado y La Mariposa se agruparon en recordación de la caída en combate del general Antonio Maceo y su ayudante Francisco Gómez Toro.

Hacia 1916 la «Crónica», de *Labor Nueva*, reseñó el primer baile de disfraces de la temporada celebrado en Unión Fraternal y convidó a los lectores a asistir a los bailables organizados por los clubes Caridad y Benéfico, animados por la orquesta francesa del popular Antonio María Romero. Para 1919 Andrés Pórtela, en su crónica de la sección «Sociales» (*La Antorcha*), se refirió a las fiestas de la sociedad guanabacoense El Progreso, con las que los Jóvenes de Le Printemps habían celebrado su fundación. En 1922 el Centro Maceo, Casino

<sup>19</sup> Cfr. *Progreso*, n.º 6, La Habana, diciembre de 1929, p. 27.

<sup>20</sup> Cfr. *Juvenil*, n.º 18, La Habana, 31 de enero de 1913, pp. 1-3; *Aurora*, n.º 5, La Habana, 1.º de julio de 1914, pp. 17-18; *Juvenil*, n.º 4, La Habana, 20 de febrero de 1919, pp. 3-4; y *La Antorcha*, n.º 51, La Habana, 2 de marzo de 1919, p. 2.

Musical y Unión Fraternal también patrocinaron en sus salones un prestigioso baile.<sup>21</sup>



**Figura 4.** Miembros y simpatizantes de la sociedad negra Odd Fellows durante sus actividades festivas en La Tropical (grabado superior), y dignatarios de las logias Luz de Cuba, Redención, y Perseverancia (grabado inferior).

**Fuente:** «Crónica», *Labor Nueva*, n.º 24, La Habana, 6 de agosto de 1916.



**Figura 5.** Concurrentes al baile celebrado por simpatizantes de *Minerva* en San Antonio de los Baños.

**Fuente:** «Crónica», *Minerva*, n.º X, La Habana, agosto de 1913.

<sup>21</sup> Cfr. ANC, Fondo Adquisiciones, caja 53, n.º 4077; «Renacimiento», *Labor Nueva*, n.º 21, La Habana, 16 de junio de 1916, p. 3; «Sociales», *La Antorcha*, n.º 57, La Habana, 20 de abril de 1919, p. 3; y «Crónica social», *La Voz de la Razón*, n.º 622, La Habana, 7 de enero de 1922, p. 2.

Asimismo, en esta activa labor de propaganda, desarrollada tanto a través de la prensa como en el trabajo interno de las asociaciones –e incluso en la consolidación de las alianzas entre las figuras de la élite mediante el matrimonio–, las féminas desempeñaron un papel significativo. No pocas veces se escucharon sus voces en diferentes momentos del debate racial.



## Voces femeninas por la igualdad racial

La actividad de la mujer negra en las sociedades, mediante la creación de los comités de damas, y en diversas empresas periodísticas, le confirió una importante visibilidad al género. Su valía en la vida pública como exponente de los valores del grupo racial fue incuestionable. Las revistas y diarios destinaron con frecuencia, aunque no siempre exitosamente, un espacio para la divulgación de una imagen alternativa y más auténtica de la mujer de color, instruida y culta, alejada de las campañas racistas que la tildaban de asesina, amancebada –en el mejor de los casos– o lujuriosa. La importancia de que apareciese en la prensa esta semblanza de la mujer negra preparada para la vida ciudadana se conectaba con los logros que había alcanzado en diversos órdenes de superación.

En 1916 Cruz Angulo Verdesí, cronista asidua de la revista *Juvenil*, era felicitada en *La Prensa* por la obtención del título de doctora en Medicina y Cirugía por la Universidad de La Habana. Tres años más tarde se celebraron los éxitos de Arabella Morúa Granado, hija de Martín Morúa, por sus excelentes resultados en los exámenes de ingreso a la Escuela Normal de La Habana, que la colocaron entre las 90 elegidas de un total de 200 aspirantes. También se reseñó la notoria defensa por el título de Comadrona Facultativa, en la Universidad de La Habana, de Benigna Roldán de Nenínger, ante un tribunal compuesto por los doctores Eusebio Hernández, Alberto Sánchez Bustamante y Clemente Inclán. En 1921, *La Voz de la Razón* dedicó su «Crónica social» a la valiosa labor de Consuelo Serra, hija del fallecido Rafael Serra, nombrada por entonces profesora de inglés de la Escuela Normal de Maestros.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Cfr. «Triunfos de la mujer», en «Palpitaciones de la raza de color», *La Prensa*, n.º 188, La Habana, 6 de julio de 1916, p. 4; «Dos triunfadoras», *La Antorcha*,

Sin embargo, los periodistas negros no siempre se ocuparon de informar sobre la situación desventajosa en que se hallaban las mujeres negras y mestizas, sino que, en ocasiones, se limitaban a reproducir los tradicionales criterios sobre el papel de estas en la vida pública y privada, propios de la mentalidad conservadora de la época. La columna de Vasconcelos se mofaba de los comités de damas por su anacronía: «Las pobres, en número de quince [...] se sientan en semicírculos [...] como estatuas [...]. Y allí pasan largas mortales horas sin decir palabra, recibiendo [...] tonterías o verdades».<sup>2</sup> Semejantes criterios disminuían la significación de los comités como parte de las asociaciones y su incuestionable alcance. El caso del poeta Juan Felipe Hernández evidenció, por el contrario, el activismo social de las mujeres negras en pro del enaltecimiento de la raza de color. Fue un grupo de féminas el que, en 1922, tuvo a su cargo la recuperación de Hernández, a cuyos fines crearon el Comité Pro-Fombona. El poeta, recluso en el Sanatorio de Córdova, recibió la asistencia necesaria por parte del comité para la manutención de sus hijos y el cuidado de su salud.<sup>3</sup>

Por otra parte, la tendencia de muchas mujeres negras al blanqueamiento solía ser también objeto de críticas. Nuevamente, Vasconcelos apuntaba al respecto, en 1915, que las féminas limitaban el proceso de «regeneración» de su raza, pues las mestizas tendían al amancebamiento, concubinato y la prostitución. Así pues, las llamaba a cultivar su espíritu para que pudiesen ser tratadas como personas en lugar de como esclavas. Estos comentarios fueron ripostados en una carta dirigida a su columna y firmada con el seudónimo de *Indiana*. En la misiva se criticaba la falta de galantería del cronista y lo injusto de sus afirmaciones. *Indiana* recordaba que tales conductas de las mestizas se debían al ambiente de relajación moral en que vivían y que solo con una adecuada educación ciudadana podrían contrarrestarse, ya que el progreso intelectual, que no habían estimulado en su sexo los hombres de su raza, era la única solución. En la polémica también participó Jerónimo A. Guerra, cronista blanco, quien aseguraba que en provincias como Oriente y Camagüey la mujer de

---

n.º 62, La Habana, 25 de mayo de 1919, p. 2; y «Consuelo Serra», en «Crónica social», *La Voz de la Razón*, n.º 603, La Habana, 5 de septiembre de 1921, p. 2.

<sup>2</sup> Ramón Vasconcelos: «Comités de damas», en «Palpitaciones de la raza de color», *La Prensa*, n.º 229, La Habana, 17 de agosto de 1915, p. 4.

<sup>3</sup> Cfr. «El poeta enajenado», *La Voz de la Razón*, n.º 647, La Habana, 1.º de julio de 1922, p. 1.

color era superior, moral e intelectualmente, al hombre negro. Jamier González cuestionaba, por su parte, la parcialidad de Vasconcelos, pues encubría la falta de apoyo de algunos hombres a la situación de las féminas, a quienes había conducido a aquella vida sin escrúpulos como único recurso para sobrevivir.<sup>4</sup>

El debate sobre la actitud de la mujer de color contó con diversas interpretaciones. Los valores tradicionales respecto al «deber ser» de una familia negra modelo llevaron a enjuiciar los comportamientos de hombres y mujeres de la raza negra y a delimitar las conductas tenidas por reprochables para su reconocimiento social. Las polémicas en torno a la prostitución, el amancebamiento y los roles dentro del hogar, entre otras, revelaron las distintas imágenes que se asumían sobre el llamado «sexo débil». Generalmente, como se ha dicho, las críticas no trascendían al análisis de las causas sociales de tales comportamientos y a la formulación de estrategias para incorporar estas temáticas a la agenda de la lucha contra la discriminación.

Detrás de tales confrontaciones se encontraba el socorrido problema de la educación, que si bien era un aspecto esencial en las estrategias de la élite, no se hallaba en consonancia con las situación social de la mujer negra. Al parecer, dentro de las sociedades tampoco se concibió una política definida para el accionar de las féminas, ya que muchas veces su función se circunscribía a las de los comités de Damas. Caridad Chacón de Guillén afirmaba, en 1915, que durante su mandato, en las actividades de la sociedad La Divina Caridad, solo había recibido decepciones. Si bien es cierto que el espacio concedido por las sociedades garantizó algunos resultados en determinadas gestiones, ello fue gracias a la creatividad y tenacidad de las mujeres negras para extender su círculo de influencias.<sup>5</sup>

Pero el accionar de las mujeres no se limitó solamente a las asociaciones. Negras y mestizas muy pronto conquistaron también sus propios espacios para contribuir al activismo de su grupo racial desde

<sup>4</sup> Cfr. Ramón Vasconcelos: «Tres puntos», en «Palpitaciones de la raza de color», *La Prensa*, n.º 228, La Habana, 16 de agosto de 1915, p. 4; «Sobre un punto», en «Palpitaciones de la raza de color», *La Prensa*, n.º 243, La Habana, 31 de agosto de 1915, p. 8; Jerónimo A. Guerra: «A cucharatear», en «Palpitaciones de la raza de color», *La Prensa*, n.º 244, La Habana, 1.º de septiembre de 1915, p. 8; y Jamier González: «Al autor de las palpitaciones», en «Palpitaciones de la raza de color», *La Prensa*, n.º 336, La Habana, 3 de diciembre de 1915, p. 6.

<sup>5</sup> Cfr. «Palpitaciones de la raza de color», *La Prensa*, n.º 273, La Habana, 30 de septiembre de 1915, p. 5.

los diarios. Si bien en la nómina de revistas como *Minerva*, hacia la década de 1880, habían figurado nombres como el de Úrsula Coímbra Valverde, durante las primeras décadas de la República en *El Nuevo Criollo* y *Previsión* no faltaron las colaboraciones de destacadas féminas, entre las que se encontraban Pastora Mena e Inocencia Silveira. Esta tradición tuvo continuidad en la labor de Cruz Angulo Verdesí, Consuelo Serra, Dolores Junco (figura 1), María Damasa Jova y muchas otras mujeres de color que dieron sobradas muestras de sus habilidades periodísticas.



Figura 1. Imagen facsimilar de un artículo de Dolores Junco aparecido en la prensa.

Fuente: *Juvenil*, s. n., La Habana, 1912.

Isolina González afirmaba que la prensa ofrecía a las féminas un atractivo campo para el desarrollo de sus aptitudes, toda vez que extendía las expectativas de estas hacia un porvenir más amplio, alejado de la

ignorancia y el enclaustramiento.<sup>6</sup> Ciertamente, las mujeres debieron asumir funciones cada vez más destacadas en la redacción de revistas y diarios. Hacia 1915, Tomasa Calvo dirigía la página «Asuntos morales», de *La Voz de la Razón*, mientras que la segunda temporada de la revista *Minerva* (1910-1915) contó con las distinguidas colaboraciones de Arabella Morúa y María Latapier Céspedes. Las colaboradoras debían cumplir con los requisitos exigidos por las editoriales para acceder a los puestos en las redacciones y asumir otras responsabilidades como la dirección de una columna de frecuencia sistemática. Así, también estos espacios pusieron de manifiesto las conexiones entre las mujeres de mayor prestigio intelectual y la élite negra. Tomasa Calvo escribió en julio de 1916 una carta personal a Juan Gualberto Gómez en la que lo trataba de «padrino» y por medio de la cual le hacía llegar su agradecimiento con motivo de las gestiones del líder para proveerle un empleo con el director de la lotería.<sup>7</sup>

Los artículos de las féminas que analizaban la situación de las mujeres negras y mestizas muchas veces se enfocaban en la socorrida idea del «adelanto» racial, por lo que con frecuencia la demanda de sus derechos en calidad de mujeres se diluía en la agenda de la lucha contra el racismo. No obstante, hubo momentos en que consiguieron abordar con fortuna ambas temáticas, aunque no siempre desasidas de los valores tradicionales. En 1911, Carmelina Sarracent, redactora de *Minerva*, consideraba que la aprobación de una ley que aceptase el divorcio perjudicaría a su género, que se vería reducido a penosas condiciones económicas tras semejante proceso, al no contar con los medios adecuados para su subsistencia. Las preocupaciones de Tomasa Calvo, vertidas en *La Voz de la Razón* en 1915, apuntaban al peligro de que la mujer descendiese paulatinamente de su trono de delicada feminidad para encarnar el paradigma varonil de la feminista. Cuatro años más tarde, Carmela Nieto de Herrera celebraba, en *La Antorcha*, que la mujer negra emprendiese una nueva ruta con miras a ganar por sí misma su sustento trabajando como oficinista, dependiente o maestra, con lo que, a su juicio, el tiempo se encargaría de establecer la igualdad de género en todos los actos de la vida pública. Llegaba incluso a proponer a las mujeres que probasen trabajar al menos dos años

<sup>6</sup> Cfr. Isolina González: «Aurora y el feminismo», *Aurora*, n.º 14, La Habana, 15 de abril de 1915, pp. 13-14.

<sup>7</sup> Cfr. ANC, Fondo Adquisiciones, caja 1, n.º 671.

antes de contraer matrimonio para garantizarse su sostenimiento.<sup>8</sup> El debate puso de manifiesto la diversidad de posiciones y criterios con respecto a la lucha social entre las escritoras negras y mestizas, pero no se logró encauzar tales visiones en un proyecto común, lo que fue reflejo del complejo proceso que las mujeres, sin importar su raza, afrontaban a fin de defender sus derechos en un entorno machista. Los planteamientos de la mujer negra, doblemente discriminada –por la raza y el género–, no fueron recogidos con atención por los movimientos feministas de aquellos años ni por los activistas de la raza de color. Pero, si bien negras y mestizas no lograron superar estos desafíos, sí tuvieron voz, como se ha visto, en el debate sobre el racismo y la divulgación de los avances de su grupo racial.

Otro recurso, en el que tomaron parte destacadas damas negras con vistas a aumentar el prestigio del grupo, se observó en sus alianzas de parentesco. Hacia 1917, apareció reseñada en la prensa la boda de Alejandrina Gómez Benítez, hija de Juan Gualberto Gómez, y el joven Plácido González Bernal, oficiada en la parroquia de Monserrate. Diez años más tarde, en 1927, se celebraron en el Club Atenas los natales de Cora Céspedes y Latapier, fruto de la unión entre Miguel Ángel Céspedes y la hija del primer presidente de Atenas, María Latapier. Hacia 1931, el director de *El Mundo*, nada menos, fungió como notario en el enlace de Hilda Asón Sotolongo y el cirujano dentista Max D’ou Arce. La joven era hija del exrepresentante a la Cámara Roberto Asón, y el novio, del destacado periodista y otrora coronel en las guerras de independencia Lino D’ou Ayllón, quien en esos momentos escribía la columna «La marcha de una raza» para el periódico *El Mundo*.<sup>9</sup>

Los lazos familiares entre las figuras de la élite negra, comentados en las diferentes secciones de sus revistas, revelaban sus canales más directos de influencia y apoyo y confirmaban que la legitimación de tales conexiones en el espacio privado atendía a alianzas duraderas en la vida pública.

<sup>8</sup> Cfr. Carmelina Sarracent: «El divorcio», *Minerva*, n.º IV, t. 3, La Habana, 30 de marzo de 1911, p. 2; Tomasa Calvo: «Asuntos morales», *La Voz de la Razón*, n.º 151, La Habana, 30 de julio de 1915, p. 1; y Carmela Nieto de Herrera: «Variando las ideas de la mujer», *La Antocha*, n.º 68, La Habana, 10 de agosto de 1919, p. 2.

<sup>9</sup> Cfr. «Apuntes sociales», *La Voz de la Razón*, n.º 285, La Habana, 10 de febrero de 1917, p. 3; *Unión Nacionalista*, n.º 38, La Habana, 20 de junio de 1927, p. 9; y «Sociales», *El Mundo*, n.º 10230, La Habana, 29 de agosto de 1931, p. 6.

Mas el ámbito familiar y las sociedades no fueron los únicos espacios empleados por la élite con vistas a fomentar su destaque social. También otros, como las canchas deportivas, sirvieron a su estrategia de validar la aptitud y la capacidad de la raza negra para el ejercicio de la ciudadanía en diversos órdenes. El deporte como carrera prometía a los jóvenes negros una nueva posibilidad de integración social.





## El deporte en las estrategias de movilización de la raza negra

La práctica deportiva formó parte del modelo social burgués que adoptaron negros y mestizos en pos de su inclusión ciudadana. El ejercicio físico de carácter higienista se amparaba en el credo del fortalecimiento del cuerpo para el desarrollo de una moral superior.<sup>1</sup> En las primeras décadas del período republicano se promulgó la regeneración de los sectores populares en el modelo del *sportman*, dado que la fuerza física se había convertido en un parámetro de selección y aptitud. Determinados grupos asumieron la actividad deportiva como una oportunidad de ascenso y realización social. Por ser el deporte un elemento recurrente en el constructo identitario de la nación, se hacía posible negociar desde esta esfera ciertas concesiones en torno al debate interracial. El tema encontró gran cobertura en las publicaciones, y propició la demanda del funcionamiento de la igualdad desde un nuevo frente. Negros y mestizos inundaron la prensa con las continuas noticias sobre sus victorias y su participación en eventos deportivos.

De forma gradual, las asociaciones negras integraron el ejercicio físico a su agenda en pro de los derechos ciudadanos, aunque ya en 1899 el Base Ball Club Gloria había acotado en su reglamento que el principal objetivo del club consistía en difundir el atractivo juego de pelota a la usanza de Estados Unidos «con el mayor orden y compostura».<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Una de las aristas apenas estudiadas dentro del tema racial es la expresión de las prácticas deportivas como discurso de ciudadanía. Por lo común, se ha desatendido cómo los negros y mestizos, en sus sociedades o de forma individual, emplearon estas actividades para demostrar sus capacidades cívicas. Con vistas a una mejor comprensión del tema, véase Félix Julio Alfonso López: «Higiene, sociedad y béisbol en La Habana de *fin-de-siècle*»; y Jorge H. Ruiz: *La política del sport. Élite y deporte en la construcción de la nación colombiana, 1903-1925*.

<sup>2</sup> ANC, Fondo Asociaciones, leg. 429, exp. 13483.

Una década más tarde, la práctica de deportes era común en las instituciones y, por consiguiente, también en las crónicas de los periodistas negros. Incluso algunos órganos se involucraron de manera directa en el patrocinio y la propaganda de determinados eventos. En 1913, Juan Herrera, redactor de la sección «*Sports*» en la revista *Minerva*, promocionaba un campeonato de béisbol convocado por esta publicación. Como resultado de la convocatoria, se constituyó la Liga de Baseball Minerva. Un mes después se celebraba el triunfo de la sociedad Le Printemps, vencedora del Championship. La entrega del premio se realizó el 7 de julio en casa del joven Idelfonso Morúa, y el resumen de lo acontecido estuvo a cargo de Oscar Guillermo Edreira.<sup>3</sup> Que una publicación del circuito se involucrara en eventos de este carácter revela la aceptación general de que gozaron los deportes. Las crónicas deportivas contaban con un espacio regular en las páginas de los diarios. Hacia 1931, *Atenas* homenajeó la excelente labor de uno de sus presidentes insignia, Cornelio Elizalde, al dedicarle la copa de baloncesto que se celebraba entre los equipos Azul y Rojo.<sup>4</sup> El nombre de aquella notable figura de la élite negra, en el ámbito público, dotó de gran distinción al encuentro.

En esta etapa se crearon centros que priorizaban la práctica de deportes, como la asociación Antillas Sport Club, que, por los resultados de su política deportiva, fue catalogada en el periódico *La Voz de la Razón* como una «sociedad modelo».<sup>5</sup> En julio de 1923 se anunció en este mismo diario la inauguración de un nuevo campo deportivo perteneciente al Antillas. Semanas después, Octavio Torres, en la columna «*Sociales*», apuntaba que la asociación, presidida por el joven Andrés Esquivel, era digna de alabanza, dado el éxito de su festival,

<sup>3</sup> En una comisión previa a la celebración del evento se habían determinado las reglas referentes a la constitución de los equipos, la inscripción y las solicitudes, cuyo costo era de tres pesos. Para el certamen se anotaron los clubes Le Printemps, Occidente Clubs y Escobar Stars (cfr. «*Sports*», *Minerva*, n.ºs 5-6, La Habana, marzo de 1913, pp. 16-17; y *Minerva*, n.º 8, La Habana, junio de 1913, pp. 16-17).

<sup>4</sup> Entre los gestores del campeonato se encontraban: Conrado P. Thorndike, presidente del Club Atenas; Ángel Suárez Rocabruna, presidente de su sección de Recreo y Deportes; y Félix Ayón Soler (hijo), capitán del equipo Rojo, entre otros (cfr. «*Recreo y deporte*», *Atenas*, n.ºs 16-17, La Habana, agosto-septiembre, 1931, pp. 23-26).

<sup>5</sup> Esta sociedad, fundada en 1922, se hallaba en Quiroga y Delicias, Jesús del Monte. El artículo 2 de su programa planteaba que el objetivo del Antillas consistía en promover reuniones con carácter recreativo y deportivo. Su primer presidente fue Pedro Padrón (cfr. ANC, Fondo Asociaciones, leg. 342, exp. 10180).

acontecido en el mes de septiembre. Al siguiente año, el club celebró un *field day* en homenaje al periodista Jorge Luis Castañeda, que consistió en una jornada competitiva entre los clubes Magnetic, Moralista, Cerro, Jóvenes Amigos y Antillas.<sup>6</sup> Para 1927, Antillas se enfrascó en la preparación de un campeonato de boxeo *amateur*, que fue cubierto por el órgano *Unión Nacionalista*.<sup>7</sup>

Tanto Antillas como el Magnetic se convirtieron en exitosos centros deportivos y devinieron los principales referentes en el trabajo de las asociaciones negras habaneras interesadas por sobresalir en las canchas de juego. En este sentido, las sociedades más jóvenes se encontraron en mejor posición, pues el ejercicio sano a temprana edad, y en pleno desarrollo físico, les otorgaba de por sí una natural ventaja, que les confería mejores resultados y mayor aceptación social. Ambos clubes concedían gran importancia a la preparación de sus atletas, tanto si se trataba de eventos internos en su propio circuito o de competiciones con rivales de otro sector social.

La prensa reflejó los logros obtenidos por estas jóvenes agrupaciones en certámenes que recibieron una significativa cobertura periodística, gracias a su popular atractivo. En agosto de 1924 la revista *Bohemia* destacaba que en el Festival de Atletismo de la Universidad de La Habana, las sociedades negras habían brillado ante unos mil espectadores. Se hacía mención especial de los corredores Montalvo, Alfonso y Baró, del Magnetic Sport Club, vencedores en las carreras con obstáculos. Tres años después, en el mismo estadio universitario, Antillas ganó en los 1600 m frente a los colegios de Belén y La Salle durante el Carnaval Atlético. Estos resultados elevaron el prestigio y la movilidad de las instituciones negras. Días después de los triunfos obtenidos, se reunieron, en los salones del Magnetic Sport Club,

<sup>6</sup> Cfr. «Fiesta *sportiva*», en «Sociales», *La Voz de la Razón*, n.º 685, La Habana, julio de 1923, p. 2; «Antillas Sport Club», en «Sociales», *La Voz de la Razón*, n.º 693, La Habana, septiembre de 1923, p. 2; y *La Voz de la Razón*, n.º 799, La Habana, 13 de septiembre de 1924, p. 2.

<sup>7</sup> Una comisión atlética patrocinó el evento intersocios *amateurs* realizado en la sociedad. Participaron los clubes Antillas, Unión Fraternal, Jóvenes del Vals, Magnetic y Las Águilas. Optaban por las copas René Morales y Magnetic (cfr. «Boxeo esta noche en el Club Antillas», *Unión Nacionalista*, n.º 18, La Habana, 31 de mayo de 1927, p. 8; «Esta noche en el Magnetic se peleará fuerte», *Unión Nacionalista*, n.º 23, La Habana, 5 de junio de 1927, p. 7; *Unión Nacionalista*, n.º 27, La Habana, 9 de junio de 1927, p. 7; y *Unión Nacionalista*, n.º 34, La Habana, 16 de junio de 1927, p. 7).

los delegados de Unión Fraternal, Antillas, Jóvenes del Vals y Juventud Moralista, quienes acordaron realizar un festival atlético en el estadio de la universidad (figura 1) con todos los clubes no inscritos en la Unión Atlética Amateur de Cuba, a fin de demostrar las cualidades de sus prospectos antes de los Juegos Centroamericanos.<sup>8</sup>



**Figura 1.** Facsímil de una página de la revista *Bohemia* que reseña los principales eventos del Festival Atlético Universitario.

**Fuente:** *Bohemia*, n.º 3, La Habana, 14 de agosto de 1927.

<sup>8</sup> De la Fuente destaca que, no obstante, la segregación prevaleció en la mayoría de los deportes y las logias aficionadas. Como los negros y mestizos no eran aceptados en la Unión Atlética Amateur de Cuba, debieron agruparse en la Liga Intersocial. Esta sociedad no ha sido ubicada en el Fondo Asociaciones del ANC (cfr. Alejandro de la Fuente: *Una nación para todos. Raza, desigualdad y política en Cuba. 1900-2000*, p. 235; *Carteles*, s. n., La Habana, agosto, 1924, p. 5; *Bohemia*, n.º 29, La Habana, mayo, 1927, p. 27; «Sociales», *Unión Nacionalista*, n.º 10, La Habana, 23 de mayo de 1927, p. 9; *Unión Nacionalista*, n.º 13, La Habana, 26 de mayo de 1927, p. 9; y «El Festival Atlético del Stadium», *Bohemia*, n.º 3, La Habana, 14 de agosto de 1927, p. 46).

La capacidad de estas asociaciones de rivalizar con otras sociedades y equipos deportivos y obtener resultados satisfactorios fue reconocida públicamente en noticias y titulares que ensalzaban sus esfuerzos en este campo. Pero el deporte no siempre era una vía expedita de gastos, dadas las condiciones que se requerían para realizar los entrenamientos, entre ellas, la adquisición de equipos altamente costosos. Algunos deportes, como el boxeo y el atletismo, no precisaban de inversiones demasiado cuantiosas, por lo que no resulta extraño que las actividades deportivas de los clubes se inclinaran hacia esta clase de competencias.

También fueron reseñados en las publicaciones negras los eventos deportivos en que tomaban parte otras naciones de la región, pues la identidad racial unía a los atletas más allá de toda frontera. En junio de 1927, el órgano *Unión Nacionalista* cubrió el banquete homenaje con que el Club Atenas agasajó al equipo uruguayo de color que ostentaba el título de campeón olímpico de balompié. El cronista del evento apuntaba: «Las demás instituciones sociales y deportivas de color de esta ciudad también ofrecen homenajes al equipo uruguayo en el que figura el maravilloso atleta Leandro Andrade».<sup>9</sup> Que un equipo extranjero de semejante nivel fuera honrado por la institución negra más prestigiosa de la Isla mostraba el vínculo de la élite con aquellos movimientos regionales afines a su lucha, y constituía, a la vez, una nueva oportunidad para su afianzamiento social.

Pero tales avances se producían bajo la intensa presión del racismo deportivo, soslayado muchas veces por los órganos de la gran prensa. En 1913 el cronista Rafael R. Sandrino, en *Bohemia*, comentaba que «casualmente» en la novena del Club Habana todos los jugadores eran blancos, y añadía en tono ironizante: «En Cuba no existe el problema de razas [...], si bien hay separación social [...] no hay lugar en que se vea confraternidad de razas que no sean los terrenos de Baseball».<sup>10</sup> Sandrino se equivocaba, no obstante, pues la confraternidad interracial no era frecuente ni siquiera en el terreno deportivo, ya que muchos

<sup>9</sup> «Apuntes sociales», *Unión Nacionalista*, n.º 36, La Habana, 18 de junio de 1927, p. 9. Al acto, celebrado en Atenas, asistió una representación diplomática del país sudamericano. Los presidentes de Antillas Sport Club, Unión Fraternal, Centro Maceo y Magnetic Sport Club también fueron invitados, en representación de las más distinguidas sociedades deportivas de la ciudad. El homenaje estuvo presidido por Miguel Ángel Céspedes, quien destacó la significación de las relaciones históricas entre ambas naciones.

<sup>10</sup> Rafael R. Sandrino: «Deportes», *Bohemia*, n.º 40, La Habana, 5 de octubre de 1913, s. p.

atletas negros resultaban discriminados cuando intentaban jugar fuera de sus predios, y, con frecuencia, se veían excluidos de los reglamentos de instituciones de carácter nacional como Unión Atlética.

Tampoco fueron pocas las prohibiciones que debieron enfrentar los negros y mestizos en cuanto al uso de los estadios e instalaciones comunes. En 1928, Atilio Lombillo, de la sociedad Magnetic, escribió al gobernador preguntando si sus atletas podían hacer *training* en el patio del inmueble, ya que un oficial los había obligado a cerrar las persianas del lugar durante el entrenamiento. El secretario le recomendó que buscara una solución en las instalaciones de la sociedad, acorde con las normas de la moralidad y el buen juicio que hasta el momento había distinguido todos sus actos.<sup>11</sup> La práctica deportiva, expresión de los valores ciudadanos, estaba sujeta a aquellas leyes de buen comportamiento y respeto, imperantes en los espacios públicos, que negros y mestizos se esforzaban por cumplir. Así, cuando el racismo se manifestaba, la demanda de la igualdad ciudadana era una poderosa arma reivindicativa.

Los periodistas negros denunciaron en sus diarios la injusticia cometida contra sus deportistas cuando intentaban acceder a otras áreas para realizar las habituales prácticas y se les negaba el uso de las instalaciones. En 1929 se criticaron en la plana dominical de Urrutia los prejuicios raciales del Club Atlético de Base-Ball de la Policía, que impedía a los peloteros negros practicar en sus terrenos. Atenas instauró una demanda judicial al respecto, a través del secretario de Gobernación Manuel de Juan Delgado. En su respuesta, la comisión investigativa designada al efecto declaró que el club de la policía no prohibía jugar a los negros, según su reglamento de 1922, y el caso finalmente pasó a la gobernación de la provincia, que determinó cambiarle el nombre, para evitar que se lo confundiese con una institución oficial.<sup>12</sup>

El evento refleja que, fuera del espacio de participación destinado a los negros y mestizos, el racismo continuaba practicándose con impunidad institucional. Los centros deportivos se vieron obligados a cumplir este código de asociación según el color de la piel, pues no existía una política

<sup>11</sup> Cfr. ANC, Fondo Asociaciones, leg. 381, exp. 11518.

<sup>12</sup> La comisión estuvo integrada por Lino D'ou Ayllón, Ramón María Valdés y Nicolás Guillén, quienes rindieron cuentas de lo acontecido. En el incidente murió Arturo Fernández Espinoza, ultimado por el teniente Marcelino Salví cuando intentaba practicar en la cancha (cfr. «Ideales de una raza», *Diario de la Marina*, n.º 201, La Habana, 21 de julio de 1929, p. 8).

que favoreciera las prácticas deportivas de los negros fuera de sus propias sociedades. Y aunque muchas veces los grandes patrocinadores de ligas y eventos se interesaron por el potencial de algunos deportistas de color, nunca lo hicieron por fomentar un espacio interracial que les permitiese superarse en esta esfera. Estas limitaciones fueron criticadas en los órganos de prensa como muestras de la segregación deportiva.

Las restricciones de la igualdad creada, pregonada por los medios conservadores, pusieron en peligro más de una vez, durante eventos deportivos internacionales, la imagen progresista de la nación. Cuando las fronteras de la democracia racial se cruzaban con los intereses privados de las sociedades blancas, volvía a detonarse el conflicto en torno al artículo 11 de la Constitución sobre la igualdad jurídica, y ello obligaba a los diarios a replantear su discurso a favor de los excluidos. Así, en los Juegos Centroamericanos de 1930, la elitista sociedad Habana Yacht Club negó la entrada a sus instalaciones a las personas de color, que no pudieron presenciar las competencias de natación. El asunto trascendió por estar involucrados en el grupo los atletas negros de la República de Panamá. La justificación que se dio fue que tales individuos habían querido entrar a la casa principal y la playa del Yacht Club en lugar de a la piscina donde se celebraba el certamen.

Importantes revistas y diarios condenaron el suceso; los periodistas negros, por supuesto, fueron los primeros en reaccionar. Gustavo Urrutia, desde su columna, calificó el hecho de bochornoso para Cuba y advirtió lo inadmisibles de que «una nación surgida al calor de las luchas en las que no se tuvo en cuenta el color de la piel [...] abrigue en su seno mentalidades cuya deficiente organización le impida concebir una patria libre».<sup>13</sup> Juan Gualberto Gómez, citado en la misma columna, valoró lo sucedido como una «conducta anti-patriótica» y sentenció: «La asociación Habana Yacht Club debe desaparecer, como deben desaparecer instituciones donde aún tienen el prejuicio de la raza [...]. Lo hecho coloca a Cuba en un bajo nivel de la civilización y rompe con las normas de la confraternidad y cortesía».<sup>14</sup> El Club Atenas se reunió en sesión extraordinaria con las sociedades habaneras de Regla, Guanabacoa y Marianao para definir la actitud

<sup>13</sup> Gustavo Urrutia: «Un bochorno para Cuba», en «Ideales de una raza», *Diario de la Marina*, n.º 88, La Habana, 30 de marzo de 1930, p. 25.

<sup>14</sup> Ídem.

a tomar ante estos hechos. Su presidente, Cornelio Elizalde, solicitó que la junta directiva presentase una declaración dirigida al presidente de la República y al secretario de Gobernación. El Magnetic Sport Club, por su parte, decidió retirarse del certamen.

Publicaciones seriadas como *Bohemia* y *Carteles* se unieron a las protestas y criticaron la incivildad de esta clase de hechos discriminatorios en un país donde la igualdad estaba reconocida y garantizada constitucionalmente. El día 6 de abril se publicaron en la columna «Armonías», de Gustavo Urrutia, las disculpas del presidente del Yacht Club, dirigidas a la delegación atlética de Panamá y no a los cubanos negros que habían sido vejados. Pero cabe destacar la habilidad de la élite negra para utilizar su prensa y sus asociaciones a fin de exigir, ante la sociedad civil habanera, las disculpas formales de una poderosa institución de la hegemonía blanca como el Habana Yacht Club. Esto mostró la capacidad de convocatoria de los órganos de prensa en demanda del derecho ciudadano. Luego, se determinó que en el mes de julio Atenas promoviese la idea de adquirir una parcela de tierra en Guanabacoa, para crear en la playa de Guanabo un complejo náutico deportivo.<sup>15</sup> No obstante, en el mes de septiembre, la Policía Secreta se vio llamada a investigar si en los balnearios de mar se les negaba o dificultaba la entrada a las personas de color.

La publicidad deportiva, por otra parte, ofrecía un nuevo camino a los sectores populares negros para ganarse la vida. Quienes no estaban en condiciones de obtener regularmente el sustento necesario para mantenerse, vieron en el deporte la posibilidad de hacerse de una profesión, ascender socialmente y satisfacer determinadas expectativas. Las habilidades físicas de los deportistas negros, a pesar de su procedencia social, les prodigaron cierto reconocimiento. Pero siempre que intentaron dar pruebas de su valía en aquellos espacios que les habían sido tradicionalmente vedados, el racismo les indicó el lugar que les correspondía en la sociedad republicana.

<sup>15</sup> A la reunión convocada por Atenas a tal efecto, dirigida por Cornelio Elizalde y Juan Gualberto Gómez, asistieron además: Manuel de Juan Delgado, Alejandro Rodríguez Cremé, Abelardo Mola, Eladio González, Lino D'ou Ayllón, Primitivo Ramírez y Miguel Ángel Céspedes. Las sociedades convocadas fueron Unión Fraternal, Centro Maceo, Jóvenes del Vals, Progreso de Guanabacoa, Magnetic y Antillas (cfr. *Atenas*, n.º 4, La Habana, 2 de abril de 1930, pp. 5-11; «Club Náutico Atenas», *Atenas*, n.º 7, La Habana, 20 de julio de 1930, p. 5; y *Diario de la Marina*, n.º 255, La Habana, 14 de septiembre de 1930, p. 5).

Los diarios mencionaban la igualdad interracial para legitimar los avances de la joven república en la esfera deportiva. Se apropiaron de aquellos atletas pobres y negros que habían escapado de la marginalidad, a fin de mostrarlos ante la opinión pública como exponentes de las oportunidades sociales que ofrecía el sistema.

El caso de José de la Caridad Méndez sirvió a estas manipulaciones. En 1908, Méndez destacó como pítcher del Almendares frente al Club de Cincinnati, al que derrotó una carrera por cero; más tarde ganó las series de 1909 y 1910. Para la década de 1920, *Carteles* publicaba una imagen suya junto al rótulo «El Diamante Negro», seguido de un artículo en el que se reconocía su labor en la Serie Mundial celebrada entre los clubes de color de Norteamérica.<sup>16</sup>

Tal vez, el ídolo negro más representativo de aquellos años fue el boxeador Eligio Sardiñas (figura 2).<sup>17</sup> Conocido popularmente dentro del cuadrilátero con el sobrenombre de *Kid Chocolate*, muy pronto se ganó la atención de todos los sectores sociales. Las noticias deportivas aprovechaban la simpatía hacia el púgil para aparentar un ambiente de igualdad. Un artículo en *Bohemia* apuntó que *Chocolate* constituía un ejemplo para la niñez y la juventud cubanas, pues desde sus inicios, a pesar de haber recibido una educación limitada, supo sobreponerse y luchar contra su medio hostil para hacerse de gloria y fortuna.

Era cierto que el joven, negro y pobre, había sido vendedor de periódicos antes de consagrarse como boxeador. Sus victorias dieron a la prensa cubana un elemento de apoyo para sostener su discurso sobre los logros nacionales en la esfera del deporte, ya que el acelerado ascenso del púgil se vio como una consecuencia de la igualdad y las potencialidades de la democracia republicana.<sup>18</sup>

<sup>16</sup> Sobre la figura de José de la Caridad Méndez, véase Severo Nieto Fernández: *José Méndez, el Diamante Negro*; y *Carteles*, n.º 31, La Habana, 30 de noviembre de 1924, p. 15.

<sup>17</sup> Nacido en La Habana el 28 de octubre de 1910, Sardiñas comenzó a pelear a la edad de 12 años, cuando resultó ganador del campeonato de *La Noche*. Ingresó al semiprofesionalismo en 1927 y, tras derrotar a Johnny Cruz, campeón metropolitano de Nueva York, comenzó su carrera aquel mismo año como deportista profesional. Al cumplirse el primer aniversario de su debut, había batido todos los récords de taquilla con sesenta y seis mil entradas vendidas para su presentación en el Polo Ground de Nueva York. Ganó el campeonato Junior Light Weight en 1931 y el Feather Weight en 1932 (cfr. *Cuba en la mano. Enciclopedia popular ilustrada*, p. 1181).

<sup>18</sup> Cfr. «*Chocolate* campeón», *Bohemia*, n.º 21, La Habana, 26 de mayo de 1929, p. 14; «*Kid, el soldado Chocolate*», *Bohemia*, n.º 34, La Habana, 25 de agosto de 1929,



Figura 2. Facsímil de la sección «Recreo y deportes» de la revista *Atenas* donde se reseñan los éxitos de *Kid Chocolate*.

Fuente: *Atenas*, n.º 15, La Habana, julio de 1931.

En 1929, la carrera de *Kid Chocolate* se encontraba en la mira de todos los periódicos habaneros, pues recién había conquistado el título mundial. Muchas sociedades se disputaban el honor de agasajarlo. Ramón O'Neill, secretario de Unión Fraternal, invitó a Juan Gualberto Gómez mediante una misiva a que compartiese la mesa principal durante el homenaje que se planeaba ofrecer al deportista y su mánager en los salones de la asociación. Que se equiparara en aquella circunstancia al joven boxeador con el líder negro más importante de finales del siglo XIX y el primer cuarto del XX, muestra que ambas figuras se consideraban en igual medida expresión del éxito que podían alcanzar los ciudadanos negros. Juan Gualberto simbolizaba el activismo social

p. 12; «Otro récord para *Chocolate*», *Bohemia*, n.º 36, La Habana, 8 de septiembre de 1929, pp. 50-51; y *Carteles*, n.º 1, La Habana, 6 de enero de 1929, p. 1.

de los tiempos pasados, y *Chocolate*, las promesas del futuro. La intelectualidad y el deporte se igualaban simbólicamente dentro de los más preciados valores ciudadanos.<sup>19</sup>

No obstante su popularidad, el joven boxeador fue víctima de acciones discriminatorias. En octubre de 1929 se le impidió alojarse en dos de los principales hoteles de Santiago de Cuba, ciudad donde se encontraba a propósito de concedérsele la distinción de Hijo Ilustre. El pretexto para la negativa era que todas las habitaciones estaban ocupadas. Urrutia criticó el incidente y advirtió: «La vejación sufrida por él ha servido para provocar una reacción en la opinión pública».<sup>20</sup> El joven Nicolás Guillén, por su parte, ripostaba en aquel contexto a algunos comentarios del periodista Nemesio Lavié en el *Diario de Cuba*, quien consideraba a *Chocolate* un «blanco con inteligencia» pues, en su opinión, muchos negros se aferraban a demostrar su inferioridad.<sup>21</sup> También *El Camagüeyano* creía ver en el «negrito» un producto de la igualdad de oportunidades para los todos ciudadanos, puesto que había sacado provecho de su talento mientras que otros de su misma condición se dedicaban a la rumba y demás placeres denigrantes.

Los prejuicios contra los negros y los actos de exclusión continuaron siendo parte de los códigos sociales, y el deporte, como se ha visto, fue en más de una ocasión escenario de confrontaciones denigrantes y prejuiciosas. La propaganda racista se aferraba a su argumento de que negros y mestizos carecían de los necesarios valores cívicos y morales para integrarse a la vida pública. Esta divulgación formal de lo que se consideraba «violiar la igualdad creada» incidió en los espacios públicos y condicionó el proceso de socialización interracial. La división que imponía la «línea del color» liberó y legitimó el racismo antinegro, so pretexto de preservar las costumbres y la buena moral ciudadana, ya que si los negros y mestizos no eran capaces de aceptar su lugar social se debían repeler en defensa del orden establecido.



<sup>19</sup> Al acto también asistieron el alcalde y el gobernador de la ciudad (cfr. ANC, Fondo Adquisiciones, caja 54, n.º 4088).

<sup>20</sup> Gustavo Urrutia: «La primera derrota de *Chocolate*», en «Ideales de una raza», *Diario de la Marina*, n.º 278, La Habana, 6 de octubre de 1929, p. 5.

<sup>21</sup> Cfr. Nicolás Guillén: «Humildad, *Kid Chocolate* y el señor Lavié», en «Ideales de una raza», *Diario de la Marina*, n.º 257, La Habana, 15 de septiembre de 1929, p. 5.



## La violencia antinegra: un mecanismo de control social

Después de 1912, el racismo segregacionista, como se ha visto, cobró mayor intensidad, pues los altos niveles de represión, justificados por los órganos de prensa, sentaron un antecedente respecto al empleo de la violencia para preservar la igualdad racial. Sus presuntos «guardianes», generalmente blancos, operaron contra los «violadores» de la igualdad, casi siempre negros y mestizos. En consecuencia, se alteraba el orden público en aras de mantener el equilibrio republicano. Los diarios reflejaron dos actitudes medulares del debate interracial: la primera se amparaba en la norma de la igualdad creada, en el derecho ciudadano que asistía a negros y mestizos para transitar por las áreas tradicionalmente «blanqueadas» y condenar la violencia social como acto de barbarie; la segunda consideraba que quienes transgredieran los límites establecidos se comportaban de forma incivilizada y, por lo tanto, conminaba a actuar contra tales individuos, en términos de excluirlos o «disciplinarlos», como modo de legitimar las estructuras de poder contra aquellas manifestaciones «inapropiadas». En general, esta última concepción no solo se patentizó físicamente, sino también como una forma de comunicación ritual y simbólica en el entorno social de la víctima. González García la valora atinadamente al señalar:

La población blanca, independientemente de su nivel social, quedaría presa de una fobia generalizada hacia el negro, algo a lo que contribuyeron notablemente la prensa, la intelectualidad y buena parte de la sociedad civil [...] con la fijación de un discurso denigratorio del negro, que estimulaba el racismo blanco como una forma de preservar los valores y el espacio de la población blanca de la barbarie negra.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> René F. González García: «El ciudadano negro: aprendiendo a ser cubano», p. 73.

Quienes defendían las fronteras de la igualdad apelaron a la violencia para delimitar el lugar que les correspondía a los negros y mestizos. Los espacios públicos fueron custodiados en atención a las buenas costumbres y las etiquetas raciales tradicionales, por lo que usualmente parques y paseos devenían centros de constantes conflictos que generaban, a su vez, nuevas negociaciones sobre las reglas del pacto social.<sup>2</sup> Ello probaba que los espacios físicos no solo eran causa de batallas corporales, sino que también promovían la reflexión sobre la igualdad creada. Diarios y revistas difundían los procesos de negociación y hacían gala de grandes habilidades en la manipulación mediática.

Siempre que la línea del color era cruzada, la prensa se hacía vocera de las consecuentes contradicciones sociales. En noviembre de 1915 se produjo una riña en el parque Agramonte, de Camagüey, con relación a la cual la Secretaría de Gobernación señaló en su informe que se había originado a partir de una ofensa entre jóvenes negros y blancos. El diario *La Prensa* alegó, al calor de estos sucesos, que los sitios públicos estaban diseñados para todas las personas, sin distinción.<sup>3</sup>

Algunos órganos habaneros como *El Día* y *El Mundo* dieron una versión diferente del hecho y afirmaron que los negros habían concurrido al sitio en tono provocativo: «[Los negros] se disputaban el derecho en el Parque Agramonte [...] y existió cierta sospecha, porque desde horas tempranas habíanse visto llegar en grupo, en número mucho más crecido que de costumbre a personas de la raza negra [...], viendo en aquello un motivo de desorden».<sup>4</sup> Según su opinión, los negros habían comenzado la reyerta al provocar a ciudadanos blancos pacíficos, que paseaban por su lugar acostumbrado sin violar el espacio tradicional.

En Camagüey, las personas de color, visto el giro que tomaba el asunto, se presentaron en comisión ante el gobierno provincial para dejar constancia de su protesta y su interés por mitigar las asperezas y

<sup>2</sup> Cfr. Alejandro de la Fuente: *Una nación para todos. Raza, desigualdad y política en Cuba. 1900-2000*, pp. 121-125.

<sup>3</sup> Cfr. «Riña tumultuaria en el parque Agramonte», *La Prensa*, n.º 333, La Habana, 29 de noviembre de 1915, p. 5.

<sup>4</sup> *El Día*, n.º 1606, La Habana, 29 de noviembre de 1915, p. 1. Véase también «Blancos y negros riñeron a tiros», *El Mundo*, n.º 5339, La Habana, 29 de noviembre de 1915, pp. 1 y 16; y «En Camagüey», *Diario de la Marina*, n.º 333, La Habana, 29 de noviembre de 1915, p. 1.

conducir al sector hacia la paz moral. El alcalde de la localidad, durante una reunión con las sociedades más distinguidas, junto a representantes de la prensa, censuró la actitud de los involucrados en los sucesos del parque y solicitó un mayor empeño para erradicar las diferencias. Como muestra del buen ánimo de conciliación, equidad y justicia, se acordó conmemorar el aniversario de la muerte de Maceo en el Teatro Principal de la ciudad.<sup>5</sup>

Impelidas por estos hechos, las figuras negras de otras provincias, que defendían la igualdad creada, demandaron en los diarios el derecho ciudadano al tránsito sin restricciones por los espacios públicos. La columna de Vasconcelos arremetió contra el grupo de color de la localidad camagüeyana, al aducir que eran los negros quienes temían sentarse en los sitios frecuentados por blancos. Por su parte, Calderón, colaborador de la columna, manifestó que en Santa Clara no había tales conflictos, pues las dos sociedades negras existentes contaban con el apoyo de los centros blancos debido a la adecuada educación de ambas. En Camagüey, el periodista mestizo José Armando Pla, director de la revista *Albores*, polemizó con Jorge Luis Castañeda, quien apuntó que en La Habana nadie se atrevía a negarles el paso a los negros por los paseos y establecimientos públicos. Pla respondió que en Camagüey tampoco se había estipulado semejante prohibición, y que lo ocurrido era un acto condenado por las clases sociales del lugar.<sup>6</sup>

Lo cierto es que las polémicas por el acceso a los espacios públicos muestran que los negros y mestizos fueron excluidos regularmente de estos, con independencia de su posición y estatus social, dada la impronta de la discriminación racial y su sentido simbólico. En los resquicios de la igualdad, tales expresiones tenían cabida por su práctica naturalmente asentada en la sociedad. Durante estos años,

<sup>5</sup> Cfr. «Protesta de los elementos de color de Camagüey», en «Nuestro criterio», *La Prensa*, n.º 334, La Habana, 30 de noviembre de 1915, pp. 2 y 6; «La raza de color de Camagüey pidiendo garantías al gobierno», *El Mundo*, n.º 5341, La Habana, 1.º de diciembre de 1915, p. 1; *Diario de la Marina*, n.º 283, La Habana, 1.º de diciembre de 1915, p. 1; *La Lucha*, n.º 334, La Habana, 30 de noviembre de 1915, pp. 1-2; y «Por la tranquilidad de Camagüey», *La Lucha*, n.º 337, La Habana, 3 de diciembre de 1915, pp. 1 y 5.

<sup>6</sup> Cfr. «Palpitaciones de la raza de color», *La Prensa*, n.º 335, La Habana, 1.º de diciembre de 1915, p. 6; «Palpitaciones de la raza de color», *La Prensa*, n.º 354, La Habana, 20 de diciembre de 1915, p. 6; «Complacido», en «Palpitaciones de la raza de color», *La Prensa*, n.º 352, La Habana, 18 de diciembre de 1915, p. 6; y «Lugares comunes», «Palpitaciones de la raza de color», *La Prensa*, n.º 355, La Habana, 21 de diciembre de 1915, p. 6.

los códigos discriminatorios no cambiaron en su esencia, sino que fueron modificándose según el contexto, por lo que los conflictos interraciales detonaron las tensiones subyacentes que descubrían, a su vez, las brechas de la igualdad.

Meses después de lo acontecido en el parque Agramonte, una nueva disputa sacudió Cienfuegos, esta vez debido a la insistencia de un ciudadano jamaquino en transitar por las áreas para blancos del paseo. Ocurrió que el 19 de marzo de 1916 William Benjamin –así se llamaba– se abrió paso hasta el centro del parque Martí, vedado a los negros por costumbre del lugar. Algunos blancos le profirieron improperios, los ánimos se exaltaron y el conflicto se prolongó hasta varios días después, cuando un grupo de individuos de color volvió junto con Benjamin al lugar de los hechos y el joven blanco Félix Ballina, uno de los principales provocadores, conminó al jamaquino a que lo acompañara afuera. Se desató una reyerta en ese instante cuyo desenlace quedó pactado para el domingo siguiente. En aquella jornada dominical negros y blancos aparecieron con bastones y disímiles armas, por lo que el altercado transcurrió entre tiros y golpes. Se hizo inminente la mediación de las autoridades, que apresaron al «transgresor».<sup>7</sup>

Nuevamente los negros y mestizos solicitaron un supervisor policial para exigir sus derechos, y en la sociedad negra Unión Cienfueguera los elementos más representativos fueron congregados por Juan Domingo Roche, quien señaló que esta sociedad siempre se había caracterizado por su hermandad. Joaquín Soto acotó que las clases de color miraban al porvenir y propuso entrevistarse con la representación blanca en pos de buscarle una solución armónica al conflicto. La comisión a tales fines estuvo conformada por los señores Roche, como presidente, y los concejales Casimiro Suárez, Onofre González y Demetrio Estachali, quienes sostuvieron un encuentro con el alcalde, del que salieron satisfechos.<sup>8</sup>

La movilización organizativa que generaron estos incidentes dio otro ejemplo de cómo los elementos de color habían aprendido a emplear los mecanismos de participación ciudadana para ensanchar la aplicación de sus derechos en el contrato racial. Los conflictos

<sup>7</sup> Cfr. «Palpitaciones de la raza de color», *La Prensa*, n.º 88, La Habana, 28 de marzo de 1916, p. 6; y «Lucha de razas en Cienfuegos», *El Día*, n.º 1727, La Habana, 29 de marzo de 1916, p. 7.

<sup>8</sup> Cfr. «No existe el racismo en Cienfuegos», *Diario de la Marina*, n.º 75, La Habana, 30 de marzo de 1916, pp. 1 y 8; «Importante reunión de los elementos de color», *El Mundo*, n.º 5464, La Habana, 2 de abril de 1916, p. 7.

entre las tradiciones discriminatorias que constreñían el uso de los espacios públicos por el color de la piel y los derechos de ciudadanía que promulgaban la igualdad racial de las primeras décadas manifestaron las constantes incoherencias del diseño republicano en cuanto a los límites de las relaciones interraciales.

En el caso de determinados eventos, los diarios no solo se hicieron eco de las tensiones, sino que también exacerbaron la violencia racista. Hacia 1919 las manifestaciones de esta índole ganaron en intensidad y aparente justificación, cuando el artículo «El pueblo que no lincha nunca», aparecido en *El Día*, y la columna «Sensaciones del momento», a cargo de Antonio Iraiza en el diario *La Noche*, incitaron a los pobladores de Regla y Matanzas a un linchamiento colectivo para impartir justicia social frente a presuntos actos de salvajismo cometidos por los negros, en complicidad con las autoridades.<sup>9</sup> A finales de junio y principios de julio fueron asesinadas nueve personas negras, acusadas de secuestrar a niños blancos y de practicar brujería. La gran prensa valoró lo sucedido como un escarmiento necesario en aras de la civilidad nacional.<sup>10</sup>

El debate sobre la brujería se conjugó con el tema sanitario en la apelación de las autoridades al saneamiento social y al establecimiento de una ley contra los brujos. Esto requirió las consideraciones de expertos como Fernando Ortiz, opuestos a los linchamientos, quienes llevaron un proyecto de ley contra las supersticiones antisociales a la Cámara de Representantes. La propuesta de Ortiz provocó numerosos debates y disímiles intervenciones. El señor Soto Izquierdo presentó una moción para el establecimiento de una comisión especial que redactara una legislación contra la brujería; también el doctor Jiménez Lanier propuso el estudio del asunto desde una óptica científica. Al término del encuentro quedó constituida la comisión para elaborar la ley, integrada por los doctores Gonzalo Freyre, Soto Izquierdo, Fernando Ortiz, Pedro Puig y Horacio Díaz Pando.<sup>11</sup>

Aunque la polarización de la sociedad no alcanzó la connotación que tuvo en 1912, cada vez era más evidente el impacto del tema racial

<sup>9</sup> Cfr. Alejandro Leonardo Fernández Calderón: *Sobrevivir a la masacre del doce (1912-1920)*, p. 75.

<sup>10</sup> Para una mejor comprensión de lo acaecido en los días 29 de junio y 2 de julio, véase Aline Helg: *Lo que nos corresponde. La lucha de los negros y mulatos por la igualdad en Cuba. 1886-1912*, pp. 329-330.

<sup>11</sup> Cfr. *Heraldo de Cuba*, n.º 167, La Habana, 3 de julio de 1919, pp. 1 y 7.

en el imaginario de la nación. El papel desempeñado por las publicaciones, entre los principales actores sociales, evidenció la aceptación de la violencia; y la rápida circulación de las noticias dentro del mercado de la información mantuvo viva la euforia popular durante las semanas siguientes. Se generó una fuerte tensión local fundamentalmente en Matanzas y en Regla por la campaña publicitaria sobre los brujos y los secuestros de niños.<sup>12</sup> Estos últimos sucesos también se perpetuaron en la memoria espiritual de la nación para recordarle los peligros de los que debía defenderse. Un año después del sangriento acontecimiento de 1919 se exhibió la cinta cinematográfica *La brujería en acción*, estrenada en el Payret, bajo la dirección de Santos y Artigas y con la participación de Mariano Fernández y Consuelo Álvarez; también en el cine Ídolo se proyectó por aquellos días *Ahí vienen los negros*.<sup>13</sup>

Quienes defendían el código hegemónico del racismo estuvieron influidos por una exaltación del ánimo a través de imágenes y opiniones denostadoras sobre el grupo de color, lo que explica el comportamiento de la multitud. La aparición de textos que abogaban por el linchamiento en diarios prestigiosos como *El Día* y *La Noche* le confería legitimidad al hecho y otorgaba a los individuos la potestad para asumir, como había ocurrido en 1912, la justicia por cuenta propia. En respuesta a la tensión desatada tras los sucesos de 1919, los prohombres negros de la élite defendieron sus intereses de clase y grupo. Reevaluando la ideología del progreso, hicieron un llamamiento desde el Club Atenas en el que declaraban su incorfomidad:

con la aplicación de procedimientos repugnantes [...], del linchamiento y la mal llamada Ley de Fuga máxime en casos [...] no comprobados como el de Regla, en que perdió la vida un súbdito inglés [...]. Esta institución [...] desea apoyar al gobierno y la sociedad cubana en su misión de garantizar [...] la vida [...] de cuantos vivan bajo su amparo, mediante el escrupuloso cumplimiento de las leyes.<sup>14</sup> [Anexo 1.]

Desde el diario negro *La Antorcha*, y con el apoyo de las sociedades de color, se promovió, durante una asamblea en la que participaron

<sup>12</sup> Cfr. *Heraldo de Cuba*, n.º 168, La Habana, 4 de julio de 1919, pp. 1 y 4; *Heraldo de Cuba*, n.º 169, La Habana, 5 de julio de 1919, p. 4; y *Heraldo de Cuba*, 174, La Habana, 10 de julio de 1919, pp. 1-2.

<sup>13</sup> Cfr. *La Lucha*, n.º 7, La Habana, 7 de enero de 1920, p. 4.

<sup>14</sup> ANC, Fondo Adquisiciones, caja 75, n.º 4312.

los elementos representativos de la población negra, la creación de una comisión integrada por los presidentes de las sociedades Atenas, Maceo y Casino Musical, además de senadores, consejeros y representantes, para sostener un despacho con el presidente de la República. Al encuentro, efectuado entre los días 6 y 8 de julio, se sumaron asociaciones de toda la Isla, como Siglo XX, de Guantánamo; el Club Aponte, de Santiago de Cuba; Bella Unión, de Güines; La Gloria, de Santiago de las Vegas; La Luz, de San Antonio de los Baños, y su homónima, de Trinidad; El Fénix, también de Trinidad; el Progreso, de Placetas; el Gran Maceo, de Santa Clara; la Nueva Aurora, de Colón; y la Divina Caridad, La Unión y La Caridad, de Matanzas.<sup>15</sup> También se acordó redactar un manifiesto, publicado luego en *El País*, donde se denunciara la vejación sufrida por la raza de color a raíz de los acontecimientos de aquel año. En el documento se dejaba clara la oposición de los suscriptores tanto a la violencia racial como a la brujería y el secuestro de niños, contrarios a los valores de la civilización.<sup>16</sup>

La reacción de la élite negra demostró una vez más su habilidad en el empleo de los mecanismos de participación (prensa, asociaciones, locución ciudadana) para reclamar un lugar en el discurso del progreso. Si bien su interés sectorial medió en la toma de posiciones, no debe soslayarse la capacidad manifiesta para enfrentar el racismo antinegro

<sup>15</sup> Cfr. ANC, Fondo Adquisiciones, caja 53, n.º 4075; Domingo Mesa: «Carta abierta a *Billiken*», *La Antorcha*, n.º 63, La Habana, 6 de julio de 1919, p. 2; y *La Antorcha*, n.º 65, La Habana, 20 de julio de 1919, pp. 1 y 4.

<sup>16</sup> La investigadora Aline Helg da cuentas de cómo los políticos negros se refirieron a estos sucesos y condenaron en público el linchamiento. Se refiere a la labor del Club Atenas, que reevaluó el discurso ciudadano al culpar a la gran prensa de fomentar la violencia. Helg señala que *La Antorcha* intentó con trarrestar los llamamientos realizados en *El Día* y *La Noche* con una campaña que solidarizó a negros y mestizos a fin de superar los temores de 1912 y unirlos en un solo movimiento, idea que no fructificó. Pero según la autora, Juan Gualberto Gómez, junto a un reducido grupo, se había asimilado a las altas esferas políticas sin un compromiso constante para luchar a favor de las clases bajas, y criticaba la violencia antinegra a la vez que repudiaba manifestaciones identitarias consideradas «inferiores», como la brujería; lo mismo que el Club Atenas negaba su propia «negritud» al adoptar los valores burgueses y la cultura occidental (cfr. Aline Helg: *Ob. cit.*, pp. 335-338). Por su parte, el investigador Pedro A. Cubas Hernández considera que en el trasfondo del manifiesto de Atenas se advertía que la sociedad condenaba el linchamiento para salvaguardar su imagen (cfr. Pedro A. Cubas Hernández: «Club Atenas, 1919: entre la sorpresa y el espanto»).

a través de la prensa. Su cuestionamiento de la violencia se basó en la desmitificación del imaginario religioso del «negro brujo» desde una reinterpretación auténtica de la campaña periodística, que incluía analizar el comportamiento de los diarios en tanto instigaban a los elementos racistas para luego encubrirlos. Se emplazó a las autoridades con vistas a que mantuviesen el orden, ya que la subversión de los conceptos morales constituía un atentado mayor contra la civilización.<sup>17</sup>

Así quedaban reflejadas las distintas interpretaciones sobre la igualdad, ya fuera para justificar la necesaria represión contra el negro cubano o para reclamar su participación efectiva. Dados los distintos niveles de utilidad del precepto, sus apropiaciones podían variar incluso en un mismo acontecimiento, pues en ambos bandos los actores involucrados apelaban a sus derechos ciudadanos para restablecer el equilibrio violentado y salvaguardar el contrato social. Esta flexibilidad de apropiación, tanto del racismo como de la igualdad, se vio marcada por la complejidad de las tradiciones regionales de antaño dentro del diseño racial; en ocasiones, era evidente que el pacto interracial había legitimado el código de la subordinación. Así ocurrió en Santa Clara, en enero de 1925, cuando algunas personas blancas se opusieron a que las de color transitasen por el centro del parque Vidal. El diario local *La Publicidad* justificó esta conducta con las siguientes palabras: «Como se viene haciendo por tradición hace más de medio siglo. Tal es la costumbre, la tradición que con beneplácito de unos y otros se ha ido siguiendo».<sup>18</sup>

Tres días después, en reunión con el gobernador provincial Méndez Peñate, ambos sectores acordaron, con vistas a evitar nuevas contradicciones, el mantenimiento de la «tradición» del lugar, para lo cual se firmó un documento que hacía efectiva la conciliación. En este acuerdo mediaron los señores E. F. Rodríguez y Enrique del Coral, del Liceo; Idelfonso Núñez y Francisco Pardo, de La Colonia Española; Joaquín Rodríguez y Marcelino Chopin, de Unión Villaclareña, además de otros representantes de la prensa. Suscribieron el pacto

<sup>17</sup> Téngase en cuenta que *La Antorcha* había catalogado el fenómeno de la brujería como una «práctica social» más (cfr. *La Antorcha*, n.º 65, La Habana, 20 de julio de 1919, p. 1; «La prensa grande convierte un rapto en brujería», *La Antorcha*, n.º 66, La Habana, 27 de julio de 1919, p. 1; y «En Santiago un muñeco de trapo lo convierten en brujería», *La Antorcha*, n.º 69, La Habana, 17 de agosto de 1919, p. 1).

<sup>18</sup> «Escándalo formidable», *La Publicidad*, n.º 9991, Santa Clara, 19 de enero de 1925, p. 1.

Ambrosio Campos Vicentes, por la Colonia Española, presidente de la comisión; Francisco Rodríguez, por Gran Maceo; Luis M. Rodríguez y Salvador Castillo, por Bella Unión; Ricardo Pérez, por el Unión Club, del cual era presidente; Isaac E. Pérez, por Unión Villalareña, también su presidente; Jesús López, como secretario de la comisión formada por Gran Maceo y Bella Unión; y Roberto Méndez Peñate, gobernador provincial.<sup>19</sup> No obstante el acuerdo, continuó la eferescencia de los ánimos y, semanas después, fue necesario enviar un supervisor militar a la provincia pues, debido a la exaltación general, las fuerzas del orden no habían abandonado aún el parque, lo que evidenciaba el fracaso de la negociación.<sup>20</sup>

Algunas figuras públicas, como ya era usual, opinaron que el hecho se había originado por la insistencia de los negros en acceder a las áreas para blancos. El doctor Enrique José Varona dio a conocer meses después de lo ocurrido su propuesta conciliatoria: «Reunir a los elementos de color en asamblea para estudiar la línea de conducta que les conviene seguir, a fin de asegurarse la parte del bienestar [...] que [...] les corresponde. Ustedes [los negros y mestizos] pueden acabar con nuestra independencia si llegara la ruptura entre los dos elementos».<sup>21</sup> Planteamientos como el anterior dan cuentas de que las alianzas creadas en torno al comportamiento «civilizado» en los espacios públicos debían ser convenientemente toleradas en pos de proteger los logros republicanos. Negros y mestizos, beneficiados también con tales conquistas, se hallaban obligados, por ende, a aceptar como buenos ciudadanos las costumbres tradicionales para no perturbar la tranquilidad social.

A pesar de los criterios que legitimaban las conductas discriminatorias como «naturales» las autoridades del lugar no pudieron minimizar lo ocurrido. Los estudiantes universitarios de La Habana pertenecientes al Club Atenas censuraron el mencionado pacto, lo que demostró que la tregua no había solucionado el conflicto

<sup>19</sup> Cfr. *Diario de la Marina*, n.º 18, La Habana, 19 de enero de 1925, p. 1; «Violento tiroteo por causas raciales hubo anoche en Santa Clara», *Heraldo de Cuba*, n.º 20, La Habana, 20 de enero de 1925, p. 11; «La reunión de ayer», *La Publicidad*, n.º 994, Santa Clara, 22 de enero de 1925, p. 1; y «El tema del día», *La Publicidad*, n.º 995, Santa Clara, 23 de enero de 1925, p. 1.

<sup>20</sup> Cfr. «Se teme un nuevo choque racista en Santa Clara», *La Discusión*, n.º 37, La Habana, 7 de febrero de 1925, p. 1.

<sup>21</sup> APSC, «Carta de Enrique José Varona a Eladio González Carrión», 17 de octubre de 1925», Fondo Colección Manuel García Garófalo, exp. 60, leg. 2.

(anexo 2).<sup>22</sup> En la Cámara de Representantes pronunciaron discursos de tal tenor los legisladores negros Carlos M. de la Cruz y Américo Portuondo, en tanto el representante López Garrido dejaba claro que el pacto era un ardid cobarde, ya que el negro no podía considerarse indigno de reivindicar sus derechos.

También el líder Juan Gualberto Gómez dio sus consideraciones al respecto en una carta sin destinatario donde apuntaba que lo ocurrido le parecía motivo de preocupación, pues se habían colocado valores respetables y sagrados junto a inquietudes condenables y antipatrióticas. Analizaba el sacrificio hecho para alcanzar el pacto, aunque reconocía que los de su grupo racial, en Santa Clara, habían promulgado sus derechos sin ser considerados más que como inferiores a los blancos.<sup>23</sup> Por su parte, el líder estudiantil Julio Antonio Mella catalogó lo sucedido de bochornoso, y señaló:

Los blancos cazaron a los negros en un parque de una ciudad provinciana [...]. La solución del conflicto no es justa ni decorosa [...]. Los negros en Cuba deben tomarse el derecho que tienen de pasear por todas las calles [...]. Si tuviéramos la fuerza de los grandes diarios ya habríamos incitado [...] al pueblo de color a que se tomara la justicia por sus manos [...]. La justicia se conquista o se merece la esclavitud.<sup>24</sup>

Lo acontecido incidió también en las relaciones de los liberales con sus clientelas. El político negro Generoso Campos Marquetti cuestionó el llamado a la paz que hiciera el jefe del Partido Liberal Clemente Vázquez Bello, presidente de la Cámara de Representantes y senador por Las Villas. Marquetti recordó que en las filas del Partido Liberal se hallaban hombres de todas las razas, aunados bajo un programa

<sup>22</sup> El comité estudiantil de la Universidad Nacional que se opuso a las negociaciones lo constituyeron Fernando Arteaga Meneses, Raúl Amaral Agramonte, Digna Fernández, María Luisa Vélez, Juan Heredia, Rogelio Tomás Borg y Bartolomé A. Echemendía (cfr. «Aún no se dan por terminados los sucesos de Santa Clara», *La Discusión*, n.º 22, La Habana, 23 de enero de 1925, p. 2; «Solo cubanos: por el sentimiento y por la ley», *Heraldo de Cuba*, n.º 21, La Habana, 21 de enero de 1925, p. 1; «Del Dr. Adolfo Cabello al Dr. Miguel Ángel Céspedes», *Heraldo de Cuba*, n.º 27, La Habana, 27 de enero de 1925, p. 3; y «El representante Garriga contesta al mayor de la capital de Santa Clara», *La Discusión*, n.º 38, La Habana, 8 de febrero de 1925, pp. 1-2).

<sup>23</sup> Cfr. ANC, Fondo Adquisiciones, caja 59, n.º 4135, y caja 6, n.º 120.

<sup>24</sup> Julio Antonio Mella: «Los cazadores de negros en Santa Clara», pp. 165-167.

democrático e igualitario. No solo criticó las palabras de Bello, sino también las actitudes de Méndez Peñate y el general Gerardo Machado en su presunta búsqueda de equidad y justicia. Ramón Vasconcelos, por su parte, recordó que el parque no era una posesión de determinado grupo sino un sitio público, y que las costumbres no debían basarse en la injusticia; tras lo cual llamó a superar las tradiciones de los «ridículos pueblecitos» que establecían dos clases de ciudadanos.<sup>25</sup>

Las agudas observaciones de la opinión pública sobre el mantenimiento de la tradición provocaron las declaraciones en el *Diario de la Marina* del presidente de la comisión mediadora, Ambrosio Campos, quien, en su condición de cubano negro, objetó:

La opinión general ha entendido que aquí alguien ha discutido a las personas de color el derecho de transitar [...] en nuestro Parque Vidal [...]. Lo que aquí se ha discutido [...] era hasta qué punto era conveniente el libre ejercicio de ese derecho [...], nuestra actuación a nadie más que a nosotros mismos compromete [...], quién tuvo la razón el tiempo lo dirá.<sup>26</sup>

Comentarios de esta índole demuestran cuán difícil se tornaba determinar los grados de la igualdad, a partir de las particularidades de cada zona en que se advertía alguna manifestación de racismo, así como lo polémico de las consecuentes mediaciones por parte de las autoridades estatales con los actores sociales involucrados. En resumen, los órganos locales, facultados para legitimar la dominación y el consenso, utilizaron la tradición como elemento simbólico a fin de establecer los límites del ejercicio ciudadano, ya fuera negociando nuevamente el acceso a los espacios públicos o reproduciendo la norma de antaño. Como puede apreciarse, tales debates resultaban frecuentes dada la vulnerabilidad del modelo de igualdad republicana.

Los intentos por controlar a los negros mediante la violencia continuaron. En 1928 el diario *Unión Nacionalista* comentó el caso de una sociedad nombrada Ku Klux Klan en Camagüey, que recién

<sup>25</sup> Cfr. «A pequeñas dosis», *Heraldo de Cuba*, n.º 21, La Habana, 21 de enero de 1925, p. 3; «De Campos Marquetti a Vázquez Bello», y *Heraldo de Cuba*, n.º 23, La Habana, 23 de enero de 1925, p. 1; *Heraldo de Cuba*, n.º 24, La Habana, 24 de enero de 1925, p. 3.

<sup>26</sup> Ambrosio Campos: «Al pueblo de Cuba y especialmente al de Santa Clara», *Diario de la Marina*, n.º 27, La Habana, 27 de enero de 1925, p. 4.

se había constituido y solicitaba ser inscrita en el Registro de Asociaciones. Sus propósitos dieron pie a unas declaraciones del secretario de Gobernación, quien prohibió su funcionamiento. Sin embargo, la asociación replicó que se había formalizado legalmente, luego de presentar su reglamento en el Gobierno Provincial, y destacó que su único delito consistía en el empleo de un nombre «exótico», lo que no contradecía la Carta Fundamental.<sup>27</sup> El evento manifiesta que en las concepciones de racismo primaba el esquema de violencia, reconocido en la creación de asociaciones con el fin de mantener la norma racial.

Dado que el precario equilibrio republicano de aquellas primeras décadas se resquebrajaba cuando el grupo subordinado trascendía las fronteras del espacio que le había sido asignado, las publicaciones ampararon el derecho a la violencia so pretexto de poner a buen resguardo las tradiciones y el establecimiento de los límites. La vieja tesis del miedo al negro estimulaba diversos mecanismos de control y represión. Durante estos años tales presiones se vincularon a otros procesos sociales y económicos, por lo que la construcción discursiva del racismo en la prensa también se apoyó en el incremento de la población negra debido a la inmigración antillana. Los braceros negros fueron vistos como una amenaza para las pretensiones de la élite blanca, paradigma cubano de la civilización y el progreso. A partir de su llegada masiva a la Isla, en la década de 1910, fueron utilizados como un nuevo argumento por los diarios para reforzar los esquemas racistas y explotar el temor a la africanización de Cuba.



<sup>27</sup> Cfr. *Unión Nacionalista*, n.º 4, La Habana, 10 de septiembre de 1928, pp. 1-2.

## «Una inmigración indeseable»

La migración de braceros antillanos tuvo sus orígenes en 1911, con la creación de la Asociación de Fomento de la Inmigración, cuyo objetivo era importar fuerza de trabajo principalmente haitiana y jamaicana. En 1913 se le dio acción legal con el Decreto N.º 3 del 10 de enero, dictado por el presidente José Miguel Gómez. La Nipe Bay Company recibió autorización para introducir en Cuba 1 000 antillanos, que debían emplearse en las faenas agrícolas del central Boston. Otro decreto, del 23 de octubre de ese mismo año, legalizaba la entrada a la Isla de antiguos obreros del Canal de Panamá. Así, desde 1913, la llegada de braceros al país se hizo significativa, por lo que en 1914 comenzó un control riguroso de los inmigrantes a partir del servicio de dactiloscopia, según el Decreto N.º 302 del 23 de marzo. El Departamento de Inmigración quedó integrado a la Secretaría de Hacienda desde 1915, y en 1917 se aprobó la Ley de Inmigración para la libre entrada de inmigrantes, sancionada el 3 de mayo por el presidente Mario García Menocal, que permitía la entrada de trabajadores a Cuba durante dos años. Juan Pérez de la Riva apunta que en ese lapso ingresaron al país alrededor de 300 000 braceros negros.<sup>1</sup>

Esta presencia antillana fue aprovechada por las fuentes periódicas en los debates sobre la problemática racial para exacerbar los imaginarios y jerarquías raciales existentes. Proliferaron artículos que esgrimían el temor a la contaminación del organismo social como pretexto de la campaña sistemática desatada contra los braceros. Tras la mayoría de las justificaciones sanitarias e higiénicas argüidas, latía la reserva por el posible «ennegrecimiento» poblacional.

<sup>1</sup> Para una mayor profundización sobre el tema, véase Juan Pérez de la Riva: «Cuba y la migración antillana. 1900-1931», pp. 5-75; y Louis Álvarez: «La migración haitiana a Cuba, 1912-1934, en el contexto de las relaciones históricas entre Haití y Cuba».

A poco tiempo del terror recreado en las publicaciones a causa de los sucesos de 1912, la atmósfera era propicia para seguir cultivando el esquema del miedo al negro.<sup>2</sup> Los diarios mostraban diversos criterios sobre la presencia de los braceros en el frágil equilibrio racial republicano.

El discurso público se opuso a la inmigración negra a la Isla alegando las consabidas razones sanitarias. Carlos Velasco, hacia 1913, defendió en la revista *Cuba Contemporánea* la necesidad de una colonización blanca en lugar de negra, y emplazó a los representantes que se oponían al proyecto contentivo de este tipo de inmigración.<sup>3</sup> En 1916 *La Prensa* calificó a los braceros negros como un «peligro social», portador de enfermedades, vicios y malos hábitos, y llamó a la promulgación de medidas enérgicas para «evitar la importación [...] del paludismo y demás enfermedades parasitarias».<sup>4</sup>

Los rumores en los rotativos influyeron lógicamente en los estados de opinión, y para finales de 1915 la alarma ganó efervescencia en Oriente. El jefe local de Inmigración en Santiago de Cuba rendía informes sobre la continua «invasión» de braceros, que llegaban a la región en número de 100 a 150, con los treinta pesos exigidos por la ley para autorizar su desembarco. En 1916 se solicitó a las secretarías de Sanidad y Hacienda que tomaran acuerdos contra la llegada de los trabajadores contratados. El general Emilio Núñez, secretario de Agricultura, declaró a los periodistas: «No tengo animosidad contra los ciudadanos de Haití [...] pero por razones étnicas creo que no le conviene al país esa inmigración [...], que resultan factores poco favorables para obtener una población homogénea».<sup>5</sup>

<sup>2</sup> Cfr. Consuelo Naranjo Orovio y Armando García González: *Medicina y racismo en Cuba: la ciencia ante la inmigración canaria en el siglo xx*, pp. 46-54.

<sup>3</sup> Cfr. Carlos Velasco: «El problema negro», *Cuba Contemporánea*, n.º 2, La Habana, febrero, 1913, pp. 73-74.

<sup>4</sup> Cfr. «Medidas contra la inmigración jamaicana, haitiana y dominicana», *La Prensa*, n.º 137, La Habana, 16 de mayo de 1916, p. 1.

<sup>5</sup> Citado por *La Lucha*, n.º 119, La Habana, 28 de abril de 1915, p. 1. Véase además «Peligrosa invasión de haitianos y jamaicanos en Santiago de Cuba», *La Prensa*, n.º 286, La Habana, 12 de octubre de 1915, p. 1; y «La inmigración perniciosa», *La Discusión*, n.º 102, La Habana, 11 de abril de 1916, p. 2. El investigador Pedro Serviat señala que esta importación de braceros fue utilizada conscientemente por los sectores dominantes para promover la discriminación racial y estimular la competencia entre los trabajadores (cfr. Pedro Serviat: *El problema negro en Cuba y su solución definitiva*, pp. 97-100; Instituto de Historia de Cuba: *Historia de Cuba. La neocolonia. Organización y crisis. Desde 1899 hasta 1940*, pp. 1-76;

La tesis de una Cuba negra preocupó a algunos intelectuales cubanos por su impacto social, debido no solo al color de la piel sino también al bajo estatus de los antillanos, un rasgo este último considerado perjudicial para el desarrollo de la hegemonía blanca cubana. A los comentarios de los diarios se unieron importantes voces públicas en las revistas del circuito. En 1917 el doctor Juan Guiteras se hizo eco de la alerta por las implicaciones sanitarias de esta inmigración; hacia 1923 Carlos M. Trelles, en la *Revista Bimestre Cubana*, se refirió a la llegada de los braceros como una corriente migratoria de seres inferiores y analfabetos, que oscurecían al país, lejos de los modelos migratorios de Canadá, Argentina y Estados Unidos; Emilio Roig de Leuchsenring, en *Carteles*, previno contra los peligros de la africanización y acotó: «[Los braceros] constituyen una inmigración indeseable por su corto grado de civilización, por su baratez y fácil explotación por grandes compañías yanquis [...], que privan del trabajo bien remunerado al obrero y al campesino cubano». <sup>6</sup> Roig sostenía la tesis de que se estaba produciendo la suplantación de la inmigración española por la antillana y hacía un análisis de la situación estructural del monocultivo cubano azucarero desde la llegada de los inmigrantes negros. No obstante, aclaraba que la inmigración negra se consideraba indeseable en el país, «por sus malos antecedentes, no del color de la piel, sino de escasa moralidad, civilización, cultura». <sup>7</sup>

Estos criterios rozaban con algunas concepciones racistas de la época, pues las tesis de «escasa civilización» e inadaptabilidad al desarrollo cultural y sanitario eran argumentos usualmente empleados contra la población negra cubana. Por tal razón, la inmigración antillana –lo mismo ocurrió con la china– se consideró inconveniente para las pretensiones de los intelectuales que postulaban que Cuba debía ser blanca en su mayor parte, lo que correspondía a un grado

---

y «La inmigración jamaicana y haitiana», *Heraldo de Cuba*, n.º 91, La Habana, 31 de marzo de 1916, p. 1).

<sup>6</sup> Citado por Juan Pérez de la Riva: Ob. cit., pp. 57-58. Véase además Carlos M. Trelles: «El progreso y el retroceso de la República», *Revista Bimestre Cubana*, n.º 5, La Habana, 1923, p. 351; y Emilio Roig de Leuchsenring: «¿Se está africanizando Cuba?», *Carteles*, n.º 48, La Habana, 1927, pp. 18 y 27.

<sup>7</sup> Emilio Roig de Leuchsenring: «El problema gravísimo para Cuba de los inmigrantes indeseables», *Carteles*, n.º 49, La Habana, diciembre, 1927, pp. 14 y 27. Véase además Emilio Roig de Leuchsenring: «Cuba, esclava de la industria azucarera», *Carteles*, n.º 51, La Habana, diciembre de 1927, pp. 18 y 27, y *La colonia superviva*.

más elevado de civilización, en tanto la inmigración negra era expresión de barbarie.

En cuanto al discurso de la élite negra, los braceros venían a complejizar el debate, pues usualmente se los homologaba, por el color de su piel, a los nativos. Dada la imagen temeraria de la raza de color que se divulgaba en los diarios, algunas personalidades negras y mestizas decidieron pronunciarse. José Gabriel Palacios consideraba que esta nueva campaña periodística falseaba la verdad de forma sospechosa para extraviar a la opinión pública y azuzar el odio entre las clases trabajadoras. Aclaraba que los braceros haitianos venían a ganarse la vida en las labores agrícolas, y que no se les hallaba vegetando en las ciudades, sino que cumplían los requisitos de las Ordenanzas de Inmigración, pues no se inmiscuían en los asuntos públicos y mostraban respeto hacia las autoridades. Denunció que el problema del salario era culpa de los hacendados, que aprovechaban la demanda de trabajo para rebajar los jornales en su beneficio. Por su parte, Agustín Izquierdo apuntó que no se habían comprobado los citados peligros de la emigración haitiana y que, en cambio, la inmigración española había perjudicado el acceso de la población negra a los cargos públicos.<sup>8</sup>

Otros activistas se pronunciaron a favor de eliminar este tipo de inmigración. Lino D'ou Ayllón cuestionaba en *La Prensa* hacia 1915 el avance de una propuesta de ley en favor de los braceros y destacaba en la columna de Vasconcelos: «¿Es que creen todos que conviene a nuestros intereses que crezca en Cuba la raza negra en las mismas proporciones que la blanca? ¿Es que el hecho solo de la piel debe dar al negro cubano solidaridad con todos los negros del mundo?».<sup>9</sup> Un año después, en la revista negra *Labor Nueva*, ante un artículo que mostraba preocupación por el porvenir de Cuba y llamaba a aumentar la inmigración blanca, D'ou Ayllón reafirmaba: «Más intereses debemos tener los negros cubanos en que esa inmigración sea restringida que los mismos blancos [...]. No hay entre ellos y nosotros un solo punto de contacto y [...] jamás habremos de fundirnos».<sup>10</sup> Por su parte, Ramón Vasconcelos argüía en tono polémico:

<sup>8</sup> Cfr. José Gabriel Palacios: «Calamar negro», en «Palpitaciones de la raza de color», *La Prensa*, n.º 75, La Habana, 15 de marzo de 1916, p. 4; y Agustín Izquierdo: «El rojo blanco», *La Prensa*, n.º 80, La Habana, 20 de marzo de 1916, p. 4.

<sup>9</sup> Lino D'ou Ayllón: «Sobre los puntos», en «Palpitaciones de la raza de color», *La Prensa*, n.º 231, La Habana, 19 de agosto de 1915, p. 5.

<sup>10</sup> Lino D'ou Ayllón: «Suaviter in modo», *Labor Nueva*, n.º 13, La Habana, 1916, p. 6.

Tan extraños a los problemas nacionales son los jamaquinos y los haitianos como los turcos y los chinos que aunque actúan por el desenvolvimiento del país se mantienen siempre a distancia [...]. ¿Qué beneficio práctico reporta la inmigración negra, no ya a la república, sino siquiera a la parte negra cubana? Ninguno [...], esos señores son analfabetos en gran parte y a su incapacidad electoral unen la baratez de sus jornales.<sup>11</sup>

Los periodistas negros en su mayoría rechazaron la presencia de los antillanos. Todo indica que el acceso al mercado de trabajo se estaba haciendo competitivo para la raza de color desde la entrada a la Isla de los braceros. Marcel Levargie apuntaba que estos no venían a cortar caña, ni a recoger café, sino a competir por los oficios, dadas sus habilidades como zapateros y albañiles, entre otras.<sup>12</sup> En 1928, en su página «Ideales de una raza», Urrutia llamó a poner término a la migración para solucionar el problema de las razas: «O Cuba debe ser blanca, y entonces ustedes se unen a nosotros y nos ayudan a extirpar el cáncer antillano o ustedes quieren que sea una república negra».<sup>13</sup>

Por su parte, los miembros del Club Atenas dirigieron una carta a Juan Gualberto Gómez donde planteaban que se debía resolver la situación de los «sin trabajo», pues la población nativa estaba apta para atender las necesidades de la agricultura, y la contrata de foráneos solo arraigaba el ausentismo laboral y extraviaba el capital de la nación.<sup>14</sup> Muchas de las posiciones expresadas en sus artículos por la élite negra se encaminaban a preservar los logros de la igualdad establecida a pesar del racismo. Sus avances en este sentido se hallaron en conflicto con la presencia de los braceros, pues si bien existían diferencias entre el negro cubano y los trabajadores haitianos y jamaicanos, el imaginario social divulgado en la prensa no hacía tales distinciones. La participación de la élite en la campaña periodística contra la inmigración negra reveló los índices en que se reprodujo el racismo no solo entre los blancos,

<sup>11</sup> Ramón Vasconcelos: «Calamar en tinta», en «Palpitaciones de la raza de color», *La Prensa*, n.º 75, La Habana, 15 de marzo de 1916, p. 4.

<sup>12</sup> Cfr. *La Prensa*, n.º 83, La Habana, 23 de marzo de 1916, p. 4; y Marcel Levargie: «Haití y la emigración cubana», *La Prensa*, n.º 38, La Habana, 7 de febrero de 1916, p. 5.

<sup>13</sup> Gustavo Urrutia: «Cuba será blanca... o no será», en «Ideales de una raza», *Diario de la Marina*, n.º 179, La Habana, 28 de junio de 1928, p. 8.

<sup>14</sup> Cfr. ANC, Fondo Adquisiciones, caja 53, n.º 4075.

sino también entre los negros y mestizos, no obstante las particulares motivaciones de sus pronunciamientos.

Tales prejuicios se observaron en las socorridas noticias de conspiraciones racistas, a las que en 1915, año en que se concedió la amnistía a los alzados de 1912, se sumaron los rumores sobre la participación de los braceros. *La Lucha* denunció una posible relación entre los «racistas» cubanos y el expresidente de Haití, el general Bobo, que recibía en el hotel Venus de Santiago de Cuba visitas del elemento de color. Su presencia en la Isla inspiró, semanas después, la puesta en escena de *El presidente Bobo*, estrenada en el teatro Alhambra a finales de noviembre. El argumento de la obra iniciaba con el anuncio de la llegada a la Isla del dignatario de Haití, quien luego era confundido con un negro brujo cubano nombrado Felipe, que huía de La Habana acusado de robo. Después de algunos sustos, el seudopresidente recibía el perdón de las autoridades y la obra terminaba con una festiva rumba. En el elenco se hallaban Luz Gil y Mariano Fernández, entre otros.<sup>15</sup> Que la problemática de los inmigrantes deviniera asunto tanto de la política como de la vida cultural citadina es prueba del impacto que tuvo el tema racial en la agenda de los diarios, ya se tratase de las noticias habituales o de las reseñas de algún evento artístico. La visión de aquellos «cuerpos extraños», con las consiguientes etiquetas de «negro», «antillano» y «pobre», no podía escapar al análisis de los distintos sectores.

A pesar de la propaganda, los braceros se organizaron para defender sus intereses, y sus movilizaciones fueron interpretadas como un peligro contra la unidad de la nación. El movimiento transnacional de Marcus Garvey, constituido en la Asociación Universal para el Adelanto de la Raza Negra (UNIA), hizo más latente el conflicto por su objetivo de unificar a todos los pueblos negros de la región. En la organización de Garvey se atendían las demandas de la clase obrera caribeña, y Cuba se encontraba entre los territorios de mayor activismo, con divisiones y sucursales garveyistas. La creación de secciones aglutinadas alrededor de la UNIA fue una muestra palpable de que la comunidad de antillanos de la Isla se sentía representada por la asociación. Existieron ramificaciones de la UNIA en La Habana, Santa Clara, Camagüey y Oriente.<sup>16</sup>

<sup>15</sup> Cfr. *La Lucha*, n.º 273, La Habana, 30 de septiembre de 1915, pp. 1-2; y *La Lucha*, n.º 316, La Habana, 12 de noviembre de 1915, p. 5.

<sup>16</sup> Cfr. Sandra Estévez Rivero: *La sombra de Marcus Garvey sobre el Oriente cubano*; y Pedro Pablo Rodríguez: «Marcus Garvey en Cuba».

Un momento importante aconteció en los últimos días de febrero de 1921, cuando el propio Marcus Garvey visitó la Isla, según los titulares de los diarios, con el objetivo de recaudar fondos para su proyecto. Su estancia se concentró en la comunidad anglófona, y fue atendido por el representante conservador Primitivo Ramírez Ross. El líder caribeño, radicado en Estados Unidos, protagonizó numerosos encuentros en Morón, Camagüey y Banes, entre otros sitios. A principios de marzo, se celebraron algunos actos para homenajear su visita en el parque Artigas de La Habana. Garvey también sostuvo una reunión, cubierta por el *Heraldo de Cuba*, con la élite negra del Club Atenas, a la que fueron invitadas otras prestigiosas sociedades de color y en la que el líder caribeño se refirió a las dificultades que debían enfrentar los garveyistas y al rechazo de algunas figuras de la élite hacia su campaña. Ante los comentarios de Garvey, el doctor Miguel Ángel Céspedes, presidente del Club Atenas, aclaró en su discurso que todos los negros cubanos contaban con derechos de representación dentro de la democracia republicana, pues blancos y negros vivían en igualdad de condiciones.<sup>17</sup>

La visita de Garvey ofreció interesantes lecturas sobre la participación ciudadana y los niveles de igualdad reconocidos según el momento y los actores político-sociales involucrados. Los prohombres negros de la élite respaldaron el discurso de la inclusión y la representación de los grupos de color en el sistema republicano, frente a una alternativa que amenazaba la socorrida «unidad racial». El eslogan de la igualdad creada se usó entonces para reforzar los logros y la legitimidad de la democracia republicana. En el discurso del presidente de Atenas una idea quedó clara: en Cuba había espacio para la intervención de los ciudadanos de todos los sectores más allá del color de su piel, a pesar del racismo que se observaba en la práctica; separarse no era una alternativa, pues la lección de 1912 había permitido comprobar las fronteras de la participación en pos de tales derechos.

Esta unidad racial promulgada por destacadas figuras de Atenas fue aprovechada por el gobierno como argumento para desmontar algunas sucursales de la UNIA en la Isla. La Enmienda Morúa, que prohibía la formación de asociaciones por concepto de raza, se utilizó convenientemente a tal efecto, según la tesis de que el movimiento amenazaba

<sup>17</sup> Cfr. «Marcus Garvey, el Moisés de los negros está en La Habana», *Heraldo de Cuba*, n.º 62, La Habana, 3 de marzo de 1921, p. 10; y *Heraldo de Cuba*, n.º 63, La Habana, 4 de marzo de 1921, p. 3.

los espacios socio-políticos de las relaciones interraciales y la igualdad creada. Cuando en abril de 1929 la División 55 de la UNIA solicitó instituirse en Sagua la Grande, sobre sus miembros se desató una continua vigilancia y un férreo control de las actividades. A fines de agosto de ese mismo año, el gobernador provincial ordenó que se investigase el funcionamiento de la sociedad. El capitán de la Guardia Rural, Benito Riera, informó que esta pretendía agrupar a todos los elementos negros en una sola organización. Por su parte, el jefe de la Policía Especial alertó sobre la participación en tales propósitos del negro cubano Antonio Sierra, descrito en los partes policiales como el *leader* racista, quien había intervenido en el alzamiento de 1912. Hacia octubre de 1929, el secretario de Gobernación Manuel de Juan Delgado declaró al gobernador provincial que los elementos de la División 55 eran contrarios a la armonía del país, en tanto intentaban trazar una línea divisoria entre las razas. Dos meses después, el secretario de Administración Provincial decretó la suspensión de la división por incumplir el artículo 12 del Registro de Asociaciones. Así pues, las sucursales garveyistas permanecieron en Cuba hasta finales de los años veinte.<sup>18</sup>

Inmigración, raza y prensa continuaron conectadas en el diseño racial de la época y las publicaciones avivaron el debate racial mediante la controvertida presencia de los braceros negros. De este modo, ponían de manifiesto la actualización sistemática de los límites del equilibrio racial y el hecho de que otra actitud, fuera de la norma establecida, se tendría por perjudicial para la nación. Mas, gran parte de los prejuicios contra la población negra provenían de una ardua labor intelectual que avalaba la jerarquización racial, pues alrededor del tema de la inferioridad del negro se encontraba una élite blanca profesional que difundía en revistas y periódicos su activa propaganda «científica».



<sup>18</sup> Cfr. ANC, Fondo Asociaciones, leg. 77, exps. 563 y 558.

## Una tesis «científicamente» racista

El concepto de «inferioridad del negro» se había hecho habitual en el esquema de la sociedad colonial cubana. Por esta razón, un grupo de figuras vinculadas a la medicina y al derecho se interesaron desde finales del siglo XIX por estudiar científicamente la condición de los grupos raciales, proceso que también se había desarrollado en otros países de América Latina como Brasil.<sup>1</sup> Los descubrimientos científicos de finales de aquel siglo y principios del XX –darwinismo social, craneometría, eugenesia y criminología– fueron empleados como pruebas de la incapacidad social del negro. Existió un activo proceso de introducción, asimilación y divulgación de las investigaciones internacionales sobre tales preceptos. Circularon entre los intelectuales, médicos y juristas diversas tesis que incorporaban estas corrientes a sus discursos raciales.<sup>2</sup>

Este presunto basamento científico sentó pautas en la legitimación de las jerarquías raciales, y las concepciones, en el caso cubano, se ajustaron al estudio de aquellos sujetos, generalmente negros y mestizos, tenidos por degenerados e inferiores. En el espacio informativo de los diarios, el discurso sobre la raza de color, a partir de este principio, parcializó la opinión pública a su favor y permitió el ejercicio del racismo de forma aún más efectiva.

Desde los inicios de la República, la influencia de esta labor científica ya podía advertirse en trabajos tempranos de Fernando Ortiz como *Los negros brujos* (1906), y en obras como *La policía y sus misterios* (1908)

<sup>1</sup> Con vistas a una mayor profundización en los estudios raciales que se llevaban a cabo en América Latina, véase George Reid Andrews: *Blacks and Whites in Sao Paulo, Brazil. 1888-1988*; Florestan Fernandes: *A integracao do negro na sociedade de clases*; y Richard Graham: *The Idea of Race in Latin American. 1870-1940*.

<sup>2</sup> Para una mejor comprensión de las teorías que llegaron a la Isla, véase Armando García González: «Eugenesia, alienación mental y criminalidad en Cuba».

de Rafael Roche y Monteagudo.<sup>3</sup> Tales textos, a pesar de sus limitaciones en cuanto a la consulta de fuentes policiales y el escaso testimonio de los informantes, constituyeron serios esfuerzos académicos por comprender lo que Ortiz denominara «hampa afrocubana», toda vez que le dieron una dimensión social y antropológica al estudio del negro. Su debilidad radicó en considerar la conducta del negro como propia de la criminalidad y la mala vida.

En aquellos primeros años, el término «afrocubano», empleado por Antonio Veitía en 1847, fue divulgado por Fernando Ortiz y luego manejado por Israel Castellanos, Arturo Montori y Adolfo Dollero, entre otras reconocidas figuras. El color de la piel aparecía en sus trabajos relacionado con determinadas concepciones racistas, aunque algunos, como Ortiz, rectificaron su criterio posteriormente.<sup>4</sup> Los diversos estudios de los especialistas se divulgaban en revistas científicas que tenían cierto carácter de especialización, como *Vida Nueva*, *La Reforma Social* y la *Revista Bimestre Cubana*; de esta manera, contribuían a la campaña informativa de los diarios para exacerbar el discurso basado en la mala vida y la peligrosidad de los negros.

Después de 1912 comenzaron a proliferar los tratados racistas que abogaban por la extinción del negro y el blanqueamiento.<sup>5</sup> Hacia la década de 1920, esta visión se articuló con la necesidad de estudiar de una manera diferente el *ethos* de los grupos sociales, proceso que formaba parte de una tendencia regional, iniciada por las élites latinoamericanas de Brasil, Argentina, Bolivia y México, que habían establecido sus ideologías raciales de forma que representasen a todos los grupos étnicos. De esta manera, la idea de la mezcla racial, vista antes como atraso, sufrió una nueva reevaluación en el discurso sobre el mestizaje, que si bien sirvió para enfrentar la división en razas «superiores» e «inferiores», reforzó, por el contrario, la perspectiva degenerativa de los grupos influidos por el rechazo a lo negro en pos de asumir la modernidad. Alejandro de la Fuente opina al respecto:

<sup>3</sup> Cfr. Fernando Ortiz: *Los negros brujos*; y Rafael Roche y Monteagudo: *La policía y sus misterios*.

<sup>4</sup> Para ahondar en la labor de Fernando Ortiz durante este período, véase María del Carmen Barcia: «Fernando Ortiz y sus estrategias culturales».

<sup>5</sup> Para una aproximación al desarrollo de la comunidad científica en Cuba vinculada a los estudios raciales entre finales del siglo XIX y la primeras décadas republicanas, véase Alejandra Bronfman: *Measure of Equality. Social Science, Citizenship and Race in Cuba. 1902-1940*, pp. 6-63.

El discurso del mestizaje permaneció prisionero de los mismos cánones del racismo científico [...] pero revolucionó el pensamiento social de la época al minimizar la importancia del otro pilar del racismo científico: el determinismo biológico [...]. El escape, sin embargo, fue parcial [...], los intelectuales latinoamericanos aceptaron la idea de que sus poblaciones eran básicamente inferiores y que necesitaban ser *mejoradas* racialmente. Esa inferioridad fue explicada en términos culturales, geográficos e históricos en lugar de en términos genéticos.<sup>6</sup>

Para Cuba, la ausencia de una metodología desprejuiciada y de carácter autóctono reveló importantes límites académicos en el orden investigativo. Por esta razón, el esquema de la inferioridad debió compartir lugar con el criterio de los «aportes del negro» dentro de la nación; ya que si no podía negarse a la raza de color su papel como parte de los elementos intrínsecos de lo cubano, se hacía necesario conocer y definir sus valores.

Algunos estudiosos señalan que las relecturas a la sazón se centraron en un análisis del pasado del ciudadano negro en calidad de personaje costumbrista, aunque, en algunos casos, se mantuvieron los enfoques conservadores.<sup>7</sup> Si bien los intelectuales abordaron el tema con una seria intención metodológica, muchas veces se concentraban en procedimientos descriptivos que reproducían los criterios raciales tradicionales.

La tesis que puede considerarse como la más excluyente durante estos años fue la del joven blanco Gustavo Mustelier, quien consideraba necesaria la extinción del negro para la salvación de Cuba. Su obra pretendía demostrar que el negro cubano era el principal responsable de los males del sistema. A tales fines declaraba de una manera absoluta: «el negro trajo a nuestro ambiente elementos antisociales que han corroído el alma nativa produciendo verdaderos estigmas en el cubano [...], un concepto egoísta de la vida, un irreflexivo oportunismo, licencia desenfrenada en las costumbres [...] son las cualidades [...] heredadas del progenitor [...], hábitos por contagio o transmisión del elemento negro».<sup>8</sup>

<sup>6</sup> Alejandro de la Fuente: «Mitos de democracia racial: Cuba, 1900-1912», p. 235. (El subrayado es del autor.)

<sup>7</sup> Cfr. Alejandra Bronfman: Ob. cit., pp. 109-116.

<sup>8</sup> Gustavo Mustelier: *La extinción del negro. Apuntes político-sociales*, pp. 22-34.

Mustelier citaba los estudios de Jean Finot para negar la tesis de la igualdad racial y destacaba la superioridad del blanco como pauta para el desarrollo republicano. Su texto fue bien recibido en algunas revistas como *Bohemia*, porque estudiaba «sin prejuicios», según el cronista Francisco Canella, los problemas de la raza de color desde una óptica sociológica.<sup>9</sup>

Prestigiosas figuras de color como Idelfonso Morúa, Oscar Edreira y Ramón Vasconcelos refutaron enseguida la tesis de Mustelier. En las revistas *Minerva* y *Juvenil* los periodistas calificaron de racista y ofensivo el criterio de la superioridad blanca, aparejado a la desacreditada teoría de la inferioridad del negro. Posteriormente, Vasconcelos, en su columna de *La Prensa*, recordó aquellos trabajos de Jean Finot que ponían énfasis en la evolución de los negros y concluyó: «La palabra raza es impropia para determinar los caracteres específicos de las distinciones [...] entre los miembros de la unidad humana [...], el término no es otra cosa que un producto de nuestra gimnasia mental».<sup>10</sup>

A pesar de los argumentos sobre la inutilidad en este contexto del término «raza», otras teorías del racismo científico pervivieron en el círculo académico, como aquellas que relacionaban la degeneración del negro con el mejoramiento de la especie, generalmente asociadas al discurso de «adelantar» mediante la extinción o la mezcla –que recurría a la vieja fórmula del blanqueamiento como un ideal–.<sup>11</sup> Hacia 1913 se afirmaba en la revista *Bohemia* que los negros y mulatos verían con placer su cambio de color y que la ciencia constituía un

<sup>9</sup> Cfr. ibídem, pp. 55-62; y Francisco Canella: «Un libro de Mustelier», en «Lecturas», *Bohemia*, n.º 33, La Habana, 18 de agosto de 1912, p. 394. La investigadora Alejandra Bronfman considera que la obra de Mustelier no alcanzó el determinismo biológico absoluto, sino que combinó las corrientes darwinistas y lamarckianas sobre la herencia y el cambio (cfr. Alejandra Bronfman: «La barbarie y sus descontentos: raza y civilización. 1912-1919»).

<sup>10</sup> Ramón Vasconcelos: «La especie humana», *Minerva*, n.º XIV, t. IV, La Habana, agosto, 1912, p. 8. Véase también Ramón Vasconcelos: «Prejuicios étnicos», *Juvenil*, n.º 9, La Habana, 5 de agosto de 1912, pp. 1 y 11; «El planeta no cambia», en «Palpitaciones de la raza de color», *La Prensa*, n.º 186, La Habana, 4 de julio de 1916, p. 4; y «La unidad mental», en «Palpitaciones de la raza de color», *La Prensa*, n.º 187, La Habana, 5 de julio de 1916, p. 4.

<sup>11</sup> La tesis del blanqueamiento, como se ha dicho, ya había inundado el discurso racista de la intelectualidad cubana colonial. Uno de sus voceros fundamentales fue José Antonio Saco, quien abogaba por una Cuba blanca. En su proyecto político, el negro no contaba con las condiciones necesarias para ser considerado «cubano», una posición defendida en su célebre alegato «blanquear, blanquear y luego hacernos respetar».

camino para lograrlo. Algunos funcionarios abogaban por la extinción del negro a través del matrimonio, como Jorge Le-Roy, jefe de la Sección de Estadísticas de la Secretaría de Sanidad en 1915, quien pronosticó que así ocurriría, durante una entrevista concedida al órgano *La Lucha*.<sup>12</sup>

En las revistas especializadas también aparecieron trabajos de investigadores extranjeros sobre los estudios raciales de otras regiones, que sirvieron de referencia a sus homólogos cubanos para demostrar el efecto del blanqueamiento. La información sugiere que las investigaciones de especialistas foráneos fueron publicadas sistemáticamente en la red académica insular. Por su parte, las revistas científicas cubanas lograron cierto reconocimiento más allá de sus fronteras y ello posibilitó el intercambio con investigadores de otros países.

Hacia 1917, un artículo de este carácter validaba los cambios en la población negra a partir de sus relaciones con la civilización europea y argüía que la superioridad del mestizo radicaba en su herencia racial, visto que su capacidad intelectual se aproximaba a la del blanco. Un año más tarde, en 1918, el estudioso mestizo Salvador Massip avalaba su criterio de la superioridad blanca con el empleo del modelo de la genética alemana diseñado por Johann Friedrich Blumenbach. En 1927, Israel Castellanos promulgó su tesis del atavismo del negro desde la doctrina de la degeneración. Refería que aunque la degeneración no era privativa de ninguna raza, se apreciaba más en unas que en otras. Castellanos entendía los atavismos como estigmas regresivos que determinaban la desviación del tipo antropológico normal y colocaban al individuo en un estado de inferioridad relativa. Estas anomalías reversivas, que lo aproximaban a las razas inferiores, recibían, por ende, la denominación de «atávicas». En su estudio, el autor argumentaba que los negros y mestizos, si bien tenían mayor talla de cráneo que los blancos, eran de menor capacidad craneal.<sup>13</sup> Tales aproximaciones se encaminaban a legitimar las ventajas del blanqueamiento, ya que

<sup>12</sup> Cfr. «¿Los negros pueden volverse blancos?», en «Miscelánea», *Bohemia*, n.º 34, 24 de agosto de 1913, La Habana, s. p.; y «La raza de color, lenta pero segura va desapareciendo del territorio nacional», *La Lucha*, n.º 251, La Habana, 8 de septiembre de 1915, pp. 1 y 8.

<sup>13</sup> Cfr. E. B. Reuter: «La superioridad del mulato», *La Reforma Social*, n.º 3, t. IX, La Habana, noviembre, 1917, pp. 71-92; Salvador Massip: *Introducción a la geografía humana*, p. 11; e Israel Castellanos: «Los estigmas somáticos de la degeneración. Su apreciación en las razas de color», *Vida Nueva*, n.º 4, La Habana, 15 de octubre de 1927, pp. 207-219.

esta perspectiva, no obstante su interpretación sobre el color de la piel, gozaba de aceptación dentro de los esquemas sociales. Ubicar al negro lo más cerca posible del blanco cubano apuntaba a su reconocimiento social en mayor medida que las tesis anteriores.

La referencia continua y el empleo de modelos y teorías de la comunidad internacional sobre los temas de la inferioridad negra revelan la influencia que tenían las concepciones llegadas desde Europa y Estados Unidos en los criterios de los científicos cubanos. El carácter teórico de las investigaciones de estos da cuentas de su actualización en materia informativa, pero también de la extrapolación parcial de las ideas foráneas, muchas veces acrítica, que limitó el camino indagatorio y la comprensión de la realidad social.

Más de una vez las colaboraciones entre los colegas de dentro y de fuera generaron debates sobre el objeto de estudio. En 1926 el investigador alemán Félix Plaut presentó un artículo sobre la parálisis en los negros y mestizos, donde evaluaba de «desfavorables» las condiciones sanitarias cubanas. Colaboraron en su investigación los doctores de la Universidad de La Habana Roberto Agramonte, profesor de Higiene, y Braulio Sáenz, especialista en enfermedades de la piel y sífilis. La tesis de Plaut se basaba en que los cubanos eran similares al tipo primitivo africano a pesar de la mezcla racial. El trabajo fue calificado de «erróneo» en la revista *Vida Nueva*, donde se desmintió que los negros de la Isla recordasen al tipo primitivo africano. A tal efecto se citaban los estudios de Lester Frank Ward y Samuel Stanhope-Smith para demostrar que estos habían sido traídos a América tantos años atrás como se necesitaba para que hubiesen evolucionado lo suficiente. De este modo, la raza de color, según las mediciones cubanas que se apoyaban en la antropometría alemana, había mejorado sus caracteres físicos.<sup>14</sup> Polémicas como esta demuestran que cuando los artículos de autores extranjeros cuestionaban el acceso al sistema médico cubano de todos los grupos sociales, eran rechazados por su agresión a la igualdad de oportunidades establecida en Cuba.

Detrás del debate sobre la validez del mejoramiento racial del negro cubano se encontraba la legitimación de las investigaciones raciales de los nacionales y la valía de sus aportes dentro de los criterios del adelantamiento. En la opinión de los científicos cubanos la evolución

<sup>14</sup> Cfr. Félix Plaut: «Literatura médica analizada», *Vida Nueva*, n.º 4, La Habana, 15 de octubre de 1927, pp. 257-326.

del ciudadano negro se debía a los entrecruzamientos físicos y a la atención higiénica que recibía.

El tema de los grupos degenerados e inferiores continuó ocupando a los estudiosos. Otra corriente socorrida durante el período fue la eugenesia, que fundamentó sus tesis de la evolución humana en el dominio de unos pueblos sobre otros. Los trabajos teóricos partieron de la investigación del desarrollo del plasma, la herencia y la degeneración. La divulgación de este postulado contó con el apoyo de intelectuales como Eusebio Hernández, Domingo Ramos, Arístides Mestre, Diego Tamayo y Rafael Martínez Ortiz. En 1913, se creó en Cuba la Liga Nacional de Homicultura, uno de cuyos intereses era la purificación racial para enfrentar el mestizaje y la inmigración negra. La participación cubana en los espacios internacionales fue reconocida y avalada con esta propuesta científica. Hacia 1927, se fundó en la Isla la Oficina Central Panamericana de Eugenesia y Homicultura.<sup>15</sup> Para los voceros de la eugenesia, el negro constituía un obstáculo con vistas al mejoramiento de la población, así como un freno a la política del blanqueamiento y al incentivo de una inmigración adecuada.

Los especialistas de la época fomentaron con sus publicaciones aquel discurso de las diferencias raciales a partir de las prácticas religiosas, sociales y asociativas de la población negra. Estas formas, vistas en términos de resistencia cultural, al igual que había ocurrido en la Colonia y la primera década republicana, fueron interpretadas como incompatibles con las prácticas ciudadanas, por cuanto representaban un retroceso en el proceso civilizatorio. Así, cuando se reevaluaron las investigaciones sobre la población negra como parte del folclor nacional, las visiones sobre sus conductas no variaron lo suficiente con respecto al imaginario tradicional. Proporcionarle un lugar al negro entre los tipos populares no eliminó las concepciones racistas sobre los estilos de vida de una mayoría pobre y excluida.

### **Entre el hampa afrocubana y los personajes costumbristas del folclor**

Los estudiosos enfocaron la mayoría de sus criterios científicos en el hampa afrocubana. Ya se ha visto cómo reprodujeron en revistas especializadas una serie de análisis históricos y antropológicos sobre

<sup>15</sup> Cfr. Alejandra Bronfman: *Measure of Equality. Social Science, Citizenship, and Race in Cuba. 1902-1940*, pp. 117-124; y Armando García González y Raquel Álvarez Peláez: *En busca de la raza perfecta. Eugenesia e higiene en Cuba (1898-1940)*.

las conductas atávicas –delincuencia, religión y criminalidad– de la población negra. En la primera década de la República, instituciones como el Museo de Antropología de la Universidad de La Habana exhibieron objetos rituales y cráneos de brujos ejecutados. Las publicaciones científicas difundieron diversas tesis sobre el hampa afrocubana y su peligrosidad social, a través de noticias que reforzaban la imagen discriminatoria del negro mediante las acusaciones de ladrón, delincuente y criminal. Estas propuestas no eran nuevas, pues se venían manejando desde finales del siglo XIX, solo que habían cobrado mayor resonancia en la consideración social del negro.<sup>16</sup>

En *Vida Nueva* y *Revista Bimestre Cubana* se puso de manifiesto una conveniente conceptualización sobre el hampa, que agrupó a aquellos sujetos «degenerados» dentro de un aparato de clasificaciones raciales que los tachaba de «brujos», «ñáñigos», «curros» y «criminales», y que se ofrecía como objeto de investigación. Israel Castellanos, desde 1914, había definido el concepto de «hampa afrocubana» en la segunda de las revistas citadas:

Tribu bárbara en la actual sociedad [...] que entre nosotros tiene las características del negrerío africano [...], la raza negra supo imprimir con vigor [...] sobre nuestra población el sello de su personalidad étnica y por eso nuestra hampa [...] es étnicamente africana [...]. Del ambiente africano al ambiente del delito [...] toda una raza entró en la mala vida [...], no por sus tendencias criminosas, sino porque su inferioridad orgánica y psíquica estaba próxima al atavismo.<sup>17</sup>

Los juicios de Castellanos sobre los negros y mestizos presuponían la inferioridad racial como explicación de su mala vida, un criterio elaborado sobre bases supuestamente científicas, más allá de los condicionamientos sociales. En su diseño conceptual, tanto el ñáñigo (abakuá)<sup>18</sup> como el brujo tenían un peso significativo dentro

<sup>16</sup> Cfr. Consuelo Naranjo Orovio y Miguel A. Puig Samper: «Delincuencia y racismo en Cuba: Israel Castellanos vs. Fernando Ortiz».

<sup>17</sup> Israel Castellanos: «La briba hampona», *Revista Bimestre Cubana*, n.º 2, La Habana, marzo-abril, 1914, pp. 94-105. Véase también «Etnología de la hampa cubana», *Vida Nueva*, n.º 3, La Habana, marzo, 1914, pp. 67-69.

<sup>18</sup> Se denomina «abakuá» a los miembros de la sociedad secreta del mismo nombre. Por su procedencia africana, en Cuba fueron perseguidos durante el gobierno colonial español. En la prensa y las causas judiciales se los calificó con el nombre

de la mala vida. Hacia 1914, en un folleto dedicado al tipo del brujo, Castellanos afirmaba que jurídica y antropológicamente este se consideraba un delincuente representativo de su grupo racial. El texto se basaba en comparaciones entre brujos y criminales negros y mestizos según el método de la criminología y la definición de «criminal nato» desarrollada por Cesare Lombroso, ideas que había introducido en Cuba el médico y antropólogo José Rafael Montalvo desde 1879.<sup>19</sup>

Ambas categorías –brujos y ñáñigos– fueron definiciones usadas con frecuencia por los especialistas en el discurso sobre la mala vida que llevaba la población negra. A partir de tales concepciones, el racismo histórico apeló a su base científica para reprimir libremente estas prácticas religiosas. La brujería y el ñáñiguismo, calificados superficial y tendenciosamente, fueron perseguidos y sancionados como delitos en el Código Civil cubano, que había establecido en 1901 la libertad de religión, aunque solo en los límites de la moral cristiana, lo que excluía otras creencias. Así, las religiones de origen africano, como el palo monte, eran de continuo sometidas a severas causas judiciales. El trabajo de los estudiosos aseguró las necesarias justificaciones para estos fines.<sup>20</sup>

A esta agenda de temática religiosa se unían los tópicos de la delincuencia y la peligrosidad, dado el estrecho vínculo que conectaba religión, hampa y conductas criminales. Las investigaciones se realizaron casi siempre en lugares de control o regeneración social. En 1915, Castellanos, que se desempeñaba como profesor del Instituto Español Criminológico de Madrid, publicó en *La Reforma Social* los estudios que llevó a cabo en los correccionales de Aldecoa y Guanajay –de mujeres y jóvenes, respectivamente–.<sup>21</sup> Al otro año, propuso una metodología

---

de «ñáñigos» (cfr. Enrique Sosa Rodríguez: *Los ñáñigos*; y Ramón Torres Zayas: *Relación barrio-juego abakuá en la Ciudad de La Habana*, pp. 15-26).

<sup>19</sup> Cfr. Israel Castellanos: *El tipo brujo*, pp. 18-20.

<sup>20</sup> Cfr. «La brujería africana», *La Política Cómica*, n.º 447, La Habana, 5 de julio de 1914, p. 4; «La brujería en Santa María del Rosario», *La Lucha*, n.º 225, La Habana, 13 de agosto de 1915, p. 1; *El Día*, n.º 1509, La Habana, 23 de agosto de 1915, p. 2; *La Nación*, n.º 114, La Habana, 27 de julio de 1916, pp. 1 y 12; «Un ñáñigo se presentará mañana ante sus jueces acusado de asesinato frustrado», *La Discusión*, n.º 10, La Habana, 11 de enero de 1925, p. 5; «Orígenes y vida del ñáñiguismo», *Bohemia*, n.º 10, La Habana, 10 de marzo de 1929, pp. 21 y 57; y ANC, Fondo Audiencia de La Habana, leg. 223, exp. 2.

<sup>21</sup> Cfr. Israel Castellanos: «Estudios antropológicos de las asiladas en la escuela Reformatorio de Aldecoa», *La Reforma Social*, s. n., t. 3, La Habana, diciembre-marzo, 1914, pp. 151-167; «La fisonomía del brujo», *Vida Nueva*, n.º 8, La Habana,

para el tratamiento médico legal de los criminales adultos, centrada en las prácticas de hechicería y ñañigusismo, pues opinaba que en Cuba no existía un estudio antropológico serio sobre el tema. Su investigación tomaba como parámetros el análisis de los cráneos, cerebros, tallas, impresiones digitales, mandíbulas y tatuajes de los sujetos, entre otros elementos. De todo esto concluyó que debía integrarse la psiquiatría al estudio de aquellas «patologías» sociales, pues esta disciplina se había mantenido al margen de los nuevos enfoques científicos. El trabajo de Castellanos resultó premiado por la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana.<sup>22</sup>

Los correccionales, cárceles y hospitales fueron instituciones idóneas para el análisis de la delincuencia racial. En 1917, Castellanos escribió otro artículo sobre un crimen cometido por un niño negro tres años atrás. Manuel Fillaña, de seis años, había sido asesinado en Minas, Camagüey, por el menor negro Justino Pina, de diez. En el interrogatorio, Justino declaró que fue inducido por su padre, el brujo Juan Pina, de sesenta años, a asesinar a Manuel para después apropiarse del corazón y la sangre de la víctima con el objetivo de salvar a su madre, enferma de tuberculosis, y a la anciana negra María Castillo, que padecía de reuma articular. El autor del hecho cumplía su condena en el Reformatorio de Guanajay cuando fue estudiado antropométricamente y sometido a examen somático. En sus observaciones, Castellanos determinó lo siguiente: «Justino [...] ha nacido y crecido en un ambiente de bárbara religiosidad [...] educado por su padre, de ahí la africanización de su fisonomía moral [...]. De estos factores mesológicos se infiere que el tipo de Justino es más psíquico que somático».<sup>23</sup> Según su criterio, desde el punto de vista hereditario, Justino Pina, étnica y morfológicamente, debía sus caracteres a sus progenitores.

En las cárceles y hospitales, los individuos fueron objeto de mediciones al servicio de las teorías antropológicas. Si bien muchas de las observaciones se realizaron con personas de todos los grupos raciales, la población negra resultaba, según las conclusiones a que

---

agosto, 1914, pp. 179-181; y «Estudios antropológicos de los asilados en el Correccional de Guanajay», *La Reforma Social*, s. n., t. IV, La Habana, abril-julio, 1915, pp. 17-40.

<sup>22</sup> Cfr. Israel Castellanos: *La brujería y el ñañiguismo en Cuba desde el punto de vista médico legal*.

<sup>23</sup> Israel Castellanos: «Pina: el negrito asesino», *Vida Nueva*, n.º 11, La Habana, noviembre, 1917, pp. 264-268.

arribó Castellanos, más proclive al delito y la marginalidad. Más allá de las descripciones físicas asociadas a la actitud de delinquir, los especialistas no reflexionaron sobre las causas sociales que llevaban al individuo a tales comportamientos. Las publicaciones, en lo concerniente a los rituales y creencias, reafirmaron su papel de primer orden para ejercer el control social y perpetuar el consenso de la sociedad racista.

De este modo, el esquema racial republicano de aquellos años se benefició del racismo científico para explicar las conductas delictivas de los sujetos según las corrientes de moda en la época, que sentaron los presupuestos del concepto orticiano de la «mala vida», criterio retomado luego desde los condicionamientos sociales y ambientales, y que no desapareció completamente en las décadas posteriores. Su divulgación en revistas especializadas —a pesar de que estas contaban con un público minoritario, elitista y de clase media— encontró un complemento decisivo en las noticias y artículos de los órganos periódicos, con lo que se cimentaba la relación entre ciencia y realidad social. Aunque es cierto que estos discursos científicos sobre la «raza cubana» no lograron muchas veces trascender el marco académico, sí colocaron el entorno social bajo la lupa de los eruditos.

Ciertos sucesos cotidianos de índole religiosa, asociativa y criminal permitieron a los especialistas apoyar sus tesis en una conveniente proyección conceptual que legitimaba, aún más, los imaginarios raciales de los diarios. Por lo general, se restaba importancia al hecho de que los acontecimientos, en ocasiones, no guardaban un vínculo con la raza, sino que se debían al nivel educacional de los sectores involucrados, con independencia del color de su piel.

En 1918, Castellanos se involucró en el proceso de Justina Álvarez López, una niña negra de siete años, torturada por su familia durante una ceremonia religiosa. Su sangre se utilizó para la presunta cura del padre de la menor, Guillermo Álvarez. Al parecer, la idea fue de su madrastra, Caridad Hernández, quien deseaba la eliminación física de Justina y manipuló a su esposo, enfermo de reumatismo, a quien le propuso usar la sangre de su hija como remedio para su mal. El hecho se llevó a cabo en complicidad con los hermanos de Caridad, Robustiano y Demetrio Álvarez. La prensa calificó este drama de «fanatismo africano», a lo que Castellanos replicó, en su opinión de experto, que la madrastra de Justina era la principal responsable. Según su juicio, tras la brujería se ocultaba la relación entre el móvil y

la criminalidad de Caridad y sus hermanos, pertenecientes al mundo de la mala vida.<sup>24</sup>

El análisis de los trabajos publicados por Castellanos muestra que dentro del nivel de especialización científica sobre la tipología del hampa, los casos de crímenes recibieron una gran cobertura de prensa, en tanto constituyeron laboratorios idóneos para los discursos acerca de la inferioridad del negro. Las audiencias masivas estuvieron influenciadas por la publicidad tendenciosa y manipuladora de las noticias periodísticas, por lo que se abrió un canal entre raza, ciencia, racismo y prensa sensacionalista. Con frecuencia, los estudiosos eran presentados como autoridades en estas temáticas dentro del ámbito noticioso. Los casos de secuestro de niños contaron con las observaciones de diversos especialistas, tenidos por peritos idóneos, que explicaban los caracteres y comportamientos delictivos según sus juicios parciales, centrados exclusivamente en las prácticas de la población negra y no de los sujetos en general.

Sin embargo, en casos excepcionales, el hecho religioso no era causa de escarnio, dada la capacidad de adaptación de los practicantes y su búsqueda de reconocimiento. En 1915, *La Lucha* reseñó la muerte de Silvestre Erice en el Cerro, a los ochenta años, religioso conocido como *Papá Silvestre*, quien fuera el creador en 1902 del culto africano lucumí a Santa Rita de Casia y a San Lázaro. El cronista afirmó que Silvestre era considerado el brujo de mayor reputación en la zona, y relataba que había sido velado por personas de distintas clases sociales antes de que se le diera cristiana sepultura en el cementerio de Colón. Que una publicación del circuito periodístico reflejara un hecho de esta clase –noticia desacostumbrada– es prueba de la trascendencia social del practicante. Incluso Israel Castellanos reconoció:

su cristianismo al uso africano lucumí [...]. Y a la sombra aparentemente legal de esta profesión cristiana, se consagró a levantar su religión, conquistando nuevas y viejas voluntades ganando creyentes con sus profecías, bendiciones y curas [...]. Por lo tanto, Silvestre no degradó a su raza como otros criminales y brujos, sino la elevó a una posición superior.<sup>25</sup>

<sup>24</sup> Cfr. Israel Castellanos: «Un diagnóstico criminológico», *Vida Nueva*, n.º 12, La Habana, diciembre, 1918, pp. 330-334.

<sup>25</sup> Israel Castellanos: «Ayer falleció *Papá Silvestre*», *La Lucha*, n.º 259, La Habana, 16 de septiembre de 1915, p. 2. Véase también Israel Castellanos: «El último pontífice lucumí», *Vida Nueva*, n.º 10, La Habana, octubre, 1915, pp. 219-223.

Estos giros en la campaña sobre el progreso estuvieron motivados por un evento atípico, dada la capacidad de un individuo para asimilar el discurso racista y asumir una identidad alternativa. El sujeto excluido socialmente, Silvestre Erice, jefe máximo de una comunidad, con autoridad y poder, logró, sin perder sus raíces africanas, que su fe sincrética cumpliera con los preceptos morales de la civilización. Esto le permitió no solo escapar de los procesos represivos, sino también alcanzar legitimidad social y aglutinar adeptos sin que importase el color de su piel ni su estatus en la sociedad. Por lo tanto, la práctica religiosa estaba sometida a códigos de doble rasero, que le daban una importante connotación social.

El carácter socializador y multirracial de la religión, esgrimido como argumento por algunos periodistas negros y mestizos en sus publicaciones, se enfrentó a los criterios racistas referidos al hampa afrocubana. En 1913, Juan Bravo señalaba en la revista *Juvenil* que la ignorancia era la causa de que aún persistieran estos cultos entre las masas populares. Denunciaba el hecho de que los políticos, cuando necesitaban apoyo moral y votantes, asistían a los bembés y se bautizaban con Ña Mercé. Por su parte, Francisco Camaño de Cárdenas, en el diario *La Voz de la Razón*, decía que la religión como práctica social conllevaba una total implicación del pueblo, pero que en los rotativos, cuando el practicante era negro, se le tildaba de brujo, y si era blanco, de espiritista. También Domingo Mesa, en 1919, hizo público que *Papá Silvestre* había sido padrino de dos matanceros blancos que ocupaban los cargos de gobernante y representante en la provincia.<sup>26</sup>

La crítica de los periodistas negros y mestizos al estereotipo religioso demuestra que eran conscientes del impacto desfavorable de tales imágenes en su inserción social, motivo por el cual denunciaron la manipulación informativa. Pero el criterio intelectual sobre el negro no cambió mucho para finales de la década de 1910 y principios de 1920. Arturo Montori, en 1916, publicó un folleto sobre las variantes populares de las lenguas africanas incorporadas al castellano, y ejemplificaba con el vocabulario hampón del ñañiguismo y la brujería los términos de la jerga de los practicantes. Ese año también apareció *Hampa afrocubana: los negros esclavos*, de Fernando Ortiz, cuyos

<sup>26</sup> Cfr. Juan Bravo: «Los negros brujos», *Juvenil*, n.º 24, La Habana, 30 de junio de 1913, pp. 5-7; Francisco Camaño de Cárdenas: «Sobre la brujería», *La Voz de la Razón*, n.º 95, La Habana, 2 de enero de 1915, p. 3; y *La Antorcha*, n.º 63, La Habana, 6 de julio de 1919, p. 2.

planteamientos positivistas y evolucionistas aludían a la necesidad de conocer la realidad social para proceder a su higienización. Por otra parte, Adolfo Dollero planteaba que la inferioridad llegaría a su fin con el desenvolvimiento intelectual y la instrucción pública. Opinaba que la tesis de esta presunta inferioridad negra era errónea, pues los hombres de todos los grupos raciales atravesaban por ley natural un período de inferioridad étnica. En 1924, durante el Congreso Médico Latinoamericano, el profesor cubano Arístides Mestre presentó una ponencia sobre brujería y criminalidad, en la que llamaba a reprimir tales manifestaciones.<sup>27</sup>

En la década de 1920 surgieron nuevos análisis sobre esta problemática, promovidos por la Sociedad del Folklore Cubano, creada el 6 de enero de 1923 y que fundó en 1924 su revista *Archivos del Folklore Cubano* (1924-1930). Desde el inicio se vincularon al proyecto importantes intelectuales como Enrique José Varona, Fernando Ortiz, Israel Castellanos, Emilio Roig de Leuchsenring y Rubén Martínez Villena, con una reconocida labor investigativa y cultural. Sus bases dejaban claro que el propósito de la sociedad consistía en acopiar, clasificar y comparar los elementos tradicionales de la vida popular con estudios descriptivos encaminados a una terapéutica social de ciertas prácticas «morbosas» de la baja vida popular, como la brujería y el ñañiguismo. Además, se advertía que las investigaciones debían gozar de la más absoluta fidelidad y que el recopilador no podía alterar la gramática, la lógica ni el espíritu de los testimonios.

Sin dudas, la metodología sobre los estudios raciales y su impacto social ganó en actualización con la fundación de esta entidad. En su programa se distinguió la influencia del discurso civilizatorio, dado que su intención era rescatar las tradiciones de los grupos populares (curros, ñañigos y brujos) y sanear sus estilos de vida para asimilar el elemento negro a lo criollo.<sup>28</sup>

<sup>27</sup> Cfr. Arturo Montori: *Modificaciones populares del idioma castellano en Cuba*; Fernando Ortiz: *Hampa afrocubana: los negros esclavos*; Adolfo Dollero: *Cultura cubana*, pp. 56-58; y Arístides Mestre: «Brujería y criminalidad en Cuba», *Revista de la Facultad de Letras y Ciencias*, n.ºs 1-2, La Habana, enero-junio, 1923, pp. 307-323.

<sup>28</sup> Cfr. «Actas de la Sociedad del Folklore Cubano», *Archivos del Folklore Cubano*, n.º 1, vol. 1, La Habana, enero, 1924, pp. 76-93; Instituto de Literatura y Lingüística: *Diccionario de la literatura cubana*, p. 978; Cécile Leclercq: *El lagarto en busca de una identidad. Cuba: identidad nacional y mestizaje*, pp. 390-398; y Alejandro de la Fuente: Ob. cit., pp. 235-269.

La producción intelectual de *Archivos del Folklore Cubano* abrió paso al estudio de la etnografía como método de trabajo. El acceso a una cuantiosa bibliografía teórico-metodológica, que incluía autores de fuera de la Isla, propició una sistemática actualización por parte de los estudiosos cubanos. En este sentido, existió un continuo flujo de conocimientos, reflejo de una comunidad científica transnacional, gracias al cual los cubanos contaron con referentes internacionales de primera factura, y consiguieron, por su parte, aumentar su prestigio académico.

Los trabajos de esta revista destacaban la importancia de los aportes espirituales de la población negra, especialmente en cuanto a la música y sus instrumentos, que evocaban los de las regiones del África Occidental, al igual que determinadas manifestaciones danzarias. Si bien no se liberó por completo de los análisis tradicionales, *Archivos del Folklore Cubano* sentó pautas para el proceso de inclusión del negro, tenido hasta ese entonces por bárbaro e incivilizado, y, desde el campo de la antropología cultural, recomendó el estudio de la raza negra para explicar las diferencias que guardaba con respecto a otros sectores sociales. Los especialistas se apoyaron en la evolución histórica de la raza de color como grupo al tratar sobre su desarrollo social. De esta manera, el estudio del pasado permitió comprender los componentes de la sociedad en su conjunto y analizar sus procesos de mutación, hasta ese entonces considerados dañinos para el progreso republicano.

Sin embargo, en determinados trabajos se estableció una relación superficial entre el folclor y los grupos en desventaja social. De cierto modo, lo «afrocubano» constituía un obstáculo con respecto al avance de la modernidad. Especialistas como Alejandra Bronfman evalúan este proceso de rescritura de la imagen del negro como una visión que oculta los prejuicios latentes en la época. Su criterio minimiza los aportes de esta nueva búsqueda investigativa de los intelectuales cubanos.<sup>29</sup>

Entre los objetivos de la Sociedad del Folklore Cubano, los temas de la regeneración y el control de la población negra fueron fundamentales en la mayoría de los casos. Hacia 1924 apareció una compilación de Carlos M. Trelles sobre la bibliografía en torno al folclor nacional, con extensas referencias a la brujería y el ñañiguismo.<sup>30</sup> Figuras como Israel Castellanos también contribuyeron al debate en torno a estas

<sup>29</sup> Cfr. Alejandra Bronfman: *Measure of Equality. Social Science, Citizenship, and Race in Cuba. 1902-1940*, pp. 109-116.

<sup>30</sup> Cfr. Carlos M. Trelles: «Notas bibliográficas acerca del folklore cubano», *Archivos del Folklore Cubano*, n.º 2, vol. 1, La Habana, abril, 1924, pp. 103-111.

temáticas. En otro artículo, esta vez de Fernando Ortiz, especializado en los abakuá, se calificaba a estos últimos de «chéveres».<sup>31</sup> El autor observaba, puesto que el ñáñigo era centro de atención dentro del problema de la criminalidad, que debía reformarse mediante la terapia social. En 1926, Ortiz presentó un proyecto oficial de código criminal cubano basado en el modelo italiano de Enrico Ferri, donde se definía como «delincuente» a todo miembro de una sociedad secreta ilícita y notoria en tendencias delictivas –«ñáñigos»– o de una asociación de malhechores –«curros».<sup>32</sup>

Debe reconocerse que los trabajos sobre racialidad no gozaron de preferencia entre los colaboradores del proyecto. De hecho, de los 150 artículos que aparecieron en *Archivos del Folklore Cubano* entre 1924 y 1930, solo 23 abordaban este tema, para un 15,33 % del total. Predominaron los contenidos sociales (el estudio de los curros y la religión afrocubana) y culturales (investigaciones sobre la música, los instrumentos, las tradiciones orales y los personajes del folclor). A esta escasa muestra se sumaron tres documentos históricos publicados en el período.

Los principales autores eran Fernando Ortiz, Israel Castellanos, Herminio Portell Vilá, Carlos M. Trelles, Marcelino Weiss, Elsie Parson y Antenor Nasente. Fernando Ortiz escribió la mayoría de los textos aparecidos en la revista, 13 en total, seguido por Portell Vilá, autor de 4. El resto de los mencionados publicó en una sola ocasión. De lo anterior se desprende que el prestigio y la labor de Ortiz al frente de la sociedad fueron decisivos. Sin embargo, no llegó a conformarse un grupo de figuras de vanguardia, interesado en aplicar los nuevos acercamientos antropológicos que estaban en boga por aquellos años a fin de enriquecer la notable producción ortiziana.

En cuanto a la temática religiosa los enfoques fueron reflejo, como se ha visto, del prejuicio racial aparejado a ciertos preconceptos de la tradición intelectual. La definición de hampa afrocubana conti-

<sup>31</sup> El término «chévere» aludía al respeto a la hombría, un código central de la moral abakuá que permite reafirmar su condición y reconocimiento social atendiendo a virtudes como el valor y la confianza en sí mismos (cfr. Enrique Sosa: Ob. cit., pp. 314-317).

<sup>32</sup> Cfr. Fernando Ortiz: «Personajes del folclor afrocubano», *Archivos del Folklore Cubano*, n.º 2, vol. 1, La Habana, abril, 1924, p. 221; Israel Castellanos: «El diablito ñáñigo», *Archivos del Folklore Cubano*, n.º 4, vol. III, La Habana, octubre-diciembre, 1928, pp. 27-37; y Fernando Ortiz: «Ponencia presentada el 20 de febrero de 1926», comentado por Cécile Leclercq: Ob. cit., p. 387.

nuaba siendo clave. Portell Vilá, en su artículo «El rey de los brujos», describía, hacia 1927, el poblado de Cárdenas como un «terreno abonado para la grosera superstición africana conocida como brujería». Mencionaba la presencia religiosa en el lugar de Taita Ignacio, calificado por Vilá como un «verdadero maestro del tenebroso culto de Olorum», junto a su asistente Hermenegildo, «embaucador de su calaña que bailaba una danza salvaje».<sup>33</sup>

El propio Ortiz en sus reflexiones sobre el hampa afrocubana afirmaba que en la raíz de esta se hallaba la supervivencia del ñañiguismo, fenómeno criminal de base religiosa y sociológicamente interesante para el estudio del negro curro. Hacia 1929, en un trabajo sobre los cubanos dientimellados, Ortiz consideraba estas deformaciones como herencia africana e indicio de suma virilidad, comentarios criticados por Marcelino Weiss.<sup>34</sup>

A pesar de las limitaciones apuntadas, el mérito principal de estudiosos como Ortiz, Castellanos y Portell Vilá consistió en la divulgación de los tipos populares y urbanos de la raza negra dentro del folclor nacional. En este sentido, Ortiz devino el principal impulsor de las concepciones de los estudios afrocubanos, y sus posturas iniciales fueron madurando hasta clarificar su comprensión del *ethnos* cubano.

Pruebas de su evolución intelectual dio en su discurso de 1929 «Ni racismos ni xenofobias», que tuvo gran repercusión en la prensa española y en la cubana. Entonces se refirió acertadamente a la complejidad del racismo y lo inútil del concepto de raza, que declaró falso y perjudicial. También propuso que el campo de la cultura tendiese un puente para el respeto a las diferencias y la integración. Sus análisis llamaron a combatir la sombra del coloniaje y la intolerancia, que atentaban contra la democracia cubana.<sup>35</sup>

La ampliación del concepto de raza en el marco cultural de finales de 1920 formó parte de un movimiento vinculado a la renovación

<sup>33</sup> Herminio Portell Vilá: «El rey de los brujos», *Archivos del Folklore Cubano*, n.º 4, vol. III, La Habana, 1927, pp. 359 y 362.

<sup>34</sup> Cfr. Fernando Ortiz: «Los negros curros. Sus caracteres. La ostentación», *Archivos del Folklore Cubano*, n.º 4, vol. IV, La Habana, 1927, pp. 285-325; y Marcelino Weiss: «Comentarios al artículo “Los afrocubanos dientemellados”», *Archivos del Folklore Cubano*, n.º 1, vol. IV, La Habana, 1929, pp. 31-33.

<sup>35</sup> Para comprender el impacto de los pronunciamientos de Ortiz, véase Fernando Ortiz: «Ni racismos ni xenofobias», y otros artículos aparecidos en *Revista Bimestre Cubana*, n.º 1, vol. XXIV, La Habana, enero-febrero, 1929, pp. 6-19, 23-35 y 43-44.

artística que tenía en cuenta los aportes de los negros en este orden. Sin embargo, esta reanimación no eliminó las concepciones raciales existentes, pues los estereotipos y folclorizaciones inundaron las revistas culturales, sociales y los diarios, a fin de reforzar y ampliar la estructura del racismo e incidir en el debate racial.



## Del discurso de «cosas de negros» a los «motivos de negros»

Bajo la denominación de «cosas de negros» en las primeras décadas republicanas se aludía a las prácticas de ocio –rumba, comparsa, conga, etcétera– de la raza de color, tachadas tradicionalmente de bárbaras e incultas. Como expresión del movimiento intelectual, la prensa contribuyó a tales diseños desde un discurso que valoraba las manifestaciones de influencia africana según los parámetros de la marginalidad.<sup>1</sup>

La divulgación en el circuito informativo de formulaciones de esta clase estuvo respaldada por aquellos intelectuales que abordaban el tema negro desde una presunta perspectiva científica. Israel Castellanos planteaba, en la revista *Vida Nueva*, que en la rumba, por su ritmo, cadencia de movimientos y actitudes, podían distinguirse las coreografías de las razas inferiores de aquellas de las razas superiores. Señalaba el error de asumir que la rumba de los hampones cubanos era erótica en todas sus modalidades, pues el baile de los negros había ido evolucionando.<sup>2</sup> El autor creía advertir una relación entre este género y la sociedad secreta abakuá, y reconocía en él ciertas mutaciones necesarias para su supervivencia. En 1914, en sus estudios sobre la mala vida y la rumba, citó la definición de Esteban Pichardo, quien calificaba al ritmo de «baile y canto de gentualla», a lo que el propio Castellanos añadía: «La gentualla blanca [...] cuando baila rumba [...] es erótica [...]. Cuando bailan [...] los negros [...] la rumba es bárbara, danza negrera de las regiones africanas».<sup>3</sup>

Como las relaciones entre rumba y población negra eran directas, se solía asociar esta expresión danzaria con las costumbres populares

<sup>1</sup> Cfr. Helio Orovio: *Diccionario de la música cubana. Biográfico y técnico*, pp. 367-369.

<sup>2</sup> Cfr. Israel Castellanos: «Evolución del baile negrero en Cuba», *Vida Nueva*, n.º 7, La Habana, julio, 1914, pp. 150-153.

<sup>3</sup> *Ibidem*, pp. 63-67.

de la raza de color, tildadas de poco civilizadas. Su modalidad más refinada, la rumba de salón, difería, según los cronistas, de la que se desarrollaba en los barrios pobres. En el teatro Alhambra, de gran prestigio social, se cuidaba de que la rumba observase los moldes civilizatorios. Hacia 1916, Ramón Vasconcelos apuntaba: «Lo mejor del Alhambra es quizás su celo porque [*sic.*] la rumba no degenera en tango, matchicha, cancán o en un *steps* de última factura. Allí se baila con arreglo a los cánones clásicos, sin un descoyuntamiento excesivo ni giros de comparsa o ñañiguismo, sino al ritmo expresando emociones».<sup>4</sup> Algo similar afirmaba Castellanos: «Las rumbas del teatro Alhambra no son el reflejo fiel del baile de los barracones y de las turbas negreras [...], los blancos inferiores al tomar parte de las fiestas africanas, las fueron diluyendo, inoculando paulatinamente. El baile negrero es en los blancos un instrumento de goce físico y no una pasión desenfrenada».<sup>5</sup> Los sectores blancos de la marginalidad se emplearon como un filtro necesario para despejar al género de su carácter bárbaro con intención de minimizar los aportes de los negros cubanos.

Mas, la rumba no era el único producto de la cultura negra tenido por salvaje. Un escenario de mayor conflictividad ofrecían las comparsas populares y los carnavales, suspendidos en Cuba desde 1913. Sin embargo, hacia 1916 se generaron nuevos debates tras su momentánea reaparición. En el *Diario de la Marina*, Tomás Servando Gutiérrez señaló que el restablecimiento de estos eventos era un breve indicio de liberación del pueblo, que se mostraba en su apariencia genuina, y llamaba a respetar tales festividades en tanto muestras de regocijo. La mayoría de los que asistían al carnaval tenían ocasión, además, de vincularse con aquellos estratos populares para los que el baile constituía una forma de escapismo.

Durante los festejos se promovía la competitividad entre las distintas comparsas, por lo que tuvieron que ser supervisadas y controladas por las autoridades. En ocasiones, se generaron riñas entre los participantes y los agentes del orden, sucesos que enturbiaban el valor de esta manifestación cultural. Hacia 1916 *El Mundo* reseñó el incidente ocurrido entre la policía y la comparsa de Los Estibadores

<sup>4</sup> Ramón Vasconcelos: «El parque del desnudo escénico», *La Prensa*, n.º 257, La Habana, 13 de septiembre de 1916, p. 6.

<sup>5</sup> Israel Castellanos: «Psicología de las multitudes cubanas», *Vida Nueva*, n.º 11, La Habana, noviembre, 1915, pp. 246-251.

Ratines, del barrio de Colón. Según las autoridades, los individuos llegaron al lugar profiriendo palabras obscenas, por lo que el jefe de la policía ordenó retirar el permiso a la comparsa. En la redacción del periódico se presentó José Márquez, presidente de Los Estibadores Ratines, para denunciar el abuso cometido por parte del capitán de la demarcación. Refirió que el oficial había exigido que se le mostrase el permiso municipal y que, luego de cumplida su orden, obligó a disolver la comparsa disparando armas de fuego contra esta y el público. El cronista de la noticia refería los rumores de que en el incidente había muerto un miembro del juego abakuá Betongo. Al día siguiente, se publicó una orden de la Secretaría de Gobernación que prohibía la circulación de las comparsas en vistas de la gravedad de los informes ofrecidos por la Policía Nacional.<sup>6</sup>

Las confrontaciones y rivalidades entre las comparsas, muchas veces permeadas por expresiones de prácticas religiosas, atentaron contra la tolerancia de las autoridades. Alejo Carpentier afirmó que en sucesos como estos se apreciaba la incidencia de interpretaciones religiosas que conducían a crímenes rituales y conflictos entre las potencias ñáñigas.<sup>7</sup> En 1921, el etnólogo Fernando Ortiz, al referirse a sus investigaciones sobre el tema en la *Revista Bimestre Cubana*, consideraba que las comparsas eran víctimas de manipulaciones por parte de las autoridades blancas, y llamaba a su necesaria transformación para incorporarlas definitivamente al folclor nacional. No obstante, en sus comentarios las definía como una «actual supervivencia africana, derivación de los antiguos carnavales [...], formadas por capas inferiores de la sociedad, donde a la cabeza marcha un sujeto, negro generalmente [...], rodeándolos a todos una muchedumbre en la que predominan los negros, gritando con voces destempladas y con frecuencia aguardentosas».<sup>8</sup> Ideas como estas eran compartidas por

<sup>6</sup> Cfr. *El Mundo*, n.º 5438, La Habana, 7 de marzo de 1916, pp. 1 y 3; *La Prensa*, n.º 73, La Habana, 13 de marzo de 1916, p. 4; y «Hoy no circularán las comparsas», *El Mundo*, n.º 5443, La Habana, 12 de marzo de 1916, p. 5.

<sup>7</sup> Las fiestas profanas del Día de los Reyes y los bailes públicos, por su connotación social, fueron prohibidos desde enero de 1884. A principios de la República reaparecieron en los carnavales como motivo dentro de las agrupaciones de danza dramática (cfr. Alejo Carpentier: *La música en Cuba*, p. 263; María Teresa Linares: *La música y el pueblo*, pp. 76-77; y Caridad Santos García y Nieves Armas Rigal: *Danzas populares tradicionales cubanas*, pp. 85-88).

<sup>8</sup> Fernando Ortiz: «Los cabildos afro-cubanos», *Revista Bimestre Cubana*, n.º 1, La Habana, enero-febrero, 1921, p. 49.

diferentes especialistas, con independencia de su color de piel, al igual que había sucedido en lo tocante a la criminalidad. En la mentalidad de la época, «lo negro» debía ser reformado según los valores del progreso, por cuanto las manifestaciones que obstaculizaban el pleno desarrollo de la cultura requerían de una paulatina incorporación a la buena moral ciudadana.

En la literatura también se recrearon las realidades sociales. Los autores solían agruparse por su raza, sus luchas y sus motivaciones. Muchas veces los personajes negros se diseñaban a partir del estereotipo social establecido, en dependencia de cuál fuera el conflicto, y los argumentos tenían finales marcados por la incompreensión y el racismo. En 1915 el narrador blanco Alfonso Hernández Catá, en su cuento «La piel», compilado en *Los frutos ácidos*, mostraba cómo su protagonista Eulogio Valdés luchaba contra el destino al que lo obligaba la sociedad.<sup>9</sup> El mestizo bayamés Jesús Masdeu, describía, en su novela *La raza triste* (1924), las tribulaciones de Miguel Valdés, un mulato «adelantado» que anhelaba una mejor posición social y que, ante la frustración de sus expectativas, se refugió en el alcohol y murió a causa de este exceso.<sup>10</sup> Por su parte, el novelista Simeón Poveda, en su obra *Nydia y Fidel*, se centraba en el impacto de las relaciones interraciales a finales del siglo XIX y durante los primeros años de la República.<sup>11</sup>

Detrás de la ficción literaria se hallaba la denuncia por las difíciles condiciones de vida que acarrearba ser negro en una sociedad racista, pues para escalar los peldaños sociales se tornaba imprescindible cumplir con los códigos que imponía la «buena» convivencia ciudadana. Pero una vez que se alcanzaban estos requisitos, el aspirante debía enfrentar los prejuicios de una sociedad que continuaba soslayando sus expectativas. En la literatura, por momentos, parecían irrumpir las experiencias de los propios autores. La proyección literaria del negro sin muchas posibilidades en la lucha social revelaba un elevado grado de conciencia sobre sus condiciones de vida, toda vez que

<sup>9</sup> En la trama, Eulogio Valdés, hijo del amo con su madre esclava, intenta ascender socialmente. Cursa estudios en un seminario e ingresa a la universidad. Luego se da a la tarea de aglutinar a sus clientelas en un partido. Tras ser enviado de misión como cónsul a Inglaterra, por intereses de un enemigo mulato que deseaba el poder de su partido, es maltratado a causa de su color de piel. Al final de la obra Eulogio muere víctima de una componenda política (cfr. Alfonso Hernández Catá: «La piel», en *Los frutos ácidos*).

<sup>10</sup> Cfr. Jesús Masdeu: *La raza triste*.

<sup>11</sup> Cfr. Simeón Poveda: *Nydia y Fidel*.

descubría las formulaciones socio-culturales imperantes acerca de la raza de color.

En los años veinte estas ideas fueron complementadas con nuevos análisis culturales, aparecidos en revistas de diverso carácter y otras obras de divulgación. Durante el proceso de selección y validación de los aportes del negro a la cultura cubana, se reconocieron, en calidad de mutaciones, algunas de las prácticas antes censuradas. Este afán revitalizador estuvo influenciado por el movimiento europeo de la moda primitiva africana, la vanguardia artística europea, las teorías de Oswald Spengler y Leo Frobenius y el movimiento de Harlem Renaissance de Norteamérica. En el caso cubano, la incorporación de estos elementos, en consonancia con los valores tradicionales del progreso, debió centrarse en la estilización y las prácticas socio-culturales de aquellos sectores discriminados por el color de su piel. El desarrollo del movimiento vanguardista a partir de la década de 1920 atendió a una visión más autóctona e identitaria de la cultura cubana.<sup>12</sup> No obstante, no contribuyó directamente al enfrentamiento de las prácticas discriminatorias, ya que aunque determinados géneros artísticos absorbieron el nuevo discurso, no ocurrió así con todas las expresiones culturales.

Esta renovada perspectiva intelectual contó con espacios de difusión ofrecidos por las revistas *Avance*, *Social*, *Carteles* y *Bohemia*, y los órganos *Diario de la Marina* y *El Mundo*, entre otros, que reconocieron los valores de la raza de color dentro de la colectividad. Esta «reivindicación» demostró que el sector negro se había reconfigurado, por cuanto podía plantearse su inserción social en tanto ahora se le daba espacio a expresiones culturales que antes se marginaban.

Algunos especialistas consideran que este proceso supuso una conciliación de las divisiones raciales, pues el discurso, diseñado por las capas medias, aparecía como alternativa al racismo científico que creía ver el elemento salvaje en el mestizo como una síntesis de razas

<sup>12</sup> Los creadores Amadeo Roldán, Eliseo Grenet y Alejandro García Caturla incluyeron con éxito los sonidos afrocubanos en sus orquestaciones sinfónicas. El teatro lírico y musical estrenó *La niña Rita* y *La esclava*, de José Maurí, que gozaron de cierto reconocimiento. Deben mencionarse en tal sentido los méritos artísticos de figuras como Rita Montaner, José Zacarías Tallet, Wifredo Lam, Alejo Carpentier y Regino Pedroso, en diferentes órdenes de la cultura. Para una mayor profundización en el estudio de la renovación de estos años, véase Antonio Benítez Rojo: «El surgimiento de la cultura afrocubana (1920-1950)».

y culturas. La resemantización de lo «afrocubano», término que identificaba los «motivos de negros», comenzó a emplearse para afirmar y fortalecer la identidad cultural de la nación frente a la penetración euro-norteamericana. En trabajos actuales estos procesos se definen como movimientos de «afrocubanismo» y «mestizaje». El primer término designa una tendencia dentro del discurso cultural de los intelectuales y artistas; con el segundo, perteneciente al marco ideológico, se atenúan los antagonismos que dividían a la nación.<sup>13</sup>

Hay un matiz que debe destacarse en torno a la revalorización del negro, y es el hecho de que muchos de los criterios de selección pasaron por el filtro estético del folclor y su exotismo. Así pues, se seguían perpetuando concepciones culturales estereotipadas, según los códigos y la mentalidad de la época. La reconversión de aquellas prácticas consideradas otrora como incivilizadas requirió una reconfiguración estética, pues fue preciso «purificar» el carácter primitivo de ciertos géneros.

En los eventos culturales se encontraba con frecuencia a la élite intelectual disfrutando de los placeres musicales propios de sectores más bajos. Para febrero de 1927, se inauguró un sitio campestre en honor a don Fernando Ortiz, con miras a que pudiese disfrutar de las tradiciones culturales y que estas le reportasen, a su vez, beneficio intelectual. Estuvieron invitadas importantes figuras como Lydia Cabrera, Jaime Valls, Ricardo Massaguer, Amadeo Roldán y Emilio Roig de Leuchsenring. Sin embargo, en la reseña de la revista *Carteles*, las descripciones de lo acontecido durante la velada tuvieron un matiz tendencioso:

De los músicos se posesiona un fervor extático [...], los rústicos instrumentos agitados por sus ágiles manos [...] nos traen en sus notas originales, raras, salvajes, el eco lejano de las selvas africanas [...]. Hay también en esta música una salvaje sensualidad [...]. Los bailadores se agitan frenéticos [...] simulando en sus gestos [...] contorsiones.<sup>14</sup>

<sup>13</sup> En la región americana estos conceptos contaron con gran aceptación. Para un mayor acercamiento al tema del afrocubanismo y el mestizaje, véase Antonio Benítez Rojo: Ob. cit.; Alejandro de la Fuente: *Una nación para todos. Raza, desigualdad y política en Cuba. 1900-2000*, p. 37, y «Antídotos de Wall Street: Raza y racismo en las relaciones entre Cuba y Estados Unidos»; y Robin D. Moore: *Nationalizing Blackness. Afrocubanismo and Artistic Revolution in Havana, 1920-1940*, pp. 118-129.

<sup>14</sup> «Una tarde afrocubana», *Carteles*, n.º 7, La Habana, 13 de febrero de 1927, pp. 12-13.

La difusión de eventos culturales como el anterior evidencia que las operaciones de los diarios aún se encontraban permeadas por el estereotipo tradicional del «salvaje». Los cronistas dejaban ver con frecuencia criterios conservadores respecto a los valores culturales de corte racial, por cuanto no puede decirse que la renovación siempre fuera auténtica y desprejuiciada, sino que también se produjo desde las fronteras raciales. El rescate de los aportes culturales del negro compartió espacio con su imagen de salvaje y bárbaro en el contexto marginal del hampa afrocubana. Incluso, algunos intelectuales de vanguardia reprodujeron los esquemas del racismo. Hacia 1926, en el espacio concedido a tal efecto por la revista *Social*, el joven Rubén Martínez Villena convocó a algunos de los escritores más prominentes para elaborar en conjunto la novela policíaca «Fantoches».<sup>15</sup> Gracias a este esfuerzo, el proyecto contó con el apoyo de reconocidos ensayistas y narradores como Miguel de Carrión, Max Henríquez Ureña y Carlos Loveira.

En el argumento de la obra se le adjudicaba el asesinato de un funcionario judicial llamado Alfredo Rodríguez a una conspiración negra de carácter religioso. Henríquez Ureña tuvo a su cargo la narración de la escena de esta muerte, y su descripción del siniestro está plagada de juicios conservadores: «organización compacta y fuerte de individuos [...] ligados por pactos secretos de juramentos ancestrales, fanatismos atávicos y tradiciones seculares [...], religión primitiva que se asfixia dentro de las mallas de la civilización y para subsistir se mantiene oculta y aislada [...], hampa afro-cubana en cuyo seno floreció el crimen».<sup>16</sup>

Pero esta visión no solo era común entre los intelectuales blancos. En 1928 el escritor negro Sire Valenciano publicó *Sucumbento. Novela de los bajos fondos*. La obra narra la historia de Bonifacio Pedroso, alias *Sucumbento*, illamba de la potencia de los irianabones, respetado por policías y políticos como agente del «bronce», quien había cumplido condena en el presidio de El Príncipe por asalto y robo frustrado. Al salir de prisión descubrió que su antigua amante, la mestiza Tranquilina, de San Isidro, mujer de carácter zalamero, sandunguera, se había hecho novia de un negrito músico del Sexteto Oriental. *Sucumbento*

<sup>15</sup> Cfr. «Fantoches», *Social*, n.º 8, La Habana, agosto, 1926, pp. 36-37 y 89.

<sup>16</sup> Max Henríquez Ureña: «La confesión del juez especial», *Social*, n.º 10, La Habana, octubre, 1926, pp. 20-21 y 100.

juró vengarse con la bendición de Ecué en un ritual abakuá y Tranquilina resultó asesinada por el illamba en su venganza ñáñiga.<sup>17</sup>

Argumentos literarios de esta clase ilustran cómo los pintorescos personajes del folclor –ñañigos, mulatas y delincuentes– continuaban atrapados en las comunes identificaciones raciales de la prensa. La recreación de la vida popular, cuando se trataba de los negros, usualmente se adscribía a los códigos por los cuales siempre habían sido estigmatizados.

El movimiento cultural de estos años no transformó estas imágenes, sino que las incorporó a los nuevos estilos artísticos; de ahí que los temas afines al racismo ganaran una forma de expresión más visible sin cambiar sustancialmente su contenido. Las concepciones en torno a la criminalidad del negro se mantuvieron bajo el criterio de la mala vida; y si bien se innovó en cuanto a la selección de los aspectos estéticos, rítmicos y danzarios, su condición espiritual y religiosa continuó marginada.

Otro rasgo que influyó en el debate cultural fue el contrapunteo nacionalista, ya que ciertas interpretaciones polémicas sobre la igualdad asomaban detrás de insospechados eventos culturales. La pieza musical *Mamá Inés*, de Eliseo Grenet, desató hacia 1928, en medio de su popularidad, una polémica acerca de su autoría. El caso fue atendido en el juzgado de la Sección Primera de La Habana, tras la acción promovida por Luis Winfree contra la casa comercial. A fines de 1928, la justicia determinó que la canción era antigua, anónima y de valor folclórico, luego de que los peritos químicos estimaran su origen cuarenta y tres años atrás y reconocieran en el texto sílabas truncadas. El defensor, doctor Antonio Montero Sánchez, presentó en el juicio un ejemplar del periódico *Excelsior*, que ya en 1868 publicaba la correspondencia de la ciudad de Santa Clara con el título del son *Mamá Inés*. Al final del proceso, el fiscal no solicitó ninguna pena para los encausados, por estimar que no habían cometido delito alguno al difundir la canción.<sup>18</sup>

Otro debate, menos conocido y más nacionalista, se produjo en el diario *El País*, cuando Osvaldo Valdés de la Paz, con el pseudónimo *Caballero de la Luz*, publicó una versión diferente del drama de *Mamá Inés*. Allí contrastaba la vida de la protagonista en los campos

<sup>17</sup> Cfr. Manuel Sire Valenciano: *Sucumbento. Novela de los bajos fondos*.

<sup>18</sup> Cfr. «El litigio folclórico de *Mamá Inés*», *Archivos del Folklore Cubano*, n.º 1, vol. IV, La Habana, enero-marzo, 1929, pp. 91-92.

de batalla, como madre de todos los cubanos sin distinción, con su abandono durante aquellas primeras décadas republicanas, en un solar, enferma de reumatismo (anexo 3).

El periodista mestizo Ramiro Neyra Lanza<sup>19</sup> respondió al *Caballero* que Mamá Inés solo vivió olvidada por los que habían construido una república donde ser negro era un delito a pagar con la muerte. Valdés replicó que no compartía el criterio pesimista de Neyra, pues en su opinión las instituciones republicanas no desdeñaban al negro. Dos días después, Neyra le envió una carta privada donde le comentaba que su trabajo le había parecido «bien escrito, pero demasiado sofisticado», porque soslayaba la situación del negro cubano, detalle que quizás se debía a la blancura del autor. Objetaba, además, que si la naciente república no había desdeñado al negro por su propio color, lo había hecho, sencillamente, porque no era blanco, ya que los hijos de Mamá Inés se veían relegados a la inferioridad y su fraternidad había desaparecido tras la guerra. El olvido de la protagonista, en todo caso, se debía a blancos ingratos y a negros cobardes y vividores.<sup>20</sup>

Los sucesos relacionados con el caso de Mamá Inés dejaban en entredicho que el nuevo orden republicano se hallase a la altura de las expectativas trazadas, pues se veía claramente que los logros y adelantos del modelo de igualdad no respondían a los intereses de los ciudadanos negros. Estas incoherencias en la práctica de la igualdad probaron que el pretendido desagravio del negro no disminuía la utilidad del racismo en las estructuras sociales y políticas. Si bien desde la producción intelectual quedaron a la luz las distintas percepciones de los problemas raciales, aún se carecía de soluciones ante la discriminación y la injusticia.

Por muy renovador que fuera el movimiento cultural de aquellos años, este continuaba manejando visiones conservadoras. La poesía negrista constituyó un claro reflejo de esto: las creaciones de Ramón Guirao, José Zacarías Tallet y Emilio Ballagas colocaron a la «rumba

<sup>19</sup> Ramiro Neyra Lanza, de profesión tipógrafo, había pertenecido a la Guardia Rural y fungido como lector de tabaquerías. Luego incursionó con éxito en el periodismo y redactó la «Crónica social» de *El Mundo*. Fue director del periódico *La Antorcha* entre 1918 y 1919, y de la revista *Amor y Fraternidad* entre 1923 y 1924. En los años veinte también colaboró con *El Liberal* y *El Demócrata* (cfr. Nicolás Guillén: «Neyra», en «Ideales de una raza», *Diario de la Marina*, n.º 327, La Habana, 24 de noviembre de 1929, p. 11).

<sup>20</sup> Cfr. ANC, «Documento para un folleto» y «Los hijos de Mamá Inés», Fondo Adquisiciones, caja 81, n.º 4370 (anexo 3).

bárbara» al nivel de un producto meramente «folclórico». A pesar de las intenciones de los autores, el tema era más complejo en sus interioridades, pues debía coexistir con la visión estereotipada de la cultura negra que socializaban sistemáticamente las revistas y los diarios.

Roger de Lauria dio un claro ejemplo de ello en 1926, con su descripción del personaje de Rosa, aparecida en *Bohemia*: «Vestida para bailar, de ancha bata [...], pañuelo rojo de seda [...], se entregaba a las más lúbricas contorsiones, perseguida de cerca por el negro [...], verdadera danza africana, salvaje».<sup>21</sup> Ramón Guirao, en su poema «Bailadora de rumba», publicado por el *Diario de la Marina* en 1928 (figura 1), no difería mucho de esta representación:

*piel negra [...]*  
*Agita la maraca*  
*de su risa [...],*  
*en un ritmo afrocubano*  
*de*  
*guitarra*  
*clave*  
*cajón [...].<sup>22</sup>*

En *Bohemia* también se reseñaban las imágenes rumberas del artista Hernández Cárdenas con comentarios estereotipados: «Gestos de neurópatas, raras contracciones de hilaridad, desarticulando los rostros y los cuerpos, una salvaje emoción que encierra la sangre y se traduce en ritmos desconcertantes y en contorsiones de embrujamiento».<sup>23</sup> Por su parte, *Social* dio espacio a algunos textos sobre la tumba francesa, en los que se hablaba de tocadores negros con rostros de brujería y malas artes y un sonido primitivo. En esta misma revista, el éxito de Lecuona por *La conga de media noche* fue evaluado a partir de preconceptos racistas enfocados en el estereotipo del baile como una «danza tentacular, primitiva y descoyuntada».<sup>24</sup>

<sup>21</sup> Roger de Lauria: «La rumba», *Bohemia*, n.º 10, La Habana, 6 de marzo de 1927, pp. 4-5 y 48.

<sup>22</sup> Ramón Guirao: «Bailadora de rumba», *Diario de la Marina*, n.º 99, La Habana, 8 de abril de 1928, p. 1.

<sup>23</sup> «La rumba», *Bohemia*, n.º 20, La Habana, 13 de mayo de 1928, p. 33.

<sup>24</sup> Cfr. Francisco Navarro: «La tumba francesa», *Social*, n.º 1, La Habana, enero de 1930, p. 25; y ANC, Fondo Adquisiciones, caja 87, n.º 4396.

Estas descripciones del aporte negro iban en perjuicio de su efectivo reconocimiento. En la página dominical «Ideales de una raza», del *Diario de la Marina*, vieron la luz importantes observaciones acerca del papel del negro cubano en la cultura.



Figura 1. Facsímil de la página del *Diario de la Marina* en que apareció publicado el poema «Balladora de rumba», de Ramón Guirao.

Fuente: *Diario de la Marina*, n.º 99, La Habana, 8 de abril de 1928.

Hacia julio de 1930 la aparición de la serie de dibujos de Jaime Valls con diversos motivos de la vida negra (figura 2) desató una nueva polémica. Juan Marinello opinó que el problema de la raza negra no era sobre su consideración social sino de igualdad y fusión, y que en los dibujos de Valls solo se apreciaba una «contemplación simple de lo africano [...]», catalogación de las experiencias negras: folklore, etnografía», a lo cual agregaba: «En todo caso lo negro es espectáculo [...], cosa distante del espíritu [...], siendo un obstáculo para la solución definitiva del conflicto

racial».<sup>25</sup> Urrutia, por su parte, sentenciaba: «El negro no será espectáculo para el blanco cuando realice su independencia [...], cuando cese de estar al servicio espiritual [...], deje de industrializar su arte para la exportación al país blanco».<sup>26</sup> Domingo Argudín también se hizo eco de estas críticas por considerar las imágenes de Valls una modalidad impropia y vejadora dada su forma exótica, alejada del arte nacional.



**Figura 2.** Imagen del óleo *Los guitarreros*, de Jaime Valls.

**Fuente:** *Diario de la Marina*, n.º 99, La Habana, 8 de abril de 1928.

En la década de 1930 esta concepción cultural del negro fue muy censurada: convertir el arte cubano en una mezcla de maracas, sones y rumbas de la poesía negra tenía una clara finalidad turística. Sus defensores fueron acusados de enarbolar una poética artificiosa que

<sup>25</sup> Juan Marinello: «Unas palabras frente a “Páginas negras”», en «Ideales de una raza», *Diario de la Marina*, n.º 192, La Habana, 13 de julio de 1930, p. 11.

<sup>26</sup> Gustavo Urrutia: «El espectáculo», en «Armonías», *Diario de la Marina*, n.º 206, La Habana, 27 de julio de 1930, p. 11.

conducía a un racismo sin salida.<sup>27</sup> Mas, este criterio no era aplicable a exponentes como Nicolás Guillén (figura 3).<sup>28</sup> La mayoría de sus personajes populares, muchos de ellos negros y mestizos, fueron dados a conocer por el joven poeta en las páginas de «Ideales de una raza». El impacto de su propuesta generó diversas interpretaciones. Aunque la revista *La Semana* lo calificó de patético, con una «poesía rimada y descriptiva que mostraba la tragedia de la vida vulgar»,<sup>29</sup> muchos acertaban al disentir de estos juicios y elogiar la publicación de *Motivos de son* en 1930, obra que abordaba el tema del escaso reconocimiento social y cultural de la población negra.



**Figura 3.** Nicolás Guillén.

Fuente: *Diario de la Marina*, n.º 159, La Habana, 9 de junio de 1929.

<sup>27</sup> Cfr. «Jaime Valls en la asociación de la prensa», *Diario de la Marina*, n.º 75, La Habana, 16 de marzo de 1930, p. 8; y Duanel Díaz: «Afrocubanismo, vanguardismo, origenismo».

<sup>28</sup> Algunos especialistas señalan los antecedentes de esta literatura afrocubana en las figuras de José Manuel Poveda, Felipe Pichardo Moya, Regino Boti y Agustín Acosta. Comenzó con el *negrismo* en los años veinte, y tuvo dos tendencias fundamentales: una sensual y externa, donde sobresalieron Guirao y Ballagas; y otra correspondiente a una poesía de contenido humano que no abandonaba el rito y el color, en la que destacó precisamente Nicolás Guillén. Esta poesía de preocupación social estuvo influenciada por la obra de poetas americanos como el puertorriqueño Luis Palés Matos, el uruguayo Idelfonso Pereda y el afronorteamericano Langston Hughes (cfr. Instituto de Literatura y Lingüística: *Diccionario de la literatura cubana*, pp. 24-26, e *Historia de la literatura cubana*, pp. 317-327).

<sup>29</sup> Cfr. «El caso terrible de Nicolás Guillén», en «Ideales de una raza», *Diario de la Marina*, n.º 83, La Habana, 24 de marzo de 1929, p. 10.

Ante el enfoque innovador de Guillén, semanas después aparecieron en la columna de Urrutia las cartas donde Juan Marinello y Fernando Ortiz celebraban aquel magnífico ritmo negro que abría un nuevo camino. El periodista Pedro Portuondo Calás felicitó al joven poeta por el «sabor intenso y rico de cosas típicas [...], reafirmación del orgullo racial»<sup>30</sup> que se advertía en sus versos, mientras Primitivo Ramírez recordaba con júbilo los ocho *petists chefs de olive* que acaso podían interpretarse como sonidos de Anckermann o Lecuona, traídos con gran acierto a la obra.

Sin embargo, no todos se hacían eco de los elogios. El polémico Ramón Vasconcelos calificaba el poemario de «folklórico, criollo, afrocubano del patio [...], todo atavismo, sensualidad» y alertaba que el poeta no debía «darle el brazo a la musa callejera, fácil, vulgar y descoyuntada».<sup>31</sup> Guillén replicó inmediatamente al artículo de Vasconcelos y aclaró que su interés era contribuir a la poesía de ritmo popular cubano y que, desde su punto de vista, la obra era vanguardista, pues recreaba en versos el habla de muchos negros y también de algunos blancos de Cuba.<sup>32</sup>

El debate en torno a *Motivos de son* continuó por varios meses, y en agosto de aquel mismo año el Club Atenas acogió la conferencia de Nicolás Guillén «Motivos literarios». Durante sus palabras, el poeta insistió en que su interés consistía en dar calor y personalidad al negro de pueblo en lugar de desacreditarlo. Advirtió que, aunque el negro desapareciera como entidad étnica, su contribución a la identidad del cubano perduraría en el folclor y la fuerza de su espíritu. El evento fue comentado por Gustavo Urrutia en el *Diario de la Marina* con cierta suspicacia, al declarar que el título de la conferencia implicaba la admisión del son en la prestigiosa sociedad, que antes

<sup>30</sup> Pedro Portuondo Calás: «Carta a Guillén», *Diario de la Marina*, n.º 116, La Habana, 27 de abril de 1930, p. 6.

<sup>31</sup> Ramón Vasconcelos: «Motivos de son», *Diario de la Marina*, n.º 164, La Habana, 15 de junio de 1930, p. 36. Véase también Nicolás Guillén: «Sones y soneros», *ibídem*, p. 4.

<sup>32</sup> En la página dominical «Ideales de una raza» del *Diario de la Marina* se dieron a conocer los siguientes poemas de Guillén: «Negro bembón», «Mi chiquita», «Búcate plata», «Sigue», «Ayer me dijeron negro», «Tú no sabe inglés» y «Mulata» (cfr. «Ideales de una raza», *Diario de la Marina*, n.º 109, La Habana, 20 de abril de 1930, p. 6). Posteriormente, también se publicaría «Hay que tener boluntá» (cfr. *Diario de la Marina*, n.º 129, La Habana, 11 de mayo de 1930, p. 7; «Nicolás Guillén Batista», *Boletín Oficial del Club Atenas*, n.º 5, La Habana, 20 de mayo de 1930, p. 4; y *Social*, n.º 7, La Habana, julio, 1930, p. 14).

lo había proscrito de sus salones y había puesto al «negro fino» en situación de buscar en los bajos fondos la música afrocubana para poder divertirse, ya que el son tampoco era admitido en otros clubes negros como Unión Fraternal. Paradójicamente, la «buena sociedad» blanca ahora amaba este género y ya no le temía, con lo que sus detractores de la élite negra constituían un caso extraño dentro de la tendencia que imitaba la sociabilidad de los blancos.<sup>33</sup>

Editoriales de provincia calificaron al autor de artífice de un nuevo estilo literario en cuanto al decir de la población negra y la idiosincrasia criolla. Su potencial se reafirmó en 1931 con la propuesta de *Sóngoro cosongo*. El propio poeta apuntó en las palabras iniciales de su prólogo: «Por lo pronto el espíritu de Cuba es el mestizo. Y del espíritu hacia la piel nos vendrá el color definitivo. Algún día se dirá color cubano».<sup>34</sup>

A la labor de Guillén se sumaron los trabajos de Regino Pedroso, con su «Salutación fraterna al taller mecánico», y Alberto Peña.<sup>35</sup> Esta corriente evidenció la capacidad de los artistas negros y mestizos para ofrecer una representación auténtica de su imagen social. Su aporte, en función de los intereses de la raza de color, reveló una postura más acorde a los modos de vida populares y su riqueza dentro de la identidad cubana. Además de su novedad estilística, tales obras permitieron trascender las fronteras entre lo culto y lo popular en tanto hacían gala de un tono más natural y autóctono, que reforzaba el discurso social del negro en calidad de ciudadano.

El aprovechamiento de los canales informativos que brindaban los diarios y revistas para su difusión hizo posible el enfrentamiento a las visiones tradicionales y equilibrar el debate racial en la prensa: la columna de Urrutia constituyó un escenario oportuno para estos fines. Los activistas negros y mestizos, influidos por el contexto y sus

<sup>33</sup> Cfr. Gustavo Urrutia: «La conferencia de Guillén», en «Armonías», *Diario de la Marina*, n.º 241, La Habana, 31 de agosto de 1930, p. 4; «Influencias del arte negro», en «Armonías», *Diario de la Marina*, n.º 221, La Habana, 2 de septiembre de 1931, p. 2; y Regino E. Boti: «La poesía cubana de Nicolás Guillén», *Revista Bimestre Cubana*, s. n., La Habana, enero-julio, 1932, pp. 343-353. Para profundizar en la figura de Guillén, véase Ángel Augier: *Nicolás Guillén. Estudio biográfico crítico*.

<sup>34</sup> Citado por *Diario de la Marina*, n.º 129, La Habana, 11 de mayo de 1930, p. 39. Véase además *Diario de la Marina*, n.º 136, La Habana, 18 de mayo de 1930, p. 38; «Motivos de son: Nicolás Guillén», *Archivos del Folklore Cubano*, n.º 3, La Habana, julio-septiembre, 1930, pp. 222-238; y Nicolás Guillén: *Nicolás Guillén. Obra poética. 1920-1958*, pp. 112-114.

<sup>35</sup> Cfr. *Atuei*, s. n., La Habana, diciembre, 1927, p. 7.

experiencias, se sirvieron de los medios para la construcción del *no-sotros* social. No obstante, en el trasfondo de estos logros se hallaban arduas negociaciones intrarraciales con respecto al modelo de actitud civilizada que debía adoptarse y, puesto que el cumplimiento de la «etiqueta ciudadana» preocupó tempranamente a la élite –debido a que muchas veces el comportamiento de la mayoría no satisfacía sus expectativas–, fueron inevitables las confrontaciones.

### **«Todos los “negros finos” nos hemos reunido y hemos decidido...»**

Las tensiones entre los sectores populares y la élite negra sobre la conducta a observar en los espacios públicos provocaron encarnizados debates. En tanto el grupo elitista, que pretendía asumir los valores de la cultura occidental, se distanciaba de las masas negras pauperizadas, el racismo dejaba entrever una de sus aristas más complejas. El conflicto apareció reflejado en las publicaciones de los negros, generalmente utilizadas para reproducir, total o parcialmente, criterios de dominación racial que entronizaban los patrones de la vida civilizada y de la alta cultura.

Esta consolidación de la élite como estamento se había apoyado en la asunción de estilos de vida propios de la cultura hegemónica y divulgados por esta, en los que la clase negra pobre no se encontraba reflejada. Algunos especialistas definen la estrategia de la burguesía negra como «asimilacionista», a razón de su distanciamiento de los sectores populares. En opinión de René F. González García, la élite negra apoyó el mito de la igualdad racial: «El sector negro que emerge [...] tratará de desligarse por completo de la situación en que vive la mayoría [...], su presencia en sectores económicos, profesionales e intelectuales [...] no significa [...] una reorganización política en contra del orden racista [...]. La asimilación [...] los llevará a negarse por completo».<sup>36</sup>

Sus debilidades pasaron, como se ha visto, por la elección de formas conservadoras dentro de un medio hostil y desventajoso que condujo, en su segregación clasista, al desconocimiento del grupo racial. La principal paradoja de los discursos y acciones de la élite negra radicó en su distanciamiento de esos mismos elementos populares de

<sup>36</sup> René F. González García: «El ciudadano negro: aprendiendo a ser cubano», p. 74. Véase además «La raza de color cubana», *La Voz de la Razón*, n.º 569, La Habana, 5 de marzo de 1921, p. 2.

los que, a la vez, continuaba proclamándose representante. Sus figuras se consideraban símbolos de aquella mayoría que tenía otro modo de vida y diferentes patrones de conducta. Esto tensó las relaciones entre ambos sectores. Algunos estudiosos plantean que los líderes consolidaron su posición y enfatizaron la distancia social desde la educación y la cultura,<sup>37</sup> pero esto no impidió que tras la masacre del doce comenzaran a reevaluar la ciudadanía en función de intereses comunes.

Los diarios divulgaron parte de aquel rancio discurso que ofrecía una imagen deformada del negro perteneciente a las capas populares, sin deconstruir de manera efectiva los resortes del racismo dentro del propio estamento; por el contrario, con frecuencia incorporaban otros contenidos de semejante carácter. Si bien la lucha contra la discriminación racial constituyó un objetivo constante de la prensa negra, su visión de los grupos populares fue conservadora y discriminatoria.

La oposición a las manifestaciones musicales y religiosas de origen africano, que se consideraron desde un inicio una amenaza a la imagen ciudadana occidentalizada de la raza de color, pervivió como conflicto dentro del estamento negro. En la tradición oral se conservó una famosa copla que ironizaba al calor de estas presiones sociales, según la cual «todos los negros finos nos hemos reunido y hemos decidido no tocar más rumba». Fernando Ortiz supo captar con acierto las sutilezas de estos mecanismos de hegemonía cultural al advertir que aquellos negros que renegaban del tambor estaban movidos por el ansia de insertarse socialmente, pues el tambor había devenido un atavismo cuyos toques contaban de forma enajenada la historia de sus abolengos.<sup>38</sup> Se abría una frontera infranqueable entre la tradición, los códigos de los subalternos y la cultura de élite, complejidades incorporadas al debate

<sup>37</sup> Alejandro de la Fuente señala que el acceso a las profesiones y al trabajo intelectual en los primeros tiempos de la República se diseñó según el modelo de una sociedad moderna, donde los méritos académicos y el entrenamiento formal se consideraban claves en la estrategia clasista de los negros y mestizos. La educación se convertía así en una ruta para el ascenso y la movilidad social y en punto de partida para que los sujetos ejerciesen su derecho participativo en la política y la sociedad. Hacia 1899, solo el 30 % de los negros entre diez y diecinueve años tenía acceso a la instrucción y en 1931 esta cifra se había elevado hasta el 70 % por los esfuerzos realizados (cfr. Oficina Nacional de Estadísticas: *Los censos de población y viviendas en Cuba. 1907-1953*, pp. 269-270 y 306-307; Alejandro de la Fuente: Ob. cit., pp. 199-200; Dirección Nacional del Censo: *Censo de la República de Cuba. 1919*, p. 368; y Eric Williams: *El negro en el Caribe y otros textos*, pp. 61-70).

<sup>38</sup> Cfr. Fernando Ortiz: «La transculturación blanca de los tambores negros».

racial, que enfrentaban en diferentes espacios a estos grupos separados por sus discrepancias sociales.

Como se ha visto, algunos eventos festivos –los carnavales, la rumba, los toques de cajón, entre otros– fueron criticados por intelectuales negros y mestizos en tanto actividades contraproducentes para construir una imagen civilizada del ciudadano negro, pues no se correspondían con la actitud que este debía asumir en los espacios públicos. En 1911 Ramiro Neyra le preguntaba a Juan Gualberto Gómez su opinión sobre el tema, dado que el propio Neyra calificaba a las comparsas de «malsanas». Ramón Vasconcelos, en *La Prensa*, cinco años después, dejaba clara su oposición respecto a los carnavales y el tambor, atractivos tan solo para «la cáfila salvaje», y los acusaba de arraigar «actitudes que justifican la repulsa hacia el negro».<sup>39</sup>

Los movimientos en el seno de la élite, contrarios a estas expresiones culturales, cobraron cierta importancia. Vasconcelos recibió hacia 1916 una carta en la que se proponía la creación de un comité de ciudadanos cívicos para elevar el nivel de la población negra, a fin de desterrar costumbres populares como las comparsas, timbas y bailes colectivos.<sup>40</sup>

Las autoridades habían permitido, en ocasiones, el libre desarrollo de estas actividades para ganar votos, estrategia condenada por Marcel Levargie, quien denunciaba que luego los miembros de las comparsas exhibían sus hachones en los mítines políticos. Apuntó que los carnavales debían ser fiestas para expansionar el espíritu y no combates entre ciudadanos, a razón de lo cual llamaba a una diversión con decoro. Saturnino Escoto y Carrión, por su parte, protestó contra la pasividad de los intelectuales negros ante lo que consideraba un espectáculo reprobable e instó a la alcaldía municipal a prohibir oficialmente las comparsas y los tambores groseros.<sup>41</sup>

<sup>39</sup> Ramón Vasconcelos: «Comparsas», en «Palpitaciones de la raza de color», *La Prensa*, n.º 62, La Habana, 2 de marzo de 1916, p. 4. Véase también Ramón Vasconcelos: «Diálogo de pasada», en «Palpitaciones de la raza de color», *La Prensa*, n.º 111, La Habana, 20 de abril de 1916, p. 4; y ANC, Fondo Adquisiciones, caja 34, n.º 2642.

<sup>40</sup> Cfr. «Gracias, Lohengrin», en «Palpitaciones de la raza de color», *La Prensa*, n.º 70, La Habana, 10 de marzo de 1916, p. 4.

<sup>41</sup> Cfr. Marcel Levargie: «La fuga hacia la selva», en «Palpitaciones de la raza de color», *La Prensa*, n.º 84, La Habana, 24 de marzo de 1916, p. 4; y Saturnino Escoto y Carrión: «Los tambores en el carnaval y los intelectuales de la raza negra», *La Voz de la Razón*, n.º 790, La Habana, 12 de julio de 1924, p. 2.

Hacia 1919, *La Antorcha* discrepó de los planteamientos del actor blanco Pepe Serna en la entrevista que este concediera a *La Nación*. Serna calificaba a la rumba como «arte cubano» y se refería a las técnicas apropiadas para tocar correctamente los instrumentos, así como a sus tipologías y a la relación que guardaba con el baile de los ñañigos. Advertía que aunque la rumba solía confundirse con las danzas africanas, era una manifestación típica del negro cubano. *La Antorcha*, por el contrario, insistía en que quienes la cultivaban eran tenidos por gente «de poca monta» y que siempre «la sociedad distinguida les llamaba negros a sus intérpretes para eliminarlos».<sup>42</sup> Salta a la vista el contenido racial asociado a este género, siempre que se tratase de negros y mestizos, a pesar de que en los teatros, cuando era un profesional blanco quien bailaba la rumba de salón, la opinión solía ser distinta.

Para los humildes, sin embargo, la rumba adquiría otro significado, pues sus notas legitimaban el ideario nacional en determinadas celebraciones. Hacia 1919 el cronista López Garrido apuntaba que, durante la conmemoración del 10 de Octubre en La Habana, «una escoria negra se había lanzado hacia la calle en caravana [...]. En su recorrido habían tocado el tambor [...] que tanto apenaba a la cultura y la moral de la nación».<sup>43</sup> Por el contrario, en el Club Sánchez Figueras y la Sociedad San Francisco de Asís, de Matanzas y Pinar del Río, respectivamente, se había celebrado la insigne fecha como mandaban las estrictas tradiciones. Cada grupo enarbolaba de esta forma su lectura individual de la historia y le daba al acontecimiento una connotación propia.

Las conductas de los sectores populares siguieron en la mira de los periodistas negros. En 1929 Urrutia se aventuró a calificarlos de grupo anónimo, ubicado entre el hampa y los intelectuales. Se refirió a la escasa conciencia que tenían de su estamento y a aquella larga lista de limitaciones que les atribuían los intelectuales negros. Reconoció que la élite negra se ufanaba de su superioridad y bienestar personal, y olvidaba con frecuencia que el trabajo manual era tan útil como el intelectual, por lo que hacía un llamado a diseñar estrategias educativas y económicas que mejoraran las condiciones de vida de todo el colectivo.<sup>44</sup>

<sup>42</sup> Cfr. «A confesión aparte», *La Antorcha*, n.º 78, La Habana, 26 de octubre de 1919, pp. 1 y 4.

<sup>43</sup> *La Antorcha*, n.º 68, La Habana, 16 de octubre de 1919, p. 4.

<sup>44</sup> Cfr. Gustavo Urrutia: «El negro desconocido», en «Ideales de una raza», *Diario de la Marina*, n.º 299, La Habana, 27 de octubre de 1929, p. 11.

Pero en las concepciones de la élite, el ciudadano negro debía alejarse antes de aquellas expresiones de la vida vulgar y dedicarse a su superación, lo que implicaba desconocer sus aportes dentro del *etnos* cubano en la conformación de la identidad nacional.

A pesar de que las expresiones artísticas populares comenzaron a revalorizarse a finales de los años veinte como parte del proceso de redefinición cultural, continuó la prevención de la élite con respecto a estas. Cuando en 1929 se felicitó la apertura del nuevo edificio del Club Atenas, en «Ideales de una raza», Benjamín Muñoz Ginarte resaltó el rigor musical de la inauguración porque no se había tocado ningún son de los que se bailaban en otros salones aristocráticos, emparentados «con el bembé, los cajones del solar y las actividades políticas» de los negros.<sup>45</sup> Por el impacto profundo de los imaginarios tradicionales en la consideración de la rumba, su aceptación fue lenta y gradual. Los grandes medios habían contribuido eficazmente a estas visiones con su discurso de la rumba bárbara, que asociaba en la opinión pública tales prácticas a la inferioridad del negro. Por esta razón, rehabilitar el género desde la óptica de los sujetos tradicionalmente afectados, resultaba difícil, y la tarea correspondía en gran parte a los órganos de prensa.

Pero las prácticas clasistas de los «negros finos» ya habían sido cuestionadas en algunas cartas publicadas por los diarios. Una señorita denunciaba, en 1930, que algunos negros pudientes preferían contratar a personas blancas para el servicio doméstico mientras había una mayoría negra desempleada. Gerardo del Valle señaló que los negros cultos eran presas de sus ambiciones políticas, lo que evidenciaba un aristocratismo malsano, egolátrico y egoísta, que les impedía trascender su propio radio de acción en beneficio de las masas ignorantes y proletarias. Al final del texto se lamentaba de que el negro de élite solo deseara imitar al blanco y reproducir los vicios de este, mientras obviaba su propia originalidad en la lucha contra el prejuicio y la desigualdad.<sup>46</sup>

<sup>45</sup> Cfr. Benjamín Muñoz Ginarte: «Comento sin comentarios», en «Ideales de una raza», *Diario de la Marina*, n.º 138, La Habana, 19 de mayo de 1929, p. 11.

<sup>46</sup> Cfr. «Carta de una señorita», en «Ideales de una raza», *Diario de la Marina*, n.º 157, La Habana, 8 de junio de 1930, p. 11; y Gerardo del Valle: «El problema negro», en «Ideales de una raza», *Diario de la Marina*, n.º 290, La Habana, 19 de octubre de 1930.

Las críticas formuladas a la élite en este sentido fueron reflejo de la heterogeneidad de criterios imperante entre la población negra, y sus conflictos en diversos escenarios. No obstante, las prácticas populares tildadas de contraproducentes por algunos intelectuales negros permitieron en determinados contextos la relación con aquellos elementos del mismo grupo racial que compartían similares códigos, lo que propició el establecimiento de vínculos afectivos y joviales, alejados de los diseños segregacionistas. Mas la capacidad que habían demostrado «las gentes sin historia» para evaluar sus propias expresiones identitarias agudizó las tensiones interraciales.

Al margen de la polémica sobre los «motivos de negros», en otros niveles de representación los artistas de color conquistaron importantes espacios de reconocimiento durante la década de 1920. Se trató, por lo general, de producciones que observaban las estrictas definiciones de lo culto y que, por ende, cumplían con los patrones culturales establecidos. En 1917 se rindió tributo a la obra del músico negro José Manuel Jiménez, fallecido en Hamburgo, destacado concertista influido por las piezas de Franz Liszt y Richard Wagner. El cronista del evento aprovechó la ocasión para comentar que en obras como la de Adolfo Dollero, *Cultura cubana*, destinadas a compilar las expresiones culturales identitarias, solo se hacía mención de los «negros brujos» y sus tambores, y no se reconocía adecuadamente la labor de figuras cimeras como Jiménez.

Pero lo cierto es que la élite sí se esforzó en promover la valía de sus creadores y en enaltecer las contribuciones de estos a la vida intelectual ciudadana. Tal es el caso del excelente escultor Teodoro Ramos Blanco, cuyas imágenes negras, de formas muy novedosas, le valieron el mérito de diseñar un monumento en honor a Mariana Grajales (figura 4). Desde el *Diario de la Marina*, el cronista Raúl Verdes Plana elogiaba la capacidad de Ramos Blanco para transmitir en su obra un mundo de intensas emociones, criterio que compartían algunas reconocidas revistas culturales.<sup>47</sup>

<sup>47</sup> Cfr. «Vanity-Case», en «Ideales de una raza», *Diario de la Marina*, n.º 69, La Habana, 10 de marzo de 1929, p. 13; «La exposición de Argudín», *La Voz de la Razón*, n.º 675, La Habana, mayo de 1923, p. 2; «La gran labor artística de un escultor cubano», *Carteles*, n.º 16, La Habana, 20 de abril de 1930, pp. 38-39; «Figuras de actualidad», *Bohemia*, n.º 20, La Habana, 18 de mayo de 1930, p. 49; y Raúl Verdes Plana: «La mentalidad negra frente al arte», en «Ideales de una raza», *Diario de la Marina*, n.º 304, La Habana, 2 de noviembre de 1930, p. 11.



**Figura 4.** Facsímil de la reseña que comenta el proyecto de Teodoro Ramos Blanco para erigir el monumento a Mariana Grajales.

**Fuente:** *Atenas*, n.º 14, La Habana, junio de 1931.

En junio de 1929, Belisario Hereaux denunciaba en la columna a cargo de Urrutia la tragedia de la soprano Zoila Gálvez (figura 5), quien desde su regreso de Italia había llevado una vida sombría, sin oportunidades para demostrar sus encomiables dotes. Dos meses después, el Club Atenas patrocinó un concierto para la artista. Asimismo, cuando el propio Teodoro Ramos Blanco se encontró en apuros económicos hacia 1930, la directiva de Atenas solicitó prorrogar su licencia de vigilante en la Policía Nacional hasta que pudiera obtener una plaza que le permitiera superarse en la Escuela de Pintura y Escultura de La Habana.<sup>48</sup>

<sup>48</sup> Cfr. «Ideales de una raza», *Diario de la Marina*, n.º 350, La Habana, 16 de diciembre de 1928, p. 6; Belisario Hereaux: «Tragedia de arte. El caso de Zoila Gálvez», en «Ideales de una raza», *Diario de la Marina*, n.º 166, La Habana, 16 de junio de 1929, p. 11; «El concierto de Zoila Gálvez», *Diario de la Marina*, n.º 215, La Habana, 4 de agosto de 1929, p. 6; *Atenas*, n.º 6, La Habana, 20 de junio de 1930, pp. 3-4; y ANC, Fondo Adquisiciones, caja 53, n.º 4075.



**Figura 5.** Zoila Gálvez.

**Fuente:** *Diario de la Marina*, n.º 208, La Habana, 9 de julio de 1929.

Así, gracias a las redes, conexiones e influencias de la élite negra fue posible socorrer las carreras de algunos artistas. Otro ejemplo notable de esto es el caso del pintor Pastor Argudín (figura 6), cuya formación artística se vio favorecida por sus relaciones con Juan Gualberto Gómez. Todo indica que este último medió para que Argudín consiguiese el apoyo económico necesario con vistas a continuar sus estudios. En 1916, el pintor le escribió a Juan Gualberto Gómez desde Madrid para informarlo de sus excelentes calificaciones en los exámenes de oposición de la Escuela de Pintura, donde había obtenido el título de profesor de Dibujo.<sup>49</sup> Unos meses después solicitaba de su amigo y protector una carta de presentación para el ministro cubano en Italia, pues tenía intenciones de perfeccionar su técnica en Roma. Hacia 1917, cuando Juan Gualberto Gómez fue elegido senador, el joven se mostró preocupado por algunos rumores sobre la supresión de las pensiones, pues precisamente aquel año había perdido a su padre, cuyo duelo despidió el propio líder. La información indica que su pensión no fue suprimida, pues en mayo de 1919 el conde de Lombillo lo recibió en París, ciudad donde permaneció hasta finales de los años veinte.<sup>50</sup>

<sup>49</sup> Cfr. ANC, Fondo Adquisiciones, caja 94, n.º 4488.

<sup>50</sup> Cfr. ANC, Fondo Adquisiciones, caja 10, n.º 348.



**Figura 6.** Facsímil de una reseña a la trayectoria artística de Pastor Argudín tras su regreso a la Isla.

**Fuente:** *Atenas*, n.º 14, La Habana, junio de 1931.

Es justo conceder que la élite negra había desempeñado un papel activo en las luchas reivindicativas del sector, según sus propias estrategias e intereses, y que sus gestiones resultaron decisivas en la consecución de determinados beneficios —ya fuese a título de «favor personal» o en pro de las demandas del grupo—. En este sentido, tanto sus propios órganos periodísticos como su efectiva participación en importantes medios de la gran prensa continuaron siendo un mecanismo de primer orden en pos de una mayor representatividad social.



## La prensa: una estrategia efectiva por la igualdad racial

Los negros y mestizos que participaron en el debate racial después de 1912 usaron los espacios de divulgación a su alcance para contrarrestar el impacto del racismo periodístico. A medida que los prohombres negros consolidaron sus relaciones sociales, se involucraron con tales miras en diversos proyectos. Sus demandas se dieron a conocer sistemáticamente en los diarios patrocinados por ellos, fundados para promover los intereses de su estamento. Colaboradores, cronistas y corresponsales fueron miembros activos de aquellas publicaciones que vieron la luz debido al empuje de reconocidas figuras de la vida pública. Sus experiencias periodísticas en esa época demostraron la aptitud de la élite negra para intervenir en el sistema burgués de comunicación.

La participación mancomunada de los periodistas negros en el debate racial constituyó una demanda sistemática durante el período. En los primeros años de la República se habían enfrentado a la ausencia de un órgano poderoso de difusión que les permitiera oponerse de manera radical al racismo periodístico. La necesidad de un diario de gran cobertura se impuso como estrategia para influir en los estados de opinión. Lograr tal propósito fue una tarea compleja, pues era imprescindible contar con el apoyo y el consenso del grupo, lo que se dificultaba, tanto por sus carencias económicas, como por sus agudas contradicciones.

En 1913, Juan Bravo afirmó que la población negra no tenía medios para sostener un periódico diario. A finales de ese año, Aquilino Lombard escribió a Juan Gualberto Gómez interesándose por la reapertura de *La Opinión*. En esta misiva le comunicaba su satisfacción en caso de que se pudiese contar nuevamente con un órgano que defendiera los intereses de su estamento, y se ofrecía a colaborar como agente general del periódico en Matanzas, sin sueldo ni remuneración.<sup>1</sup> Si bien la

<sup>1</sup> Cfr. ANC, Fondo Adquisiciones, caja 29, n.º 2124.

prensa negra se esforzaba en mantener una actividad sistemática, el sostenimiento de cada diario dependía muchas veces de su capacidad para satisfacer las expectativas de quienes consumirían la información. En 1916, *Labor Nueva* recordaba que la población negra no solo necesitaba una prensa sino también un público lector, y apuntaba que el grupo más necesitado del país hacía grandes esfuerzos para sostener sus periódicos a pesar de todas las dificultades.<sup>2</sup>

El mantenimiento de los órganos de prensa dependía, además de la capacidad de los actores involucrados, del desarrollo de una adecuada infraestructura técnica y de la existencia de colaboradores en otras partes del país. Los periódicos negros generalmente carecieron de tiradas diarias: salían semanal, quincenal o mensualmente. En general, se servían del apoyo de aquellas figuras negras cuya participación en los espacios de la gran prensa se veía limitada y condicionada por toda clase de concesiones. Con motivo de esto, Lino D'ou Ayllón sostenía hacia 1916 en *Labor Nueva* que era necesario fundar revistas negras para los negros, ya que la gran prensa brindaba escasas posibilidades a los periodistas de su grupo racial.<sup>3</sup>

En 1919, el Club Atenas propuso fundar un órgano que representara los intereses de la raza de color como colectividad. Las reuniones a tal efecto se realizaron durante el mes de julio en los salones de la asociación. Se pensó financiar el proyecto con un capital inicial de 100 000 pesos, administrado por una comisión en la que tomarían parte Juan T. Latapier, Luis Valdés Carrero y Ramiro Cuesta. En agosto se informó de los trámites legales para la creación y emisión de acciones, gestión aprobada en estatutos redactados de forma anónima. La sociedad Casino Musical tuvo la iniciativa de realizar una gira en los jardines de La Tropical a fin de recaudar los fondos necesarios para la compra de un linotipo.<sup>4</sup> Pero la idea no fructificó; en el mes de octubre Isidoro Santos

<sup>2</sup> Cfr. «Charla semanal», *Labor Nueva*, n.º 20, La Habana, 15 de julio de 1916, p. 3.

<sup>3</sup> Cfr. Lino D'ou Ayllón: «Surge et ambula», *Labor Nueva*, n.º 23, La Habana, 30 de julio de 1916, p. 4.

<sup>4</sup> Cfr. *La Antorcha*, n.º 64, La Habana, 13 de julio de 1919, p. 1; y *La Antorcha*, n.º 69, La Habana, 17 de agosto de 1919, p. 1. Entre las 26 sociedades que apoyaron esta iniciativa se encontraban: Centro Maceo, Unión Fraternal, Atenas, Hojas de Otoño, Le Printemps, Los Marqueses, Jóvenes del Salvador, El Lirio, Jóvenes del Verano, La Azucena, El Porvenir, La Mariposa, Clavel Rojo, Jóvenes del Arte, Unión Club, Minerva, Jóvenes Florecientes, Juventud Social, La Rosa Blanca, Jóvenes del Polo, Nuevo Pensamiento y Jóvenes del Cayo (cfr. *La Antorcha*, n.º 78, La Habana, 26 de octubre de 1919, p. 2).

Carrero manifestó que el interés había decaído a causa de la indiferencia general y a razón de esto argüía: «Solo cuando la gran prensa maneja el tema racial [...] de forma tendenciosa [...] se piensa en un periódico que defienda los factores de la civilización».<sup>5</sup> Francisco Duany Méndez consideraba, por su parte, que una colecta entre todos los negros podría aportar el dinero suficiente para la adquisición de tres linotipos y una rotativa, de forma que el diario se insertase en el circuito periodístico con una efectividad garantizada.<sup>6</sup>

Proyectos como *La Antorcha* resultaron decisivos en la lucha contra el racismo. Este diario logró congregarse a una serie de activistas que protagonizaron importantes campañas a favor de los derechos del ciudadano negro. Su suscripción era de un peso anual, que debían pagar reconocidas personalidades y asociaciones. *Mario R. Renay*, seudónimo de Ramiro Neyra, quien fungía como su director, culpó reiteradamente en sus páginas a la gran prensa de silenciar los progresos de los negros cubanos y calumniarlos a través de sus noticias. En un editorial de 1919 se quejaba de «la ausencia del verdadero problema racial en la prensa [...], donde no existía una sola publicación que facilitara sus recursos para expresar sus quejas», y hacía el siguiente llamado a propósito de la fundación de *La Antorcha*: «El periódico abre las puertas a todos los que sepan reclamar sus derechos».<sup>7</sup>

El apoyo a estas empresas provenía del capital social de los gestores de los rotativos, en lo que ejercieron gran influencia el prestigio y la experiencia de algunos periodistas negros. La maestría del líder Juan Gualberto Gómez fue fundamental en este sentido, pues su larga carrera periodística lo convirtió en el decano del género para la raza de color. A medida que los años transcurrieron y su figura siguió consolidándose, las referencias y avales firmados por él se hicieron indispensables. Los órganos negros, por su parte, no tardaron en retribuirle al líder sus invaluable servicios. Hacia 1923, en la sede del periódico *La Lucha* se constituyó el Comité Pro-Casa Juan Gualberto Gómez, con objeto

<sup>5</sup> *La Antorcha*, n.º 76, La Habana, 12 de octubre de 1919, p. 1.

<sup>6</sup> Cfr. ANC, Fondo Adquisiciones, caja 28, n.º 2036.

<sup>7</sup> Ramiro Neyra Lanza (*Mario R. Renay*): «El ideal negro de la hora actual», *La Antorcha*, n.º 50, La Habana, 23 de febrero de 1919, pp. 1 y 4. *La Antorcha* fue un órgano creado a finales de la década de 1910, probablemente hacia 1918. Su redactor y administrador era José Armando Pla. Costaba 35 centavos y se editaba en Calzada del Monte, con una tirada semanal. Sobre el seudónimo de Neyra, véase María del Carmen Barcia: *Capas populares y modernidad en Cuba (1878-1930)*, p. 140.

de recabar los fondos necesarios para proveerlo de una vivienda, ya que Gómez por entonces «era tan pobre como cuando empezó en el periodismo».<sup>8</sup>

Pero el líder no cejó en su labor a pesar de estas precarias circunstancias y, en la década de 1920, promovió algunos proyectos periodísticos. Juan Estrada le manifestaba en junio de 1924 su deseo de colaborar en su próximo diario, que vería la luz, según las comunicaciones de la prensa, para finales de año. Desde Alacranes (Matanzas) también le escribiría Juan José León para ofrecerle sus servicios en el periódico *Patria*. Este órgano circuló con cierta sistematicidad a partir de 1925.<sup>9</sup> Mas el mantenimiento de esta empresa requería un mínimo de recursos, lo que limitó considerablemente la gestión de Gómez, pues debido a que la mayoría de sus colaboradores no percibían salario alguno, las contribuciones en el rotativo se hicieron cada vez más precarias, y algunos como Eduardo Millo dejaron el periódico alegando la necesidad de un trabajo remunerado para mantener a su familia. Todo indica que *Patria* se vio afectado por el desequilibrio entre ingresos y gastos, pues en carta de su director, fechada en 1926, se planteaba la inminente suspensión del diario, dada la ausencia de subvenciones que garantizaran su sostenimiento. No obstante, Juan Gualberto Gómez persistió en la promoción de otras iniciativas periodísticas, y en 1928 sacó a la luz el diario *La Independencia*, que tuvo una vida aún más corta que *Patria*.<sup>10</sup>

A finales de los años veinte, las publicaciones de los negros y mestizos pugnaban por conseguir un espacio de mayor trascendencia social. La revista *Progreso* comentaba al respecto: «Muchas veces se nos relega o se nos niega la oportunidad de publicar nuestras ideas [...], llamo a crear una prensa que represente nuestros problemas y mantenga los ideales de la raza [...], la prensa es el arma más poderosa para la realización de los ideales colectivos».<sup>11</sup> A pesar de las dificultades, los activistas negros y mestizos se las ingenieron para sostener

<sup>8</sup> Atenas se involucró desde el inicio en el proyecto, aportó doscientos pesos y su Comité Ejecutivo dio instrucciones precisas sobre cómo habrían de realizarse las recaudaciones, individuales y colectivas (cfr. «Al señor Juan Gualberto Gómez», «La casa para el señor Gómez» y «Otra adhesión valiosa», en *La Voz de la Razón*, n.ºs 672, 673 y 674, La Habana, abril y mayo de 1923, p. 1).

<sup>9</sup> Fue editado en la calle Virtudes n.º 111, donde se emplazó su redacción y administración.

<sup>10</sup> Cfr ANC, Fondo Adquisiciones, caja 42, n.º 1270; caja 28, n.º 2086; caja 17, n.º 1041; caja 33, n.º 2486; caja 17, n.º 1031; caja 5, n.º 110; y caja 20, n.º 1333.

<sup>11</sup> «Sustentando ideas», *Progreso*, n.º 6, La Habana, diciembre, 1929, pp. 9 y 13.

la circulación de sus principales diarios y revistas como espacio alternativo ante los embates de la gran prensa.

Algunas secciones tuvieron gran trascendencia en la vida pública. Este fue el caso de la página dominical «Ideales de una raza», de Gustavo Urrutia (figura 1), en el *Diario de la Marina*, que a finales de la década de 1920 colocó el debate racial en un nuevo nivel, pues lo hizo objeto de discusión entre los intelectuales y otras destacadas figuras de la esfera socio-política. Hasta ese momento, el debate había tenido la peculiaridad de que cada periodista se expresaba desde un diario o columna en particular, pero «Ideales de una raza» surgió con la finalidad de acoger en un mismo órgano periodístico los diversos pronunciamientos de los grupos sociales. Urrutia había comenzado a trabajar en el diario hacia 1928, en la sección «Armonías», y unos meses después tuvo a su cargo diferentes segmentos de la página dominical. Desde el principio, invitó a los intelectuales y figuras de otros órdenes, sin distinción de razas, a participar en la plana del domingo, como parte de la discusión sobre el lugar que correspondía al ciudadano negro en la sociedad republicana.<sup>12</sup>



**Figura 1.** Gustavo Urrutia.

**Fuente:** *Diario de la Marina*, n.º 159, La Habana, 9 de junio de 1929.

<sup>12</sup> Gustavo Urrutia Quirós había nacido en La Habana en 1881, y contaba cuarenta y siete años cuando empezó a publicar «Ideales de una raza» en el *Diario de la Marina*. Arquitecto de profesión, sin filiación política con ningún partido, logró su puesto por mediación de los Rivero, dueños del reputado diario, gracias a la amistad que tenía con el dibujante matancero Armando Maribona, quien lo puso en contacto con estos.

Inicialmente, recibió el apoyo de personalidades como Juan Gualberto Gómez, a quien Gustavo Urrutia agradecía que promoviese su espacio siempre que tuviera oportunidad, pues sabía la importancia de la divulgación, aún mayor si provenía de una figura tan reconocida. Gómez, a su vez, escribió en una ocasión que lo unía al joven la amistad con su padre, Enrique Urrutia, pues ambos habían sido compañeros de estudio en el colegio Nuestra Señora de los Desamparados, fundado por Antonio Medina. Además, tenía un alto concepto del potencial del joven, criterio compartido por el periodista Armando Pla, jefe de información de *El Camagüeyano*, quien calificaba de muy poderosa la gestión de Urrutia. Pla consideraba que los problemas del ciudadano negro no habían cambiado en líneas generales desde la época en que publicaba *La Antorcha*, razón quizás de que en la renombrada columna ya no se especulase con el mismo ardor sobre ellos.<sup>13</sup> La posibilidad de representación que ofrecía «Ideales...» a los diferentes actores de la vida pública en un órgano tan prestigioso avaló la credibilidad del proyecto de Urrutia, como reflejo de los cambios obrados en el contexto histórico de aquella etapa.

Puede considerarse que el hecho de que Urrutia se hallase a cargo de la página dominical contenía tres elementos subyacentes. Primero, estaba la importancia simbólica de que las figuras de color pudiesen publicar en uno de los diarios que representaban los intereses más conservadores de la élite económica, cuya posición había sido tradicionalmente racista. Esta concesión hecha a la raza de color, a finales de la década de 1920, posiblemente se debió al interés de ciertos círculos hegemónicos blancos por relacionarse con la élite negra habanera, que había ascendido a posiciones claves en el orden público durante el gobierno liberal de Gerardo Machado. También pudo influir en ello la necesidad de aumentar las ventas e ingresos del diario mediante un discurso que atrajera al ciudadano negro. Pero lo cierto es que la brecha abierta por los directores de un órgano tan conservador permitió una mayor visualización del tema racial en la gran prensa con un enfoque diferente al de las restantes publicaciones del circuito informativo. En segundo lugar, hubo un notorio enriquecimiento del potencial intelectual, ya que «Ideales...»

<sup>13</sup> Cfr. «Colaborando», en «Ideales de una raza», *Diario de la Marina*, n.º 315, La Habana, 11 de noviembre de 1928, p. 6; «Carta de Armando Pla», en «Ideales de una raza», *Diario de la Marina*, n.º 83, La Habana, 24 de marzo de 1929, p. 10; y ANC, Fondo Adquisiciones, caja 48, n.º 3778.

posibilitó un flujo permanente de ideas, más allá de las discusiones en torno a la racialidad, que demostró las aptitudes de la élite negra para polemizar con intelectuales blancos de la talla de Jorge Mañach y Juan Marinello. Por último, se encontraba el hecho, no menos importante, de que quien condujera la página fuese un escritor negro, miembro del Club Atenas y representante de la nueva generación de cubanos de color. Los activistas que solían tomar parte en los principales diarios de la época debían demostrar cualidades excepcionales para ganarse un puesto semejante en el sector informativo. Tenían que cumplir con un amplio catálogo de requisitos a tono con el prototipo imperante de hombre civilizado, profesional y culto, valores reconocidos entre la élite negra. La presencia de un periodista de color en la nómina de uno de los órganos más prestigiosos de entonces da cuenta de los avances en el reconocimiento del sector y la maduración de su labor periodística.

«Ideales de una raza» promovió numerosos debates sobre las fronteras de la igualdad, y muchas veces censuró la situación inferior en que se colocaba a los negros y mestizos dentro del modelo social. Los contrapunteos se suscitaban a raíz de las más diversas e insospechadas problemáticas de actualidad: la aparición de varios casos de tuberculosis hacia 1929 entre la población negra fue una de ellas. En esta ocasión, el debate comenzó con la conferencia que impartiera sobre el tema el doctor Gustavo Aldereguía. Urrutia llamó a enfrentar la enfermedad reuniendo los pocos recursos con los que se contaba, mientras Primitivo Ramírez Ross insistía en sus probables causas y destacaba el problema de la higiene y la sanidad como uno de los que más afectaba a los negros que vivían en los solares. Consuelo Morillo respondió a Ramírez Ross que, para contrarrestar este mal, se requería apelar a las mutualidades y fundar nuevas casas de salud, así como desarrollar una campaña de incentivo a la vida en los repartos, lejos del solar. Urrutia, días más tarde, propuso tomar medidas legislativas para romper con el *statu quo* de las clases dirigentes, y el propio Aldereguía instó a la raza de color a estar más preparada y a velar por sí misma como grupo social. Las palabras de este último fueron a su vez replicadas por Urrutia, quien cuestionó el sentido de tales comentarios y preguntó a Aldereguía si los había proferido en calidad de ciudadano blanco o como un hombre culto y altruista. El doctor aclaró días después que no había pretendido excluir a los enfermos negros, sino que fueran mantenidos por los de su grupo racial, e invitó a las sociedades negras

a crear un dispensario dedicado al estudio de la tuberculosis para mejorar la conciencia sanitaria.<sup>14</sup>

El debate racial cobró ímpetu al calor de los criterios publicados, pues distintas figuras intervinieron en las variadas aristas del discurso raza-nación. La pertenencia racial y clasista influyó en las concepciones manifiestas, centradas en el contrapunteo entre igualdad y racismo. En las discusiones se evaluaban las oportunidades de inserción social para los ciudadanos cubanos negros y mestizos, a contrapelo del racismo práctico, mientras algunos seguían cuestionando la existencia del racismo en Cuba.

Un colaborador del *Diario de la Marina*, de apellido Martínez, señaló que en la Isla no había tal «problema negro». Jorge Mañach reconoció que las opiniones en cuanto a la igualdad interracial eran divergentes, por lo que estas cuestiones se hallaban bajo el arbitrio de la polarización social y racial. Gastón Mora comentó la carta del doctor Martínez y se declaró conforme con la igualdad establecida; explicó que las diferencias entre negros y blancos se debían a las reminiscencias de la esclavitud, que había retardado las posibilidades del negro. En su opinión, el problema se resolvería con el acceso a la educación y llamaba a formar un frente único para mantener la patria libre. Juan Marinello planteó que la cuestión del negro no correspondía a la «consideración social» sino al ejercicio de la igualdad y la fusión; alegaba que esta última la haría desistir de fortalecer su personalidad, pues poco a poco se entendería a sí mismo a partir de una simple visión del problema de su condición étnica. Este criterio fue cuestionado por el mestizo Benjamín Muñoz Ginarte, en cuya opinión el negro había estado fusionado al blanco desde los tiempos de la independencia, y el error de Marinello consistía en verlo como africano y no como cubano. Guillén citó a Muñoz Ginarte al afirmar que la población blanca tenía un problema con la igualdad y ripostó a Mañach que el negro no padecía de «subordinación social» como él aseguraba, pues su grupo racial estaba instruido en todos los sectores de la vida pública, solo que el blanco no reconocía sus potencialidades y se

<sup>14</sup> Cfr. Gustavo Urrutia: «La tuberculosis en la raza negra», en «Ideales de una raza», *Diario de la Marina*, n.º 229, La Habana, 18 de agosto de 1929, p. 11; «Ideales de una raza», *Diario de la Marina*, n.º 236, La Habana, 25 de agosto de 1929, p. 11; «Ideales de una raza», *Diario de la Marina*, n.º 243, La Habana, 1.º de septiembre de 1929, p. 17; y Gustavo Aldereguía: «La tuberculosis en la raza negra. Réplica al señor Urrutia», en «Ideales de una raza», *Diario de la Marina*, n.º 257, La Habana, 15 de septiembre de 1929, p. 6.

necesitaba la igualdad de condiciones para una verdadera integración. Urrutia, por su parte, insistía en oponerse a la tesis del blanqueamiento ya que consideraba a Cuba como un país de cubanos.<sup>15</sup>

Otro tema objeto de frecuente discusión fue la preocupación sobre el estatus económico de la raza de color. El mestizo Belisario Hereaux, polemizando con Ramiro Guerra, llamó al negro a organizarse en la economía cubana para hacer frente al inmigrante blanco o colorado. La respuesta de Ramiro Guerra hacía notar que se trataba de uno de los problemas que con mayor fuerza obstaculizaban a la raza de color en el reconocimiento de la verdadera igualdad, pues la conquista del patrimonio era el primer deber del hombre negro. Esta despreocupación del blanco cubano ante la asfixia económica que padecía la población negra fue duramente criticada por Urrutia, quien disentía del criterio de Rafael Suárez, para quien ambos grupos padecían por igual la política egoísta del capitalismo. Urrutia opinaba que el negro sufría de «plus-dolor», pues aunque perteneciese a cualquier otra clase, seguiría cargando el «peso» de ser negro y, por lo tanto, el avance de su grupo estaba sujeto al desarrollo económico de las pequeñas empresas, comercios y, por supuesto, al ahorro. Dio ejemplos del proceso de capitalización del cubano negro en sus diversas actividades –fundamentalmente en el pequeño comercio–, lo que demostraba que se podía cumplir con este objetivo.<sup>16</sup>

Las polémicas desarrolladas evidenciaron la ambigüedad alrededor del tema de la igualdad y sus diversas interpretaciones. El hecho de que una parte importante de la intelectualidad cubana participara en ellas actualizó la presencia del debate racial en la agenda socio-política de

<sup>15</sup> «Ideales de una raza», *Diario de la Marina*, n.º 138, La Habana, 19 de mayo de 1929, p. 11; *Diario de la Marina*, n.º 145, La Habana, 26 de mayo de 1929, p. 11; Juan Marinello: «Unas palabras frente a “Páginas negras”», ídem; Nicolás Guillén: «El blanco: he ahí el problema», *Diario de la Marina*, n.º 159, La Habana, 9 de junio de 1929, p. 11; «Armonías», ídem; y Benjamín Muñoz Ginarte: «Las frases piadosas y crueles del señor Marinello», *Diario de la Marina*, n.º 213, La Habana, 3 de agosto de 1930, p. 11.

<sup>16</sup> Cfr. Belisario Hereaux: «Hay que terminar», en «Ideales de una raza», *Diario de la Marina*, n.º 6, La Habana, 6 de enero de 1929, p. 6; Ramiro Guerra: «Cómo nos ven», en «Ideales de una raza», *Diario de la Marina*, n.º 13, La Habana, 13 de enero de 1929, p. 6; «Ideales de una raza», *Diario de la Marina*, n.º 109, La Habana, 20 de abril de 1930, p. 6; «El remedio heroico», en «Ideales de una raza», *Diario de la Marina*, n.º 122, La Habana, 4 de mayo de 1930, p. 6; y Gustavo Urrutia: «El plus-dolor», en «Ideales de una raza», *Diario de la Marina*, n.º 276, La Habana, 5 de octubre de 1930, p. 5.

la nación. La sociedad de aquellos años ofrecía condiciones propicias para el surgimiento de nuevos análisis que cuestionaban los pretendidos logros republicanos. Por otra parte, quedó clara la capacidad de negociación y movilización de los negros y mestizos dentro de los límites de la igualdad creada, así como sus habilidades para reformular los intereses de su grupo social. Si bien no cesaron las prácticas racistas, se consiguió que todos los elementos discriminados, con independencia del color de su piel, uniesen fuerzas a fin de reclamar sus derechos en una república marcada por la explotación y la injusticia. Para ese entonces, la sociedad cubana se hallaba en un proceso de radicalización y redefinición.

En este contexto, Nicolás Guillén calificó a la prensa hacia 1929 de «martillo intelectual» contra las divisiones y de eficaz herramienta en pos de la unidad.<sup>17</sup> La élite negra continuó tomando parte en el debate racial aun después de que la página de Urrutia llegara a su fin en 1931, hecho que no minimizó la capacidad de negociación del grupo de color dentro de los espacios que la gran prensa le concedía a este tema. A inicios de 1932, el político y veterano de la independencia Lino D'ou Ayllón comenzó a publicar su columna «La marcha de una raza» en el periódico *El Mundo*, por cuanto los rotativos, fieles exponentes del debate social, siguieron reflejando las interpretaciones de sus distintos actores. La polémica estaba llamada a intervenir en la propaganda publicitaria republicana, dado el creciente impacto social de las relaciones entre negros, blancos y mestizos.



<sup>17</sup> Cfr. Nicolás Guillén: «Periódicos negros de cubanos o periódicos cubanos de negros», en «Ideales de una raza», *Diario de la Marina*, n.º 215, La Habana, 4 de agosto de 1929, p. 6.

# Anexos



"CLUB ATENAS"

Asociación Cultural y de Amigos  
RECIBIDA EN LA  
SAN MIGUEL 128, 6106  
TELÉFONO 26-2706  
HABANA

ARCHIVO NACIONAL



El "CLUB ATENAS" y los elementos representativos de la raza de color de la Habana, reunidos anoche en el local social de aquel para considerar los últimos sensibles acontecimientos, desea hacer constar con toda la serenidad que las actuales difíciles circunstancias de Cuba necesitan, su incomodidad con la aplicación de dos procedimientos repugnantes a la natural hidalguía y honrría de bien cubanos: "el linchamiento" y la mal llamada "LEY DE FUGA", máxime en casos no efectivamente comprobados como el de Regla, en que perdió la vida un súbdito inglés.-

"CLUB ATENAS", admiradora de un gran país aliado, cuya grandeza sabe pesar con exactitud, lamenta que haya recaído primeramente en un súbdito de la ilustre nación inglesa, tan violenta medida. Esta Institución, condenando las prácticas salvajes de otros tiempos, declara apoyar al gobierno y a la sociedad cubana, en su misión de garantizar en todos los casos la vida y la hacienda de cuantos vivan bajo su amparo, mediante el escrupuloso cumplimiento de las leyes y procedimientos establecidos en las mismas. Y finalmente hacer constar que los ~~máximos~~ núcleos de cultura de su raza están a la misma respetable distancia de quien más pueda estarlo, de toda violencia contra el sagrado derecho de vida, así como de los actos de "brujería" y "otras lacras" sociales; no creyéndose exclusivamente deprimido en el orden moral por esos casos, ni el supuesto de haber ocurrido tal y como se los ha hecho circular porque ellos tienen la misma relación que pueda tener el más refinado núcleo de población blanca.-

Habana, Julio 12 de 1919.

## Anexo 1. Proclama del Club Atenas con motivo de los linchamientos de 1919\*

El «Club Atenas» y los elementos representativos de la raza de color de La Habana, reunidos anoche en el local social de aquel para considerar los últimos sensibles acontecimientos, desea hacer constar con toda la serenidad que las actuales difíciles circunstancias de Cuba necesitan, su inconformidad con la aplicación de dos procedimientos repugnantes a la natural hidalguía y hombría de bien cubanas: «el linchamiento» y la mal llamada «Ley de Fuga», máxime en casos no efectivamente comprobados como el de Regla, en que perdió la vida un súbdito inglés.-

«Club Atenas», admiradora de un gran país aliado, cuya grandeza sabe pesar con exactitud, lamenta que haya recaído primeramente en un súbdito de la ilustre nación inglesa, tan violenta medida. Esta Institución, condenando las prácticas salvajes de otros tiempos, declara apoyar al gobierno y a la sociedad cubana, en su misión de garantizar en todos los casos la vida y la hacienda de cuantos vivan bajo su amparo, mediante el escrupuloso cumplimiento de las leyes y procedimientos establecidos en las mismas. Y finalmente hacer constar que los núcleos de cultura de su raza están a la misma respetable distancia de quien más pueda estarlo, de toda violencia contra el sagrado derecho de vida, así como de los actos de «brujería» y «otras lacras» sociales; no creyéndose exclusivamente deprimido en el orden moral por esos casos, ni el supuesto de haber ocurrido tal y como se los ha hecho circular porque ellos tienen la misma relación que pueda tener el más refinado núcleo de población blanca.

Habana, julio 1.º de 1919.



\* ANC, Fondo Adquisiciones, caja 75, n.º 4312.



## Anexo 2. Carta de los estudiantes miembros del Club Atenas por los sucesos del parque Vidal de Santa Clara en 1925\*

Habana, 22 de enero de 1925.

Sres. Ambrosio Campos Vicente;  
Jesús López Silvero, y  
Salvador Castillo  
Santa Clara.

Distinguidos compatriotas:

Los estudiantes de la Universidad Nacional, pertenecientes al elemento de color, reunidos en asamblea, para tratar de los hechos acaecidos en Santa Clara, con respecto al asunto del Parque Vidal y teniendo conocimiento por las informaciones publicadas en la prensa de esta capital, de las manifestaciones hechas por ustedes y que copiadas dicen así: «Elementos representativos de la raza de color, se han reunido en la morada del comerciante Salvador Castillo, bajo la Presidencia del Catedrático del Instituto Provincial Dr. Ambrosio Campos Vicente, actuando de Secretario el señor Jesús López Silvero, acordando visitar al Gobernador Provincial, al Alcalde Municipal y Supervisor Comandante Betancourt, para saludarlos y comunicarles el acuerdo tenido en la residencia mencionada, tendiente a mantener a todo trance la confraternidad debida entre los elementos que conviven en Cuba, para honor y prosperidad de la República, manteniendo al mismo tiempo la tradición existente sobre el Parque Vidal, ya que la disposición actual del mismo no es vejaminosa para los habituales asistentes a dicho parque».

\* ANC, Fondo Adquisiciones, caja 83, n.º 4384.

Los estudiantes universitarios, creemos vejaminosas esas declaraciones para la raza de color así como para el civismo de todo el pueblo cubano. Lanzamos un voto de censura y condenamos por ser deprimente para el noble y patriótico pueblo villaclareño y para toda la República, los acuerdos adoptados en la casa del señor Castillo, pues es un asunto nacional que se debate aunque haya tenido en esa ciudad lugar; y si miras particulares e inclinaciones individuales han guiado a ustedes a tan infausta determinación, depongan cívicamente y notablemente su actitud, para así romper con las degradantes tradiciones que sólo espíritus arcaicos y retrógrados pueden aceptar y con los cuales no podemos estar, por ningún concepto, seres que hemos nacido bajo el sol de la libertad.

Este Comité que labora por nuestra dignificación colectiva, cree que deben desaparecer por completo mezquinas divisiones que tienen carácter colonial, y, por lo tanto, no acepta la continuación de las viejas normas de la separación del paseo por razas. El Comité cree que no están ustedes autorizados, para determinaciones tales, que atañen a toda la raza de color de Cuba.

Continuaremos laborando infatigablemente para obtener, no solamente la unificación de los paseos públicos, sino también para conseguir la igualdad en todos los órdenes y actividades humanas; igualdad que sólo tenemos nominalmente en muchos aspectos y que es necesario conseguir de hecho en todos los órdenes de la vida nacional, puesto que sería una cobardía indigna que nos dejáramos arrebatar injustamente, los fueros que nos legaron nuestros padres, regados tantas veces por la sangre de los Maceo y de Moncada.

La denigrante solución de ustedes sólo servirá para establecer una tregua en la lucha y no para dar fin al problema, el cual estallaría con no sabemos qué fatales consecuencias en la primera oportunidad, si no se le da ahora la solución definitiva y justa.

Nosotros apelamos al sentimiento de dignidad y de patriotismo de ustedes para que rectifiquen su conducta, que no está justificada más que por un deseo de conciliación, a todas luces improcedente y que rechazan al mismo tiempo, el honor de Villaclara y el noble espíritu de decoro de las nuevas generaciones cubanas. -Firmado

Félix Cebreco Nápoles  
Fernando Arteaga Meneses  
Raúl Amaral Agramonte

Arcadio Cuéllar García  
Alejandro Carabito Pérez  
Celestino Hernández Robau  
Manuel Amaral Agramonte  
Luis F. Campos  
Digna Fernández  
Manuel O'Farrill  
Celedonio Cuéllar García  
Alfredo Vidal García  
Bartolomé A. Echemendía  
Francisco Canaseo y Stuart  
José Pérez Fuentes  
María Luisa Vélez  
Evelio Tieles  
Pablo Duarte  
J. Portuondo  
Víctor Castillo  
Manuel de Jesús Álvarez y Pérez  
Mariano López Crespo  
Juan Cárdenas García  
Laudelino García Inerarity  
Diego V. Hidalgo  
Abelardo Mir  
Juan Manuel González  
Juan R. Tandrón.-  
Carlos M. Betancourt.<sup>1</sup>



<sup>1</sup> Este último aparece escrito a mano en el original.



## Anexo 3. Polémica sobre el caso de Mamá Inés\*

### Calendario sentimental. «Mamá Inés» (2)

«Pero Mamá Inés, yo quiero divertirme.

»Ahora no mi hijita; ya tendrá tiempo. Ahora hay que estudiá pa sé gente».

Un día se enteró de que el bodeguero de la esquina abusaba de la inocencia de Mersé. Fué a pedirle cuentas y le arañó el rostro hasta hacérselo sangrar.

Aquella negrita había que conseguirla pasando por la iglesia.

La humedad del agua de la batea le enfrió los huesos. Se puso reumática, casi paralítica de las piernas. Se fue muriendo lentamente de nostalgia, de frío, de soledad. Mersé se había fugado al fin para tener libertad y poder ir a las rumbas del barrio.

¡Qué buena era Mamá Inés! Era de alma blanca como aquella jabonadura dentro de la que sus manos negras hacían primores de agilidad, junto a la batea. Era muy fea por fuera; pero tenía muy bello el corazón.

¡Cómo recuerdo a aquella pobre vieja buena, cariñosa y resignada, cuyas manazas ásperas se hacían blandas para el mimo maternal!

\*\*\*

### Calendario sentimental. «Los hijos de Mamá Inés»

(Por el *Caballero de la Luz*)

Copio la siguiente carta, algunos conceptos, reclaman el comentario:

Guanabacoa, agosto de 1928

Sr. *Caballero de la Luz*.

Redactor de *El País*.

\* ANC, Fondo Adquisiciones, caja 81, n.º 4370.

Muy estimado señor mío:

Acabo de leer, en *El País* de hoy, su bien escrito trabajo «Mamá Inés», y deseo felicitarlo con la sinceridad que suelo hacer todas mis cosas.

Ese su valioso trabajo que yo califico de poema de amor, de reconocimientos y de justicia, debiera ser una provechosa lección para los cubanos todos que, nietos muchos de ellos de Mamá Inés, la olvidan y desprecian, olvidándose, ¡ingratos!, que, tarde o temprano, todo mal se paga como todo bien se cobra.

Así, como su Mamá Inés ideal, viven en Cuba los negros cubanos. Olvidados por todos los que con ellos hicieron la República, malditos por su abolengo y con los brazos siempre levantados hacia lo alto, como en petición de algo que, iluminando la conciencia de sus conciudadanos, les haga disfrutar de un tanto de justicia en su país. ¡Porque el negro cubano aún no ha aprendido a maldecir!

Mamá Inés, propulsada por un falso espejismo, figurándose que al surgimiento de la República valdrían en ella los que más supieran y los que mejor hicieran las cosas, decía a su Mersé: «hay que estudiá pa sé gente» y, la infeliz, si viviera, vería que, en su país, en el país que ella contribuyera a liberar dando hasta su sangre, actualmente de nada sirve saber; si se es negro se ha cometido un delito gravísimo que solo se paga con la muerte, por hambre, por abandono, por tristeza, por... cualquier cosa. Ser negro, ser nieto franco y sincero de ella, es haber cometido un gravísimo delito...

Por amor a la justicia, por su amor a la gratitud, por amor a su misma raza que de tantas cosas tiene que dar cuenta a Dios en un mañana más o menos próximo, siga usted recordando con cariño a Mamá Inés, a ver si de ese modo toca usted a las puertas de tantos corazones dormidos como existen en la República que jamás hubiera sido posible crear o establecer sin el concurso de la misma y de sus hijos. Ella (Mamá Inés) desde el lugar donde more su espíritu, y los corazones honrados que en nuestra patria palpitan aún, tendrá para usted bendiciones y aprecio.

«Todo bien que se hace se cobra al fin como se paga todo mal».

Muy suyo, affm., seguro servidor,

(FDO.) RAMIRO NEYRA

LANZA

\$/c. Martí núm. 28.

Guanabacoa.-

## Calendario sentimental. «Los hijos de Mamá Inés» (2)

No comparto el pesimismo del señor Neyra. La República ha olvidado muchos de sus compromisos con el programa revolucionario, es cierto; pero no ha escarnecido al negro por ser negro. La conciencia cubana no puede ser nunca la de un grupo que en cualquier caso haya buscado el objetivo de su reacción colonial en determinados problemas raciales. Las instituciones legítimamente heredadas de la ideología mambí, en las que se ha refugiado la doctrina que hizo hermanos a Martí y a Maceo –fraternidad del sacrificio y de la muerte– mantienen la grandeza del amor y del derecho entre todos los cubanos.

Dice el señor Neyra:

«...de nada sirve el saber mucho, si se es negro se ha cometido un delito gravísimo que sólo se paga con la muerte por hambre, por abandono, por tristeza, por... cualquier cosa».

La estadística de la enseñanza primaria –la verdadera fuente de la ciudadanía– revela un progreso enaltecido para los negros cubanos. El orden de la victoria escolar, en relación con las promociones de años vencidos, es éste: primero, las hembras blancas, después, las hembras de color; seguidamente los varones de color y al final los varones blancos. La República cumple fielmente su deuda de solidaridad cubana, dando su savia cívica por igual a todos sus hijos, a los hijos de Mariana Grajales y a los de Paula Pérez...

¿No es toda Cuba la que rinde su ofrenda fervorosa a la madre de los Maceo?

A Mamá Inés la olvidaron sus hijos blancos, los que amamantó en su seno pródigo; y sus hijos negros, los que llevó en sus entrañas.

La República no ha fracasado. Es cierto que surgió la institución política en 1902, pero hace falta la renovación social para que quede integrada la conciencia republicana. Eso vendrá. Aún no es tiempo... 25 años representan, en la vida del aprendizaje cívico, la edad del Kindergarten.

Es obra de maestros. Comenzamos con don Tomás que lo era, pero que encontró un alumnado de la terrible escuela colonial. También él tuvo resabio de aquella pedagogía truculenta.

Hoy la escuela va siendo toda la nación, como soñaba Martí...

Guanabacoa, agosto 10 de 1928.

Sr. Osvaldo Valdés de la Paz.  
*El Caballero de la Luz.*  
Redactor de *El País*.  
Habana

Muy estimado señor mío:

Adjuntas a la presente, tengo el gusto de remitir las seis cuartillas escritas al correr de una Remington, comentando los comentarios que, para satisfacción mía y para mi honra, hubo usted hacer al calce de mi carta de fecha 8 del actual.

Tienden dichas cuartillas a demostrarle que he sabido leerlo y, aunque no ha querido hacerlo con franqueza, veo que en sus comentarios me hace usted el honor de darme la razón. Si usted quiere puede publicarlas y comentarlas para que de ese modo dejemos establecida una discusión, que nunca ha de salirse del plano en que deben moverse las personas decentes que son capaces de pensar, tal vez sin con [*sic.*] algún beneficio para Cuba, y para esa publicación que cuenta con todas mis simpatías, pero si no lo cree oportuno, puede aguardarlas, puesto que por ésto no ha de sufrir el más ligero quebranto la buena amistad que ya creo me une a usted, más que por ninguna razón, por el cariño que veo sigue profesando a Mamá Inés y a sus hijos.

La República, mi querido Valdés de la Paz, es una cosa muy distinta a las que en ella y a su sombra hacen los que, explotándola, son incapaces de pensar con ella.

Créame usted, muy devoto suyo y affmo. Y s. s.,

RAMIRO NEYRA Y  
LANZA.  
\$/c. Martí num. 28.  
Guanabacoa.



## Bibliografía

- ACANDA, JORGE LUIS: *Sociedad civil y hegemonía*, Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, La Habana, 2002.
- AGUIRRE, SERGIO: «El cincuentenario de un gran crimen», *Cuba Socialista*, n.º 2, La Habana, diciembre, 1962, pp. 33-51.
- \_\_\_\_\_ : *Un gran olvidado. Juan Gualberto Gómez*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1997.
- ALFONSO LÓPEZ, FÉLIX JULIO: «Higiene, sociedad y béisbol en La Habana de *fin-de-siècle*», *La esfera y el tiempo*, Unicornio, La Habana, 2007, pp. 35-50.
- ALSINA, MIGUEL RODRIGO: *La construcción de la noticia*, Paidós, Barcelona, 1989.
- ÁLVAREZ, JESÚS TIMOTEO y ASCENSIO MARTÍNEZ: *Historia de la prensa hispanoamericana*, Manfred, Madrid, 1992.
- ÁLVAREZ, LOUIS: «La migración haitiana a Cuba, 1912-1934, en el contexto de las relaciones históricas entre Haití y Cuba», tesis de maestría, Facultad de Filosofía e Historia, Universidad de La Habana, 2003.
- ÁLVAREZ PITALUGA, ANTONIO: *Revolución, hegemonía y poder*, Fundación Fernando Ortiz, La Habana, 2012.
- ANDREWS, GEORGE REID: *Blacks and Whites in Sao Paulo, Brazil. 1888-1988*, University of Wisconsin Press, Madison, 1991.
- ARCHER, JEFFRAY: *El cuarto poder*, Grijalbo, Barcelona, 1996.
- ARREDONDO, ALBERTO: *El negro en Cuba*, Editorial Alfa, La Habana, 1939.
- ASOCIACIÓN NACIONAL DE CARTEROS: *Homenaje a Don Juan Gualberto Gómez en su natalicio*, s. e., La Habana, 1934.
- AUGIER, ÁNGEL: *Nicolás Guillén. Estudio biográfico crítico*, Ediciones Unión, La Habana, 1984.
- BALIBAR, ETIENNE e INMANUEL WALLERSTEIN: *Raza, clase y nación*, IEPALA, Madrid, 1991.

- BARCIA, MARÍA DEL CARMEN: *La otra familia. Parientes, redes y descendencia de los esclavos en Cuba*, Casa de las Américas, La Habana, 2003.
- \_\_\_\_\_: «El tema negro en la historiografía cubana del siglo xx», *Del Caribe*, n.º 44, Santiago de Cuba, 2004, pp. 102-109.
- \_\_\_\_\_: *Capas populares y modernidad en Cuba (1878-1930)*, Fundación Fernando Ortiz, La Habana, 2005.
- \_\_\_\_\_: *Los ilustres apellidos: negros en La Habana colonial*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2009.
- \_\_\_\_\_: «Fernando Ortiz y sus estrategias culturales», *La Siempreviva*, n.º 10, La Habana, 2011, pp. 68-78.
- BARCIA PAZ, MANUEL: *Con el látigo de la ira*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2000.
- BASAIL RODRÍGUEZ, ALAIN: «Estilos de época y cultura impresa. Prensa, procesos culturales y cambios sociales en Cuba. 1878-1898», tesis de doctorado, Facultad de Sociología, Universidad de La Habana, 2002.
- BENÍTEZ ROJO, ANTONIO: «El surgimiento de la cultura afrocubana (1920-1950)», *Historia y Cultura*, n.º 4, Colombia, diciembre, 1996, pp. 9-23.
- BERTRAND, MICHEL: «De la familia y la red de sociabilidad», *Revista Mexicana de Sociología*, n.º 2, Instituto de Investigaciones Sociales, México, 1999, pp. 107-135.
- BRONFMAN, ALEJANDRA: «La barbarie y sus descontentos: raza y civilización. 1912-1919», *Temas*, n.ºs 24-25, La Habana, enero-junio, 2001, pp. 23-33.
- \_\_\_\_\_: «En plena libertad y democracia: negros brujos y la *social question*, 1904-1919», *Hispanic American Historical Review*, n.º 82, Duke University Press, Durham, 2002, pp. 549-587.
- \_\_\_\_\_: *Measure of Equality. Social Science, Citizenship and Race in Cuba. 1902-1940*, University of North Carolina Press, North Carolina, 2004.
- BUSTAMANTE, LUIS J.: *Enciclopedia popular cubana*, t. 2, Imprenta y Librería La Moderna, Cienfuegos, 1943.
- CALDERÓN GONZÁLEZ, JORGE: *Amparo: millo y azucenas*, Casa de las Américas, La Habana, 1970.
- CARPENTIER, ALEJO: *Ecue-yamba-o. Novela afrocubana*, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1977.
- \_\_\_\_\_: *La música en Cuba*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1988.
- CARRERAS, JULIO A.: *Esclavitud, abolición y racismo*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1985.
- CARRERA JÚSTIZ, FRANCISCO: *El Distrito Metropolitano de la capital de la república*, Imprenta La Prueba, La Habana, 1923.

- CASTELLANOS, ISRAEL: *El tipo brujo*, Imprenta La Universal, La Habana, 1914.
- \_\_\_\_\_ : *La brujería y el ñañiguismo en Cuba desde el punto de vista médico legal*, Imprenta De Lloredo y Cía., La Habana, 1916.
- \_\_\_\_\_ : *Medicina legal y criminología afro cubana*, Molina y Cía. Impresores, La Habana, 1937.
- CASTELLANOS, JOSÉ: *La casa donde nació Maceo. José Maceo Grajales. Lino D'ou Ayllón*, Talleres Poligráficos José Antonio Saco, Santiago de Cuba, 1957.
- CASTRO, SILVIO: *La masacre de los independientes de color en 1912*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2002.
- CHACÓN GUZMÁN, YAILÍN A.: «Las luces de *Minerva*. Caracterización comunicológica de la revista quincenal *Minerva*, expresión de una conciencia emancipatoria decimonónica», tesis de licenciatura, Facultad de Comunicación Social, Universidad de La Habana, 2012.
- CHÁVEZ, ERNESTO: *El crimen de la niña Cecilia. La brujería en Cuba como fenómeno social*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1991.
- COLÓN, YANELIS: «La prensa en Cuba. 1925-1929. Un acercamiento al sistema de comunicación institucional», tesis de licenciatura, Facultad de Comunicación Social, Universidad de La Habana, 2006.
- CONTE, RAFAEL y JOSÉ M. CAPMANY: *Guerra de razas (negros y blancos en Cuba)*, Imprenta Militar Antonio Pérez, La Habana, 1912.
- Cuba en la mano: enciclopedia popular ilustrada*, Imprenta UCAR García y Cía., La Habana, 1940.
- CUBAS HERNÁNDEZ, PEDRO A.: «Posición de los parlamentarios negros y mulatos ante los sucesos de 1912», en María del Pilar Díaz Castañón, *Éditos inéditos. Documentos olvidados de la historia de Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2005, pp. 17-38.
- \_\_\_\_\_ : «Club Atenas, 1919: Entre la sorpresa y el espanto», en María del Pilar Díaz Castañón, *Perfiles de la nación*, t. II, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2006, pp. 1-34.
- CUÉLLAR VIZCAÍNO, MANUEL: *Doce muertes famosas*, Sánchez S.A., La Habana, 1957.
- DESCHAMPS CHAPEAUX, PEDRO: *El negro en el periodismo cubano en el siglo XIX*, Ediciones R, La Habana, 1963.
- \_\_\_\_\_ : *El negro en la economía habanera del siglo XIX*, UNEAC, La Habana, 1971.
- \_\_\_\_\_ : *Rafael Serra y Montalvo, obrero incansable por nuestra independencia*, UNEAC, La Habana, 1975.

- DESCHAMPS CHAPEAUX, PEDRO y JUAN PÉREZ DE LA RIVA: *Contribución a la historia de la gente sin historia*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974.
- DÍAZ, DUANEL: «Afrocubanismo, vanguardismo, origenismo», *Unión*, n.º 54, La Habana, abril-junio, 2004, pp. 2-19.
- DIRECCIÓN NACIONAL DEL CENSO: *Censo de la República de Cuba. 1919*, s. e., La Habana, 1920.
- \_\_\_\_\_: *Censo de 1931. Estados de habitantes y electores*, Carasa y Cía. Impresores, La Habana, s. a.
- DOLLERO, ADOLFO: *Cultura cubana*, Siglo XX, La Habana, 1916.
- ESTÉVEZ RIVERO, SANDRA: *La sombra de Marcus Garvey sobre el Oriente cubano*, Ediciones Santiago, Santiago de Cuba, 2005.
- ESTÉVEZ RIVERO, SANDRA; PEDRO CASTRO MONTERREY y OLGA PORTUONDO ZÚÑIGA: *Por la identidad del negro cubano*, Ediciones Caserón, Santiago de Cuba, 2011.
- ESTRADA PORTADA, ISABEL M.: «Retóricas, astucias, convenciones (ideologías profesionales de los periodistas)», tesis de licenciatura, Facultad de Periodismo, Universidad de La Habana, 1994.
- FACULTAD DE PERIODISMO: *Medios de comunicación y manipulación. Programa de enseñanza abierta*, s. e., La Habana, 2001.
- FERMOSELLE, RAFAEL: *Política y color en Cuba. La guerrita de 1912*, Géminis, Montevideo, 1974.
- FERNANDES, FLORESTAN: *A integracao do negro na sociedade de clases*, s. e., Sao Paulo, 1965.
- FERNÁNDEZ CALDERÓN, ALEJANDRO LEONARDO: «Páginas de color: la raza en la prensa habanera de 1902 a 1920», *Dédalos*, n.º 11, La Habana, septiembre, 2009, pp. 35-39.
- \_\_\_\_\_: «Negros con clase: apuntes para un estudio de la élite de color habanera (1902-1930)», *Universidad de La Habana*, n.º 273, La Habana, enero-junio, 2012, pp. 68-94.
- \_\_\_\_\_: *Sobrevivir a la masacre del doce (1912-1920)*, Editorial Abril, La Habana, 2012.
- FERNÁNDEZ ROBAINA, TOMÁS: *Bibliografía de temas afrocubanos*, Biblioteca Nacional José Martí, La Habana, 1975.
- \_\_\_\_\_: *El negro en Cuba. 1902-1958. Apuntes para la historia de la lucha contra la discriminación racial*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1994.
- \_\_\_\_\_: *Cuba. Personalidades en el debate racial*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2007.

- \_\_\_\_\_ : «Hacia el centenario de la fundación del Partido Independiente de Color», *La Gaceta de Cuba*, n.º 2, La Habana, marzo-abril, 2009, pp. 35-38.
- FERRER, ADA: *Cuba insurgente. Raza, nación y revolución (1868-1898)*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2011.
- FOUCAULT, MICHEL: *Microfísica del poder*, La Piqueta, Madrid, 1980.
- \_\_\_\_\_ : *Genealogía del racismo. De la guerra de razas al racismo de Estado*, La Piqueta, Madrid, 1992.
- FUENTE, ALEJANDRO DE LA: *Una nación para todos. Raza, desigualdad y política en Cuba. 1900-2000*, Editorial Colibrí, Madrid, 2000.
- \_\_\_\_\_ : «Antídotos de Wall Street. Raza y racismo en las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos», en Rafael Hernández y John Coatsworth, *Culturas encontradas: Cuba y los Estados Unidos*, Poligráfico Alfredo López, La Habana, 2001.
- \_\_\_\_\_ : «Mitos de democracia racial: Cuba, 1900-1912», en Fernando Martínez Heredia, Rebecca J. Scott y Orlando F. García: *Espacios, silencios y los sentidos de la libertad. Cuba entre 1878 y 1912*, Ediciones Unión, La Habana, 2001, pp. 235-269.
- \_\_\_\_\_ : «La historiografía del futuro. Raza, política y nación en la historiografía cubana contemporánea», *La Gaceta de Cuba*, n.º 2, La Habana, marzo-abril, 2009, pp. 32-34.
- FUNDORA MORALES, SANDRA: *El negro en Cuba y su representación social*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2001.
- GARCÍA, GLORIA: *La esclavitud desde la esclavitud*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2003.
- GARCÍA ARAGÓN, JOSÉ A.: «El titular periodístico como vehículo de agitación y propaganda», tesis de licenciatura, Facultad de Periodismo, Universidad de La Habana, 1981.
- GARCÍA DÍAZ, BERNARDO y SERGIO GUERRA VILABOY (comps.): *La Habana/Veracruz, Veracruz/La Habana. Las dos orillas*, Universidad Veracruzana, Veracruz, 2002.
- GARCÍA GONZÁLEZ, ARMANDO: «Eugenesia, alienación mental y criminalidad en Cuba», en Gustavo Vallejo y Marisa Miranda, *Derivas de Darwin. Cultura y política en clave biológica*, Siglo XX Editora Iberoamericana, Argentina, 2010, pp. 225-258.
- GARCÍA GONZÁLEZ, ARMANDO y RAQUEL ÁLVAREZ PELÁEZ: *En busca de la raza perfecta. Eugenesia e higiene en Cuba (1898-1940)*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1999.
- GARCÍA RONDA, DENIA: *¡Aquí estamos! El negro en la obra de Nicolás Guillén*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2008.

- GARGUREVICH, JUAN: *Géneros periodísticos*, Centro Pablo de la Torriente Brau, La Habana, 1982.
- GÓMEZ FERRER, JUAN GUALBERTO: *Obras*, s. e., La Habana, 1934.
- GONZÁLEZ, REINALDO: *La fiesta de los tiburones*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1995.
- GONZÁLEZ GARCÍA, RENÉ F.: «El ciudadano negro: aprendiendo a ser cubano», *La otra ciudadanía. Tres ensayos sobre ciudadanía y república*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2004, pp. 56-87.
- GRAHAM, RICHARD: *The Idea of Race in Latin America. 1870-1940*, University of Texas, 1992.
- GRAMSCI, ANTONIO: *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, Edición Revolucionaria, La Habana, 1966.
- GRILLO SÁENZ, DAVID: *El problema negro cubano*, s. e., La Habana, 1973.
- GUILLÉN, NICOLÁS: *Nicolás Guillén. Obra Poética. 1920-1958*, t. I, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1972.
- GURIDY, FRANK A.: *Forging Diaspora. Afro-Cubans and African Americans in a World of Empire and Jim Crow*, University of North Carolina Press, North Carolina, 2010.
- HABERMAS, JÜRGEN: *Historia crítica de la opinión pública*, Gustavo Gili, Barcelona, 1981.
- HELG, ALINE: *Lo que nos corresponde. La lucha de los negros y mulatos por la igualdad en Cuba. 1886-1912*, Imagen Contemporánea, La Habana, 2000.
- HERNÁNDEZ CATÁ, ALFONSO: *Los frutos ácidos*, Renacimiento, Madrid, 1915.
- HEVIA LANIER, OILDA: *El Directorio Central de las Sociedades Negras de Cuba. 1886-1894*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1996.
- \_\_\_\_\_ : «1898-1902: La frustración de los negros cubanos después de la independencia», *Universidad de La Habana*, n.º 249, La Habana, 1998, pp. 95-106.
- \_\_\_\_\_ : «Acerca de la vigencia del Partido Independiente de Color», *La Gaceta de Cuba*, n.º 12, La Habana, mayo-junio, 2012, pp. 18-21.
- HORREGO ESTUCH, LEOPOLDO: *Martín Morúa y Delgado. Vida y mensaje*, Mecenaz, La Habana, 1945.
- \_\_\_\_\_ : *Juan Gualberto Gómez. Un gran inconforme*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2004.
- IBARRA, JORGE: *Cuba. 1898-1921. Partidos políticos y clases sociales*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1992.
- \_\_\_\_\_ : *Cuba. 1898-1958. Estructura y procesos sociales en Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1995.
- IBARZÁBAL, FEDERICO: *El problema negro*, s. e., La Habana, 1935.

- IGLESIAS UTSET, MARIAL: *Las metáforas del cambio en la vida cotidiana. Cuba. 1898-1902*, Ediciones Unión, La Habana, 2002.
- INSTITUTO DE HISTORIA DE CUBA: *Historia de Cuba. La Neocolonia. Organización y crisis. Desde 1899 hasta 1940*, Editora Política, La Habana, 1998.
- INSTITUTO DE LITERATURA Y LINGÜÍSTICA: *Diccionario de la literatura cubana*, t. II, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1984.
- \_\_\_\_\_ : *Historia de la literatura cubana*, t. II., Editorial Letras Cubanas, La Habana, 2003.
- JUAN, ADELAIDA DE: *Caricatura de la República*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1980.
- KUTZINSKI, VERA M.: *Sugar's Secrets: Race and the Erotics of Cuban Nationalism*, University Press of Virginia, 1993.
- LAPIQUE, TOMÁS: *Arte y técnica del titulaaje periodístico*, Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 1973.
- LECLERCQ, CÉCILE: *El lagarto en busca de una identidad. Cuba: identidad nacional y mestizaje*, Iberoamericana/Vervuert, Madrid/Frankfurt, 2004.
- LENIN, VLADIMIR ÍLICH: *Obras escogidas*, t. II, Ediciones Lenguas Extranjeras, Moscú, 1948.
- LINARES, MARÍA TERESA: *La música y el pueblo*, Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 1981.
- LOMBROSO, CESARE: *Los últimos progresos de la antropología criminal*, La España Moderna, Madrid, 1987.
- LÓPEZ CIVEIRA, FRANCISCA: *Cuba entre 1899 y 1959. Seis décadas de historia*, Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 2007.
- MAÑACH, JORGE: «El problema negro», *Pasado vigente*, Editorial Trópico, La Habana, 1939, pp. 116-133.
- MARRERO, JUAN: *Dos siglos de periodismo en Cuba*, Pablo de la Torriente Brau, La Habana, 1999.
- MARTÍN SERRANO, MANUEL: *La producción social de comunicación*, Alianza Editorial, Madrid, 1993.
- MARTÍNEZ HEREDIA, FERNANDO: «El problemático nacionalismo de la primera república», *Temas*, n.ºs 24-25, enero-junio, La Habana, 2001, pp. 34-44.
- \_\_\_\_\_ : «La cuestión racial en Cuba y este número de *Caminos*», *Caminos*, n.ºs 24-25, La Habana, 2002, pp. 1-5.
- \_\_\_\_\_ : «La afrodescendencia en América Latina y el Caribe», *La Gaceta de Cuba*, n.º 12, La Habana, mayo-junio, 2012, pp. 5-13.

- MARTÍNEZ HEREDIA, FERNANDO, REBECCA J. SCOTT y ORLANDO F. GARCÍA MARTÍNEZ: *Espacios, silencios y los sentidos de la libertad. Cuba entre 1878 y 1912*, Ediciones Unión, La Habana, 2001.
- MARX, KARL: «Carta de Karl Marx a Joseph Weydemeyer desde Nueva York», en Karl Marx y Federico Engels, *Obras escogidas*, t. I, Ediciones Progreso, Moscú, 1973, p. 542.
- MASDEU, JESÚS: *La raza triste*, Imprenta y Papelería Rambla, Bouza y Cía., La Habana, 1924.
- MASSIP, SALVADOR: *Introducción a la geografía humana*, Siglo XX, La Habana, 1918.
- MELLA, JULIO ANTONIO: «Los cazadores de negros en Santa Clara», en Instituto de Historia del Movimiento Comunista y la Revolución Socialista de Cuba, *Mella. Documentos y artículos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, pp. 165-167.
- MERIÑO FUENTES, MARÍA DE LOS ÁNGELES: *Una vuelta necesaria a mayo de 1912*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2006.
- MERIÑO FUENTES, MARÍA DE LOS ÁNGELES y AISNARA PERERA DÍAZ: *Esclavitud, familia y parroquia en Cuba. Una mirada desde la micro historia*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2006.
- MONTEJO, CARMEN V.: *Sociedades negras en Cuba. 1878-1961*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2004.
- MONTORI, ARTURO: *Modificaciones populares del idioma castellano en Cuba*, Imprenta Cuba Pedagógica, La Habana, 1916.
- MOORE, ROBIN D.: *Nationalizing Blackness. Afro-Cubanism and Artistic Revolution in Havana, 1920-1940*, University of Pittsburgh Press, 1997.
- MORALES DOMÍNGUEZ, ESTEBAN: «Un modelo para el análisis de la problemática racial en Cuba», *Catauro*, n.º 6, La Habana, 2002, pp. 52-106.
- \_\_\_\_\_: *Desafíos de la problemática racial en Cuba*, Fundación Fernando Ortiz, La Habana, 2007.
- \_\_\_\_\_: *La problemática racial en Cuba. Algunos de sus desafíos*, Editorial José Martí, La Habana, 2010.
- MORENO FRAGINALS, MANUEL: *El ingenio*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1978.
- MUSTELIER, GUSTAVO: *La extinción del negro. Apuntes político-sociales*, Imprenta Rambla y Bouza, La Habana, 1912.
- NARANJO OROVIO, CONSUELO y ARMANDO GARCÍA GONZÁLEZ: *Medicina y racismo en Cuba: la ciencia ante la inmigración canaria en el siglo XX*, IMPRECAN, Tenerife, 1996.

- NARANJO OROVIO, CONSUELO y MIGUEL A. PUIG SAMPER: «Delincuencia y racismo en Cuba: Israel Castellanos vs. Fernando Ortiz», *Catauro*, n.º 13, La Habana, 2006, pp. 53-66.
- NIETO FERNÁNDEZ, SEVERO: *José Méndez, el Diamante Negro*, Editorial Científico-Técnica, La Habana, 2004.
- NOVOA, FEDERICO: *La raza de color en Cuba*, s. e., La Habana, 1929.
- OFICINA NACIONAL DEL CENSO: *Movimiento de población en la República. Desde el 16 de septiembre de 1919 al 31 de diciembre de 1923*, Imprenta y Papelería de Rambla, Bouza y Cía., La Habana, 1924.
- \_\_\_\_\_ : *Apéndice anual a la memoria del censo decenal*, Soane y Fernández Impresores, La Habana, 1927.
- OFICINA NACIONAL DE ESTADÍSTICAS: *Los censos de población y viviendas en Cuba. 1907-1953*, s. e., La Habana, 2007.
- OROVIO, HELIO: *Diccionario de la música cubana. Biográfico y técnico*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1981.
- ORTIZ, FERNANDO: *Los negros brujos*, Librería de Fernando Fe, Madrid, 1906.
- \_\_\_\_\_ : *Hampa afrocubana: los negros esclavos*, Imprenta La Universal, La Habana, 1916.
- \_\_\_\_\_ : *Los negros curros*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1986.
- \_\_\_\_\_ : *Los negros esclavos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1986.
- \_\_\_\_\_ : «La transculturación blanca de los tambores negros», *Estudios etnosociológicos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1991, pp. 176-201.
- PÉREZ, ESTHER y MARCEL LUEIRO (comps.): *Raza y racismo*, Editorial Caminos, La Habana, 2009.
- PÉREZ DE LA RIVA, JUAN: «Cuba y la migración antillana. 1900-1931», *La república neocolonial*, t. 2, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1979, pp. 5-75.
- PÉREZ JR., LOUIS A.: «Política, campesinos y gente de color: la guerra de razas de 1912 en Cuba revistada», *Caminos*, n.ºs 24-25, La Habana, pp. 52-72.
- PINTO, ÁNGEL C.: *El Dr. Mañach y el problema negro*, Nuevos Rumbos, La Habana, 1949.
- PIQUERAS, JOSÉ ANTONIO: «Sociedad civil, opinión pública y disentimiento colonial», *Temas*, n.º 46, abril-junio, La Habana, 2006, pp. 54-63.
- PORTUONDO LINARES, SERAFÍN: *Los independientes de color. Historia del Partido Independiente de Color*, Editorial Caminos, La Habana, 2002.

- PORTUONDO ZÚÑIGA, OLGA: *Entre esclavos y libres de Cuba colonial*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2003.
- POVEDA, SIMEÓN: *Nydia y Fidel*, La Habana, Imprenta La Prueba, 1920.
- PRIMELLES, LEÓN: *Crónicas cubanas. 1919-1922*, Editorial Lex, La Habana, 1957.
- RICARDO, JORGE G.: *La imprenta en Cuba*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1992.
- RIQUENES HERRERA, RICARDO R.: *Guantánamo en el vórtice de los independientes de color*, Editorial El Mar y La Montaña, Guantánamo, 2007.
- ROCHE Y MONTEAGUDO, RAFAEL: *La policía y sus misterios*, La Moderna Poesía, La Habana, 1925.
- RODRÍGUEZ, ROLANDO: *La conspiración de los iguales. La protesta de los independientes de color en 1912*, Imagen Contemporánea, La Habana, 2010.
- RODRÍGUEZ, PEDRO PABLO: «Marcus Garvey en Cuba», *Anales del Caribe*, n.ºs 7-8, Centro de Estudios del Caribe, La Habana, 1988, pp. 279-301.
- ROIG DE LEUCHSENRING, EMILIO: *La colonia superviva*, Siglo XX, La Habana, 1929.
- \_\_\_\_\_ : *La Habana, apuntes históricos*, 3 t., Consejo Nacional de Cultura, La Habana, 1963.
- RUBIERA, DAISY e INÉS M. MARTIATU: *Afrocubanas. Historia, pensamiento y prácticas culturales*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2011.
- RUIZ, JORGE H.: *La política del sport. Élite y deporte en la construcción de la nación colombiana, 1903-1925*, La Carreta Editores, Bogotá, 2010.
- SANTOS GARCÍA, CARIDAD y NIEVES ARMAS RIGAL: *Danzas populares tradicionales cubanas*, Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, La Habana, 2002.
- SCOTT, REBECCA J.: «Relaciones de clase e ideologías raciales: acción rural colectiva en Louisiana y Cuba», *Historia Social*, n.º 22, Valencia, 1995, pp. 56-68.
- \_\_\_\_\_ : *La emancipación de los esclavos en Cuba. La transición al trabajo libre. 1860-1899*, Editorial Caminos, La Habana, 2001.
- \_\_\_\_\_ : *Grados de libertad. Cuba y Louisiana después de la esclavitud*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2006.
- SERVIAT, PEDRO: *El problema negro en Cuba y su solución definitiva*, Editora Política, La Habana, 1986.
- SIRE VALENCIANO, MANUEL: *Sucumbento. Novela de los bajos fondos*, Imprenta Artística de Virtudes, La Habana, 1928.

- SOSA RODRÍGUEZ, ENRIQUE: *Los ñáñigos*, Casa de las Américas, La Habana, 1982.
- TORRES ZAYAS, RAMÓN: *Relación barrio-juego abakuá en la Ciudad de La Habana*, Fundación Fernando Ortiz, La Habana, 2010.
- TRUJILLO, JANNY AMAYA: «La comunicación en Cuba. 1921-1925. Una aproximación al sistema de comunicación institucional», tesis de licenciatura, Facultad de Comunicación Social, Universidad de La Habana, 2003.
- \_\_\_\_\_ : «Historia y comunicación social. Apuntes para un diálogo inconcluso. Un acercamiento al campo de los estudios históricos en comunicación», tesis de maestría, Facultad de Comunicación Social, Universidad de La Habana, 2008.
- VALLE, BASILIO: *El general José Miguel Gómez y sus obras (debate para la historia de Cuba)*, s. e., La Habana, 1920.
- VAN DIJK, TEUN A.: «Discurso y racismo», *Persona y Sociedad*, s. n., Instituto Latinoamericano de Doctrina y Estudios Sociales, Santiago de Chile, s. a., pp. 191-205.
- \_\_\_\_\_ : *Racismo y discurso en América Latina*, Editorial Gedisa, España, 2007.
- VASCONCELOS, RAMÓN: *El general Gómez y la sedición de mayo*, Bernabeu y Casanova, La Habana, 1916.
- VV. AA.: *Los cambios en la estructura socioclasista en Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2003.
- VV. AA.: *Las relaciones raciales en Cuba. Estudios contemporáneos*, Fundación Fernando Ortiz, La Habana, 2011.
- WEBER, MAX: *Economía y sociedad*, Fondo de Cultura Económica, México, 1987.
- WILLIAMS, ERIC: *El negro en el Caribe y otros textos*, Fondo Editorial Casa de las Américas, La Habana, 2011.
- YGLÉSIA MARTÍNEZ, TERESA: *El segundo ensayo de república*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1980.

### Fuentes periódicas (1912-1930)

- Archivos del Folklore Cubano* (1924-1930)
- Atenas* (1918-1920, 1929-1931)
- Atuei* (1927)
- Aurora* (1914-1915)
- Avance* (1927)
- Bohemia* (1912-1931)

*Carteles* (1927-1929)  
*Cuba Contemporánea* (1913-1920)  
*Diario de la Marina* (1912-1931)  
*Diario Cuba* (1914)  
*El Derecho* (1920)  
*El Día* (1915-1931)  
*El Mundo* (1912-1931)  
*Fraternidad y Amor* (1924-1925)  
*Gráfico* (1913-1931)  
*Heraldo de Cuba* (1912-1931)  
*Juvenil* (1912-1913, 1918-1919)  
*La Antorcha* (1918-1920)  
*La Discusión* (1912-1925)  
*La Lucha* (1913-1925)  
*La Nación* (1916-1920)  
*La Opinión* (1920-1931)  
*La Política Cómica* (1912-1925)  
*La Prensa* (1915-1930)  
*La Publicidad* (1925)  
*La Reforma Social* (1914-1930)  
*La Voz del Pueblo* (1929)  
*La Voz de la Razón* (1915-1916, 1920-1925)  
*Labor Nueva* (1916)  
*Minerva* (1911-1915)  
*Progreso* (1920 y 1929)  
*Revista Bimestre Cubana* (1912-1931)  
*Revista de la Facultad de Letras y Ciencias* (1920-1930)  
*Social* (1923-1930)  
*Unión Nacionalista* (1927-1928)  
*Vida Nueva* (1912-1931)

## **Fuentes documentales**

### **Archivo Nacional de Cuba (ANC)**

Fondo Adquisiciones  
Fondo Audiencia de La Habana  
Fondo Asociaciones  
Fondo Donativos y Remisiones  
Fondo Diario de Sesiones  
Fondo Especial

**Archivo Provincial de Santa Clara (APSC)**

Juzgado de Primera Instancia

Fondo Colección Manuel García Garófalo

Fondo Ayuntamiento de Santa Clara





# Índice onomástico

## A

- Acanda, Jorge Luis, 28
- Acosta, Agustín, 161
- Acosta, Melania, 84
- Agramonte, Roberto, 136
- Agüero, Alberto, 73
- Aguirre, Sergio, 51
- Albear, Pastor, 87
- Aldama y Aldama, Florentina, 88
- Aldereguía, Gustavo, 179, 180
- Alfonso López, Félix Julio, 99
- Alloga, Felipe, 84
- Álvarez, Consuelo, 116
- Álvarez, José Irene, 75
- Álvarez, Louis, 123
- Álvarez Peláez, Raquel, 137
- Álvarez Pitaluga, Antonio, 27, 28
- Álvarez y Pérez, Manuel de Jesús, 189
- Amaral Agramonte, Manuel, 189
- Amaral Agramonte, Raúl, 120, 188
- Anckermann, Jorge, 162
- Andrade, Leandro, 103
- Andreu, Enrique, 63, 74, 75, 76
- Angulo Verdesí, Cruz, 91, 94
- Apesteguía, Ramón, 37
- Aponte, José Antonio, 7
- Arencibia, Armando M., 86
- Argudín, Domingo, 160
- Argudín, Pastor, 169, 171, 172

Armas Rigal, Nieves, 151  
Arteaga Meneses, Fernando, 120, 188  
Artigas, Jesús, 116  
Asón, Roberto, 96  
Asón Sotolongo, Hilda, 96  
Audivert, Francisco, 50  
Augier, Ángel, 163  
Ayala Blanco, Luis, 62  
Ayón, Félix, 43, 44, 61  
Ayón, Sixto, 42  
Ayón Soler, Félix (hijo), 100

**B**

Balibar, Etienne, 27  
Ballagas, Emilio, 157, 161  
Balsinde, Manuel, 40  
Barada, Francisco, 42  
Barceló, Ludovico S., 81  
Barcia, María del Carmen, 19, 51, 82, 84, 132, 175  
Barranqué, M., 44  
Basail Rodríguez, Alain, 28, 29  
Bell, Juan, 40, 61  
Beltrán, José María, 61  
Benítez Rojo, Antonio, 153, 154  
Betancourt (alcalde municipal de Santa Clara), 187  
Betancourt, Carlos M., 189  
Bobo, Rosalvo, 128  
Borg, Rogelio Tomás, 120  
Boti, Regino, 161, 163  
Bravo, Juan, 70, 143, 173  
Bronfman, Alejandra, 132, 133, 134, 137, 145

**C**

*Caballero de la Luz*, véase Osvaldo Valdés de la Paz  
Caballero, Domingo, 88  
Cabello, Adolfo, 120  
Cabrera, Lydia, 154  
Calá, Epifanio, 65  
Calderón, Guillermo, 78, 113

- Calderón, Pedro, 80  
Calderón González, Jorge, 83  
Calvo, Tomasa, 95, 96  
Camaño de Cárdenas, Francisco, 42, 54, 65, 143  
Campos, Luis F., 189  
Campos, Regino, 75  
Campos Marquetti, Generoso, 21, 36, 37, 49, 50, 52, 53, 57, 61, 62, 65, 68, 120, 121  
Campos Vicentes, Ambrosio, 119, 121, 187  
Canales, Juan, 81, 87  
Canaseo y Stuart, Francisco, 189  
Canella, Francisco, 134  
Capestany, Alberto, 43  
Capestany Abreu, Manuel, 43, 45  
Capmany, José M., 33, 34  
Carabito Pérez, Alejandro, 189  
Cárdenas, Desiderio, 42  
Cárdenas García, Juan, 189  
Carpentier, Alejo, 151, 153  
Carreras, Julio A., 20, 68  
Carreras Jústiz, Francisco, 68  
Carrión, Miguel de, 155  
Carrión Maduro, Tomás, 87  
Casais, Gregorio, 75  
Castañeda, Jorge Luis, 101, 113  
Castellanos, Alberto, 50  
Castellanos, Israel, 50, 132, 135, 138, 139, 140, 141, 142, 145, 146, 147, 149, 150  
Castillo, Salvador, 119, 187, 188  
Castillo, Víctor, 189  
Castro, Silvio, 22  
Castro Monterrey, Pedro, 22  
Cebreco, Agustín, 50, 61  
Cebreco Nápoles, Félix, 188  
Cepeda, Rafael, 42  
Céspedes, Emilio, 58, 61, 73  
Céspedes y Casado, Miguel Ángel, 37, 38, 39, 43, 44, 53, 61, 65, 68, 69, 70, 72, 80, 86, 87, 88, 96, 103, 106, 120, 129  
Céspedes y Latapier, Cora, 96

Chacón de Guillén, Caridad, 93  
*Chocolate (Kid)*, 107, 108, 109  
Chopin, Marcelino, 118  
Coimbra Valverde, Úrsula, 94  
Conte, Rafael, 33, 34  
Coral, Enrique del, 118  
Croce, Benedetto, 28  
Cruz, Carlos M. de la, 120  
Cruz, Johnny, 107  
Cubas Hernández, Pedro A., 50, 117  
Cuéllar García, Arcadio, 189  
Cuéllar García, Celedonio, 189  
Cuesta, Zenaida de la, 43  
Cuesta Rendón, Ramiro N., 50, 73, 81, 174

**D**

Damasa Jova, María, 94  
Delfín, Manuel, 68  
Depradel, Lorenzo, 68  
Deschamps Chapeaux, Pedro, 30, 51  
Díaz, Duanel, 161  
Díaz, Pedro, 21  
Díaz Pando, Horacio, 115  
Dollero, Adolfo, 132, 144, 169  
Domenech, Francisco, 80  
Doras, Mercedes Flor de, 88  
Dorticós, Arturo, 87  
D'ou Arce, Max, 96  
D'ou Ayllón, Lino, 50, 52, 53, 54, 57, 58, 65, 76, 81, 96, 104, 106,  
126, 174, 182  
Duany, Francisco, 41, 58, 175  
Duarte, Pablo, 189  
Ducasse, Juan Eligio, 35

**E**

Echemendía, Bartolomé A., 120, 189  
Edreira, Oscar, 42, 61, 86, 100, 134  
Edreira, Ramón M., 81  
Elizalde, Cornelio, 45, 100, 106

Erice, Silvestre, 142, 143  
 Escoto y Carrión, Saturnino, 38, 42, 53, 57, 61, 62, 65, 69, 70, 72,  
 78, 166  
 Esquivel, Andrés, 100  
 Estachali, Demetrio, 114  
 Estenoz, Evaristo, 21, 31, 33, 34, 35, 36, 38, 50, 58, 62  
 Estévez Rivero, Sandra, 22, 128  
 Estrada, Juan, 176  
 Estrada Palma, Tomás, 21, 193

**F**

Fermoselle, Rafael, 22  
 Fernandes, Florestan, 131  
 Fernández, Digna, 120, 189  
 Fernández, Mariano, 116, 128  
 Fernández Calderón, Alejandro Leonardo, 4, 7, 9, 10, 11, 13, 49, 115  
 Fernández Robaina, Tomás, 22, 29  
 Ferrer, Ada, 20  
 Ferri, Enrico, 146  
 Finot, Jean, 134  
 Florencio, Eladio, 63  
 Freyre, Gonzalo, 115  
 Friedrich Blumenbach, Johann, 135  
 Frobenius, Leo, 153  
 Fuente, Alejandro de la, 21, 22, 29, 35, 36, 42, 43, 48, 61, 68, 102,  
 112, 133, 144, 154, 165

**G**

Gálvez, José, 52, 61, 81  
 Gálvez, Zoila, 43, 170, 171  
 García Caturla, Alejandro, 153  
 García González, Armando, 124, 131, 137  
 García Inerarity, Laudelino, 189  
 García Menocal, Mario, 32, 37, 38, 40, 58, 123  
 Garvey, Marcus, 128, 129  
 Gil, Luz, 128  
 Gómez, José Miguel, 21, 32, 35, 42, 123, 178  
 Gómez, Juan Gualberto, 9, 10, 30, 31, 34, 38, 39, 40, 41, 42, 45, 46,  
 47, 49, 50, 51, 52, 53, 54, 57, 61, 62, 63, 65, 68, 69, 72, 75, 79, 80,

- 84, 86, 95, 96, 105, 106, 108, 117, 120, 127, 166, 171, 173, 175,  
176, 178
- Gómez, Miguel Mariano, 44
- Gómez Benítez, Alejandrina, 96
- Gómez Toro, Francisco, 88
- González, Eladio, 106, 119
- González, Isolina, 94, 95
- González, Jamier, 78, 93
- González, Juan Manuel, 189
- González, Julián, 73
- González, Mamerto, 42, 57
- González, Onofre, 114
- González Bernal, Plácido, 96
- González Dorticós, Arturo, 67
- González García, René F., 26, 111, 164
- González Jiménez, Manuel, 65
- González Lanuza, José A., 37
- González Valdés, Eduardo, 68
- Graham, Richard, 131
- Grajales, Mariana, 169, 170, 193
- Gramsci, Antonio, 28
- Granados de Morúa, Elvira, 87
- Grenet, Eliseo, 153, 156
- Guas Inclán, Rafael, 44
- Guerra, Jerónimo A., 92, 93
- Guerra, Ramiro, 181
- Guillén, Nicolás, 62, 73, 75, 76, 104, 109, 157, 161, 162, 163, 180,  
181, 182
- Guillén, Nicolás (padre), 50, 62
- Guirao, Ramón, 157, 158, 159, 161
- Guiteras, Juan, 125
- Gutiérrez, Manuela, 72

## H

- Habermas, Jürgen, 28
- Helg, Aline, 21, 22, 30, 37, 40, 50, 59, 61, 115, 117
- Henríquez Ureña, Max, 155
- Hereaux, Belisario, 81, 170, 181
- Heredia, Juan, 120

Hernández, Eusebio, 91, 137  
 Hernández, Juan Felipe, 92  
 Hernández Cárdenas, José C., 158  
 Hernández Catá, Alfonso, 152  
 Hernández Robau, Celestino, 189  
 Herrera (general), 44  
 Herrera, Juan, 81, 100  
 Herrera, Pablo, 81  
 Hevia, Aurelio, 38, 39  
 Hevia Lanier, Oilda, 20, 22, 26, 30, 77  
 Hidalgo, Diego V., 189  
 Horrego Estuch, Leopoldo, 52  
 Hughes, Langston, 161

## I

Iglesias Utset, Marial, 20  
 Ignacio (Taita), 147  
 Inclán, Clemente, 91  
*Indiana* (cronista anónimo), 92  
 Iraiza, Antonio, 115  
 Ivonet, Pedro, 31, 38, 50  
 Izquierdo, Agustín, 81, 126

## J

Jiménez, José Manuel, 169  
 Jiménez Lanier, Manuel, 115  
 Juan Delgado, Manuel de, 43, 44, 50, 61, 104, 106, 130  
 Junco, Dolores, 94

## L

Lacoste, Eugenio, 37, 38, 39, 40  
 Lam, Wifredo, 153  
 Latapier, Juan Tranquilino, 41, 42, 52, 88, 174  
 Latapier Céspedes, María, 95, 96  
 Lauria, Roger de, 158  
 Lavié, Nemesio, 109  
 Laza Laza, Genaro, 81  
 Leal Morejón, José, 74  
 Lecuona, Ernesto, 158, 162

Lenin, Vladimir Ilich, 27  
León, Juan José, 176  
Le-Roy, Jorge, 135  
Levargie, Marcel, 66, 127, 166  
Linares, María Teresa, 151  
Liszt, Franz, 169  
Lombard, Aquilino, 43, 44, 53, 61, 173  
Lombillo, Atilio, 104  
Lombillo, conde de, 171  
Lombroso, Cesare, 139  
López, Joaquín, 81  
López Crespo, Mariano, 189  
López Garrido, Laureano, 45, 120, 167  
López Silvero, Jesús, 119, 187  
Loveira, Carlos, 155  
Loy Hierro, Amparo, 83

## M

Maceo (familia), 188, 193  
Maceo, Antonio, 42, 85, 88, 113, 193  
Machado, Gerardo, 10, 32, 43, 44, 47, 51, 54, 121, 178  
Madrigal, Policarpo, 81  
Mamá Inés, 156, 157, 191, 192, 193, 194  
Manduley (coronel), 58  
Mañach, Jorge, 19, 179, 180  
Maribona, Armando, 177  
Marinello, Juan, 19, 159, 160, 162, 179, 180, 181  
*Mario R. Renay*, véase Ramiro Neyra Lanza  
Márquez, José, 151  
Martel, Enrique, 76  
Martí, José, 51, 193  
Martiatu, Inés M., 20  
Martínez, Fabián, 61  
Martínez, Hilario, 35  
Martínez, Juan, 75  
Martínez Ortiz, Rafael, 137  
Martínez Villena, Rubén, 144, 155  
Marx, Karl, 27  
Masdeu, Jesús, 152

Massaguer, Ricardo, 154  
Massip, Salvador, 135  
Maurí, José, 153  
Maza Cobián, Tranquilino, 47, 66  
Medina, Antonio, 178  
Mella, Julio Antonio, 120  
Mena, Pastora, 94  
Méndez, José de la Caridad, 107  
Méndez Peñate, Roberto, 118, 119, 121  
Mendieta, Mario, 47  
Meriño Fuentes, María de los Ángeles, 22  
Mesa, Domingo, 86, 117, 143  
Mestre, Arístides, 137, 144  
Millo, Eduardo, 176  
Mir, Abelardo, 189  
Mola, Abelardo, 106  
Moncada, Francisca, 87  
Moncada, Guiller món, 42, 87, 188  
Montalvo, José Rafael, 139  
Montaner, Rita, 153  
Montejo, Carmen V., 77  
Montero Sánchez, Antonio, 156  
Montori, Arturo, 132, 143, 144  
Moore, Robin D., 154  
Mora, Gastón, 180  
Morales Domínguez, Esteban, 19  
Morejón, Martina, 88  
Morillo, Consuelo, 179  
Morúa, Idelfonso, 73, 100, 134  
Morúa, Sorea, 87  
Morúa Delgado, Leoncio, 81  
Morúa Delgado, Martín, 21, 30, 50, 53, 87, 91  
Morúa Granada, Arabella, 91, 95  
Mosca, Gaetano, 8  
Muñoz Ginarte, Benjamín, 43, 44, 81, 168, 180, 181  
Mustelier, Gustavo, 133, 134

**N**

Naranjo Orovio, Consuelo, 124, 138

Nasente, Antenor, 146  
Navarrete, José, 88  
Navarrete, Raúl, 43, 44, 45  
Navarro, Francisco, 158  
Neyra Lanza, Ramiro, 54, 72, 157, 166, 175, 192, 193, 194  
Nieto, Carmela, 86, 95, 96  
Nieto Fernández, Severo, 107  
Núñez, Emilio, 124  
Núñez, Idelfonso, 118

## O

O'Farrill, Manuel, 189  
O'Neill, Ramón, 108  
Orovio, Helio, 149  
Ortiz, Fernando, 68, 115, 131, 132, 138, 143, 144, 146, 147, 151,  
154, 162, 165

## P

Pacheco, Abelardo, 37, 40, 47  
Padilla, Luis, 86  
Padrón, Pedro, 100  
Palacios, José Gabriel, 126  
Palés Matos, Luis, 161  
*Papá Silvestre*, véase Silvestre Erice  
Pardo, Francisco, 118  
Pardo Suárez, Antonio, 37  
Pareto, Vilfredo, 8  
Parson, Elsie, 146  
Pedroso, Regino, 153, 163  
Peña, Alberto, 163  
Pereda, Idelfonso, 161  
Pérez, Isaac E., 119  
Pérez, Louis A., Jr., 22, 51  
Pérez, Paula, 193  
Pérez, Ricardo, 119  
Pérez de la Riva, Juan, 51, 123, 125  
Pérez Fuentes, José, 189  
Pichardo, Esteban, 149  
Pichardo Moya, Felipe, 161

Piedra, Prisciliano, 43  
Pinto, Ángel C., 19  
Piqueras, José Antonio, 28  
Pla, José Armando, 55, 59, 113, 175, 178  
Plaut, Félix, 136  
Poey, Jacinto, 42  
Ponvert, Hermenegildo, 50, 61, 81  
Pórtela, Andrés, 88  
Portell Vilá, Herminio, 146, 147  
Portuondo, Américo, 43, 120  
Portuondo, J., 189  
Portuondo Calás, Pedro, 162  
Portuondo Linares, Serafín, 21, 22, 50  
Portuondo Zúñiga, Olga, 22  
Povea, José del C., 36  
Poveda, José Manuel, 72, 84, 161  
Poveda, Simeón, 152  
Puig, Pedro, 115  
Puig Samper, Miguel A., 138

**R**

Rabí, Jesús, 38  
Ramírez Ross, Primitivo, 57, 60, 61, 70, 81, 106, 129, 162, 179  
Ramos, Domingo, 137  
Ramos Blanco, Teodoro, 169, 170  
Reid Andrews, George, 131  
Reuter, E. B., 135  
Ricardo, Jorge G., 30  
Riera, Benito, 130  
Riquenes Herrera, Ricardo R., 22  
Risquet (familia), 38  
Risquet, Juan Felipe, 50, 58  
Risquet, Juan T., 86  
Rivera, Ramón, 68  
Rivero (familia), 177  
Roche, Juan Domingo, 114  
Roche y Monteagudo, Rafael, 132  
Rodríguez, E. F., 118  
Rodríguez, Francisco, 119

Rodríguez, Joaquín, 118  
 Rodríguez, Luis M., 119  
 Rodríguez, Pedro Pablo, 129  
 Rodríguez, Rolando, 22  
 Rodríguez Cremé, Alejandro, 106  
 Rodríguez Pozo, Agapito, 81  
 Rodríguez Valdés, Rafael A., 81  
 Roig de Leuchsenring, Emilio, 125, 144, 154  
 Roldán, Amadeo, 153, 154  
 Roldán de Nenínger, Benigna, 91  
 Romero, Antonio María, 88  
 Rosa, Carlos de la, 44  
 Rubiera, Daisy, 20  
 Ruiz, Jorge H., 99

## S

Saco, José Antonio, 134  
 Sáenz, Braulio, 136  
 Sama, Antonio, 45  
 Sánchez Bustamante, Alberto, 91  
 Sandoval, Armando, 79  
 Sandrino, Rafael R., 103  
 Santos, Pablo, 116  
 Santos Carreros, Isidoro, 36, 174  
 Santos García, Caridad, 151  
 Sardiñas, Eligio, véase *Chocolate (Kid)*  
 Sarracent, Carmelina, 95, 96  
 Scott, Rebecca J., 20  
 Scull Montalvo, Alberto, 45, 86  
 Serna, Pepe, 167  
 Serra, Rafael, 21, 30, 31, 53, 87, 91, 92, 94  
 Servando Gutiérrez, Tomás, 150  
 Serviat, Pedro, 19, 124  
 Sierra, Antonio, 130  
 Sigarroa, Jacinto, 42  
 Silveira, Inocencia, 94  
 Sire Valenciano, Manuel, 155, 156  
 Sorís, Alejandro, 42, 74  
 Sosa Rodríguez, Enrique, 139, 146

Soto, Joaquín, 114  
 Soto Izquierdo, Francisco, 115  
 Spengler, Oswald, 153  
 Stanhope-Smith, Samuel, 136  
 Suárez, Casimiro, 114  
 Suárez, Rafael, 181  
 Suárez Rocabruna, Ángel, 100

## T

Tamayo, Diego, 137  
 Tandrón, Juan R., 189  
 Thorndike, Conrado P., 100  
*Tiburón*, véase José Miguel Gómez  
 Tiele, Evelio, 189  
 Torres, Michelena, 86  
 Torres, Octavio, 100  
 Torres, Victoriano, 69, 78  
 Torres Zayas, Ramón, 139  
 Trelles, Carlos M., 125, 145, 146  
*Tristán*, véase Ramón Vasconcelos  
 Trujillo, Janny Amaya, 29

## U

Urrutia, Enrique, 178  
 Urrutia, Gustavo, 19, 34, 53, 55, 73, 75, 104, 105, 106, 109, 127, 160,  
 162, 163, 167, 170, 177, 178, 179, 180, 181, 182

## V

Valdés, José Carlos, 81  
 Valdés, José Manuel, 39  
 Valdés, Pantaleón Julián, 42, 80, 81, 88  
 Valdés, Ramón María, 81, 104  
 Valdés Carrero, Luis, 60, 61, 70, 174  
 Valdés de la Paz, Osvaldo, 156, 157, 191, 194  
 Valdés Espada, Antero, 81  
 Valle, Basilio, 35  
 Valle, Gerardo del, 168  
 Valls, Jaime, 154, 159, 160, 161  
 Van Dijk, Teun A., 27

Varona, Enrique José, 119, 144  
Vasconcelos, Ramón, 34, 35, 43, 44, 53, 54, 55, 57, 65, 70, 71, 72,  
73, 74, 78, 92, 93, 113, 121, 126, 127, 134, 150, 162, 166  
Vázquez Bello, Clemente, 120, 121  
Veitía, Antonio, 132  
Velasco, Carlos, 124  
Velasco, José, 84  
Vélez, María Luisa, 120, 189  
Verdes Plana, Raúl, 169  
Vidal García, Alfredo, 189

**W**

Wagner, Richard, 169  
Wallerstein, Inmanuel, 27  
Ward, Lester Frank, 136  
Weiss, Marcelino, 146, 147  
Weydemeyer, Joseph, 27  
Williams, Eric, 165  
Winfree, Luis, 156

**Z**

Zacarías Tallet, José, 153, 157  
Zayas, Alfredo, 32, 42, 51, 61, 62  
Zequeira, Luis, 78  
Zequeira Téllez, Aquilino, 69, 72  
Zuazo, Laureano, 81  
Zuckerman, A., 8



## Sobre el autor

### **Alejandro Leonardo Fernández Calderón**

---

LA HABANA, 1977

Licenciado en Historia (2002), máster en Estudios Interdisciplinarios sobre América Latina, el Caribe y Cuba (2008), y doctor en Ciencias Históricas (2013) por la Universidad de La Habana. En 2009 resultó beneficiado con la Beca de Pensamiento Ernesto Che Guevara de la Asociación Hermanos Saíz por su proyecto «El tema racial: un debate en la prensa (1902-1920)», y en 2012 obtuvo la beca de investigación que otorga el Instituto Iberoamericano de Berlín por su estudio «El pensamiento científico europeo en el discurso racial de los intelectuales cubanos (1902-1931)». Se ha desempeñado como profesor asistente de Historia de Cuba, Patrimonio Histórico Cultural e Historia de la Revolución Cubana en el Departamento de Historia de Cuba de la Facultad de Filosofía e Historia. También ha prestado servicios como docente en los estados venezolanos de Zulia, Táchira, Barinas y Caracas. En 2011 fue galardonado con el premio Calendario de la Asociación Hermanos Saíz en la categoría de ensayo, por su texto «Sobrevivir a la masacre del doce (1912-1920)».

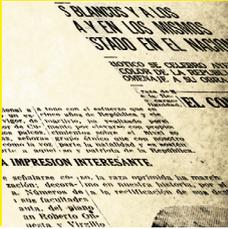


Esta edición  
de *Páginas en conflicto:*  
*debate racial en la prensa cubana (1912-1930)*,  
de Alejandro Leonardo Fernández Calderón,  
consta de 1 000 ejemplares  
y se terminó en 2014.

Para su composición se emplearon las tipografías  
WARNOCK PRO –en sus variantes CAPTION, TEXT y SUBHEAD–,  
del diseñador norteamericano Robert Slimbach;  
FONTANA ND –en sus variantes Aa, Cc, Ee, Gg y Ll,  
en OLDSTYLE FIGURE (OSF) y SMALL CAPITAL (SC)–,  
del argentino Rubén Fontana;  
y WINGDING –en su variante Regular–,  
de los norteamericanos Kris Holmes y Charles Bigelow.







## PÁGINAS EN CONFLICTO: DEBATE RACIAL EN LA PRENSA CUBANA (1912-1930)

Tras la guerrita del doce comenzó a desdibujarse en la Isla el espejismo de la igualdad establecida constitucionalmente y se abrieron nuevos cauces para el debate racial. Periódicos y revistas ofrecían un escenario de telones cambiantes –según los intereses de cada órgano– al reclamo coral de la raza negra por el reconocimiento efectivo de sus derechos. Con *Páginas en conflicto...* emergen de estos trasfondos polémicas inéditas que ponen de manifiesto los complejos resquicios del discurso raza-nación durante las casi dos décadas de historia posteriores a la masacre. Es así como, a través de una copiosa fuente documental, Fernández Calderón les devuelve la voz a los negros y mestizos de entonces en una hora propicia –cuando se aviva el debate sobre el racismo en Cuba– para el diálogo fecundo entre presente y pasado.

ISBN: 978-959-7211-47-1

